

UN TRONAR DE TAMBORES

y otras historias de la caballería americana

James Warner Bellah



Frontera



Lectulandia

Un tronar de tambores y otros relatos de la caballería americana reúne las cinco historias en las que se basó el maestro del cine John Ford para construir su trilogía sobre la caballería americana (FORT APACHE, LA LEGIÓN INVENCIBLE y RÍO GRANDE), además de la novela corta *Un tronar de tambores* (1961), novelización del guión escrito por el propio Bellah para la película *Fort Comanche* (1961), de Joseph M. Newman.

Los relatos aquí seleccionados retratan la vida cotidiana de la caballería en las guarniciones diseminadas para controlar los territorios que el empuje de los colonos blancos les va arrebatando a las tribus indias. Bellah describe con realismo y viveza la vida en ese microcosmos aislado que constituye el Fuerte y su comunidad militar. Son historias coloristas y épicas, entreveradas de reflexiones impresionistas sobre el olor del cuero de las sillas de montar, los sonidos metálicos de los arreos o las sensaciones del amanecer en el puesto avanzado, en algún lugar entre el oeste de Kansas y el este de Colorado.

Lectulandia

James Warner Bellah

**Un tronar de tambores y otros relatos
de la caballería americana**

Frontera - 03

ePub r1.4

Oxobuco 12.10.14

Título original: *A Thunder Of Drums*

[*Command / Massacre / Mission With No Record / Big Hunt / War Party*]

James Warner Bellah, 1946

Traducción: Lorenzo Díaz

Ilustración de cubierta: Charles Schreyvogel

“How Kola!”, 1901

Editor digital: Oxobuco

Digitalización: cnmcleod

Corrección de erratas: jcmi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

No era retorcida, como se supone que debe ser una mujer, sino completamente sincera.

James Warner Bellah — *A Thunder of Drums* (1961)

Témanlos a todos, respétenlos como respetarían a un animal salvaje, pero, por encima de todo, sientan siempre por ellos un odio racional.

James Warner Bellah — *A Thunder of Drums* (1961)

Este es James Warner Bellah en estado puro. Alguien para quien parece haberse inventado la expresión «políticamente incorrecto» para aplicarla al western, pero, a la vez, un gran escritor de género...

La columna se dirigía al norte para cruzar el tramo superior del río Paraíso, con las cinchas cubiertas de espumarajos blancos, las sillas ardiendo y empapadas, el ala del sombrero caída y el azul de los pantalones y camisas convertido en gris sureño por el cieno gris que lo cubría todo...

James Warner Bellah — *Massacre* (1947)

Sí, James Warner Bellah, un oscuro escritor de relatos para publicaciones periódicas y, ocasionalmente, guionista de cine; pero, como la sombra de John Ford va a sobrevolar esta presentación y este libro, empecemos con el cineasta. Que John Ford era, desde los inicios de su carrera, un apasionado del western es algo sabido. Los rodó junto a su hermano Frank en los días del cine mudo, y luego él mismo se convirtió en uno de los mejores realizadores de este género en la época previa al sonoro, allá por los años veinte. Pero, a diferencia de otros, no se estancó en el gran negocio del western de serie B. Mediada la década de los veinte lleva a cabo uno de los últimos grandes westerns épicos del cine mudo: *El caballo de hierro* (1924) y, pocos años más tarde, consigue desatranca el western cinematográfico de un cierto descrédito crítico y cultural en el que había ido cayendo con el estreno de *La diligencia* en 1939. *La diligencia* —un proyecto que se inicia cuando Pat, el hijo de John Ford, un adolescente de dieciséis años, le indica a su padre que ha leído un relato de Ernest Haycox, sobre el que se puede sustentar una buena película— es la demostración de que no es necesario renunciar a ningún logro cinematográfico por el hecho de plantearlos mediante la realización de un western.

Ya antes de *La diligencia*, hacia 1935, Ford había acariciado la idea de realizar un film sobre la caballería americana; más concretamente un film dedicado al desastre de Custer, y que se habría de llamar algo así como *Glory Hunter*, pero no consiguió convencer a la industria para llevarlo a cabo, quizá porque su versión de los hechos no parece que fuera a ser precisamente encomiástica. Cuando Ford vuelve de la Segunda Guerra Mundial, más interesado en la historia de los Estados Unidos, más patriota y más militarista —aunque lo castrense siempre le fascinó—, su interés por el pasado militar del país se reactiva e incrementa. Hacia 1947 parece como si el realizador rumiara esas escenas, casi finales, de *La diligencia*, en las que la caballería yanqui llega al rescate de los protagonistas y pone en fuga a los indios... Según Joseph McBride, Ford, hablando con Frank Nugent, reflexionaba sobre el tema de una posible próxima película: «La caballería. En todos los westerns, la caballería cabalga para ir al rescate del carromato sitiado o de lo que sea, y luego sigue cabalgando. He estado pensando en ello... cómo debía ser vivir en un puesto de la caballería, remoto, lleno de gente con sus problemas personales...» (*Tras la pista de John Ford*, Joseph McBride).

Y todo encaja. Por fin Ford va a poder llevar a cabo ese viejo proyecto sobre el General Custer y verter sus inquietudes patrióticas y su creciente interés en la historia de los Estados Unidos en la realización de un film que refleje la vida del ejército en la Frontera. Se fija en los relatos que James Warner Bellah viene publicando en el *Saturday Evening Post*. Son historias que narran la vida cotidiana de la caballería en las guarniciones que se van instalando para controlar los territorios que el empuje de los colonos blancos les va arrebatando a las tribus indias. Y Ford adquiere por 7.500 dólares los derechos de una historia de Bellah, “Massacre” (1947), que será la base literaria de *Fort Apache* (1948), donde se cuenta la historia de un militar, el teniente coronel Owen Thrusday, que lleva al desastre a sus hombres en busca de la gloria. Todo un trasunto, en resumidas cuentas, del desastre de Custer.

A través de la trilogía de Ford, que inicia *Fort Apache*, Bellah pasa a ser decisivo para la aparición y fijación de un subtema muy concreto de la ficción western: el de la caballería americana. Con todo, tampoco es exactamente que Ford, deslumbrado por la calidad de los relatos de Bellah, tuviera el arrebatado de verterlos a la pantalla. Bellah no era el único, y otros autores como E. E. Halleran, o el mismo Haycox, competían con él en frecuentar con acierto esas andanzas fronterizas de la caballería yanqui en guerra con los indios... Y alguno de ellos (Haycox en concreto) con una media de calidad mayor que la de James Warner Bellah.

Quizá la opción del cineasta por acudir a Bellah se deba más a todo lo que este cuenta sobre la cotidianidad del servicio, que a una brillantez literaria superior a la de sus competidores. A los múltiples detalles ambientales, frases hechas, y reflexiones de una sensibilidad, vamos a decir que «de otros tiempos», que llenan las

reconstrucciones histórico-románticas de Bellah. A esa consideración de «el fuerte» y su comunidad militar como un microcosmos aislado —algo que a Ford ya le interesaba— y, por qué no decirlo, a una cierta identidad ideológica y de fascinación por lo militar que, aunque mucho más exacerbada en Bellah, debieron ambos compartir, en parte. Pero las verdaderas influencias de la trilogía de la caballería americana de Ford están más en pintores e ilustradores que en novelistas. Ford siempre comentó que la mayor de las influencias que recibe *Fort Apache* es la del pintor y viajero Frederic Remington (1861-1909). También sabemos que admiraba al pintor especializado en western de tema indio Charles Russell (1864-1926), al que llegó a conocer personalmente cuando hacía películas con su hermano mayor Frank —el primer Ford que le dio en serio al western...—, y que Ford tenía en su habitación cuadros de otro gran pintor de western de tema militar, Charles Schreyvogel (1861-1912). Ellos, y la documentación histórica que encargaba a sus ayudantes (la documentalista Katherine Clifton, o Nugent, el propio guionista, o Katherine Spaatz, etc.), fueron, desde luego, la base. Y si nos fijamos en las fechas de actividad de estos pintores, Remington, Russell, Schreyvogel... —las últimas décadas del XIX y las dos primeras del XX—, y las fechas en las que están publicando Bellah, Haycox o Halleran, expertos en western militar y de tema indio —años veinte, treinta y cuarenta—, no resulta demasiado arriesgado aventurar que los escritores y el cineasta tienen las mismas fuentes de inspiración: memorias —las de Elizabeth Custer; el explorador Gatewood, etc.— y pintores —Howard Pyle, Schoonover, y sobre todo los mencionados Remington, Russell y Schreyvogel—. Lógico es que, buscando relleno argumental para sus películas de western militar, Ford acabara coincidiendo con alguno de estos escritores que compartían con él fuentes de inspiración y aficiones comunes; en este caso con Bellah, al igual que otros realizadores echaron mano de Haycox o de Paul Horgan.

James Warner Bellah (1899-1976) no es un escritor excesivamente valorado. Lo más amable que suele decirse de él es que es un «clásico» y que John Ford se basó en sus relatos para construir su trilogía de la caballería americana. No siendo muy encomiásticos estos comentarios, son la gloria literaria comparados con los que le dedicó su hijo Bellah Jr.: «Un fascista, un racista y un notorio intolerante», o con la descripción que de él hace Joseph McBride, uno de los principales biógrafos de Ford: «Un supremacista sudista blanco y recalcitrante», añadiendo luego que «sus historias son hoy día virtualmente ilegibles a causa de sus invectivas racistas contra los indios, por no hablar de la espeluznante violencia y de los discursos baratos». De hecho McBride, en su biografía de Ford, parece empeñado en la curiosa tarea de demostrar que Ford mantuvo a su lado a Bellah, que compraba los derechos de sus relatos, lo invitaba a su yate y le conseguía la concesión de una medalla del ejército del aire sin coincidir ni tener nada que ver con sus puntos de vista. El influjo de Bellah en Ford

sería cero, lo cual resulta un tanto sorprendente, tras basar cinco de sus películas en sus relatos y contar con su colaboración en los guiones de varios otros films. Bien, el caso es que Bellah no cuenta con demasiados simpatizantes —uno de los pocos que han hablado bien de Bellah como escritor ha sido Eduardo Torres Dulce en su *Jinetes en el cielo*—, pero también parece cierto que el peso de su ideología ultraconservadora tiñe y oscurece cualquier apreciación de sus posibles virtudes literarias. Ciertamente se pueden traer aquí citas que lo muestran racista, misógino e imperialista, y abrir líneas de discusión sobre si la crueldad de la que hacen gala los indios la extiende también, o no, el autor a los blancos, o si estos pueden ser estúpidos, crueles y detestables, o si los arquetipos femeninos de Bellah son sólo dos: la esposa que apoya al soldado para que llegue a ser lo mejor que puede ser un ser humano: un militar; o la mujer egoísta que obliga a un aspirante a héroe uniformado de la Frontera a prescindir de ellas para poder desempeñar su noble vida de soldado profesional. Ciertamente sus reflexiones de tipo general sobre los indígenas, las mujeres, o los civiles, por oposición a los militares, chocan por lo extremado... lo cual no quiere decir que, en ocasiones, no sean agudas o inteligentes. Lo que da a Bellah ese carácter de radicalismo ultramontano es que son argumentaciones sin «contraparte»; son juicios desequilibrados, porque sólo tienen un punto de vista, de fiscal o de abogado defensor, pero nunca se da una perspectiva que intente ser más global. En fin, las apreciaciones literarias sobre Bellah suelen acabar siempre girando en torno a su ideología, lo cual demuestra que a veces esta puede convertirse en una rémora para disfrutar de sus narraciones. En cuanto a sus méritos literarios, no parece inviable que alguien, a quien jamás le otorgarías la responsabilidad de tomar decisiones sobre la organización de la sociedad en la que deseas vivir, pueda ser disfrutado como escritor. Estando de acuerdo, o no, con los puntos de vista de Bellah, lo cierto es que sus relatos son coloristas, épicos, con una densidad argumental importante, y están entreverados de curiosas reflexiones impresionistas —sobre el olor del cuero de las sillas de montar; los sonidos metálicos de los arreos; rayos de sol atravesando nubes de polvo; las sensaciones del amanecer; los movimientos inconscientes de los jinetes tras horas de cabalgada, etc.—, descripciones psicológicas o ambientales que, llegando al texto desde no se sabe dónde, sin previo aviso ni nexos gramaticales, se intercalan en el curso de la narración, como imágenes o recuerdos prestados al lector para que evoque más vívidamente esos momentos.

La capacidad de evocación de ese tiempo pasado que demuestra Bellah, lo hace escritor. Los ademanes, los pensamientos, los «tics», las frases hechas, la precisión histórica de ambientes, lugares y momentos reflejados dan cuerpo a sus narraciones. Quizá eso es lo que vio Ford en los escritos de Bellah como el «relleno» adecuado para que se corporeizaran las imágenes que Remington o Russell pintaban. En todo caso, la peculiaridad ideológica de Bellah, su militarismo irredento, funciona como

catalizador para dar esa visión tan tremendamente emocionada de la vida en los puestos de la Frontera. En ese sentido, Bellah, a su pesar, posiblemente traicione la Historia. Su visión poetizada de la caballería, teñida intensamente por su ideología personal, falsea la realidad de esa caballería. Es su evocación histórica, la suya, y es hermosa, pero muy posiblemente falsa. Aunque sea en parte un exceso —en favor de Bellah— comparar a Kipling y su visión del Imperio Británico en la India con nuestro autor neoyorkino y su visión del ejército yanqui en la Frontera de los Estados Unidos, seguramente bastante de ese «sentido de Imperio» moraba en el norteamericano.

James Warner Bellah publicó entre 1946 y 1950 diez relatos —y más tarde (1951 y 1959) dos novelas— ambientados en un imaginario puesto de la caballería situado en una indeterminada zona, entre el oeste de Kansas y el este de Colorado: Fuerte Starke. Fuerte Starke, más que un fuerte real, es un paradigma, una quintaesencia del mito y la leyenda de la caballería. El regimiento de caballería acuartelado en Fuerte Starke no es uno de los que las fuentes militares conocen; es inidentificable. Y las menciones a lugares y tribus que aparecen en los relatos, que ayudan a situar la acción en los dos Estados anteriormente mencionados y extienden su ámbito de acción por Texas, la zona de Río Grande y Arizona, confunden, más que aclaran, una localización exacta. En este lugar mítico e histórico a su vez —*encapsulado* entre hechos y figuras históricas perfectamente conocidos—, Bellah ha construido un microcosmos de Frontera donde, desde el más reciente recluta hasta los oficiales al mando y el personal civil, tienen un pasado que Bellah conoce, y nosotros no. Todos estos relatos comparten algún personaje y se refieren a hechos que aparecen o se mencionan en otras narraciones de la serie. Vemos a «capitanes» en un relato que son «tenientes» en otro. A soldados rasos que antes fueron cabos y perdieron los galones en un momento desconocido... en otra narración que no hemos leído aún, o incluso que puede que quedara por escribir. Fuerte Starke no existió, pero como establecimiento militar de frontera, similar a otros muchos que sí existieron, tiene una historia muy concreta y perfectamente conocida por el autor. Se han construido complejas cronologías que integran acontecimientos y personajes referidos a Fuerte Starke, y se puede concluir que casi todo lo narrado ocurriría entre 1867 y 1885, aunque hay referencias a la vida del capitán Brittles en 1836 y se dice que el gobierno vende el solar donde estaba situado el Fuerte en 1908, solar por el que ahora pasaría la ruta 217.

Por supuesto hay muchas y variadas posibilidades de agrupar y editar este y otros materiales de Bellah: una posible antología general de sus cuentos; o agrupar y editar los referidos a Fuerte Starke; o combinar una de las novelas y varios de los cuentos de este ciclo; o agrupar en una selección conjunta los mejores de su ciclo sobre la Guerra de Secesión y los mejores de la serie de Fuerte Starke, publicar alguna novela

por separado, o por parejas, ya que son bastante cortas... Para *Un tronar de tambores y otras historias de la caballería americana* se ha seguido un criterio, tan cuestionable o refrendable como otros: el de reunir en un volumen los cinco cuentos que dan origen a la trilogía de la caballería americana de John Ford: *Fort Apache* (1948), *La legión invencible* (1949) y *Río Grande* (1950), y sumar a estos cinco relatos —ambientados en Fuerte Starke— la novelización que hizo el propio Bellah del guión que escribió para la película que en España se llamó *Fort Comanche* (1961).

Aunque se trata de un criterio arbitrario —como muchos otros que se pudieran tomar—, no es enteramente caprichoso. En volúmenes anteriores de Valdemar/Frontera no ha pesado la importancia fílmica de las adaptaciones cinematográficas hechas sobre relatos de Dorothy Johnson, o sobre *El trampero* de Vardis Fisher; pero en este caso, en el de James Warner Bellah, sí ha sido decisivo el peso que tiene un mito cinematográfico como el de la trilogía de la caballería americana de Ford. Es de justicia. Bellah no sería quien es ni ocuparía el lugar que ocupa en la literatura western sin John Ford. Por eso, de entre sus cuentos de Fuerte Starke, se han elegido, específicamente, las cinco fuentes literarias de la trilogía fordiana. En cuanto a la novela que acompaña a estas cinco historias, *A thunder of Drums* (*Un tronar de tambores*, 1961), no aparece generalmente citada en la lista de narraciones ambientadas en Fuerte Starke. De hecho no se desarrolla en el entorno de Fuerte Starke, sino en el de Fuerte Canby, y sus personajes no son el Mayor MacLerndon Allshard, Flint Cohill o Nathan Brittles, sino el capitán Stephen Maddocks, Curtis McQuade, o el teniente Porter; pero no se engañen, la base literaria del guión de *A Thunder of Drums* —película de Joseph M. Newman y de *A Thunder of Drums*, novela de James Warner Bellah— es el relato *Comando* (*Command*), escrito por Bellah en 1946, y una de las dos fuentes literarias —*Command* y *War Party*— que utiliza John Ford en su película *La legión invencible*.

Un tronar de tambores (*A thunder of Drums*), ni como película de Joseph Newman, ni como novela de James Warner Bellah, goza de una alta reputación, lo cual puede que sea injusto. Ciertamente de Newman a Ford hay un escalón o escalones en cuanto a calidad. A *Fort Comanche* (*A Thunder of Drums*) le faltan paisajes, Monument Valley, bellas escenas de bailes de oficiales con las damas del fuerte, y le faltan poesía y humor irlandés. Todo eso es cierto, pero, argumentalmente, confieso que siempre he pensado que la trilogía de la caballería americana eran cuatro películas, y hasta que hace años me puse a dilucidarlo con calma para apartar a *Fort Comanche* de esta trilogía, contaba cuatro. Menos explicable es el lugar común que habitualmente se lee de que *Un tronar de tambores*, como novela, no está a la altura de los relatos previos de Warner Bellah. Es posible que el escalón de calidad existente entre las respectivas adaptaciones cinematográficas de los relatos y el de la novela se

aplique a sus textos de partida por pura inercia. Aunque escrita diez años más tarde —se debió redactar en 1960-61 y los últimos relatos de Fuerte Starke son de 1950—, en cuanto a ambientación, dureza, complejidad de trama, etcétera, en nada parece estar *Un tronar de tambores* por debajo de sus cuentos previos sobre la caballería americana. Lógicamente, un desarrollo más extenso de los asuntos que antes Bellah narraba en diez folios hace que el impacto que conseguía con sus reconcentrados cuentos se vea atenuado al dilatarse en extensión. Pero en *Un tronar de tambores* Bellah no se ha limitado a expandir su relato base *Command*. Toda una inédita y amplia faceta de vida en el fuerte, en la que se incardina la acción militar, y nuevas complejidades en su trama bélica, enriquecen y vuelven más compleja la narración. Es, posiblemente, mejor novela que *Apache Pass* y *Ordeal Blood River*, que sí están incluidas en el ciclo de Fuerte Starke por derecho propio y que no alcanzan el nivel de sus mejores cuentos. En todo caso es muy posible que, paradójicamente, *Un tronar de tambores* —ambientada en Fuerte Canby— sea mejor novela de Fuerte Starke que las otras dos novelas mencionadas, que sí se desarrollan en el microcosmos del ciclo de este fuerte.

James Warner Bellah, neoyorkino, nacido en 1899, fallecido en 1976, tuvo una agitada vida militar. Participó en la Primera Guerra Mundial con el ejército canadiense, y en la Segunda sirvió en el staff de Lord Louis Mountbatten y con el general Wingate en Birmania. Acabó retirándose con el rango de coronel. Como curiosidad divertida, mencionar que aparte de condecoraciones más al uso como la Estrella de Bronce, o la Medalla del Aire, era poseedor de la Orden Imperial Rusa de San Nicolás, una curiosa condecoración concedida por el pretendiente al trono de los zares, el Gran Duque Cyril Vladimirovich, lo cual da idea de las simpatías por el antiguo régimen de nuestro militar y literato. No sólo dedicó su pluma a narrar las aventuras de las tropas acantonadas en Fuerte Starke. Nos dejó un buen puñado de novelas y relatos de tema militar, ambientados en la Frontera o en la Guerra de Secesión, pero también relatos de «capa y espada», memorias, guiones para el cine, novelizaciones de esos guiones, recuerdos de su vida como cadete y una variada miscelánea de materiales. No es uno de los «grandes» creadores de la literatura western, pero merece la pena leerle, disfrutar de muchos grandes momentos en sus escritos, y además aporta, al placer directo de su lectura, dada su polémica consideración, uno puramente intelectual y especulativo sobre su influjo, vigencia, limitaciones, condicionantes ideológicos, militarismo, xenofobia y otras cuestiones... Se puede especular incluso sobre «cuánto» de lo que apreciamos en Ford ya estaba en Bellah y procede de sus relatos; o comparar *Fort Comanche* y su sustrato narrativo con la trilogía de Ford y sus raíces literarias. Parece como si Bellah hubiese conseguido finalmente una película mucho más James Warner Bellah con *Fort Comanche* que, bajo la personalidad de Ford, en las que componían su trilogía de

referencia. Quizá peor, pero más suya, sin todas esas humanizaciones y pausas anticlimáticas del gran maestro.

Por lo demás, volvamos al inicio. Bellah, aupado sobre los hombros de Ford, es importante. Tampoco hay duda de que Ford le influyó como escritor —de hecho, *Sargento Negro*, novela de James Warner Bellah, con parámetros distintos a los habituales de Bellah, es encargo directo de John Ford—. Pero, en todo caso, James Warner Bellah no es meramente la base literaria de la trilogía de John Ford. Es un clásico de un subtema fundamental en el western: el de la caballería americana, y junto con Haycox, Cook, Halleran, Shirreffs y otros pocos elegidos, un configurador básico del mismo. Y, además, hay cuentos suyos que son muy, muy, muy buenos.

Que los disfruten.

Alfredo Lara López

COMANDO

Command, 1946

—*La legión invencible, 1949*—

El sargento Utterback se envaró en la silla de montar mientras miraba por entre el resplandor amarillo del atardecer al sarnoso buitre que volaba en círculo en el aire que se oscurecía delante de la pequeña columna. Era la única cosa que había con vida en aquella árida pradera además de las tres docenas de soldados cansados de montar a caballo y los dos oficiales que se odiaban el uno al otro.

Era por un búfalo solitario, muerto tras muchos años de emigraciones. Muerto de alguna forma estúpida por su propia culpa. Este pensamiento era de John Utterback. Desplazó los cansados riñones en la silla de montar y escupió al polvo de puro aburrimiento y apatía. El capitán Brittles, que encabezaba la columna, sacó los prismáticos del estuche y se los llevó a los ojos con las sucias manos, sujetando los guantes bajo el brazo izquierdo. Flintridge Cohill estaba a cuatrocientos metros de distancia, volvía con la avanzadilla y se dirigía hacia él. Cuatro enjutos soldados y el teniente recortándose contra el fondo carmesí, donde el sol había muerto agónicamente veinte minutos antes. La cabeza y el cuello arqueado de sus monturas se movían arriba y abajo contra el cielo a medida que se acercaban a la columna fuertemente silueteada por la banda de luz amarilla que los envolvía como si fuera el fuego de San Telmo.

—Esa es su mejor extensión de hierba, señor. Una ladera con un pequeño riachuelo en la base. Esa ladera es su campamento.

Podía olerse a la columna allí parada, todavía montada, esperando. Con la carne caliente y el cuero y el nitrógeno de los caballos. El intenso olor a rancio de los hombres que hacía nueve días que no se bañaban. La mente de Utterback contó los hombres, movida por la fuerza de la costumbre: Atkinssons, Blunt, Cartter, Dannecker, Dortmund, Eskuries, Ershick, Hertwole. Y podía olerse el horror verde sobre ellos, espesándose a medida que cambiaba el viento.

—Cohill —el capitán bajó los prismáticos y miró fijamente a su lugarteniente—, ¿ve la loma que hay al otro lado del valle, a la izquierda detrás de usted? ¿Qué son esos bultos de la ladera frontal?

Nathan Brittles era un hombre gris que ningún sol podía enrojecer durante mucho tiempo. Sus ojos eran de ágata gris y su pelo gris polvo, y había un gris en su interior que era su propia forma de ser, que no comentaba con ningún hombre y por la que ningún hombre preguntaba. De caderas estrechas y espalda recta, piernas sólidas y

delgadas, y el cuerpo tan tenso que cuando se movía parecía que fuese a vibrar. Y lo hacía, al hablar. No de un modo desagradable, con un chirrido, sino de una forma aguda, como la recámara de un Spencer.

Flintridge Cohill tenía el caballo medio girado a la derecha y volvió la cabeza.

—Nos volvimos al verlos, señor. Son búfalos durmiendo. Una manada pequeña.

—Aspire hondo ahora que ha cambiado el viento, Cohill. ¡Eso no son búfalos! —Brittles tapó los prismáticos, los metió en el estuche y se los echó tras la cadera izquierda. Estaba furioso. El rubor de su ira le latía en los músculos del cuello—. ¡Vuelva a aspirar hondo, señor Cohill! ¡Deje que se le meta en la nariz y luego dígame lo que hay en esa loma!

Y entonces todos en la columna supieron lo que había en aquella ladera. Que no eran búfalos, muertos o dormidos. Que eran Gresham y los nueve hombres del segundo que estaban buscando: desnudos y clavados al suelo por flechas, con el pie y la mano derecha cortados, los cuerpos púrpura empezaban a pudrirse.

Una ira fútil bullía en Cohill, ira ante sí mismo por su error, ira contra Nathan Brittles por descubrirlo de forma implacable y sacarlo a la luz, como hacía siempre.

—Esto no es un aula de colegio, señor Cohill, en la que puede equivocarse y volver a intentarlo. Le llamo la atención sobre el hecho de que la exactitud en la observación es una virtud militar. Cultívela... Sargento Utterback: desmontar y desensillar. Acampamos aquí. Bajo la cresta de esta ladera hay pastos apartados de la línea del cielo. Establezca una zona para pastar entre donde estemos nosotros y el riachuelo de abajo. Para cuando oscurezca, haga en el suelo un corral con cuerdas, no use clavijas individuales para cada caballo.

El capitán se volvió despacio y miró el largo camino que habían recorrido por la lisa depresión de Paradise Valley, en dirección a Mesa Roja.

En la distancia se perdía el resplandor ámbar de la llanura, ahora tocado con el lavanda de la tarde. Flint Cohill miró a Brittles y por un segundo sintió una terrible soledad, un vacío de mil kilómetros de frontera convergiendo sobre él en un vasto radio giratorio. Galopando hacia él sobre atronadores cascos, fustigados por la riata de la cercana noche. Y volvió a sentirse como un niño. Recuperando aquellos breves años que le devolvían la irresponsabilidad de la niñez. Un chico jugando a ser mayor entre adultos, con espuelas en unas buenas botas y chaparreras de antílope. Pañuelo de seda al cuello, guantes, sombrero y armas, preparado para el papel que interpretaría si le dejaban. Pero ahora estaba solo en el escenario vacío, sin nadie que le aplaudiera. Sólo con la soledad y el largo paisaje de los años que se abrían ante él, y el eco del recuerdo de su propia ira contra sí mismo que seguía aferrándose hoscamente a su cerebro, esperando justificarse, con su juventud, si es que podía justificarlo.

¿Por qué no va Brittles a la otra loma a asegurarse, en vez de acampar aquí? Si

son Gresham y sus hombres, y han muerto hace poco, los habrá matado la partida de guerra de sioux santee cuyo rastro encontramos esta mañana. A Flint le alegraba poder pensar en sioux santee en vez de en sioux a secas, como solía hacerlo todo el mundo en los Estados Unidos. Eso era obra del sargento Utterback, del sargento Utterback que había seguido ese rastro hasta encontrar la carraca rota hecha con la pezuña de un búfalo.

—Sioux, señor —le había dicho a Brittles—, sioux santee diría yo. Unos cuarenta.

No hubo triunfo en la forma en que John Utterback dijo aquello, sólo la paciencia que da un largo servicio y la admisión de un hecho. Utterback se había quedado allí parado, de pie, mirando al capitán, con la carraca rota en la mano. John Utterback era un hombre modesto, de rostro fino y hombros abultados hasta casi la deformidad, que creía en el sistema que lo había hecho como era, sabiendo las cosas que sabía, más allá de toda sombra de duda y timidez humana, moviéndose en silencio dentro de los límites que se había marcado en la vida, sin temor a que ningún hombre pudiera vencerlo o quebrarlo.

—O cheyennes, Utterback —había dicho Brittles—. También hacen carracas. O comanches. O arapahoes. ¡Suba al caballo!

Con el recuerdo volvió a desatarse la furia silenciosa de Cohill contra Brittles en el creciente crepúsculo. Era un maniático del detalle y la precisión, aunque seguramente eso acabase perjudicando el plan general. Aquel rastro indio estaba veinticuatro kilómetros más atrás. Si los sioux mantenían el mismo ritmo de marcha que ellos, sus *wickiups* no podían estar a más de cuarenta y ocho kilómetros al norte. Menos aún. Cohill había recordado de pronto lo estudiado. Si eran sioux acamparían lejos de los árboles, dado su miedo mortal a las emboscadas, y cerca del agua. Estarían en los tramos superiores del río Paradise, en las tierras yermas.

—Un descanso de dos horas y podríamos estar al alba en el tramo superior del Paradise, señor —barbotó Cohill de pronto.

—Señor Cohill, no tengo órdenes de estar con nadie o en ninguna parte, ni al alba ni en ningún otro momento. Mis órdenes son encontrar la patrulla de Gresham —Brittles pasó una pierna sobre su animal y desmontó—, y, tras encontrarla, volver a Fuerte Starke e informar. Creo que la he encontrado. Lo sabré en cuanto salga la luna y vaya a echar un vistazo. Ocúpese esta noche de los caballos. Deles de beber en media hora. No les quite las mantas de las sillas hasta que no hayan abrevado. Recuerde siempre, señor Cohill, que el riesgo de deterioro de los caballos convierte a la caballería en un brazo muy delicado del ejército.

Había algo en Cohill que hacía que, pese a ser dado a sangrar enseguida, siguiera sin replicar. Pero su mente bullía con fútil ira. *Es una vieja y no sabe controlar su genio. Le enfurecen las cosas sin importancia, pero se le ofrece una oportunidad*

como esta y piensa cortar y volver. Seguro que de entrar en combate, yo acabaría teniendo que matarlo y asumiendo el mando.

Brittles se volvió y dijo:

—Señor Cohill, leer mentes es un hábito incómodo —Flint se le quedó mirando y movió de forma imperceptible el brazo hacia su revólver—. Pero suponga por un momento que fueran cheyennes, cosa muy posible, en vez de sioux santee, entonces no estarían en las tierras yermas. Se dirigirían a los bosques que hay junto a la parte baja de Mesa Roja. E igual los arapahoes. Los kiowas o los comanches acamparían entre árboles... ¡Y todos ellos hacen carracas con pezuñas de búfalo! Comuniqué al sargento Utterback que cenaremos a las seis treinta, pero que el corneta siga sin tocar. Cohill, no hay atajos para alcanzar la gloria. Así que esta noche no correremos hacia el oeste buscando uno.

Para algunos de ellos y durante el resto de su vida, la luna llena, ese círculo dorado rojizo que se elevaba en el horizonte, les traería a la memoria lo que vieron aquella noche, y lo que oyeron, pues los muertos susurran incansables cuando el frío aire de la noche contrae los rígidos diafragmas. A juzgar por los cartuchos vacíos, los hombres de Gresham habían luchado hasta el final, hasta que la acometida de la pantera los aplastó y desgarró por la ladera de la loma en un feroz esfuerzo por arrancarles la blanca dignidad mediante salvaje mutilación.

—Quien hizo esto no quería volver a encontrarse con la patrulla de Gresham —gruñó el sargento Utterback—. Por eso les han cortado las manos y los pies, para lisiarlos por si los encuentran en el más allá. Los respetaban como guerreros. Hasta el último hijo de su madre acaba calvo, así que pueden cruzar las aguas sombrías sin problemas.

Las palas enterradoras castañeteaban en el esquistos de la ladera.

—Utterback, ¿sigue pensando que fueron sioux santee? —dijo el capitán Brittles.

El sargento Utterback estaba parado mirando en silencio hacia el sudoeste. La luz de la luna era una ilimitada estela blanca en el mar de niebla.

—No, señor. Ahora no, señor.

—¿Por qué no? —replicó Brittles—. ¡Hable!

Flint Cohill se volvió hacia ellos, escuchando atentamente.

—Estuve con Steve Kearny en la marcha desde Fuerte Bent a Santa Fe, y reconozco una flecha apache cuando la veo, señor, incluso a mil seiscientos kilómetros de donde se hacen.

—Sus sioux de este mediodía pudieron cruzarse con una partida de guerra apache —Brittles asintió en dirección al sudoeste—, y conseguir así flechas apaches.

—No —Utterback negó con la cabeza—. Esto es de hace dos días. No fueron los sioux de esta mañana. Es obra de apaches.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Utterback sonrió débilmente.

—Sobre todo porque el capitán también sabe que fueron apaches, y no sioux.

Brittles miró a su sargento primero, estudiando cuidadosamente sus ojos.

—Quisiera mover el comando a las diez de la noche. Volveremos a Fuerte Starke con esta noticia todo lo deprisa que podamos.

—Sí, señor.

—Una vez estén los túmulos en las tumbas, sargento Utterback, formen para el servicio funerario.

—... pues tuyo es el reino, el poder y la gloria por siempre jamás, amén.

La luna estaba alta y era un cristal pequeño y gélido sobre la columna a medida que se dirigía hacia Fuerte Starke. Ese día habían hecho ya cuarenta y dos kilómetros, y no sabían cuántos kilómetros más les haría recorrer Brittles. Muchos. La orden era parar quince minutos por cada hora de viaje, desmontar y quitarles el bocado a los caballos para que pastasen. La orden era trotar cinco minutos tras cada media hora al paso, para evitar la fatiga de los animales por llevar demasiado tiempo la silla de montar, y el riesgo de una espalda dolorida. La orden era desmontar y avanzar a pie diez minutos de cada hora. Paso, trote, caminar, parar y pastar, y a las dos de la mañana Brittles dio el alto en el Paradise para abreviar durante veinte minutos enteros.

Flintridge Cohill caminó con esfuerzo, llevando al caballo de las riendas, cubierto de blanco alcalino hasta medio muslo. Sus espuelas, amortiguadas por el polvo, sonaban como dólares de plata chocando en las profundidades del bolsillo de un abrigo. Podía sentir el resentimiento en los hombros, resentimiento por la marcha nocturna. Era algo arduo y hosco, y salía a la luz en el furioso estornudo ocasional, en la tos de polvo que se generalizó al cabo de un rato pese a los largos descansos, como una maldición ronca y grave que se arrastraba en la noche sobre saliva seca.

Cohill podía sentir el balanceo y el empuje de las piernas del sargento Utterback a su lado, oler su aroma rancio de gamo por encima del propio, tocado por el dulce marrón de su tabaco de mascar, todo ello envuelto en el olor ardiente y limpiamente sulfuroso del caballo que tenía delante. Todo ello volvía otra vez a él, para volver a ser respirado contra el frío telón de la noche moribunda.

—Pasa la voz de montar.

La orden recorrió la columna como naipes que cayeran del borde de una mesa, y Utterback, balanceándose, se incorporó levantándose un segundo sobre los estribos.

—Se dirige al norte.

—¿Cómo es eso, sargento?

—Al norte.

Cohill se bajó el ala del sombrero bajo la luna moribunda y miró al horizonte, hacia Mesa Roja.

—Tiene razón —quiso ponerle un signo de interrogación, pero de hacerlo Utterback lo habría ignorado.

Cohill lo meditó un momento, acomodándose en la fría silla de montar, volviéndose, mirando hacia las máscaras de polvo blanco que eran esas caras a la luz de la luna. Las caras delgadas y las caras endurecidas. Las brutales y las débiles. Las esperanzadas y las acabadas —Jordin, Knight, Lusk, Mallory, Mittendorffer, Norton y Opdyke— y, por las miradas que esas caras le devolvían, supo que sabían que el Viejo se dirigía al norte, y que lo dudaban de él. Tenían Mesa Roja ante ellos, iban directos hacia allí. Y no era lógico. Si iban a volver a Fuerte Starke, a toda prisa, para informar de una partida de guerra apache, y atravesar en línea recta el círculo trazado a lo largo de nueve días de marchas forzadas nocturnas, en ese momento deberían tener Mesa Roja tras el hombro derecho, no entre las orejas de sus monturas.

Y entonces Cohill lo supo, y su mente se volvió fría y tensa al saberlo, y de pronto se avergonzó de las tradiciones que lo habían hecho así, pero que podían fracasar tanto en otros hombres.

Brittles tenía que informar de una partida de guerra apache proveniente del sudoeste y de la muerte de Gresham a sus manos. Así que forzaba la marcha hacia Starke, al tiempo que procuraba alejarse en lo posible de los sioux santee de la mañana. ¡No lucharía ni aunque se le presentara esa posibilidad! Tenía miedo al combate, probablemente miedo de sí mismo. Se sabía como Cohill estaba descubriendo que era: viejo para el servicio, miserable, nervioso y asustado.

Lo que tarde o temprano acabaremos comprendiendo todos, señor Cohill, es que no estamos aquí para luchar con indios. Estamos aquí para vigilarlos e informar de ellos a la Oficina de Asuntos Indios. Sólo lucharemos si nos atacan. Le remito a las órdenes vigentes del Departamento, que son muy explícitas.

Gresham luchó, maldición. No le quedó más remedio que luchar.

Gresham era joven. Probablemente extremadamente imprudente.

Y usted es viejo, y ya no es apto para este trabajo. Si de verdad son apaches, tiene el deber de ir directamente a Fuerte Starke e informar de ello. Pero si resulta que son esos sioux santee, que bien podrían serlo al no tener pruebas de lo contrario, en el camino de vuelta podría provocar su ataque con algún tecnicismo y acabar con ellos en castigo. Esta ruta es una estupidez. Marchamos todo el día y toda la noche, y seguimos estando a kilómetros de casa, con los hombres agotados e irritados y los animales cansados, sin conseguir nada a cambio aparte de una dosis de sus precauciones de viejo. La caballería es un arma delicada.

Cohill fue consciente de que sus labios se movían desdeñosamente durante su silencioso monólogo. Se los tapó con la mano cuando Utterback se volvió para mirarlo.

—Sargento, ¿cómo sabía que el capitán creía que fueron apaches quienes mataron

a los hombres de Gresham?

—Hace mucho que soy su sargento primero. Uno acaba sabiéndolo.

—Ya veo. ¿Puedo saberlo yo?

—El capitán lleva muchos años por aquí, Cohill.

—No piensa contestarme, ¿verdad? Si da igual lo que diga, ¿puede decirme si se ha caído usted de un árbol?

—Hablar es inútil. Esto no se aprende. Se vive. Es algo que se siente una vez se ha dicho y hecho todo, señor.

—¿Y usted está seguro de que es una partida apache?

—Sólo de forma razonable, aunque no lo defendería solo. Pero estoy seguro cuando sé que el capitán Brittles también lo está. Él se gana la diferencia de nuestra paga, señor.

Cohill echó atrás la cabeza irritado. Ya llevaban cinco horas en esa ruta. Faltaba algo menos de tres para que amaneciera. Llegarían a pie a Mesa Roja y probablemente acamparían allí, reanudando el camino por la tarde. Qué trámite más idiota cuando el comando podría estar fresco tras haber pasado una noche de sueño y pasto tras la ceremonia del entierro.

La luna se hizo más fría y se deslizó hacia abajo en el cielo detrás de ellos. Ya tenían las rodillas torpes y embotadas por el cansancio, y sentían el sudor húmedo y pegajoso en camisas que ya no calentaban sus cuerpos. Jirones de niebla se entretejían sobre la pradera, agitándose en las alturas, y las hondonadas les helaban con la mano de la muerte. Flintridge oyó su nombre pasado en voz baja a lo largo de la columna, «señor Cohill», y presionó las rodillas contra el costado del caballo para desviarse hacia la derecha y dirigirse al frente.

Brittles se sentaba muy recto en su silla de montar, cincelado como la piedra, nariz y mentón y hombros recortados contra el cielo nocturno, como un hombre envejecido cabalgando en su destino.

—Señor Cohill, este es un toque de oficiales. Escuche atentamente. He mandado al sargento Suro adelantarse con la avanzadilla. Usted lo relevará con ocho hombres y seguirá adelante. ¿Recuerda el vado en la bifurcación de Mesa Roja?

—Sí, señor.

—Hay una loma a un lado, en el camino que desciende de la mesa.

—La recuerdo.

—Esté allí antes del alba. Al llegar encienda un fuego para acampar.

—¿Que haga qué, señor?

—Quiero saber cuándo llega allí. Y quiero que lo sepa todo el mundo en kilómetros a la redonda. Encienda un fuego de acampada. Para una escuadra. No mayor.

—Pero al llegar puedo enviarle un mensajero para decírselo.

—Desengáñese de la idea de que esta es una sociedad que admite el debate, Cohill. En caso de un ataque a su posición, deberá defender la cima de la loma, a pie. Al alba, contenga siempre su fuego, hasta el último momento posible. Recuerde que la luz del alba juega en su favor, pero que en estas tierras lleva a engaño durante la primera media hora. En marcha, Cohill. Es usted el cebo de mi anzuelo. Revuélvase... y siga con vida.

En las alturas bajo el borde de Mesa Roja se oyó el chillido de un águila en la escarchada oscuridad. Su hoja roma arañó la empapada columna vertebral de Cohill. Tenía los labios muy contraídos contra los secos dientes.

—No se quede quieto, Skinnor. Muévase un poco todo el tiempo. Muévase siempre. Dele palmadas a las monturas. Que también se muevan ellas.

Hablaba en voz baja. Palabras susurradas sobre el pomo de la silla de montar, susurradas y afiladas como una rodaja.

La fogata de la pequeña escuadra ardió brillante, y los cansados animales retuvieron el eco de su oro en las joyas húmedas de los ojos. Skinnor y Blankenship estaban con los caballos, moviéndolos, haciéndoles caminar en círculo dentro de su corral de cuerda, listos para liberarlos en estampida. El cabo McKenzie y sus cinco hombres descansaban al otro lado del halo de luz, diseminados tras las sillas de montar depositadas en el suelo, esperando y observando y escuchando y respirando en silencio. Cohill se revolvía muy bien en su anzuelo.

Un delicado júbilo presionaba hacia arriba con suaves manos por debajo de su caja torácica, atrapando su aliento cada vez que aspiraba. Aquí, pues, estaba la justificación, la herencia final del soldado, para mantenerse firme, listo a cumplir con el deber, para derramar sangre propia y ajena. Todo lo demás era para los desfiles. Y temía hacer sus primeros disparos con rabia. Su miedo era pálido y jadeante tras el telón que había caído en el fondo de su mente, aislándolo del resto. Disparar y atraer los disparos. Matar y que te maten. Y podía oír tras ese telón el gemido de pánico de su miedo. *Señor Cohill, esto no es un aula de colegio.*

Una hierba, alguna flor amarga de la pradera que se abría a la brisa del alba, acarició su nariz y, mediante asociación, le devolvió al horror verde a la luz de la luna que habían enterrado decentemente bajo tierra a cuarenta y ocho kilómetros de allí.

La función continuó. La trampa era buena. Cuidadosamente interpretada. Cohill pasó ante la hoguera. Había que moverse siempre. Con el movimiento natural de una acampada. Carneal colocó la araña en la tela, enriqueciendo y volviendo crujiente el limpio aire con el olor del bacón al freírse.

Ni los sioux ni los apaches ni ningún indio de las llanuras lucharía voluntariamente de noche, pues el guerrero que muere en la oscuridad vaga por siempre por el otro mundo, eternamente ciego en las tinieblas. Pero al alba se arrastraría hasta ellos desde el este, y verían en la loma una pequeña partida de guerra

de soldados blancos como los de la fiesta que celebraron dos jornadas antes y que ahora se hinchaban allí donde acabaron con ellos, cuarenta y ocho kilómetros Paradise Valley adentro. Un fuego encendido y bacón friéndose. Monturas desensilladas y guerreros durmiendo tras una larga marcha nocturna. Maduros para la matanza.

Entonces bajaron en silencio desde lo alto de Mesa Roja. Bajaron con la última oscuridad con pies de sombra. Guiando con cuidado a los ponis, para que ninguna piedra pudiera desplazarse y saltar y caer en escandalosa cascada anunciando su llegada. No debía romperse ni una ramita.

De pronto, Flint Cohill pudo ver el rastro de peltre en la bifurcación de Mesa Roja. Pudo ver troncos de árboles y la reluciente humedad negra de la pisada de un caballo en la hierba empapada de rocío y la suciedad en el dorso de su mano. Y era el amanecer que se abría lentamente, como el párpado dubitativo de un ojo muerto. Entonces un caballo relincho agónicamente al rasgarseles las tripas, y tres animales cayeron debatiéndose, Skinnor se arrastró hacia fuera, con la mandíbula astillada, maldiciendo en falsete. Y el aire cobró vida con un latigazo, pero sin que se oyera el chasquido; sólo un grito ahogado, inconcluso, amenazador. Cruel y fino como la mordedura de una sierra.

—¡Contenga el fuego, cabo McKenzie!

Cohill estaba tumbado boca abajo en la hierba húmeda. Cinco de sus caballos corrían libres, movidos por el miedo y ciegos por el pánico. Entonces el aire cobró vida con los gritos de guerra y el alba gris latió con su atronador embate. Tan cerca que lo tenían encima. Tan cerca que pasaba sobre ellos. Tan cerca que Cohill gritó la orden de disparar, y dispararon, y la ola se rompió como la ola de un mar marrón contra una playa esmeralda, y su cresta alcanzó la ladera de la loma, rizándose con fuerza hacia arriba y cayendo hacia ellos con el peso de su velocidad. Rodando sobre una espuma de demoledores cascos de ponis y gargantas desgarradas y gritando en una agonía de huesos rotos.

—¡Son apaches!

Los que iban detrás se desviaron hacia la izquierda, rodeando la loma para reagruparse y volver a atacar la cima con un rugido. Cueros marrones y aceitados agarrados al costado de los ponis, galopando hacia los dientes del viento matutino. Y los hombres de la loma los identificaron entonces como los que masacraron a la partida de Gresham, pues había bandas amarillas en las piernas de algunos, con la parte delantera y trasera de los pantalones cortada, y tenían sables y bandanas amarillas y hebillas de bronce en cintos y bandoleras.

Se precipitaron una y otra vez contra la llameante guadaña de los disparos de Cohill. Y al encajarla volvían a separarse y a dar la vuelta a la loma, pero esta vez agrupados de forma desigual, con ponis libres corriendo entre ellos. Reducidos a la

mitad de su número. Desgarrados y desangrados, revolviéndose en el alba progresivamente blanca. Con las fuerzas maltrechas, rotas y mutiladas. Chillando ahora por la rabia y el dolor primitivo de los animales, como frustrados tigres de las llanuras.

El estridente sonido de latón de la trompeta arañó el gris revólver del nuevo día, y las fuerzas de Nathan Brittles salieron de las hondonadas de la bifurcación de Mesa Roja, salpicando en el vado con los cascos y cargando como cazadores, golpeando en el flanco herido, con los resacos sables desenvainados y bebiendo. En la hondonada hubo una carrera que duró un largo y prolongado instante, caballo a caballo y hombre a hombre, bajo la loma de Cohill. Un momento rojo de furia. Acero y carne y pálida locura con el negro látigo del diablo azotando en frenético crescendo.

Cohill aguantaba en lo alto, con la camisa ennegrecida por el sudor, contemplando el amargo final, las últimas escaramuzas fulgurantes y el último poni libre tiroteado. En la parte baja de la loma había un apache que se debatía para incorporarse sobre sus caderas y piernas, agitando enloquecido el torso para liberarse de los gélidos grilletes de su columna vertebral rota. Removiéndose en silencio como una serpiente desmembrada. Y a la izquierda estaba el cabo McKenzie, tumbado con el rostro azul y callado, con las manos cerradas sobre el palo emplumado hundido bajo las costillas de su costado derecho, levantando las manos que se caen con su último aliento. Y Skinnor, con la retorcida hinchazón de su pierna estirada y desnuda ante él, fumando tranquilamente en su pipa de caña negra mientras el sol bañaba y enrojecía el horizonte.

—Señor Cohill, lo ha hecho usted bien —Nathan Brittles desmontó y hundió la cara y las manos en la hierba húmeda para limpiárselas y refrescarse. Se desabrochó la guerrera hasta la cintura y se la quitó por la cabeza—. Puede que llegue a ser un buen oficial. Con el tiempo.

—Ayer al anoecer usted sabía que eran apaches... y sabía que estaban acampados en lo alto de Mesa Roja.

—Cohill —Brittles se enjugó el torso desnudo con los faldones de la camisa—, los apaches sólo temen al hombre. Acampan en el sitio más alto que pueden encontrar, por lejos del agua que esté. Si hubiera seguido usted hasta la loma de Gresham, habría encontrado a Gresham, no búfalos durmiendo. Si su vista hubiera sido más aguda, habría visto esto entre la ladera y donde acampamos anoche — Brittles metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de cinta apache para el pelo de franela roja endurecida por la sangre, y se la entregó—. Y si hubiera sido usted un hombre de la llanura y sospechado que eran apaches, habría buscado enseguida humo al atardecer en el terreno más alto de los alrededores: Mesa Roja.

La repentina admiración de Cohill se notó en sus ojos, en sus atropelladas palabras.

—Vino directamente aquí para hacerles salir y que pagaran por lo de Gresham, señor. Nunca tuvo intención de hacer otra cosa que no fuera forzar su ataque —sonrió—. Incluso tuvo engañado a Utterback hasta que se dirigió al norte.

El capitán permaneció inmóvil por un momento, mirando cuidadosamente a Flint Cohill, como si nunca lo hubiera visto antes.

—La esencia del mando es la oportunidad, señor Cohill. Un comandante de éxito se reserva su opinión hasta el momento adecuado. Entonces les dice a sus subordinados todo lo que necesitan saber para hacer adecuadamente su parte del trabajo. Nada más. No tenía intención de engañar a nadie. El sargento Utterback es un soldado. Sabe mantener la boca cerrada. Estos son los hechos: mi avanzadilla acampó temporalmente al alba de hoy, cuando fue repentinamente atacada por el enemigo. Por fortuna pudo contenerlo hasta que yo llegué con el grueso de las fuerzas.

Cohill aspiró e inclinó ligeramente la cabeza.

—Comprendo, señor, perfectamente. Estoy familiarizado con las órdenes vigentes del Departamento, que sólo permite las acciones defensivas y prohíbe expresamente el ataque.

—Aun así —los ojos del capitán Brittles no se apartaron de los de Cohill— están en directa contradicción con las tácticas de la caballería, pues la caballería es débil en la defensa. Sólo puede defenderse bien atacando. La mayoría de los tenientes jóvenes estarían de acuerdo con ello, al margen de que quieran examinar o no los motivos.

—Lo siento muchísimo, señor.

—No se disculpe nunca, Cohill; es signo de debilidad. Hubo un capitán que una vez intentó escapar de un tribunal disciplinario. Lo consiguió, pero desde entonces se ha sentido algo avergonzado por ello. Morirá siendo capitán, pese a su disculpa. De tener la humanidad necesaria, el hombre que le hizo eso podría haber trabajado con él y convertirlo en un buen soldado. Señor Cohill, si no se rinde, lo convertiré en un soldado. Puede presentarle mis respetos al general Cohill la próxima vez que escriba a su padre. Ahora, ocúpese de los caballos.

MASACRE

Massacre, 1947

—Fort Apache, 1948—

El viento provenía del este, y en ese viento del este había un gran desasosiego para el alma; un arrastrar fantasmal de promesas insatisfechas. Flintridge Cohill se despertó enseguida por completo, y permaneció inmóvil por la costumbre, hasta que se acordó de que estaba a salvo en su alojamiento de Fuerte Starke. Alargó la mano hasta el reloj y liberó el resorte de la alarma. El despertador dio los tres cuartos pasadas las tres en punto. Mientras el suave timbre canturreaba en la oscuridad, Flint volvió a ser un niño, mirando cómo su padre, el capitán, recorría furioso el camino que llevaba a su alojamiento en Sackets Harbor, siete años antes de lo de Sumter, abría la puerta de un empujón y arrojaba la gorra a la mesa de palisandro del salón. «Molly, por fin han podido con Grant. Ha dimitido... ¡por el bien del cuerpo!» ¿Por qué recordaba esas cosas tantos años después? Su padre se referiría a algún amigo. Algún capitán de Fuerte Humboldt. Un oficial hermano que habría luchado a su lado en Contreras y en Chapultepec.

Flint se incorporó en la cama.

—¡Cielo santo, seguro que era el general Grant! —dijo en voz alta, con un bufido—. ¿Y qué importa si lo era, a las cuatro menos cuarto de una madrugada de veinte años después?

Entonces oyó el distante staccato de pies corriendo.

Unas botas pisaron la tarima de madera de la comandancia. El sonido rebotó con claridad a uno y otro lado del patio de armas, transportado por el viento del este. Dentro de un momento sonaría el toque a armas o alguien aullaría pidiendo la presencia del cabo de guardia. Cohill saltó de la cama y salió al porche. En la oscuridad del patio había un carruaje parado ante la comandancia. Un carruaje con caballos nerviosos y ejes secos.

Todavía me faltan veinte años para poder encontrarme a tiro de algún general con estrellas, como Grant o el viejo, y entonces me dará igual. No me parecerá tan importante como ser nombrado capitán dentro de unos años. Pero me gustaría llegar a general antes de morir. ¡En el momento y el lugar adecuados sería el mejor general del puñetero mundo! Sólo estamos a mediados de mes y ese es el coche del pagador. Puedo ver el brillo cristalino de la plata a la luz de las estrellas como un charco de agua arrojada con un cubo.

Cohill se puso los fríos pantalones de montar y las rígidas botas, mientras le

castañeteaban los dientes bajo el viento del este. Corrió deprisa y en silencio por la oscuridad de la plaza de armas, con el desagradable nombre de Custis Meacham, agente indio de White River, resonando en algún recoveco de su mente. ¿A qué venían esas asociaciones mentales?

Unos pies se apresuraron hacia él. Se volvió con los brazos separados del cuerpo hacia la silueta de quien fuera que se recortaba contra la oscuridad más clara del cielo.

—¿Brailey?

Brailey se acercó a él.

—Teniente Cohill, tengo órdenes de llamarle a usted, a Sitterding y a Topliff. Los reclaman en comandancia, señor.

—¿Qué tiene que ver con eso el coche del pagador, Brailey?

—El nuevo comandante del puesto ha llegado en ese coche —dijo Brailey—. Ha viajado toda la noche desde Indian Wells.

Owen Thursday era un hombre alto, curtido hasta ser sólo cuero y hueso y nervio. Hiciera lo que hiciera, lo hacía moviéndose constantemente, no con nerviosismo, sino con agitación primigenia, no con impaciencia, sino con el eco de un destino perdido. El Owen Thursday de Cumberland Station y de la montaña de Sudler había llegado a ser temporalmente el teniente general Thursday con sólo veintiséis años. Ahora, a los treinta y ocho, era un comandante mayor de caballería que volvía al lento camino de ascenso del ejército, con el fuego de la gloria ardiendo muy bajo en su horizonte («No sé lo que acostumbraba a hacer usted en circunstancias similares, cuando mandaba su división, Mayor, pero mientras dirija un batallón en mi regimiento, puede...»), pues dicen que es mucho peor ascender y volver a caer que no haber ascendido nunca. Igual que las ciudades del mundo deberían ser siempre como un sueño, pues pocos hombres pueden recorrer sus calles para luego volver a la quietud de su pueblo y vivir en paz con su alma.

—Teniente Cohill, señor.

La oscuridad estaba viva y al acecho como un gato grande. Albergaba una humedad fría y el débil susurro de la amenaza. Un caballo relinchó con un grito de soprano. Cerca de allí, cuando los hombres movieron el coche del pagador, sus ventanillas de cristal relampaguearon a la luz de las estrellas como ébano pulido.

—Ha venido condenadamente rápido, Cohill. ¿Dónde está el comandante en funciones? ¿Es que en Fuerte Starke todos duermen con la cabeza bajo las sábanas?

Pies con botas pisaron la madera del porche de la comandancia. Dentro, alguien maldecía persistentemente al encender una lámpara. Un agrio humo de madera descendía desde el borde de la chimenea para manchar de gris el olor del blanco amanecer.

—Cuando salí de Washington, su padre, el general Cohill, me pidió que le transmitiera su afecto.

—Gracias, general.

—Nada de «general» —dijo Thursday cortante—. Un hombre es aquello por lo que le pagan. Se me paga por el rango de comandante mayor.

—Sí, señor. Le recordaba como general Thursday.

Entonces llegó Joplyn corriendo sobre los tablones para detenerse bruscamente.

—Capitán Joplyn, señor, comandante en funciones.

—Joplyn —dijo Thursday—. He venido desde Indian Wells a base de látigo y dos ruedas. El señor Meacham, el agente indio de White River, quiere una demostración de fuerza cuanto antes. Teme que Búfalo de Piedra se desmande si no se hace.

—Hace meses que Búfalo de Piedra está desmandado. Quiere ver qué margen de maniobra le permiten los sentimientos religiosos de Meacham, señor. Y Meacham es el mayor idiota que hay al oeste de Kansas City, además del mayor mentiroso. Para el toque de diana tendré a media compañía preparada. Yo mismo la encabezaré.

—Le recuerdo que el señor Meacham es un agente del gobierno de los Estados Unidos. Preparará dos compañías y escolta de una caravana para antes de la diana, capitán Joplyn. Yo mismo las encabezaré hasta White River. He hecho que el oficial de guardia envíe a alguien a despertar a Sitterding y a Topliff. El teniente Cohill se ha presentado ya. Quisiera llevarme conmigo a estos tres hombres, pues conozco sus nombres y su historial por los archivos del ejército. Y le sugiero que en el futuro tenga en comandancia a un oficial de guardia por la noche, hasta mi vuelta, para hacerme cargo formalmente del puesto. No me gustan los soldados que sólo lo son de día.

—Sí, señor —Joplyn se volvió súbitamente hacia Flint Cohill sin cambiar de tono ni demostrar más tensión en su actitud—. Señor Cohill, informe enseguida a la compañía A y a la compañía B. Despierte a los hombres. Equipación completa, y trescientos cartuchos de munición de carabina por hombre. Necesitarán ocho carretas, raciones y forraje para quince días, y la mitad de la compañía C para guiar y proteger las carretas.

—Eso es mucha munición... para hombres que se supone entrenados para disparar —dijo el comandante Thursday—. Cien cartuchos por hombre deberían bastar para cualquier emergencia.

—Cien cartuchos de munición de carabina por hombre, teniente Cohill. Y cien de revólver por pistola. Sitterding comandará la A, Topliff la B, usted la escolta de la caravana. Son las cuatro y veinte. ¿Cuándo podrá partir, Cohill?

—El toque de diana es a las cinco cuarenta y cinco. El primer carromato cruzará la puerta principal a las cinco treinta, señor. ¿Puede decirles a Topliff y Sitterding cuando vengán que formaré caravana ante los establos de la caballería? Me

encontrarán allí. Comunicaré a sus sargentos primeros todo lo que acaba de decirme usted... Brailey, acompáñeme enseguida como mensajero —después Flint Cohill se volvió hacia Thursday—: ¿Algo que añadir, señor?

—Sí, varias cosas. Tengo algunas ideas propias sobre cómo ocuparse de los indios. Quiero los colores y el uniforme de gala, galones y cornetas. Que los hombres lleven el equipo de limpieza de calzado y betún. Un poco más de dignidad y decoro militar, y un poco menos de modales y atuendos de vaquero, despertaría mucho más respeto por el ejército. Me reuniré con usted, Cohill, y asumiré el mando en cuanto salga la columna. Además de sus otros deberes, será usted mi adjunto. Quiero un toque de oficiales para reunirnos a lomos de caballo durante la marcha y dar nuevas órdenes en cuanto el último caballo abandone el Fuerte. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, señor.

—En marcha.

El sol de agosto es como una hoja de sable fundida. Te quema el cuello y el dorso de la mano hasta dejártela ampollada e inútil mientras miras. Te quema el labio inferior hasta dejar el tejido rígido y cicatrizado y empapa de sudor camisas y cintos hasta dejarlos malolientes y pegajosos mientras estás parado. La columna se dirigía al norte para cruzar el tramo superior del río Paraíso, con los bocados cubiertos de espumarajos blancos, las sillas de montar quemando y empapadas, el ala del sombrero caída y el azul de pantalones y camisas convertido en gris sureño por el cieno gris que lo cubría todo menos el blanco de los ojos y la parte inferior de la lengua.

Owen Thursday cabalgaba solo, a la derecha de la columna principal, desde donde podía volverse y mirarla en toda su longitud, asomando a sus ojos el débil eco de columnas mayores comandadas por él, o de regimientos de infantería con estandartes y música de campaña; de artillería rodando inexorable en el pesado polvo, los arneses tensos y las cadenas rechinando, con las ruedas resbalando en los surcos del suelo y los maderos crujiendo en protesta; de guardias corriendo por los flancos a izquierda y derecha de cada batallón.

Todo lo cual se disolvió en ciento nueve oficiales y soldados y una escolta de ocho carretas, el destacamento más grande que Cohill, Topliff o Sitterding habían llevado por el sendero de guerra en todos sus años de servicio.

—¡Teniente Cohill!

Flint se separó de la columna y puso su caballo al galope hasta situarse al lado del comandante Thursday.

—Vaya hasta la columna y haga que todos los hombres doblen hacia arriba el ala del sombrero como un fedora —dijo Thursday—. Pueden bajarse el ala por la parte frontal para protegerse los ojos, pero el resto debe estar levantado. El sombrero debe

llevarse bien encajado en la cabeza. ¡Mírelos, Cohill! ¡Parecen granjeros en un día de mercado! ¡El sombrero es parte del uniforme, no algo que cada individuo puede llevar a su antojo personal!

Thursday había situado un jinete en cabeza, otros a ambos flancos y un pequeño grupo en retaguardia que tenía por única misión dar la alarma, pero se las había arreglado para que todo ello pareciera más una maniobra militar, un problema teórico, que una marcha por territorio hostil. D'Arcy Topliff encabezaba la compañía B y nunca supo de dónde le llegó la idea. Pero de pronto recordó algo que había leído u oído decir a alguien años antes: al mayor le quedan menos años de vida de los que ya ha vivido, y cuando ese conocimiento se revela en la mente de un hombre, este puede desmoronarse fácilmente. Por tanto, debe apresurarse, ya que se le acorta el tiempo. Debe buscar atajos. Y al buscarlos puede arruinar la validez de sus decisiones, la fuerza de sus decisiones. Sólo alguien de sólido carácter y con un fino sentido del equilibrio puede enfrentarse a los escasos años que van reduciéndose ante él y encaminarse hacia ellos con indiferente valentía, hasta el final.

Flint Cohill, con las carretas y la cabeza gacha entre el polvo pensó: *Maldición, esto no es un desfile ceremonial de tropas de capital que salen para el funeral de un gobernador. Ha conseguido ganarse la aversión de todos los hombres desde el principio, deliberadamente, y por un motivo baladí.*

Y entonces Flint recordó un nombre que salió en una conversación de una recepción, y asimismo recordó el gesto grave del general Malcolm Hamilton.

—Señora, sólo cuatro oficiales del ejército saben lo que sucedió realmente en ese incidente, y ninguno hablará mientras viva la viuda del coronel.

A tres días al norte de Fuerte Starke, el destacamento acampó en terreno alto sobre los rápidos del arroyo Crazy Man, afluente sur del White River, a algo menos de cincuenta kilómetros de la reserva. El oficial al mando envió a Clay Sitterding a explorar el terreno y contactar con Custis Meacham, el agente indio.

Clay volvió con la puesta de sol.

—Búfalo de Piedra está acampado donde se encuentran el White River y el Crazy Man, señor, en la V que forman. Llevará una semana acampado allí. Entre trescientos y trescientos cincuenta hombres en total. La mayoría guerreros y soldados perro. No hay mujeres ni niños. Es un campamento de guerra. He visto grupos de exploradores a lo largo de todo el camino hasta allí.

—¿Ha contactado con Meacham, señor Sitterding?

—Así es, señor. Asegura tener la confianza de Búfalo de Piedra. Búfalo de Piedra ha intentado convertirse en jefe medicina y jefe de guerra de toda su nación. Becerro Corredor se opuso y abandonó la reserva con el poblado de Red Hill. Búfalo de Piedra le siguió para obligarle a volver. El señor Meacham nos mandó llamar para que impidiéramos que se enfrentaran ambos bandos, pero parece que en los últimos

cuatro días han solventado pacíficamente sus diferencias.

El comandante Thursday apretó los labios.

—En otras palabras, que los indios decidieron portarse bien en cuanto supieron que había tropas en camino.

—Podría ser, señor. Búfalo de Piedra quisiera fumar con usted. El señor Meacham lo ha solicitado así. Pero mi consejo es que no deje entrar a los indios en nuestro campamento. No es aconsejable que conozcan tus fuerzas más de lo que ya las conocen.

—Cuando quiera consejos de mis oficiales, señor Sitterding, los pediré. ¿Querrá recordarlo, por favor?

El olor de un indio es resinoso, salado y rancio. Es por el humo de madera de sus *tipis* y por la fetidez de su aliento debido a que comen entrañas de animales. Es por su tabaco sin procesar y por el sudor de sus cuerpos sin lavar. Es por la grasa de animal de su pelo y por el cuero viejo y las pieles curtidas con liga para pájaros y heredadas sin lavar de cuerpos ancestrales que hace mucho que residen en las Tierras Felices.

El comandante mayor Thursday vio sus impasibles rostros judaicos, su dignidad, su reserva. Sintió el callado impacto de su silencio, pero al ser aquello nuevo para él no tenía forma de saber que utilizaban todo eso del mismo modo en que utilizaban las mantas conseguidas con el trueque: para disimular su curiosidad infantil y su excitabilidad de terrier. Búfalo de Piedra. Perro Negro. Poni que Corre. Becerro Corredor. Garra de Águila. Todos jefes de tribus de la nación soberana de Búfalo de Piedra, una nación sujeta a un tratado de paz con los Estados Unidos. Una nación cuyos miembros se consideraban prisioneros de guerra para poder mantener así esa paz.

Custis Meacham era dolorosamente miope y estaba atterradoramente falto de aliento. Necesitaba abrir mucho la boca al hablar. Tenía las palmas de las manos húmedas e inquietas. Las uñas de los dedos cóncavas como el cuenco de una cucharita azul. Estaba sentado con los faldones de su grasienta levita envueltos alrededor de su colgante abdomen.

La pipa circulaba solemnemente hacia la izquierda, y cada hombre enrojecía las brasas hasta que le dolían las mejillas, aspirando ese humo sin refinar hasta que se le ahogaban los pulmones.

Custis Meacham tosió con ojos enrojecidos y sin aliento.

—Oh, cielos —dijo—, no soporto estar cerca de ellos cuando fuman. Confío en que no será usted aficionado a los placeres de este vicio, señor Thursday.

—Fumo constantemente —dijo Thursday—. Y soy el comandante Thursday, señor Meacham, no el señor Thursday.

—Bendito sea, no suelo prestar atención a los títulos militares. No creo en

ninguna clase de títulos. Verá por sus expresiones y actos al pasarse la pipa que han resuelto pacíficamente sus diferencias. Gracias sean dadas a Dios. Mañana podrá irse con sus soldados. ¿Qué iglesia es la suya, si no le importa decírmelo?

Owen Thursday miró fijamente a Custis Meacham.

—Usted solicitó la presencia de este destacamento, pero eso no le pone a su mando —dijo—. Cualquier otra acción por su parte deberá seguir los mismos canales utilizados para su petición original, o sea, pasando por el Departamento de Estado. Soy un presbiteriano reformado, señor Meacham, y pienso seguir siéndolo.

—Usted no puede decirme lo que debo hacer —la voz de Custis Meacham era chillona—. ¡Estoy acostumbrado a la forma en que el ejército hace las cosas! Cuando yo era secretario de la Asociación Internacional de la Biblia, le dije una vez al general Scott...

Flint Cohill tocó al mayor en el brazo.

—Búfalo de Piedra va a hablar, señor.

Y Búfalo de Piedra se levantó al cabo de un momento. Habló y durante muchos minutos Cohill no dijo nada.

—Todo lo que ha dicho hasta ahora es que es un hombre muy valiente —dijo entonces. Thursday asintió, y Búfalo de Piedra habló durante muchos minutos más—. Ahora dice que también es un gran cazador, tanto él como todos los de su tribu.

Thursday volvió a asentir y Búfalo de Piedra dijo que los ferrocarriles y los cazadores blancos habían matado a los búfalos y que sólo él, como jefe medicina, podía volver a traerlos.

De pronto Cohill susurró:

—No me gusta nada esto, señor. Está haciendo tiempo. Creo que es un insolente intento de reconocimiento de nuestras fuerzas.

—Interrúmpalo entonces —repuso Thursday con dureza.

—Antes tiene que acabar. Lo exige el protocolo. No puedo interrumpirlo antes de que acabe. Sería un insulto grave.

—¿Es que en Fuerte Starke no hay nadie que entienda lo que es una orden cuando se da?

Cohill se puso en pie. Búfalo de Piedra dejó de hablar, sumido en temblorosa ira. El comandante Thursday se inclinó hacia delante.

—Cohill, déjese de tonterías preliminares con él, nada de frases ceremoniales. Dígale directamente lo que yo le diga, ¿me entiende? Son canallas contumaces. Que lo sepan.

Cohill se quedó parado, muy pálido.

—Entiendo, señor. ¿Qué debo decirles?

—Dícales que no veo en ellos ni honor ni hombría. Dícales que en el papel sagrado se escribió que debían quedarse en sus reservas. Que el haber roto esa

promesa los hace dignos del desdén de un guerrero, que los convierte en débiles mujeres. Dígales que no hablan conmigo, sino con los Estados Unidos. Dígales que los Estados Unidos les ordena que se vayan de aquí enseguida. Que levanten el campamento al alba y vuelvan a la reserva, pues cuando se haga de día iré a su campamento.

Y el comandante Thursday se volvió y se alejó en la oscuridad, llamando con voz cortante al oficial de guardia.

Clay Sitterding, D'Arcy Topliff y Flint Cohill estaban en cuclillas en medio de la blanca niebla, bebiendo a grandes tragos el humeante café. La mañana era una anciana demacrada entre sombras, envuelta en su chal, contemplando lo que quizá no volvería a ver. Una anciana flaca con tristeza en el rostro, y el valor y el conocimiento abrumador que proporciona la inevitable derrota de la vida.

Diez años y más habían pasado bajo el puente de Sitterding, Topliff y Cohill. Diez años de sabiduría obtenida en un duro y amargo aprendizaje. Podrían haber comentado: «Le dije que no los recibiera, que no fumara con ellos anoche, y él me hizo callar». Podrían haber dicho: «¡Cien cartuchos de munición en vez de tres!» Pero lo primero que se aprende antes de aprender algo más es a no hablar. Tras ellos, en la niebla se movían muchos hombres, pero ya no eran suficientes, porque cuando se está en inferioridad de tres a uno el ataque repentino de la caballería es una locura suicida si además se carece del elemento sorpresa. ¿A quién le importa que se haya tenido antes el mando, o lo que la gente piense de ti, o las guerras en las que hayas luchado? ¡Lo que importa en la guerra es lo que pasa ahora! ¡Lo que pasará luego! ¡Quién mandará aquí... y ahora!

Sitterding se terminó el amargo café y por un breve instante pudo sentir en el rostro los crueles vientos de marzo, los vientos que aúllan en la cuenca del río Hudson y que atraviesan el patio de armas de la Academia como un bote de metralla disparado con elevación cero. Hubo un tiempo en que el calor abrasador de Fuerte Starke le había hecho olvidar el vino helado de aquellos vientos del este.

—¡Ojalá me hubiera casado con la única mujer rica que conocí! —dijo D'Arcy Topliff—. ¡Ahora sería un banquero de St. Louis, y esta mañana aún estaría en la cama!

Cohill intentó reírse, pero algún viejo instinto de su interior había cegado el pozo de su risa. En su mente se había bajado un telón, aislándolo de todo lo que había sido, para que sólo pudiera seguir hacia delante. Hay hombres que son afortunados de ese modo.

—Vamos allá —dijo en voz queda, apretando con las manos los hombros de los otros dos—. No olviden que la escolta de la caravana les sigue en retaguardia, así que guárdenme algo si se entra en combate.

Lo han visto muy a menudo en ese cuadro de Jonathan Redfield. El rastro de polvo azulado del arroyo Crazy Man resaltado contra la hierba amarilla chamuscada del ascendente terreno de detrás. Los muertos de la compañía A desnudados y sin cabellera, con las cabezas que parecían caras barbudas gritando. El comandante mayor Thursday, con el revólver sin balas en la mano, muriendo gloriosamente con lo que queda de la compañía B, en un intento de reagrupar y salvar los colores, pero esto es lo que pasó. *Esto es lo que pasó.*

La columna se puso en marcha con la niebla de la mañana aún fría, moviéndose en un largo aliento de jabón para sillas de montar en el cuero aún rígido, de áspera lana todavía sin empapar por el sudor y del suave marrón del aceite para armas. Una caballería a cara de perro como las que han pasado a los anales del mundo. Ascendiendo por la suave cuesta desde el campamento hasta el risco que dominaba el arroyo Crazy Man. Cruzando la hilera de colinas que lo formaba, recortadas contra la creciente luz amarilla que bordeaba el horizonte oriental. Todo galones, culatas de carabinas en su funda, sombreros doblados delante y detrás, espaldas arqueadas y estandartes ondeando al viento. Hay vaqueros que te dirán solemnes que a veces, cuando una tormenta asesina se precipita valle abajo, puede volver a verse cruzando el risco, que puede oírse el eco del grito metálico de su carga. Pero no es así, pues los soldados sólo pasan una vez, y lo único que dejan atrás es el recuerdo.

—¡Reduzcan los intervalos! ¡Redúzcanlos!

La avanzadilla cruzó primero el risco y descendió por la ladera donde el camino serpenteaba hacia lo alto y hacia terreno pedregoso antes de llegar al vado. La avanzadilla siguió adelante, vadeó el Crazy Man e hizo señas al teniente Sitterding, que estaba al otro lado encabezando la compañía A. Todo despejado.

Sitterding dio la orden, y la compañía A cruzó el risco y empezó a bajar la ladera, seguida por la compañía B, al mando de D'Arcy Topliff, trescientos metros más atrás y en formación escalonada a lo largo de trescientos metros a la izquierda, al oeste, a retaguardia. Por orden explícita de Owen Thursday. Eso en la parte del risco que daba al arroyo. En la parte del campamento seguía estando Flintridge Cohill con la caravana, y los guardias a caballo de la compañía C. Flintridge Cohill se había visto retenido nada más empezar... por un eje roto.

Owen Thursday, a caballo en lo más alto de la línea del cielo, era el único hombre que podía ver a todos los que estaban bajo su mando. Estaba allí sentado recortado contra un alba cada vez más blanquecina, como si hubiera elegido esa posición para sentarse a esperarla.

La compañía A cabalgó despacio hacia el desfiladero, con el desayuno aún caliente en el estómago, las sillas de montar ablandándose contra los músculos de traseros que se dirigían a un nuevo día de trabajo. Entonces, de forma increíble, un

anillo de fuego apareció repentinamente ante ellos y en los flancos. Ciento ochenta grados de disparos, la mitad del horizonte que les rodeaba, astillándose a su alrededor como palos podridos y secos, rompiéndose a su alrededor como ojales arrancados a una gruesa tela. Cayeron Clay Sitterding y cuarenta y dos hombres. La mitad de sus monturas, tambaleándose, galopando, se revolvió buscando retroceder, intentando salir de allí, ascender por la ladera.

Flint Cohill, ciego a todo ello porque se lo tapaba la cima del risco, supo con desesperación lo que debía estar pasando. Miró a su sargento herrador a la cara.

—Sargento Magee, ¡arregle ese eje y retenga aquí la caravana hasta nueva orden! —dijo.

Y espoleó furioso al caballo hacia lo alto del risco. Casi pareció que Owen Thursday no quisiera enfrentarse a él. Que esperó hasta que no pudo esperar más, hasta que tuvo a Cohill casi encima, y entonces clavó las rodajas en su caballo y se lanzó de cabeza hacia el otro lado, hacia ese valle de sombras. Pero no lo bastante rápido, porque Cohill vio lo que pensaba hacer. Se dio cuenta de ello. Carente de reconocimientos previos y sin tener una idea clara de a lo que se enfrentaba, sin ordenar una breve retirada para reagruparse, con toda la compañía A muerta en el desfiladero a la vista de todos, Thursday gritó a Topliff que desplegase la B y atacara al galope los laterales del desfiladero en una batida.

Cohill se volvió.

—Magee —gritó poniendo las manos a modo de bocina—, ¡traiga aquí esas carretas!

Entonces Cohill se volvió otra vez, y esta vez vio el criminal anillo de disparos que brotaba de las rocas, trazando un semicírculo completo, y en su interior sintió lágrimas que no le abandonarían mientras viviera. En ese momento supo que lo único que quedaba era la caravana y los guardias a caballo, que lo único que quedaba de la dignidad soberana de los Estados Unidos en centenares de kilómetros a la redonda era él, solo, parado en lo alto de un risco. Pero no lo dijo de este modo, lo dijo gritando: «D'Arcy ha muerto... y Clay... pero ningún hombre abandonará este risco... ¡Ningún hombre!»

—¡Sargento Magee, separe las cajas de los carros del almacén! ¡Ponga una aquí! ... ¡Ponga otra veinte pasos a la izquierda!... ¡Otra donde está usted, y otra aquí, a la derecha! ¡Todo el mundo a trabajar, caven trincheras entre las cajas para apostarse con los rifles! ¡Reúnan todas las cantimploras! ¡Hagan ladera abajo un corral con cuerda para los animales!

Esto no siempre se encuentra en el manual de instrucción. Es cien mil años de historia. Es una herencia y una maldición y la carga del hombre blanco. Es Cannas y Agincourt y Wagram y Princeton, y el desastre de Shiloh.

Con Flint Cohill, eran treinta y un hombres los que había en un risco formado por

colinas, y la idea en su mente furiosa de que no viviría para ser general, ¡pero moriría siendo el mejor puñetero teniente de caballería del mundo que podía hacer ese trabajo en aquella mañana!

Tumbado en lo alto del risco, explorando con sus prismáticos el escalofriante valle de abajo, Flint vio lo que quedaba: un oficial y tres hombres y los colores con el asta rota. No habría podido jurarlo pero parecían Clay Sitterding y el bueno del sargento Shattuck y Aiken y el sargento Ershick. Sólo un instante antes de que cayesen bajo el embate final. Entonces los guerreros de Búfalo de Piedra llegaron hasta los muertos de las compañías A y B para acribillar sus cuerpos con flechas. Arrancarles la cabellera. Cortarles el pie y la mano derechos, para que sus espíritus también quedasen mutilados y nunca volvieran a luchar. Entonces los indios se retiraron para estudiar el ataque al risco y, a juzgar por el polvo que levantaban, ya habían empezado a rodearlo, a aislarlo del agua, a prepararlo para la matanza.

Cohill llamó a su lado al joven Brailey y se acuclilló con él.

—Brailey, es usted un presumido y un fanfarrón, y nunca pensé que pudiera tener la tarea ideal para usted. Pero la tengo. Coja el mejor caballo que tenemos. Vaya a Fuerte Starke. Dígales dónde estamos y que igual seguimos con vida si se apresuran. Le nombro cabo, pero no llegará a cobrar ni un solo centavo de esa paga si para cuando vuelva estamos muertos. Muévase y consígalo.

Poco después de aquello, Cohill vio un pequeño grupo que forcejeaba dolorosamente ladera arriba. Seis hombres, arrastrándose, tirando de dos de ellos, tambaleándose. Sin sombrero y sangrando. Deteniéndose exhaustos, mirando hacia arriba, antes de continuar despacio la ascensión. Finalmente Cohill bajó hasta ellos. D'Arcy Topliff, alcanzado cuatro veces y respirando apenas. El pelirrojo Glastonby de la compañía A.

—Señor, no tuvimos ninguna oportunidad —sollozaba cada vez que intentaba hablar. Señalaba impotente hacia atrás. Maldecía con lágrimas que trazaban un surco en el polvo de sus mejillas.

—Suba a Topliff a lo alto del risco, Glastonby.

Y estaban Moore y Stonesifer y Coyne, todos de la compañía B, arrastrando a Bittendorfer con ellos. Horrorizados y sin habla. Sangrando. Obedeciendo como mulas de carga.

—Sigam subiendo hasta la cima.

Cohill dijo eso, porque en ese momento vio al séptimo hombre, todavía muy debajo de ellos.

—Y díganle al sargento Magee que yo llegaré en unos minutos... unos minutos después de ustedes.

Y bajó por la ladera hasta acuclillarse junto a Owen Thursday.

—Cohill, señor.

Thursday se volvió y le miró como si no lo hubiera visto en la vida. La luz había desaparecido de sus ojos, y también el orgullo había muerto en él. El fantasma de este día lo había acompañado durante todos los días de su vida, burlándose de su orgullo, señalando a sus ambiciones personales con el dedo del desdén. El general Thursday, de los cuerpos de Clarke, de Cumberland Station, de la montaña de Sudler, ¡ayudado por la suerte y el diablo y con la corona de héroe a su alcance!

Pero hoy ese fantasma había cobrado vida a costa de setenta y dos hombres que yacían muertos, pues la ignorancia es servidora del orgullo, y la testarudez amante de la ambición.

—Estoy apostado en la cima del risco —dijo Cohill—, con las cajas de las carretas como protección y trincheras para los tiradores. Tengo treinta y siete hombres, un oficial y un hombre herido. Tengo agua y municiones...

—Prepárese para salir enseguida —dijo Thursday—. Hay que intentar retirarse a Fuerte Starke.

Pero la voz se le quebró.

Flint Cohill negó con la cabeza.

—Búfalo de Piedra ya está rodeando nuestra posición. No podemos abandonar la cima del risco. Si lo intentamos, nos harán pedazos antes de que podamos recorrer siquiera quince kilómetros.

—¡Prepárese para salir, teniente Cohill! —su voz era un gemido agudo y roto.

—He enviado un mensajero a Starke, señor. Creo que conseguirá llegar. Creo que el capitán Joplyn estará aquí en cinco días. Puedo resistir hasta entonces. ¡Además, no tenemos otra opción! General... —Cohill lo dijo con intención, pero sin desafío en la voz, sin la menor crítica. Casi suplicando—. General, allí abajo han muerto dos compañías, todos los amigos que desde hace años tengo en el mundo —sacó el revólver de la cartuchera y lo giró hasta que la culata apuntó a Thursday, quien la cogió y la empuñó—. ¡No tendrá que repetírmelo, pero las compañías A y B están presentes, y yo también! ¡Acataré sus órdenes, pero sólo bajo arresto, señor! ¡Sólo bajo arresto!

Thursday se puso lentamente en pie, con el revólver de Cohill en la mano.

—He tenido todo lo que puedo tener —dijo suavemente—. Aquí se acaba por fin mi camino.

Cuando Flint le miró a los ojos los encontró completamente vacíos. La luz había desaparecido de ellos para siempre.

—Teniente Cohill, suba a la cima de su risco. Yo vuelvo abajo. Buena suerte.

—Sitterding ya no puede hablar, ni Shattuck ni Ershick o Aiken, y tiene mi palabra de honor de que yo no lo haré... nunca... por el bien del cuerpo —casi susurró Flint.

Y así es como encontraron a Owen Thursday cuando la escuadra volante de

Starke alcanzó a la partida de Cohill en el quinto día.

Estaba muerto junto al pequeño grupo que había defendido los colores, muerto junto a Sitterding, Shattuck, Ershick y Aiken, con un tiro en la oreja derecha, disparado tan de cerca que el médico habría deducido que el comandante mayor había apretado personalmente el gatillo. Pero Cohill llegó primero, pues hay formas de vivir que son mejores que los hombres que intentan vivirlas, y un regimiento tiene un honor que ningún hombre puede usurpar y considerarlo de su propiedad personal. La gloria es una piedra de jade que se vende en la calle y está al alcance de cualquiera que la desee. Thursday la quería pero tenía los bolsillos vacíos, así que Cohill le prestó dos dólares para que comprara la posteridad. Cohill le quitó su arma a la mano muerta de Thursday. Le sacó el tambor y vació en su mano izquierda los cinco cartuchos con bala y el cartucho vacío. Arrojó la pistola a lo lejos, hacia el arroyo Crazy Man.

Fue dejando caer los cinco cartuchos con bala uno a uno a medida que se alejaba, pero el cartucho vacío lo llevó encima durante el resto de su vida, pues cuando lo tocaba en su bolsillo le daba valor en los momentos en que lo necesitaba, cuando el camino era tenebroso y las decisiones difíciles.

Y fue Cohill quien, años después, reconstruyó la escena para que la pintara Jonathan Redfield.

—El comandante Thursday —dijo— era un oficial aguerrido. Lo encontramos muerto con el pequeño grupo que había defendido los colores, con el teniente Sitterding y el sargento Shattuck y Ershick y el soldado Aiken. Ningún hombre podría haber deseado más.

Pero incluso cuando era muy anciano, Cohill siempre miraba con dureza a cualquiera que dijera «por el bien del cuerpo», y siempre respondía:

—¿Qué significa eso exactamente para usted, señor?

MISIÓN INEXISTENTE

Mission With No Record, 1947

—Río Grande, 1949—

Al oficial de guardia le llegó el eco del traqueteo de las ruedas de muchos carromatos rodando por el camino de Sudro. Eran casi las cuatro de la mañana y la brisa matutina que arrastraba ese sonido recorrió el patio de armas de Fuerte Starke, arrojando arena contra las tablas de madera de la cerca de los alojamientos de oficiales, azotando las tensas drizas en un frenético tamborileo contra el mástil de la bandera.

El oficial de guardia corrió hacia ellos; los carromatos traían los reemplazos del destacamento, casi con un día de antelación. Bordeó el patio de armas y tomó el atajo que pasaba junto al aislado alojamiento del coronel Massarene para llegar hasta la garita de guardia. En ese momento se detuvo en seco, con la cabeza ladeada para oír la suave llamada de un violín... «Samanta... mientras la luna brille... Samanta». A través de la iluminada ventana de la vivienda del oficial al mando, podía verse la esbelta silueta del coronel Massarene, con la cabeza ladeada, el brazo del arco torcido, produciendo una suave melodía de años perdidos, olvidada luz de velas y olor a jazmín en el aire de la noche... «Samanta».

El oficial de guardia se detuvo un segundo, mirando y escuchando con absoluta incredulidad. La glacial silueta de un hombre, D. L. Massarene, que vivía en la soledad de un monje capuchino, con una silla, una litera, una mesa. Gobernando el oeste y el regimiento con la mano de hierro del deber. Que nunca comía con otro oficial, nunca tenía una palabra de elogio o de ánimo. Solo y sin amigos, con el espeluznante sollozo de su violín para evocar en su alma los años perdidos y darle consuelo.

De repente, el oficial de guardia se sintió un mirón, como si hubiera entrado a hurtadillas para profanar la intimidad de un hombre, pues de alguna manera esa canción contenía el honor de una mujer... y amargas lágrimas y solitaria desesperación. Se sintió avergonzado y dio media vuelta para volver a correr hacia comandancia y a la garita del guardia y al lento y traqueteante sonido de la caravana de carromatos que entraba en el puesto por el camino de Sudro.

El oficial de guardia se acercó al sargento Shattuck por la espalda y este giró en redondo.

—Reclutas de reemplazo de los barracones de Jefferson, señor Topliff. Con dieciocho horas de adelanto. El general Sheridan se unió a ellos en Elkhorn. Está en la comandancia del puesto. He enviado a por el coronel.

D'Arcy Topliff subió los escalones de comandancia en dos amplias zancadas. Philip Henry Sheridan, de espaldas a la lámpara del techo, giraba el regulador, abría la rejilla con un dedo y echaba leña hasta que la estufa rugió como un barco fluvial.

—Sheridan, señor —dijo con un leve acento del Estado de York—. ¿Y el café?

—Topliff, señor. Oficial de guardia.

Y D'Arcy puso la cafetera de servicio en el fuego.

Sheridan alargó las manos para derretir la gelidez que las entumecía. Debió parecer así de hinchado y azulado la mañana que salió de Winchester con sus hombres al galope para acabar con Jubal Early, porque las mañanas de octubre en el valle de Shenandoah podían ser muy frías.

El coronel Massarene atravesó los tableros que llevaban a comandancia, tocó una vez la barandilla de la escalera, suavemente, y abrió la puerta con una rápida insistencia que fluía a través de él desde la cabeza a los talones y la voz:

—Buenos días, general.

—Hace siete años de la última vez que tomamos café, ¿verdad, Massarene? —respondió Sheridan.

—Siete, señor. Exacto. El quince del mes que viene.

Massarene era alto y enjuto hasta ser casi un susurro dolorido, pero también era un magnífico animal templado para su trabajo como la mejor de las herramientas. Coronel de caballería y nada más, pues nada más había para él fuera de eso. Tampoco para Sheridan. Pero en Sheridan había un toque de extravagancia en el bigote y las patillas que llegaban hasta la mandíbula, en sus gestos casuales, que la hoja de sable de su fina nariz impedía que provocasen la risa.

—Massarene, le traigo órdenes. Debo transmitírselas personalmente —dijo—. Voy a enviarlo al otro lado de Río Grande, a por lipanes, kickapúes y apaches. Estoy harto de que ataquen y huyan, y del tira y afloja diplomático. Cruce la frontera, aniquílelos y al diablo con el Departamento de Estado.

—Señor Topliff —dijo Massarene—, usted no ha oído nada... sólo lo oficial. Lo cual es como no haber oído nada.

Fuera, los reclutas de los barracones de Jefferson descargaban el equipaje con la persistente hosquedad de quien se ha levantado temprano, dejándolo caer en el suelo, maldiciendo en voz baja, haciendo el trabajo, pero sin alegría alguna.

—¿Tendré una orden escrita para la misión, general? —preguntó Massarene.

—No —Phil Sheridan negó con la cabeza—. Grant y yo cargaremos con toda la responsabilidad ante Washington, pero no queremos que exista nada oficial por escrito. Mi trabajo es proteger Texas. Usted cruce Río Grande ¡y aplástelos como hizo Mackenzie!

Fuera, una vez descargada la caravana y con las primeras y grises luces de la mañana trotando por la pradera como la sombra de un lobo demacrado, el sargento

Shattuck empezó a leer la lista del destacamento de reemplazo.

—Andrews, Blake, Cattlett, Fink...

Dentro, el general Sheridan dijo:

—Siento lo de su hijo, Massarene.

—¿Perdón?

—Que lo suspendieran, quiero decir. Que lo expulsaran de la Academia.

—... Heinze, Hooker, Ives, Jacobs...

—Sigo sin entenderle, general.

—Su hijo fue expulsado de West Point hace dos meses. ¿No se ha enterado?

Comandancia se enfrió de pronto con el aliento de la tumba, y los años que habían pasado sin tocar al coronel empezaron de repente a volver a él.

—No sé nada de mi hijo desde que tenía tres años, general. Y nunca esperé volver a saber de él.

—... Lowry, Lutz, Marble, Massarene...

Ninguno de los tres hombres de comandancia movió un solo músculo, pero fue como si al fibroso coronel Massarene le hubieran dado una patada en el estómago, como si una relampagueante sombra lo hubiera golpeado de forma física.

—General, partiré pasado mañana con el regimiento —dijo, al cabo de un momento—, tras el toque de diana... Señor Topliff, despierte a mi ayudante de campo.

Pero el sonido que pendía en el cuarto era el eco de ese nombre, «Massarene», como el abrigo de un muerto en su perchero. La noticia corrió por todo el regimiento antes del toque de establos de la mañana:

—¡Uno de los nuevos reclutas de Jefferson es el hijo del viejo! Suspendió matemáticas y lo expulsaron de la academia. Ese mismo día se alistó en Highland Falls.

Y en el desayuno del comedor de oficiales solteros:

—Su madre era una de las hermanas Fahnstock. Era increíblemente bella. El hijo es guapo como el pecado, y tan estirado como el viejo. Dicen que ella no soportaba esta vida. Tenía fortuna propia. Dejó a Massarene hace años, cuando todavía era teniente.

Cuando D'Arcy Topliff examinó el coche del pagador e inspeccionó la escolta para el viaje de Sheridan de regreso a Elkhorn, el general le dio las gracias.

Al montar en su caballo, volvió la cabeza.

—¿Está casado, señor?

Topliff sonrió.

—Eso es difícil hacerlo aquí, general.

—Cuando lo haga, asegúrese de que sea con una muchacha del ejército. Una que sepa cocinar, coser, montar a caballo, disparar, criar a sus hijos y mantener un buen

aspecto. Y recuerde que se lo dije yo, señor.

Los hombres bromeaban diciendo que en Starke los galones debían ponerse con corchetes. Odiaban al coronel Massarene por estar tan apegado a las normas que no cabía humanidad alguna entre él y ellas, sólo una inmaculada justicia militar que parecía hecha por una máquina, y tan fría como los dedos de la muerte. Lo odiaban porque siempre tenía razón, y lo odiaban porque sabían que nunca podrían sentir afecto por él.

—Dios, espero que el chico sea de acero. Porque, como no lo sea, el viejo lo hará pedazos con sus propias manos.

Cuando el coronel Massarene pasó revista a los nuevos reclutas, miró directamente a los ojos de su hijo, pero ninguno de los dos dio la menor muestra de reconocimiento, de vacilación.

—Espero que hasta al último de ustedes le corriera espesa la sangre por las piernas cuando aprendieron a montar en Jefferson —le dijo el viejo al destacamento—. Espero que se les haya secado, pero que la conserven en su corazón. Deserten... y les encontraré y les ataré de manos y pies y les traeré de vuelta. Descuiden sus deberes... y les enderezaré atándolos a las ruedas de los carros de suministros. En este regimiento es más difícil que te nombren cabo que un hindú vaya al cielo. Hoy empiezan su servicio en el ejército... ¡Rompan filas!

Giró sobre sus tacones y se alejó.

Cuando Topliff terminó su turno como oficial de guardia, el viejo lo llamó a comandancia.

—Señor Topliff —dijo—, sólo usted y yo sabemos adónde se dirige el regimiento. Suficientes lenguas para que se corra la voz. Así que no habrá más lenguas enteradas, ni siquiera la de mi ayudante. Planee tres rutas alternativas. A grandes rasgos, quiero salir de Starke y avanzar hacia el suroeste, a las mesetas, como distracción, y cruzar la frontera en algún lugar entre Peco y San Jacinto, avanzando de noche a marchas forzadas, dejando atrás las carretas. Dentro de nueve días hay luna nueva. Cruzaré entonces y me gustaría que el regimiento creyera que cruzamos el río Querhada en vez de Río Grande... hasta el último minuto. Supongo que comprende que puede rechazar la misión. Si el general Sheridan muriera mientras hacemos esto, perderá su rango, y yo perderé el mío... y a todos.

—Usted no pretende ofrecer la misma opción a los otros oficiales, señor. ¿Me la ofrece a mí porque estaba presente y conozco la misión?

—Una orden es una orden, Topliff. No puedo ofrecérsela a los otros hasta que hayamos cruzado Río Grande, y no lo haré entonces.

D'Arcy Topliff estaba en la oficina contigua de comandancia, elaborando la lista de los hombres que saldrían en la partida, cuando llegó el cabo Massarene. Escuchó la

conversación y fue como un martilleo de golpes secos en la pared que los separaba.

—¿Quería verme, señor?

—Sí —una larga pausa vibró en el aire cuando los ojos de aquellos dos hombres se encontraron y se atacaron como cuchillos—. Le he mandado llamar para dejarle algo claro. El que sea mi hijo sólo es algo que sale en su expediente oficial. Sin duda habrá vivido muchos años teniendo una opinión de mí, como yo tengo una de usted. Le diré cuál es la mía. No es agradable. Por sus venas corren dos tipos de sangre. Una tiene profundamente arraigada una forma de vida cómoda y adinerada, tan arraigada que el orgullo de un juramento y de una responsabilidad son secundarios ante esa continua necesidad. Eso se ve en su expediente.

Fuera, Topliff podía sentir en sus propias mejillas el ardiente torrente de la sangre enfurecida oscureciendo el apuesto rostro del muchacho, hasta dejarle los labios tan blancos como una cicatriz reciente. Topliff susurró frenético en su mente: «No le respondas. No le contestes».

—También está en su expediente que ha suspendido en West Point y que ha sido expulsado por considerársele indigno de ser un oficial. Así que se alistó, en un gesto dramático con el que castigarse a sí mismo, presentando armas a hombres con los que ha compartido novatadas. Ni su fracaso ni su intento de expiarlo me impresionan. Su otro tipo de sangre es el mío, pero el concepto que tiene de él es uno de plumas, desfiles y bandas de música. Ha seguido la mentira de esos alicientes, y se ha jugado imprudente e irreflexivamente su vida sobre el tapete, y ya se han repartido las cartas. Le diré con toda claridad que la escalera de color de la gloria nunca aparece en la vida y que sólo los idiotas esperan que les salga. En Chapultepec, mi padre ejecutó con su propia mano al hijo de un senador de los Estados Unidos por cobarde. No le atormentaré, pero lo que otros hombres consiguen en este regimiento, usted sólo lo conseguirá cumpliendo meticulosa e inmaculadamente con su deber hasta el último detalle. Ha elegido mi estilo de vida, ¡y procuraré que se atenga a su más profunda esencia o dejaré que sus huesos se blanqueen bajo la luna de la pradera!

Fuera, Topliff se daba cuenta de que había apretado los puños con tanta fuerza que los brazos le dolían hasta el codo. Entonces escuchó la voz del muchacho, grave, tranquila y controlada, como unos guantes de seda.

—¿Tengo... el privilegio de hablar, señor... o no?

—Dentro de las estrictas limitaciones del decoro.

—No pedí ser enviado a este regimiento, señor, pero ya que estoy aquí, no quisiera estar en otro... salvo por una cosa.

—¿Y cuál es esa cosa?

—Que pueda caber en su mente la más ligera idea de que viniera a este regimiento para llamarle alguna vez «padre», señor.

¡Por todos los santos! Lo que puede hacerle a veces la vida a la gente, y de forma

tan inútil, tan completamente irracional.

El joven Massarene fue asignado a la compañía C, la compañía del teniente Cohill, y como suele pasar con estas cosas, una vez se está al tanto de ellas, D'Arcy Topliff siguió cruzándose en el camino del muchacho, ese joven enjuto, de caderas lisas y flexibles y amplio torso. Cargando los carros de suministros del regimiento tras el corral del intendente. Con el destacamento de la munición. En el de limpieza. En los establos. Y Topliff lo vigilaba de cerca para ver lo que hacía, pues podía equivocarse en muchas cosas.

Porque Topliff se había puesto instintivamente del lado del joven cuando el coronel lo despellejaba, y en él seguía. Y, sin saber muy bien cómo, una parte de él había entrado en la mente del joven Massarene, del mismo modo en que había entrado en la del coronel al escuchar ese violín a las cuatro de la madrugada.

El regimiento partió según lo previsto e inició el largo camino al suroeste del país. En los días que siguieron, D'Arcy Topliff cabalgaba a veces siendo el joven Massarene. A veces siendo el coronel. Era el joven Massarene cuando encontraron el carromato calcinado y sus ocupantes muertos, uno de ellos boca abajo y atado al eje de la carreta, con la lengua cortada, pero todavía vivo para horror de las frenéticas hormigas. Era el joven Massarene, con el amargo regusto de la bilis en la garganta, tragando constantemente para mantener la comida en el estómago ante la verde corrupción que sentía en la nariz. Guantes blancos y cinturones de cuero blanqueado. Botas lustrosas y botones de latón relucientes al sol del río Hudson. Un mundo muy alejado del sargento Shattuck, que desenfundó cuidadosamente el revólver para ponerlo en la agonizante mano del carretero y recogerlo luego allí donde había caído tras el brusco retroceso de ese único disparo que había concedido paz.

Pero Topliff era el coronel en su mente cuando el humo se elevaba sobre la vanguardia de la columna y entraron lentamente en Corinth Wells y se dirigieron hacia las casas incendiadas. Había mujeres muertas en el patio y una niña de doce años desgarradoramente desnuda que se había vuelto completamente loca para siempre.

—Por favor, que alguien me dé un vaso de agua y me cuente algo gracioso.

—Cohill, vaya tras ellos —ordenó el coronel Massarene—. Le doy doce horas. Veinte hombres. Nos encontraremos aquí —puso un dedo en el mapa—, en San Jacinto.

Y Topliff sintió eso en la mente del coronel Massarene antes de que el propio coronel lo dijera. Lo sintió porque lo que pensaba el coronel era que es fácil aplacar a los reclutas con acción, siendo más difícil obligarlos a ver sin que se rebelen. Es fácil calmar su rabia con rifles, pero despiadado hacer que se contengan.

Y nada es peor que enterrar a mujeres que han pasado por manos apaches, nada es peor que una niña enloquecida desenterrando el rostro de su madre muerta a la luz de

las estrellas.

—No se lleve el destacamento de la compañía C, señor Cohill —ordenó el coronel—. Coja a los de la avanzadilla. Y bajo ninguna circunstancia cruce Río Grande.

Cohill no alcanzó a los indios. Estaban al otro lado de Río Grande antes de que él llegase a la orilla. En la otra orilla, donde estaban ahora, protocolariamente a salvo, apestando a sangre seca entre el humo verde de sus poblados, bajo la teórica protección de un imperio en ruinas que se había expandido desordenadamente desde que la brisa de Queretaro agitó el humo azul de los rifles del pelotón de ejecución y alborotó la rubia barba de Maximiliano von Habsburgo, muerto entre el polvo que se elevaba de su acribillado cuerpo.

—No se lleve el destacamento de la compañía C, señor Cohill.

Y así pasaron los días, con Massarene haciendo avanzar el regimiento a ritmo constante. El regimiento era una parodia de sí mismo, un bufón moviéndose a cámara lenta mientras los payasos se llevaban las risas con su número de atacar a sus espaldas y correr para ponerse a salvo delante de ellos y burlarse riendo a carcajadas. Casi parecían vigilar la marcha del regimiento desde la otra orilla, calculando su avance, planeando sus incursiones para encajarlas en la pauta de su marcha.

La rabia quemaba en lo más hondo como un dolor de tripas, pero Massarene seguía tirando de las riendas del regimiento con sus manos grises, contemplándolo todo como un cirujano contempla una enfermedad, atento a la menor maldición y a la tensa sombra de la ira en sus rostros. Era como si todo el regimiento fuera un solo hombre para él —otra vez en la mente de Topliff—, un hombre al que podía acondicionar racionándole el agua, haciéndolo sudar en marchas forzadas nocturnas, reduciendo sus raciones para vaciarle el estómago de cara al escalpelo, atenuando su instinto animal antes de enfrentarlo al shock de su cortante filo.

—Bajo ninguna circunstancia cruzará Río Grande.

El regimiento se volvió frío y silencioso con este trato, huraño hasta hacerlo todo con meticulosa rabia. Había rápidas peleas animales en las acampadas, que puños más fuertes solventaban rápidamente, y los caballos también estaban agitados, en lo profundo de su ser, y coceaban contra sus corrales de cuerda, con relinchos quedos y furiosos. Y Massarene lo contemplaba todo como un cirujano, esperando al último momento. Entonces se arremangó, se puso el delantal de goma y fue a por el escalpelo.

Aquella tarde acamparon temprano y dejó que los caballos pastaran a sus anchas en los corrales de cuerda. Pasó revista personalmente, como un teniente novato en su primera inspección. Hizo que comieran caliente. Repartió el doble de munición, una ración pequeña y algo de avena, y por todo el comando corrió de repente una idea, como si se amartillara un arma en una noche helada, una duda palpitante, una fría

bravata, un resurgir que trocaba la rabia de blanco a escarlata.

Cuando llegaron las primeras sombras, el coronel Massarene se irguió en su caballo y dio las órdenes: nada de agua, salvo si lo ordenaba un oficial. Nada de comida para hombres o caballos, sin que fuera autorizado. Nada de avanzadillas. Nada de guardias en los flancos. Nada de toques de corneta. Nada que no fuera una larga columna unida, férreamente sometida a la disciplina, preparada para lanzarse a la noche como una jabalina.

—Monten.

Un rápido cambio en la dirección de la marcha, un rápido volver sobre sus propios pasos hacia el sureste y a las once y media de esa noche:

—¡Por todos los santos! ¡Este no es el Querhada, es el Río Grande! —se oyó por toda la columna.

Allí estaba, con sus aguas azafranadas, cortando el polvo del camino como un hacha de doble filo que pendía sobre los Estados Unidos, mientras el regimiento lo vadeaba con la fría inercia de su avance, y emergía empapado bajo las estrellas, mientras el viejo llamaba a sus oficiales.

—Caballeros —anunció—, nos dirigiremos al suroeste hasta Santa María. Voy a arrasar todo lo que encontremos en el camino, a todo kickapu, lipano y apache, y todo lo que no podamos distinguir en la oscuridad. Avanzaré al galope como un azote en columna, para que las siguientes cinco horas se recuerden durante los próximos veinte años. Y continuaré avanzando, aunque se interpongan tropas en nuestro camino, hasta que a las seis de la mañana volvamos a cruzar el río en Paredes. Abandonarán a los muertos, rematarán a los caballos heridos y atarán a los heridos a sus sillas. No quiero que se combata a pie.

Y entonces dijo lo único que tenía que decir mientras su odio por esta necesidad le retorció el rostro gris y le dejaba un regusto amargo en los labios.

—Caballeros, obedezco órdenes. Obedezcan ustedes las mías. Por tanto, no piensen en las consecuencias de lo que se haga esta noche. Esto será vilipendiado a miles de kilómetros de distancia por hombres que visten ropas limpias y se sientan en cómodos despachos —y entonces lo hizo, con la misma frialdad con que desenvainaría el sable—: Teniente Cohill, sitúese mil metros al sur y abra camino. Teniente Cohill, llévese la compañía C.

Ahí estaba. No era una primera misión fácil, no era una lucha a caballo a plena luz del día en terreno conocido, respaldado por tropas de refuerzo y médicos para cuidarte si te rompes los huesos. No, eso puede verse desde la acera. Pero esto es diferente. Si tu montura cae, te quedas atrás a no ser que consigas otra. En esta lucha, si te adelantas, estás a merced de un primer contacto en la oscuridad, de emboscadas y barricadas y de un estallido de fuego desgarrador que surja de las sombras. Si te alcanzan estás acabado, a no ser que un compañero te ate al caballo. Si vacilas, Cohill

te matará como a un perro. Y si resultas ser un héroe, nadie lo verá en la oscuridad y no recibirás recompensa alguna.

—Teniente Cohill, sitúese mil metros al sur y abra camino. Teniente Cohill, llévese la compañía C.

Pero las palabras que Topliff creía escuchar no eran aquellas, sino otras: «O dejaré que sus huesos se blanqueen bajo la luna de la pradera».

Extrañamente, cuando la compañía C se alejó a las susurradas órdenes de Flint Cohill, no hubo ruido de cascos ni crujir de cuero, camisas sudorosas o boñigas de caballo, sino un suave rumor de faldas de seda y aroma de jazmín en el aire nocturno, y el callado sollozo de una mujer, resonando en los años perdidos.

Topliff vio el rostro del joven Massarene cuando pasó por su lado, en la oscuridad, durante un breve instante a la luz de las estrellas reflejada en el río. Apuesto como el pecado, pero con un rostro de hombre, y un cuerpo de hombre que se movía con su montura como si fueran uno solo. Pero entre su rostro y el del coronel había una sutil diferencia, que era mayor que la que hay entre años de puños de seda y años de lana. Que entre el cuello vuelto de un duelista y ojos grises que contemplan vastas llanuras. Risas que dan calidez a frías palabras, por humanidad. La resistencia que tiene la despreocupación para enfrentarse al error con un estímulo, rebajándose a usar la vía difícil para volver a encontrar tu legítimo lugar en alas de sangre antigua.

Una vía mucho más difícil que el implacable camino de toda una vida de disciplina. No te esfuerces demasiado, muchacho, susurró la mente de Topliff. Y Topliff supo que para todos hay caminos en la vida y que ningún hombre se atreve a criticar a otro por tomar el camino que se ajusta a su caminar, pues el viaje siempre es solitario para todos, y Dios habla en muchas lenguas.

—¡Usted delante y guíenos!

Bueno, ahora sale en los libros, de forma impersonal, con datos y fechas, pero sin ahondar demasiado, pues hay dos legislaciones enfrentadas y la diplomacia tiene más que ver con los modales que con la moralidad. Pero consideremos el ataque de represalia como una bestia roja en la noche, que araña en el mundo un arco de setenta y cinco kilómetros como un diablo vestido con una armadura al rojo vivo. Observemos ese rastro de muertos a su paso, destripados y abiertos, y la flor escarlata de las llamas floreciendo contra la oscuridad y parpadeando bajo el eco de los implacables cascos de los caballos.

La respiración en las gargantas de los hombres era tensa, desgarrando las membranas, y había tanto miedo y muerte y esperanza en sus mentes que las sentían tan en carne viva como si se las hubieran descuartizado.

Pero había una mente que se mantenía firme.

—¡Topliff, haga que Pennell se agrupe! ¡Que se agrupe!

Una mente apegada a la maquinaria del ejército, una mente templada para ese trabajo. Que seguiría en su sitio por mucho que vibrara su engaste. Aférrate a ella. Mantente fiel. Agárrala y mantenla en funcionamiento aunque te arranque los dedos de las manos.

—Dígale a Pennell que le haré un consejo de guerra. Dígale que le pegaré un tiro si se dispersa, maldito sea. Que mantenga la columna agrupada... ¡Agrupada!

Incendiaron siete poblados —lipanes, kickapúes y apaches—, atacándolos aquella noche allí donde los había situado la información verificada del coronel. Se precipitaron desde la oscuridad como una avalancha, dejando atrás sólo llantos de mujeres, deteniéndose cada vez brevemente para reagruparse y proseguir su inexorable marcha al paso, después al trote y vuelta a empezar. «¡Alinearse! ¡Al galope! ¡Adelante!» Así hasta Escobedo. Y allí, en lo último de la noche y en la fría niebla del río, con el final a la vista, descubrieron que la noticia se les había adelantado en alas del instinto o de llamas dejadas atrás, y la compañía C atacó la barricada y el fuego graneado que la defendía. Los caballos cayeron relinchando en su agonía, y el comando se replegó en el camino, y el rebote de una bala hizo tañer las campanas en lo alto de la capilla. Las llamas se elevaron y lo iluminaron todo durante un segundo, no lo bastante para ver en aquel momento, pero sí para recordarlo mucho después.

Cuchillos rojos cortaron entrecruzándose en la noche y el polvo de adobe se desprendió de los castigados muros. El regimiento embistió a la compañía C, desembocando a derecha e izquierda de la capilla para mantener su empuje, dividiendo...

—¡Atraviéselo, Cohill! ¡Maldita sea, atraviéselo!

Y Cohill, con el rostro cubierto de sangre a la luz de las llamas y blanqueado por el polvo, un centauro en su encabritado caballo, gritó a la compañía C que le siguiera.

Alguien se debatía en el camino, con el caballo derribado, coceando enloquecido por el dolor, y gritando «¡Madre!, ¡madre!» a pleno pulmón.

Topliff cabalgaba rodilla con rodilla con el coronel, cuando el otro jinete se cruzó en su camino, frenó su galope y agarró el brazo extendido del caído, levantándolo sobre sus tambaleantes pies y depositándolo sobre el pomo de su silla en el momento en que el caballo se inclinó hacia delante arrojándolos de cabeza contra las escaleras de la capilla. El joven Massarene seguía sujetando con una mano al hombre que había rescatado, mientras con la otra disparaba sin cesar contra el fuego graneado, como un hombre en el campo de tiro, apretando el gatillo con calma, los apuestos labios contraídos a la luz de los disparos.

El coronel Massarene frenó su propia montura en seco, le hizo dar media vuelta y corrió hacia las balas en dirección a un caballo sin jinete antes de volver a los

escalones de la capilla.

—¡Monta, Donald, estúpido!

Y su hijo lo hizo, arrastrando otra vez a su compañero.

—¡Gracias, señor! —dijo con la frialdad que se usa jugando al whist, nada estudiada, nada controlada, la voz de un hombre, de un trabajador competente que realiza bien las tareas de su oficio.

Y fue entonces, galopando los tres rodilla con rodilla, cuando Topliff oyó cómo la bala golpeaba el cuerpo del viejo como una piedra tirada al barro. Y fue entonces también cuando vio el hombro y el antebrazo superior del joven Massarene desgarrados hasta el blanco hueso, pues los arbustos de mezquite se recortaban contra el inminente amanecer.

El coronel se inclinó hacia el cuello de su montura, empapado en sudor y abrumado por el dolor, pero se mantuvo al galope hasta llegar al frente de la columna y dar el alto para reagruparse.

—Señor Topliff, no puedo desmontar —dijo entonces—. Áteme a la silla.

Topliff ató uno de sus pies y el joven Massarene pasó el ronzal bajo el caballo y le ató el otro pie.

—Estás herido —le dijo de repente el coronel a su hijo.

Topliff sabía que los años perdidos ya no se interponían entre ellos como sonrientes mendigos pidiendo limosna con manos ansiosas. La esencia de su afinidad estaba presente, como si siempre lo hubiera estado. El apuesto rostro junto al gris eran como una moneda de fino metal estampada en la misma prensa.

—No tiene importancia, ¿verdad, señor?

Y a plena luz del día, D'Arcy Topliff sintió que unas suaves manos blancas lo tocaban agradecidas por su comprensión, porque lo que D'Arcy había oído era: «Lo siento, pero toda mi vida he sabido que algún día tendría que mostrarte que ella no estaba tan equivocada como tú querías creer, que tendría que venir a probártelo de la única manera en que podrías comprenderlo, padre».

Y la razón por la que Topliff oyó esas palabras fue que el joven Massarene sonrió al decir:

—No tiene importancia, ¿verdad, señor?

El regimiento volvió a cruzar el Río Grande por Paredes a las seis de la mañana. El coronel Massarene fue el último en hacerlo, cabalgando entre su hijo y el teniente Topliff, todavía atado a su silla.

—Señor Topliff, dígame al mayor Allshard que tome el mando. Donald, que el médico del regimiento te vea ese brazo y vuelve con tu compañía. Cuando el médico termine de atender a los heridos, envíelo conmigo. Lo esperaré en la escolta de carros. Desátenme y déjenme bajar.

Topliff desató el ronzal y ayudó al coronel a deslizarse de la silla. El joven

Massarene hizo girar a su caballo por la derecha, saludó con la mano que sostenía la brida, pues tenía inútil el otro brazo, y se inclinó ligeramente al saludar. Lo hizo con un gesto de gracia infinita y la ternura de una buena vida.

El coronel, presionándose ligeramente con una mano el costado herido, devolvió la cortesía, y cualquier mancha que pudiera haberse interpuesto entre los dos quedó lavada. Los años que habían perdido quedaron olvidados y la deuda completamente saldada.

LA GRAN CACERÍA

Big Hunt, 1947

—*La legión invencible, 1949*—

Un enérgico tamborileo de nudillos estremeció el marco de la puerta del oficial al mando. Al oírse la voz de «adelante», se abrió de la mano del teniente Pennell.

—El señor Rynders desea verle, señor.

MacLerndon Allshard seguía sintiendo tal rabia asesina que no notaba nada en las yemas de los dedos. Miró a su ayudante de campo.

—¿Está el médico listo y esperándonos, teniente Pennell?

—Sí, señor.

El mayor Allshard sacó las largas piernas de debajo del escritorio, se puso en pie y cogió el sombrero.

—Ha llegado otro telegrama del departamento, Pennell. Han vuelto a cambiar los planes para el senador Chadbourne y su partida. Llegarán hoy en la diligencia de Elkhorn con el carro del correo.

—¿Pero siguen queriendo cazar búfalos?

—Siguen queriendo cazarlos —asintió Allshard—, así que retenga a Oldroyd en el puesto como guía y prepare una escolta de caza para el senador.

Ross Pennell abrió la puerta que daba a la oficina exterior, dejando pasar al oficial al mando. Después le siguió, rodeándolo por la derecha para abrir la puerta del porche.

Toucey Rynders, el agente comanche, estaba apoyado en la barandilla. Era un hombre alto de manos muy pequeñas. Ben Oldroyd, el cazador contratado por el ferrocarril, estaba sentado en los escalones de debajo de él, fumando en una pipa de caña larga, mirando el polvo que emborronaba el horizonte entre el sur y el este.

—Buenos días, mayor —dijo el agente con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, señor Rynders.

—Recibí su mensaje cuando salía de mi tienda en South Branch para ir a la agencia. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

Las manos de Toucey Rynders se agitaban como húmedos animalitos por el borde de la ancha ala de su sombrero.

La furia seguía siendo un remolino carmesí en la sangre del mayor, pero veintidós años de disciplina la mantuvieron a raya.

—Probablemente será consciente, señor Rynders, de que hace más de dos meses que no se paga a la guarnición de este Fuerte.

Las cejas de Rynders se alzaron ligeramente.

—Las cuentas de mi tienda son elocuente testimonio de esa realidad, mayor. ¿Es de eso de lo que desea hablar conmigo?

—No —Allshard negó con la cabeza—. Quería hablar con usted acerca del pagador. Llegó esta mañana temprano. Muerto... y sin su dinero. Me lo trajo aquí Ben Oldroyd, envuelto en un poncho —el tono del mayor era suave—, y quisiera hablar con usted respecto a de dónde sacan los comanches los fusiles de repetición Henry, señor Rynders.

Oldroyd escupió al polvo del camino desde los escalones de más abajo, y el sonido que hizo fue el de naipes cayéndose, pues tenía las mandíbulas ocupadas con tabaco de mascar, y un bulto del tamaño de un huevo de pato en la mejilla, contra la boquilla de su pipa.

Rynders volvió a ponerse el sombrero en la cabeza. Colocándolo con cuidado con ambas manos, bajando el ala sobre la oreja derecha, levantándola sobre la izquierda, volviendo a poner las manos fuera de la vista, en los bolsillos de los pantalones.

—¿Debo entender, mayor, que en su mente hay alguna relación entre la muerte del pagador y la pregunta sobre los rifles Henry?

El cazador contratado se quitó de la boca la pipa de caña larga y se limpió una mancha de ceniza de tabaco de los pantalones de sarga.

—Como que el infierno existe que hay una relación —la voz de Ben era un cacareo sorprendente, como pasar una lima por una herradura—, porque es evidente que fueron los comanches quienes mataron al mayor Devine.

Rynders se volvió hacia Oldroyd, furioso por la interrupción, pero Ben no alzó la mirada. Siguió allí sentado, dándoles la espalda, entrecerrando los ojos mientras miraba al sudeste. Y tras hacer trizas la dignidad de Rynders convirtiéndola en ira, volvió a meterse la pipa en la boca y a aspirar una larga y lenta bocanada de humo caliente.

—Creo que las cajas de rifles llegan desde el sur, como pasaba hace tres años con los traficantes que operaban desde Yapparika —dijo Allshard, bajando las escaleras del porche, mientras sus piernas con botas dibujaban sombras a la luz del sol. Rynders dudó un momento, miró a Allshard, a los hombros encorvados de Ben Oldroyd, y, precedido por Pennell, siguió al mayor, que no había dejado de hablar—. Como hicieron cuando Caddo George Washington le vendía armas a los indios con una mano, mientras con la otra estrechaba la nuestra en un simulacro de amistad. También creo que los rifles están escondidos en un punto central de venta y que se venden a los indios cuando emigran.

Allshard decía todo esto despacio, contando a Rynders todo lo que en su meditada opinión creía que podría servirle. Rynders caminaba a su lado, escuchando, mirándolo de vez en cuando mientras hablaba, dejando que su propio discurrir

acompañara al del mayor.

—Y ese punto de venta es su eslabón débil —dijo Allshard—. A medida que los rifles se van repartiendo entre las bandas, más bravos comanches se enteran de dónde comprar uno cuando consiguen con qué pagarlo. Una guerra entre tribus o una gran cacería de búfalos los enviará a todos corriendo a ese lugar, empeñando e hipotecando todo lo que tengan para conseguir un rifle de repetición Henry. Es entonces cuando pienso capturar al traficante, siguiendo a los comanches cuando establezcan ese contacto, vigilándolos con mis patrullas hasta que lo hagan.

El teniente Pennell se apartó de su lado y se adelantó hasta el hospital del puesto. Abrió la puerta de la habitación del fondo y se echó a un lado, sujetándola. Era la habitación con hule negro clavado en las ventanas desde el repecho hasta la mitad del marco.

Arthur Jopp, todavía con el delantal de goma, pero con los brazos desnudos y las manos recién lavadas en la bomba, estaba al otro lado de la puerta en medio de una nube azul de humo de pipa.

—Este es el doctor Jopp —dijo el mayor Allshard—. Mi médico, señor Rynders.

Jopp asintió y se acercó a la mesa para apartar un poncho de lo que, unos días antes, había sido el mayor Robert Gansell Devine, del departamento de pagaduría.

Jopp cogió las pinzas Blasius y señaló con ellas.

—La bala entró justo a la derecha del ángulo inferior del omóplato derecho, penetró en la cavidad torácica y se alojó allí —Jopp giró el tornillo delantero del *darmschere* para coger la bala—. Cónica. Ligeramente abollada por el impacto con el hueso. De calibre cuarenta y cuatro. Pero no lo mató ni el disparo ni que le arrancaran la cabellera, pues tiene hollín en los pulmones. Aún respiraba cuando le prendieron fuego.

—Olvídese del fuego, doctor —Allshard sacudió el sombrero contra las moscas—, siga con la bala.

—Calibre cuarenta y cuatro —dijo Jopp—, y dado que se alojó en él en vez de atravesarlo, diría ante cualquier tribunal que es una bala del cuarenta y cuatro, cuarenta, doscientos. Un rifle Henry, señor.

El sonido de la tos seca de Rynders era el sonido que hacen dos tablillas de pino al golpearse. Se presionó el pañuelo contra la boca y la nariz.

—Dicen que un experto nunca pela o arranca una cabellera —Pennell miró con curiosidad a Arthur Jopp—. Corta un círculo alrededor hasta el hueso, tira directamente del pelo —el teniente se llevó el pulgar a la boca e hizo con la mejilla el sonido de un corcho al saltar de la botella—, y la cabellera sale sola.

Una vez fuera, se detuvieron un instante a la luz del sol, llenándose los pulmones con aire limpio y escupiendo la saliva metálica que goteaba dentro de sus mejillas.

—Como ve, señor Rynders —dijo Allshard—, parece ser que los hombres de

Fuerte Starke seguirán sin cobrar la paga durante otro mes o así. Y trece dólares al mes no es mucho, ni siquiera cuando se cobran, por el privilegio de ser abatido por un rifle Henry, cuya frecuencia de tiro compensa condenadamente de sobra la mala puntería de quien dispara.

—Pero esto sólo prueba la existencia de un único rifle, mayor —dijo Rynders—. Si su médico tiene razón y el pagador fue abatido con un Henry.

Allshard negó con la cabeza.

—Ben Oldroyd encontró al pagador a veintisiete kilómetros al sur de Jarrod. Hay trescientos y pico kilómetros entre Jarrod y el rancho de Coleman. En mi oficina tengo un rifle Henry oxidado que un oficial de patrulla encontró en un comanche muerto cerca del rancho de Coleman el veintidós del mes pasado. El comanche se había arrastrado hasta las rocas para morir allí de sus heridas. Llevaba encima una cabellera rubia con trenzas y una cinta rosa. Le arrancaron la cabellera a toda la familia Coleman. Tallow Creek está a doscientos setenta kilómetros del rancho Coleman. El destacamento del sargento Tyree derribó a un comanche llamado Caballo Rojo cuando atacaban Tallow Creek y lo trajo consigo. Llevaba doce cartuchos de munición en su bolsa de tabaco, de cuarenta y cuatro, cuarenta y doscientos, el calibre y la carga del Henry. Entre Tallow Creek y Four Graves hay ciento cuarenta kilómetros por la ruta del correo de Elkhorn. Tenemos la culata astillada de un rifle Henry con la que se le partió la cabeza al conductor del correo a primeros de mes, y mi oficial de patrulla enterró a dos comanches en el lugar de la escaramuza. Y, para acabar, tengo tres cartuchos vacíos, cuyas balas fueron disparadas hace once días contra mi patrulla de vigilancia en río Paradise, a casi cuatrocientos cuarenta y ocho condenados kilómetros al oeste, y los cartuchos eran cartuchos de rifle Henry —caminaban despacio de vuelta a comandancia—. Y si mira esos lugares en un mapa, señor Rynders, verá que si los une con una fina línea rodeará todo el terreno en el que se han movido sus comanches desde que rompieron el tratado en marzo. Y le apuesto a que por cada Henry que hemos descubierto hay cincuenta más en manos de las tribus.

Rynders dobló cuidadosamente el pañuelo y se lo metió en el bolsillo del faldón de su abrigo.

—Tiene usted una impresionante cantidad de pruebas, mayor. Confío sinceramente que no me esté acusando de negligencia y descuido en la administración de mi agencia.

—Al contrario, le estoy exponiendo la situación de hombre a hombre para pedirle ayuda, señor, y acabar con este tráfico de armas. Y le expongo los puntos débiles, los agujeros en su actividad que pueden descubrirlo. Primero, ha creado un monopolio. Los que ya han comprado los rifles Henry tienen que recurrir a él para conseguir munición del cuarenta y cuatro, porque los cazadores de búfalos suelen usar la

cuarenta y cinco, noventa, quinientos cincuenta, y todos los rifles Ward-Butron, Remington y Sharp que el departamento de artillería nos hace probar aquí son del calibre cincuenta. Nuestros viejos Springfield son también del cuarenta y cinco. Por tanto, los comanches tienen pocas oportunidades de conseguir munición de contrabando. Y, en segundo lugar, cuando los comanches vuelvan a por munición y por más rifles, movidos por la necesidad de alguna gran cacería o de una guerra, olvidarán toda precaución y acudirán en gran número al punto de venta, lo cual delatará a nuestro traficante de armas.

Rynders sonrió.

—No parece haber mucho en lo que no haya pensado, señor. Si no se puede domar a un caballo, oblíguelo a correr hasta que se mate él solo —el agente extendió la mano—. Gracias, mayor. Será un placer trabajar con usted.

Y cuando dijo esto, Ben Oldroyd se levantó de pronto de los escalones de comandancia, se quitó el castigado sombrero y lo arrojó al polvo del camino.

—¡Deme las gracias, aunque no resulte, Allshard! —y señaló hacia el sudeste más allá del patio de armas—. No hay sal suficiente al oeste de K.C. para solucionar este lío.

Un largo velo de polvo azafranado de la pradera flotaba sobre la llanura entre el sur y el este, alzándose a poca altura, como el polvo que levanta una columna de caballería al paso. Y en el camino de Sudro se veía un polvo fino elevándose algo más con un rápido latigazo, y eso era la diligencia de Elkhorn, con Dandy Balderston de pie en el pescante para la galopada final hasta la estación de Fuerte Starke, azotando a sus mulas de enrojecida boca y maldiciéndolas para que se adelantaran al lento paso de las manadas de búfalos que se replegaban incansables tras el paso de la diligencia.

Ben Oldroyd estaba entusiasmado.

—¡Tan seguro como que usted ha nacido, Allshard, que esto es cosa de ese jefe medicina sioux aficionado al láudano que conocí en Twin Rocks! El viejo cara empolvada. Lo vi dos días antes de encontrar al pagador; le di una botella de aguardiente y él hizo una gran medicina, y juró que los búfalos la oirían en sus cuevas subterráneas de Llano Estacado, y que cuando la oyeran volverían a ir al norte siguiendo su antigua ruta.

Esta fue la última vez que los búfalos pasaron cerca de Fuerte Starke por la ruta que siempre habían usado, antes de que la atravesara el ferrocarril, antes de que las fábricas del este descubrieran que su piel servía para hacer correas baratas y resistentes para las nuevas maquinarias comerciales, antes de que las pieles empezaran a venderse junto al ferrocarril a tres dólares la pieza, y los esqueletos a dólar, para convertir sus huesos en fertilizante, por lo que cualquier pisaverde con un arma a mano podía ponerse a ello en nada de tiempo.

Se dirigían al norte en cientos de pequeñas manadas, moviéndose en columnas paralelas, entrecruzándose unos flancos con otros, hasta que su enorme masa parecía una sola columna. Cuando las tierras eran llanas y la vegetación espesa, las manadas se dispersaban a derecha e izquierda y su línea de marcha se ensanchaba hasta los ochenta kilómetros o más.

Eso no podía verse desde Starke, pero sí medirse después. Si tu camino se cruzaba con el recorrido por las manadas, podías ver los kilómetros de ancho que tenía su paso. En Starke apenas podía verse algo cuando pasaban, pues el viento lento arrastraba el polvo amarillo hasta el puesto, convirtiendo el sol en una gran sartén de plata. Cubría de polvo el dorso de las manos hasta que el vello parecía matojos de hierba en una playa de arena. Secaba el borde de los ojos hasta que los párpados se pegaban, y convertía los labios cuarteados en borrones de sangre. Antes de que las lavanderas del puesto pudieran hacer la colada en Sudsville, todo estaba teñido de rojo ocre.

Cuando el mayor Allshard se acercó a la parada de la diligencia para recibir a la partida del senador Brome Chadbourne, este bramó al verlo.

—¿Qué intenta hacer conmigo, mayor, que me crea esto?

Y Allshard se rio.

—El departamento me envió un cable pidiendo que facilitara su cacería de búfalos en lo posible, senador, y esto ha sido todo lo que he podido hacer.

Pero cuando el sargento Tyree y su destacamento, cansado y con los ojos enrojecidos, entraron en el puesto a las cinco en punto de esa misma tarde, enflaquecidos, agotados y ennegrecidos por un infierno autoinfligido de días y noches sin dormir, de fogatas encendidas en la pradera y de cabalgar sin parar, el mayor Allshard dijo:

—Señor Pennell, la brujería es pobre sustituto para un buen reconocimiento, y la suerte nunca ha podido relevar a la responsabilidad. Tyree ha hecho lo imposible, aunque le haya llevado dos semanas hacerlo. Obedeciendo mis órdenes, ha empujado y ahumado y desviado a todos los búfalos que pudo encontrar de aquí a territorio comanche, y han debido acompañarle los centauros, pues parece haberlo conseguido, pese a que hace más de dos años que los búfalos no quieren emigrar tan al este. Así que encárguese de que nombren sargento primero a Tyree, porque ha hecho posible la gran cacería que yo buscaba. ¡Y ahora todos los comanches al oeste del Paradise querrán tener un rifle Henry antes de la puesta de sol, o soy un recluta!

Estudió el mapa de la pared.

—Cohill y su patrulla están aquí. El escondite de los rifles debe de estar en alguna parte de esta zona. Topliff está en las tierras llanas al este de la agencia comanche. Creo que está perdiendo el tiempo allí, porque el terreno es demasiado abierto para esconder gran cosa. Puede que sea el capitán Flecknoe quien saque la carta ganadora

en el tramo superior del río Paradise, porque ahí puede esconderse un regimiento entero sin intentarlo siquiera. O puede que la saquemos el senador y yo, ¿eh, señor...?

Brome Chadbourne era un hombre bajito con una honestidad y una sencilla dignidad que no requería de whisky o de pretensiones para medir dos metros.

—Diablos, mayor, mi padre solía enviarnos a la escuela los cinco críos subidos a un solo caballo. Si te caías, seguías andando. ¡Deme algo en lo que pueda montarme y me agarraré a ello, por cortas que tenga las piernas!

La partida de caza y la escolta de carretas llegaron al norte de Fuerte Starke, manteniéndose bien al oeste de los kilómetros de búfalos en lento movimiento.

—Los que buscamos son los que encabezan la manada, senador —cacareó Oldroyd—, los que van delante son los que comen más hierba y engordan antes. Sus pieles son las mejores para ropa... Son los animales más estúpidos del mundo, senador. Y yo no solía cazarlos antes de que el ferrocarril me contratara para proporcionarle carne. Los búfalos son tan estúpidos que pueden llegar a resultar peligrosos. Una manada puede quedarse quieta y permitir que mates a tiros hasta el último de ellos, pero luego, aunque no puedan verte u olerte, sin ningún motivo que salte a la vista, salir en aterrada estampida atravesando kilómetros y kilómetros de pradera, pisoteando a becerros y vaqueros, sumidos en un miedo ciego e irracional. Pero la cosa más condenada que tienen, la más estúpida, es la de no querer hacerlo hacia el norte. Los que van delante parecen ir todo el tiempo atentos a los que van atrás, y si allí hay algún problema, los de delante dan media vuelta en estampida hacia el sur, a través de la manada, hacia la retaguardia, haciendo girar a todos sobre sí mismos, ¡causando el caos más condenado e increíble que haya podido llegar a ver en todos los días de su vida!

—Mayor Allshard, soy muy consciente del hecho de que los oficiales del ejército no suelen hablar de su trabajo —dijo el senador—. Pero no he venido aquí a cazar búfalos. Estoy de misión... y sé condenadamente bien la importancia que le da Washington a este problema indio. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Es una pregunta difícil de responder, de entrada, señor.

—Ojalá Rynders se hubiera quedado más tiempo en Fuerte Starke el día que llegué, para poder conocerlo y hablar con él.

—Lleva dos tiendas además de la agencia —dijo Allshard—. Es un hombre ocupado.

—Cuando el presidente Grant entregó a los cuáqueros la administración de los indios, lo hizo porque creía sinceramente que los convertirían a su religión, y eso les haría renunciar a la lucha.

—Rynders no es cuáquero, senador.

—Por eso quería conocerlo y hablar con él. La teoría de Grant es absurda. Y quiero ver cómo funciona con alguien nombrado de forma política... sin religión.

Allshard cabalgó un poco más en silencio. Y luego sonrió.

—Senador, ¿va a aprobarse la ley Sumner? ¿Vamos a tener que quitar el nombre de las victorias de la Unión de los colores del regimiento y eliminar cualquier mención a ellas en los registros del ejército?

Y en el momento que decía esto, Ben Oldroyd, que se había adelantado, se tiró al suelo y se pegó al suelo.

—Es el tercero, Allshard. El tercero desde el desayuno, ¡y los tres rastros son de comanches!

El senador miró rápidamente al mayor y vio que sus ojos y los del teniente Pennell se miraban confirmando algo que sabían, y que lo confirmaban a la vez, iluminándose con ese conocimiento compartido. No habría podido ser más evidente si lo hubieran gritado al unísono.

El sol de la tarde estaba todavía alto en el cielo, pero el polvo de las grandes manadas causaba en la luz una refracción amarillo pálido que hacía que fuera como la luz previa a una tormenta en el desierto. La nube de polvo les seguía a gran altura a la derecha —o sea, al este—, en paralelo a la interminable línea de marcha de la manada, a la que seguía a su vez la partida de caza en paralelo. Pero, delante de ellos, las nubes de polvo se agrupaban sobre el terreno formando como un gran signo de interrogación, allí donde los animales se desviaban a la derecha, rodeando el extremo oriental del desfiladero Navaja, para volver a reunirse en el lado norte del mismo. Una gran guadaña de polvo que pendía sobre los animales como una espada de Damocles.

—Teniente Pennell —dijo Allshard—, calculo que el extremo sur del desfiladero Navaja quedará a unos cinco kilómetros de aquí. Coja cuatro hombres y adelántese a la avanzadilla del cabo Jodlebauer. Reconozca todo el borde oriental. Reúnase con nosotros cuando mi marcha alcance el desfiladero.

—¿Qué pasa, mayor? —preguntó Chadbourne cortante—. ¿Qué sucede con Rynders? ¿Hay problemas con los comanches?

—¿Que si los hay? —cacareó Oldroyd—. Como que existe el infierno que los hay. Todos los comanches entre el río Querhada y el Paradise tienen rifles Henry de repetición, ¡y no los hacen con colas de castor, senador!

—¿De dónde los sacan?

MacLerndon Allshard miró a Brome Chadbourne cuando Pennell se alejó con su pelotón de reconocimiento.

—Por aquí sirve de poco acusar a un hombre de algo grave, a no ser que se esté en posición de matarlo a continuación, antes de que él te mate a ti. Y cuando se es policía, que es la posición en la que me veo ahora, tener pruebas de tu acusación sirve

todavía menos, cuando el tribunal que juzgará a tu prisionero está a más de mil kilómetros del escenario, los hechos y la conciencia de las consecuencias del crimen.

—¿Qué espera encontrar en el desfiladero Navaja, mayor? —la voz de Chadbourne era tranquila.

—Si tengo suerte, señor, espero encontrar el escondrijo de los rifles Henry, y si tengo algo más que suerte, espero encontrar a los traficantes deshaciéndose de esos rifles vendiéndoselos a comanches que quieren cazar búfalos, deshaciéndose de ellos a toda prisa, ¡al precio que sea, antes de verse sorprendidos con la evidencia encima!

Hace eones, un surtidor de basalto se retorció en la frenética agonía de una profunda llamarada volcánica, arrastrando consigo una capa de arenisca, haciéndola ascender en el aire hasta que su grano apuntó a los cielos y ambas formaciones atravesaron con una explosión la superficie del suelo para depositarse a lo largo de la pradera como una humeante cicatriz. Las lluvias y los manantiales de la superficie que alimentaban el South Branch se llevaron la arenisca dejando en su lugar una hendidura profunda y estrecha que era como un dedo extendido señalando, doblado en la segunda falange, o, si se prefiere, como un navaja con la hoja a medio sacar.

La partida de caza cabalgó hacia el borde del desfiladero. Unos cuantos búfalos se habían desviado hacia el oeste de la gran migración, llegando al sur del desfiladero, pero el polvo de las grandes manadas flotaba hacia el norte en dirección contraria por donde se acercaba Allshard, y bajo el polvo se veía la formación cerrada de animales que había rodeado el lado oriental del desfiladero y seguía hacia el oeste, en paralelo al lado norte del mismo.

Chadbourne cabalgó acercándose a Allshard.

—¿Rynders?

Allshard volvió a mirarlo. El senador no evidenciaba nada de sus años pasados que sus ojos intentasen desmentir. Y en muchos hombres suele haberlo para negar la confianza.

—Senador, el desfiladero Navaja está entre Fuerte Starke y la agencia comanche. Rynders salió de Starke camino de la agencia después de que yo le comunicara que teníamos pruebas de una gran venta de rifles Henry. Que una guerra tribal o la perspectiva de una gran cacería haría que hordas de comanches acudieran al punto de venta, delatándolo a mis patrullas de vigilancia. Cuando vio las manadas que se dirigían hacia el norte, ni siquiera esperó a encontrarse con usted.

—En otras palabras, si Rynders es culpable, usted utilizó hasta la última onza de persuasión que tenía en su mano para enviarlo apresuradamente a deshacerse de las pruebas de su culpabilidad, esperando así que una de sus patrullas lo sorprendiera con las manos en la masa. Pero eso sigue siendo una conjetura, algo circunstancial.

—Sería circunstancial en lo que a Rynders se refiere, de no ser por otra cosa más,

senador. Hace dos meses que los reclutas de Fuerte Starke no cobran su paga, así que los oficiales les han avalado en sus compras de tabaco, cerveza y chucherías en la tienda del puesto y en la tienda que tiene Rynders en South Branch, y los oficiales jóvenes se han turnado en la tarea de controlar el total que adeuda la guarnición a Rynders. Hace una semana, mi ayudante de campo, el teniente Pennell, compró un paquete de tabaco en la tienda de Rynders. Al abrirlo descubrió que uno de los dependientes había cometido un error. No contenía tabaco, sino paja que envolvía seis cartuchos de munición del cuarenta y cuatro, cuarenta, doscientos.

Pennell y sus hombres se acercaban entre el polvo amarillo, encogidos al galope. El mayor clavó los talones en su montura y se precipitó hacia ellos con el senador a su lado. Pennell tiró de las riendas y alzó la mano en señal de alto para que su destacamento se detuviera.

—¿Qué tiene, señor mío?

—Rynders en persona está en el desfiladero, con Dekker Tres Dedos, que es quien atiende su tienda de South Branch y los dos conductores que llegaron el jueves de Santa Fe; están bajando los rifles Henry de las carretas de carga del propio Rynders, señor.

Allshard rodeó a Pennell con su caballo.

—Envíe a sus hombres con la columna principal, ¡y usted muéstremelo!

Tras desmontar y tumbarse en el borde del desfiladero, Allshard pasó los prismáticos al senador Chadbourne. Ross Pennell guardó sus propios prismáticos en el estuche y se alejó a cuatro patas del borde para poder levantarse.

Era la cabellera rubia con trenzas y el lazo rosa, asediada por molestas moscas. Y era la chica de los Rafferty en Tallow Creek que Caballo Rojo había sacado a rastras para acuchillarla y dejarla morir desangrada. Era el correo de Elkhorn, con un costado del cráneo blando como un huevo aplastado, revolcándose por reflejo en el polvo del camino, saltando medio metro en el aire con cada frenético espasmo, muriendo así. Y era el pagador atado a una estaca y quemado hasta la mitad del cuerpo, aún vivo para sufrir esa agonía.

Todo esto lo vio Chadbourne en el rostro de Allshard mientras retrocedían a gatas y se levantaban. Y en él vio jinetes de caballería muertos, negros e hinchados y reventando dentro de sus descoloridas guerreras, desde el Querhada hasta el río Paradise, y en lo más profundo de sus ojos vio su alma. El mayor miraba fijamente a todo lo largo del desfiladero hasta las manadas que se movían despacio al otro lado. *El tribunal que juzgará a tu prisionero está a más de mil kilómetros del escenario, los hechos y la conciencia de las consecuencias del crimen.*

Entonces fue como si el senador le hubiera hecho una pregunta, como si se hubiera dirigido a él para conocer su decisión por adelantado, pues Allshard se volvió y dijo:

—¡Lo que tenía pensado hacer! ¡Arrestar a Toucey Rynders y enviarlo al este para que sea juzgado!

Formó bocina con las sucias manos y gritó a la abertura del desfiladero.

—¡Rynders!

Y desenfundó el revólver y lo vació en el ahogado eco del desfiladero. Y se quitó el sombrero de ala ancha y lo agitó sobre la cabeza a uno y otro lado, para que Rynders pudiera verle.

En el otro extremo del desfiladero, los búfalos que recorrían la llanura formaban una enorme y polvorienta manta en continua agitación hasta donde dejaba ver el polvo amarillo. Entonces, en el extremo más alejado hubo un titubeo repentino y temeroso, un gran escalofrío animal que casi podía olerse, como a veces puede olerse el miedo en los hombres. Un temor a lo desconocido que tenía lugar detrás de ellos.

La lejana onda se volvió de pronto una gran ola que se precipitaba sobre sí misma. Y una marea un suspiro después. Las atronadoras manadas empezaron a girar sobre sí mismas en dirección a la hueca reverberación de los disparos, hacia el sombrero agitado de Allshard, pisoteándose a sí mismas en el furor del pánico, rehaciendo a frenético galope el camino hecho a paso lento, atropellándose hasta la muerte en su propia estampida.

Algo más cerca del borde del desfiladero, Brome Chadbourne todavía podía ver extensiones despejadas de hierba, manchadas sólo por retazos de polvo amarillo como restos a la deriva en el centro de un río. Pero mientras miraba, esas manadas fueron comprimiéndose por la presión ejercida contra sus flancos y empezando a rebosar por esos huecos, llenándolos con la inundación de su recurrente marea.

Durante un instante desgarrador, una manada se arrojó frenéticamente de cabeza contra otra. Las dos giraron y se fundieron entre sí en un retorcido desgarrón que burbujeó sobre sí misma como barro gris en un gran desagüe.

Franqueó el borde del desfiladero en una avalancha desgarradora, haciendo bullir la pradera hasta la raíz de las hierbas, dejando las raíces calcinadas en el festoneado polvo. Entonces dejó de haber borde, y todo lo que no fuera una enorme apisonadora en movimiento derramándose sobre la tierra ocultada y descendiendo por el desfiladero como la vanguardia de una vasta catarata precipitándose incesantemente hacia el final de su caída. Nadie habló. Nadie podía hablar. Se quedaron allí parados contemplando esa espantosa destrucción, la marea gris que llegaba hasta el borde y la caída que se prolongaba en incesantes nubes de polvo que se elevaban asfixiantes desde el fondo del desfiladero, en el olor a sangre caliente que se elevaba con el polvo; sangre de animal y sangre de renegados, mezclada en triturado olvido.

Entonces cesó, tan repentinamente como había empezado. La manada se desvió apartándose del borde, alejándose al trote a derecha e izquierda por unos metros para volver a detenerse en la estupidez animal que acabaría con setenta y cinco millones

de ellos en un puñado de breves años.

—Teniente Pennell —Allshard se puso el sombrero y enfundó el arma—, vuelva enseguida a Fuerte Starke y ordene venir a dos compañías con todos los cuchillos de despellejar que haya en el puesto. Si consigo llevar cuatrocientas de esas pieles a la tienda de South Branch antes de que lleguen los herederos y ayudantes de Rynders para cerrar sus libros, podríamos cerrar la cuenta de la guarnición y conseguir algo de crédito hasta que llegue el siguiente pagador... Es una pena que haya pasado esto, senador. ¡Teníamos a Rynders con las manos en la masa!

Brome Chadbourne se secó la sudorosa frente con un gran pañuelo.

—Si vuelve a haber otra guerra, mayor, guárdeme un sitio en ella, señor... ¡a su lado!

PARTIDA DE GUERRA

War Party, 1948

—*La legión invencible, 1949*—

Resulta sorprendente que se pueda llegar al final de la vida, que se pueda dormir en las oscuras horas de una última noche, y abrir hasta el último ojo y saber en las negras sombras de tu alma que todo se ha acabado.

Nathan Brittles apartó la sábana y posó los pies en el suelo. Se vistió en la oscuridad: pantalones, botas y guardapolvo con galones plateados de capitán en los hombros, desgastados hasta ser de color verde musgo.

Se paró, el sable apoyado en el hueco del brazo, ante la puerta abierta de sus habitaciones de áspera madera, para escuchar al viento del alba arañar el patio de armas. Escuchó por última vez.

Muchos kilómetros al norte seguía eternamente inacabado el asunto que ahora tendría que acabar algún otro. Los comanches de Muñeca Rota que residían a orillas del río Paraíso estaban furiosos por los tratados rotos, junto con los arapahoes de Sable Canyon y los kiowas de Wind River. Habían abandonado sus reservas y volvían a ser un peligro.

El capitán Brittles caminó rápidamente en la oscuridad hacia los barracones. Se detuvo en los establos y envainó el sable. De Fuerte Starke habían salido dos compañías para Memphis, como reserva de cara a posibles revueltas durante las elecciones, y, al estar Cohill y la compañía C ocupados vigilando a Muñeca Rota, en la guarnición sólo quedaban setenta almas —entre hombres, mujeres y niños—, por lo que todos los hombres estaban en estado de alarma, y llevaban semanas así.

El toque de diana restalló como una partitura de latón arrugada desde la bandera de comandancia. Brittles caminó despacio en la oscuridad hacia los barracones de la compañía B, como una presencia delgada y de caderas estrechas, vieja para esa vida y vieja para ese trabajo. Tenía sesenta y cuatro años, cuarenta y tres de ellos siguiendo los colores de la bandera, desde la lucha con los seminolas en Micanopy en el 36, con el segundo de dragones, hasta este último toque de diana.

Pero el tiempo muere en la mente, y los años y su transcurrir sólo pertenecen al ayer hasta que algún jalón vuelve a descubrirlos como el largo camino que han sido. De Fuerte Bent hasta Santa Fe en el 46. Desde Contreras hasta Aqua Fría con Winfield Scott. La acción de retaguardia que salvó al Congreso en la primera batalla de Bull Run y el largo viaje hasta el río Appomattox a las órdenes de Phil Sheridan. Después, su regreso aquí, y todo ello se resumía en una sucinta orden de destino, en

un pequeño baúl que contenía todas sus pertenencias, y en la diligencia de las cuatro para Elkhorn que le llevaría hacia el este, a Salem, a una pipa y una chimenea y a la conversación vacía de los ancianos.

Cuando llegó a los barracones de la compañía B, en la oscuridad se oyó un entrechocar de tacones.

—Buenos días, sargento Tyree.

—Buenos días, señor. Ha llegado un correo de Cohill. Muñeca Rota ha dejado Paraíso, señor.

—¿Cohill no lo ha perdido?

—No, señor. Se mantiene al sudeste de su marcha, entre Starke y él. Cohill no lo perderá, pero no puede hacer mucho más aparte de vigilarlo.

Se llamó a formar y la compañía B se puso firme, recortándose contra la luz amarilla de las lámparas de las ventanas, con un golpeteo de botas contra la grava, alineándose desde el tumulto para formar en una sola hilera, poniéndose firmes, chocando las culatas contra el suelo y cogiéndolas con la diestra.

Primero el sargento pasó revista, volvió a saludar a la compañía y se la entregó a Brittles. El oficial al cargo salió apresuradamente de la oscuridad y se detuvo ante él mostrando el sable con un entrechocar de espuelas.

Brittles se giró hacia él y alzó su sable, su brillo relampagueó a la luz amarillenta de las lámparas de las ventanas que tenía detrás.

—¡Compañía B, presente y sin novedad, señor!

El oficial devolvió el saludo con un relampagueo de su propio sable, lo envainó y retrocedió.

—Rompan filas, sargento.

El sargento Tyree permaneció inmóvil. Había suficiente luz del alba como para que pudiera verle los ojos al capitán Brittles.

—¿Si me permite, señor? —dijo—. Le suplico nos disculpe. Los hombres tienen un pequeño detalle... Todos los hombres, señor. Y esta será la última vez que formemos y que podremos...

—¿Qué es, sargento?

La voz de Brittles era un tañido agudo. Metal contra metal.

Tyree avanzó dos pasos y le mostró una caja pequeña.

—Un reloj con su cadena, señor, de parte de la compañía B, en su recuerdo, de recuerdo. Un reloj con su cadena comprados en Kansas City, señor. De plata. Todos pusieron en el sombrero. La compañía B, señor, le desea buena suerte a su capitán.

Brittles alargó la mano y cerró los dedos alrededor de la caja con tanta fuerza que notó ceder el cartón.

—Gracias, sargento. Gracias. La compañía B es una buena compañía. La mejor que he conocido. Algo alborotadora, pero muy buena. Buena suerte a todos.

El alba ya era gris y podía verles la cara y quiso poder decir algo. Pero no pudo. Nunca había podido. Llevaba toda la vida viendo esas caras de cincuenta centavos al día. Cambiaban los sombreros y cambiaban los barbiquejos, pero las caras no cambiaban. Se paró un momento a mirarlos, a mirarlos a todos moviendo sólo los ojos. Quería hablarles.

—Gracias. Gracias —dijo—. Que rompan filas, sargento.

Y envainó el sable y caminó rápidamente hacia su escritorio en un cubículo dentro de los barracones.

El informe matinal le esperaba para su firma. Escribió: «Brittles, Nathan. En servicio activo hasta su retiro, en la diana del 30», y añadió sus iniciales. Terminó de firmar cuando Tyree se paró en el umbral del cubículo.

—Sargento —dijo—, hoy me acompañará todo el tiempo hasta la medianoche y en el informe de mañana escribiré «En servicio activo hasta su retiro, a las doce de la noche del día treinta». Los retiros se hacen efectivos a medianoche.

—Sí, señor.

Brittles se recostó en la silla, apretó la pipa con un pulgar mutilado.

—Respecto a Joker, sargento. Se lo daré a la señora Allshard. Joker seguirá en los establos de la compañía B hasta que usted tenga noticias de la señora Allshard —y como suele pasar con estas cosas, al decir aquello, una ristra de palabras pasó por su mente: «Edad total de caballo y jinete, ochenta y cinco años». El joven Pennell se lo había dicho seis meses antes al congresista Lechtenthaler, en voz baja, pero lo bastante alta como para que lo oyera alguien con oídos del oeste—. Joker es ya lo bastante mayor como para que pueda votar, sargento. Encárguese de que lo haga el día de las elecciones.

La sonrisa sólo estaba en los ojos de Brittles, sólo en los de Tyree. Y fue en ese preciso momento cuando supo que necesitaba que llegara ese aplazamiento, que no podía dejar esa vida.

Hizo la inspección matinal y fue a los establos. Un mensajero de comandancia se le acercó cuando sonaba el toque para abreviar a los caballos. Brittles estaba ensimismado fijándose sólo a medias en lo que le rodeaba. Ya sentía en la nariz las brumas del Atlántico de Salem, y en los ojos la limpia luz del sol de Massachusetts, pero eran como un fino clarete al lado del whisky del oeste, tabaco procesado al lado de la picadura de la pradera. Carentes de fuerza, de sabor. Se dirigió a comandancia, el eco de sus pasos le recordó el golpeteo de la pierna de madera de su sobrino en aquella limpia cabañita de Salem, y volvió a ver en su mente la quebrada al norte del arroyo de Crazy Man, cuando Ambrose fue alcanzado en la rodilla por una flecha. Subteniente Ambrose Butt del ejército de Estados Unidos, retirado. Dos años de servicio al lado de sus cuarenta y tres. Ningún hombre soportaba su frustración al hablar ni la verruga en la barbilla de su asistente.

Llamó a la puerta de comandancia. Sentado a su mesa, el mayor Allshard guardó un momento de silencio tras su «Buenos días, Brittles. Siéntese». Depositó cuidadosamente en la mesa el papel que sostenía.

—Tal como me pidió cuando se tomó su último permiso, Brittles, he solicitado al Departamento que lo destine aquí como explorador civil. Tengo derecho a cuatro. Me los han asignado ya. Su nombre no está entre ellos.

—Sí, señor.

—Lo que es más, Brittles, he usado la poca influencia política que tengo, y no ha funcionado. No ha sido porque haya alcanzado usted la edad reglamentaria para retirarse del ejército. Eso no se tiene en cuenta. Sólo ha sido mala suerte.

—Gracias, señor.

—Quiero que sepa que ha sido un privilegio servir con usted, y que si la señora Allshard y yo pasamos alguna vez por Salem espero poder visitarlo y presentar mis respetos a un soldado cuya amistad tengo en gran estima y cuyo cumplimiento del deber me ha aligerado la carga del mando en estos tiempos.

—Gracias, señor.

Brittles se levantó, y por primera vez en su vida se sintió viejo y no querido. Viejo sin nada que hacer. Un hombre gris al que el sol de la pradera nunca podría ennegrecer, pues ese gris estaba en él, en su forma de ser. Deseó desesperadamente que Allshard le diera noticias oficiales de Cohill, de los movimientos de Muñeca Rota en el sur. Pero ya no podía pedírselo; había perdido el derecho a preguntar.

—La diligencia para Elkhorn sale a las cuatro —dijo Allshard—. Tal como ha solicitado, no habrá desfile de despedida, pero todo el mundo estará presente, señor —ese «señor» se dirigía a los cuarenta y tres años de servicio de Brittles, desde los veinticuatro de Allshard. Este se levantó y Brittles dirigió la mirada hacia el mapa de la pared. Allshard frunció el ceño—. Muñeca Rota lleva tres días desplazándose hacia el sur con los suyos. Si hoy vuelve a moverse, para cuando se ponga el sol estará a solo ocho o diez kilómetros de Starke. Yo diría que en el río Amarillo.

Y el mayor puso un dedo en el mapa.

El eco de disparos en el campo de tiro golpeó las ventanas. Brittles miró inquisitivo a Allshard.

Allshard sonrió.

—He hecho que esta mañana disparen las cuatro compañías... con la única compañía que tengo.

—¿Cómo dice, señor?

—De cara a posibles exploradores comanches. Cada hombre en el campo de tiro está disparando cuatro armas, para mayor volumen, y he triplicado la lista de toques de corneta. Tendrá asuntos personales de que ocuparse, capitán. Le libero de sus obligaciones a partir de mediodía.

Brittles no podía ir al cementerio del puesto, o sería mejor decir que no iría, pues esa clase de sentimentalismos no era propia de él. Pero en el camino de vuelta paró en la cantina, que está algo más allá de los establos del economato y junto a la valla del cementerio. Caminó despacio al pasar junto a la valla, mirando a las tres lápidas. Mary Cutting Brittles, Nathan Cutting Brittles, y las fechas. George Brittles, febrero-junio, y ese triste y único año. Por un instante sintió que le acariciaban unas manos suaves, y volvió a él con todo su terror perdido el sufrimiento que se había negado durante años. Volvió a sentir el calor del mediodía como una fiebre roja de viruela, un fuego blasfemo en un alma que no se rendía. Fue así como le llegó aquella demencia, cambiando durante meses ese sufrimiento por whisky, hasta quedar inútil por la pena, inútil para el servicio. Meses de demencia que estuvieron a punto de costarle el rango ante un comité investigador, un tribunal disciplinario que casi borra su nombre de los anales del ejército, porque él no hablaba con extraños, no se explicaba. Porque su orgullo gris se negaba a disculparse hasta el final.

Ese estado de ánimo se disipó poco a poco y aquel antiguo sufrimiento se apagó con la larga procesión de los años, y se sentía ferozmente orgulloso de haberlo vencido y de haber vencido al tribunal y de haber seguido en el ejército, aunque todo ello hubiera hecho que nunca volviese a ascender y que acabase el servicio como capitán. Caminó despacio, parándose en la cantina, como si su mente lo hubiera planeado todo de pronto, sin necesidad de pararse a pensarlo. Como debía haber planeado aquel viaje de Salem a Fuerte Starke.

—Me llevo una de esas mulas, Banjo.

—¿Una de cuáles mulas, capitán, y adónde se la lleva? —dijo el cantinero.

Nathan Brittles sacó seis dólares del monedero.

—Una que vendas. La mejor.

—Infiernos, no son buenas. Se las vendo a los inmigrantes.

—Me llevo una mula, Banjo.

El sargento Tyree estaba atareado en los barracones, preparando un pedido de raciones: reserva de emergencia para quince días, para hombres y caballos.

—Acaba de llegar la orden, capitán. Con municiones. Supongo que para reforzar a Cohill.

—Ya me encargo yo —dijo Brittles, y se encargó de ello, y para cuando se oyó el toque a rancho de mediodía ya estaba cargado en los carromatos de escolta—. Tome el mando, sargento Tyree, hasta que asignen un oficial —alargó la mano—. Adiós y buena suerte, y haga que Joker esté ensillado y ante mi casa para las doce y media en punto.

Una vez en sus aposentos, a Brittles le pareció de pronto que aquello era tan lógico como un movimiento de tropas. No había otra respuesta posible a su vida. Salvo por la guerra y por la campaña contra los seminolas, llevaba toda su vida

desplazándose hacia el oeste, ampliando ante él la frontera del oeste para los colonos que venían detrás. Ampliando el país ante él, dejando atrás los años y las tumbas de sus amigos, dejando atrás sus propias y queridas tumbas. No iba a volver ahora al este. Bajaría tranquilamente hasta Santa Fe, con el viejo Joker y una mula vieja, rumbo a la costa, hacia el sol, tomando por lo que quedaba del viejo Camino Real. Ahora había allí mucha gente y sería mejor lugar.

Sacó de su pequeño baúl los calcetines gruesos y la ropa interior y el traje de vestir marrón que se había traído de Salem. El daguerrotipo de Mary con el joven Nate cuando era un bebé. Sus pistolas y su uniforme de campo y la fotografía Anthony^[1] del general Scott, que le había dado ese escandaloso viejo tras escribir encima de ella. Scott salía con el ceño fruncido y estaba gordo, con una cadena colgando de la guarda de la espada y la casaca desabotonada para la mano derecha. Brittles se puso los pantalones de campo y la camisa gruesa para las campañas, otra vez las botas, y se anudó un pañuelo amarillo bajo el cuello de la camisa. Volvió a empacar sus cosas en una mochila y rompió el baúl para leña.

Para cuando llegó Hockbauer, su asistente, con Joker y la mula, quedaba poco por hacer. La nota a la señora Allshard. Llenar las alforjas y cargar la mula con la mochila, el saco de gachas y el bacón, la harina, el café y la sal. Se enfundó las pistolas y encajó el rifle de caza en la silla de Joker.

Hockbauer estaba parado ante la puerta de atrás.

—Limpie las habitaciones, Hockbauer. Ya he firmado la entrega. Puede quedarse la palangana y el cubo para venderlos. Lleve la leña a las habitaciones del teniente Pennell. Lleve la nota a la señora Allshard.

—¿No espera a la diligencia, señor?

—Hockbauer, procure mantenerse lejos de los calabozos; ya le debe a los Estados Unidos más dinero del que podría pagar con una mina de oro.

Y movió a Joker y se alejó al paso, guiando a la mula, por atrás hasta el viejo corral y abandonando el Fuerte por la entrada oeste.

Se dirigió al sudoeste usando la brújula para llegar hasta el viejo camino de Latham, alcanzándolo a las tres y media. En la fuente de Sand Creek dio de beber con moderación a los animales. Faltaban ocho horas y media más. Se paró un largo rato, mirando al norte. Si Cohill estaba al sudeste de Muñeca Rota, sería bastante al sudeste, vigilando el polvo que levantaba, no el movimiento de hombres en sí. Y Cohill estaría furioso, porque las órdenes no le permitían hacer otra cosa que no fuera observar. Si Cohill estaba muy al sudeste y Muñeca Rota se dirigía al río Amarillo, debía estar al norte de Brittles a poco más de un cómodo viaje de tres horas.

Con raciones para quince días o sin ellas, Allshard carecía de autoridad para ordenar a los últimos cincuenta hombres de Fuerte Starke que salieran a luchar en campo abierto, no tenía autoridad contra las órdenes recibidas. Cohill debía saberlo.

Debía saber que, si Starke corría peligro, lo único que podría hacer sería retirarse al fuerte y defenderlo sin moverse de él hasta que llegaran refuerzos.

Los músculos del cuello de Brittles latieron con un viejo rencor. ¡Eso no era la caballería! Tenía las rodillas y los hombros tan tensos que por un momento no pudo moverse. Joker sintió su tensión y volvió la cabeza para mirarlo. Eso nunca había sido la caballería. Si Muñeca Rota iba al sur, hacia Fuerte Starke, con seiscientos comanches, kiowas y arapahoes, es que iba a Fuerte Starke. Cohill lo sabía, Allshard lo sabía, y Brittles lo sabía. De tener las manos libres y de no haber órdenes que lo prohibieran, los ataques dilatorios habrían empezado tres días antes. Disparar y retirarse. Mantenerse en los flancos y mermarlos. Golpear una y otra vez, reduciendo su número con el afilado cuchillo de la caballería, derramando sangre cada pocos kilómetros, mellando poco a poco el corazón del movimiento, golpe a golpe, hasta que muriese lentamente a lo largo de los kilómetros.

—Joker, vamos al norte.

Brittles montó de nuevo y arrancó. Cohill era creación suya, de abajo arriba. En cierto sentido era como su hijo. *No se disculpe nunca, señor Cohill; es signo de debilidad.*

A las cinco en punto tenía delante fino polvo, y a las seis un único jinete a cinco kilómetros de distancia. El propio Cohill, con el rostro rojo sangre por la furia.

—¿Le envía el comandante, señor? —la voz de Cohill estaba ronca por el polvo, y la saliva de los agrietados labios era marrón en la perilla.

—No, he venido yo —dijo Brittles.

La costumbre hizo que Cohill alzara un brazo y señalara a su alrededor, informando de su posición.

—Muñeca Rota está acampado en la orilla norte del río Amarillo. Llevamos todo el día apostados a lo largo de diez kilómetros... y vamos a concentrarnos aquí en unos momentos —señaló—. Ese que llega es el sargento Shattuck con su partida.

—No estoy de servicio —dijo Brittles.

Cohill asintió ligeramente con la cabeza.

—Sigue siendo el oficial de mayor graduación presente, señor.

—Hasta medianoche —dijo Brittles.

—Aún podría atacar el campamento y golpear cuando tengan los ponis en los corrales. Aún podría atacar con la compañía C y darles una lección. Desorientarlos.

—¿Van a Starke?

—¡Claro que van a Starke, señor! Saben que allí no tenemos ni la mitad de nuestras fuerzas. ¡Hace días que se ríen de mí! No se molestan ni en enviar exploradores ante ellos, y mucho menos en disimular su avance. Mañana por la mañana dejarán a sus mujeres y me obligarán a volver a Fuerte Starke. ¿Y qué hará entonces el mando? ¿Escribir una carta? ¿Cómo infiernos vamos a defender Starke,

con sólo dos compañías incompletas, contra novecientos guerreros?

—¿Tantos?

—Como mínimo, señor —escupió Cohill.

—¿Lo sabe el mayor Allshard?

—Hace dos horas le envié mi último correo, contándole el aumento de su número, suplicando la orden de retrasarlos.

—El comandante no puede darla. No la recibirá —dijo Brittles.

—Sé que no.

—No puede recibirla; no es la forma. Una orden, señor Cohill, es una orden.

Cohill intentó sonreír, pero el dolor gritaba en sus labios.

—Estoy terriblemente hecho a ello por usted, señor. Terriblemente. Soy lo que soy por usted, ¿sabe?

—Cohill, mi retiro se hará efectivo en seis horas. Hasta entonces soy oficial del ejército de los Estados Unidos. Hasta entonces puede usted considerarme de servicio. Si le doy una orden escrita, ¿la obedecerá?

Cohill le miró, y vio en los ojos del anciano algo que ya había visto antes, mucho tiempo atrás. *Esto no es un aula de colegio, señor Cohill.* Y el resto de su vida Cohill se alegraría de haber dicho:

—De usted no necesito orden escrita, señor.

—Aun así, la tendrá para que conste en el informe, si es que hay un informe. Entrégueme su mapa y su lápiz de mapas.

Brittles los cogió y le dio la vuelta al mapa. Miró a su nuevo reloj. Escribió: «Seis y diez de la tarde. 30 de agosto. A F. Cohill, 1er. Tte. Me entregará el mando de la compañía C al instante. N. Brittles, Cap.»

Cohill lo leyó y asintió. El sargento Shattuck y sus hombres llegaron y desmontaron.

—Sargento Shattuck —dijo Cohill—, el capitán Brittles me releva en el mando.

—Desmante y desensille, sargento —dijo Brittles—. Claven estacas para atar los caballos. Que los hombres coman y descansen. Que reposen. Quiero tres exploradores dentro de una hora. A caballo.

Y bajó de Joker y estiró las piernas.

Cuero empapado en azufre y sudor. Nitrógeno de caballo y sudor corporal rancio en telas empapadas. Aceite para armas y la dulce especia marrón del tabaco Burlcy masticado. Cincuenta centavos al día por encabezar la marcha del imperio. Cuarenta hombres en los confines de una nación, con el poder para imponer la ley en la funda de sus carabinas, con un millar de guerreros salvajes a unos pocos kilómetros al norte de su acampada.

Soldados muertos, hinchados y reventados dentro de sus camisas sucias, a lo largo de solitarios kilómetros de pradera. Colonos sin cabellera y mujeres mutiladas y

mestizos nacidos de muchachas blancas.

Los tres exploradores enviados por Brittlers volvieron a las nueve en punto con la información que les había enviado a conseguir.

Desde el sudeste soplabla una brisa y la niebla empezaba a enroscarse contra ella, a extenderse en largas hebras, a perderse en la oscuridad. Brittlers la sintió en los hombros. Un viento seco llegaba de oriente. Soplaría hacia el norte y suspiraría incesante por la estrecha cuenca del río Amarillo, agitando el humo gris de los abarrotados *tipis*, arrastrando hojas secas por las pedregosas orillas, haciendo que los macilentos perros indios aullasen con histérico miedo. Había mucho humo; Brittlers sabía que la medicina de Muñeca Rota le estaría diciendo que si acababa con Fuerte Starke, en un mes echaría al hombre blanco de las llanuras. Sabía que Muñeca Rota estaría diciéndoselo a los kiowas y a los arapahoes.

A veces los fines justifican cualquier medio, cuando las probabilidades son de veintitrés a una y el imperio pende de un hilo. Brittlers ordenó ponerse en pie y traer los caballos y reunió a su alrededor a la compañía C para comunicar personalmente a cada hombre sus órdenes detalladas, hablando despacio y conciso.

—¿Alguna pregunta? Montemos. Salgamos.

La compañía C, con el anciano en cabeza, trazó una curva hacia el oeste y cruzó el río Amarillo mucho más arriba del campamento de Muñeca Rota, todavía a oscuras, y bajaron lentamente hasta la línea de partida. Se sentaron rodilla con rodilla, esperando hasta ver el encaje plateado de los árboles contra la luna tardía. El viento había aumentado en intensidad y depositaba el humo del campamento a través de los postes de los *tipis* y sobre las tranquilas aguas del arroyo, soplando desde los perros hasta los hombres que esperaban, por lo que los perros guardaron silencio.

Por el horizonte asomó la luna, alzándose hasta dejar ver su arco inferior y asomarse indolente al oeste.

—Un momento —comunicó Brittlers—. Preparados —respiró larga y hondamente y se volvió hacia los hombres que tenía detrás—. Como cazadores, al paso. Trote. ¡Galope!

Y el diablo gritó, el diablo y cuarenta jinetes al galope tendido, con el viento en los dientes y conteniendo un sangriento aullido en la garganta.

El infierno se desató sobre ejes rotos, con el ladrido de los perros carroñeros y el relincho de los ponis enloquecidos, con indios apartándose de la fogata del gran consejo, gritando de miedo, y un *tipi* floreciendo repentinamente en fuego y humo.

La compañía C atravesó el lugar, como un grupo de cazadores, buscando sólo los ponis, tiroteándolos en las patas, provocando una estampida que atravesó el campamento saliendo por el este, conducidos río Amarillo abajo, presas del pánico, rodeándoles, flanqueándoles y disparándoles, acosándolos hasta que el último de la apelonada manada cayó en rota agonía.

Entonces Brittles condujo a la compañía C hasta terreno alto, donde desmontaron para abatir a la brillante luz de la luna con fuego de carabina a los ponis rezagados, hasta que no pudo verse ninguno más, sólo el abigarrado e indignado caos de kiowas y arapahoes y comanches sin montura, que aullaban su dignidad perdida, roídos por la rabia del orgullo herido.

Brittles hizo montar a la compañía C y miró fijamente a los hombres.

—¡Pase lista, sargento Shattuck! —y cuando se oyeron los nombres—: ¿Hay alguno herido?

Shattuck sonrió a la luz de la luna al saludar.

—La compañía C sólo acaba dolorida, señor —dijo—; nunca herida. Sólo un puñado.

—Eso es lo que yo llamo la suerte de ser ayudante de un médico, teniente Cohill —le dijo Brittles en voz baja. Sacó el reloj—. Falta un cuarto de hora para la medianoche. Es su compañía, señor. Y recuerde que la orden sólo hablaba de atacar a los indios. Nada decía de atacar a los ponis de los indios. Si el gobierno de los Estados Unidos desea quitarme la pensión por lo de esta noche, que lo haga. Es su ejército, señor.

Los huesos de los caballos, de los novecientos caballos kiowas, arapahoes y comanches, que salieron de estampida siguen hoy en el río Amarillo, blanqueados y descoloridos. Muñeca Rota y sus bravos sin montura tuvieron que viajar a pie entre el polvo con las squaws, con perros y niños pisándoles los raídos talones. Y los kiowas no se hablaban con los comanches, y los arapahoes fruncían el ceño en hosco silencio. Pues había muchos kilómetros de hambre en el camino de vuelta a Sable Canyon y muchos más a la reserva de Wind River, kilómetros de hambre a cubrir con alforjas vacías y los postes y los cueros de los *tipis* rotos. Y tras ellos, siempre seis kilómetros detrás de ellos, cabalgaba la compañía C con Cohill, cuarenta enjutos jinetes recortándose contra el sol, reconduciéndolos hasta sus reservas.

El correo de Fuerte Starke encontró a Cohill al segundo día; era el teniente Pennell con dos hombres.

—No —dijo Cohill—. Estuvo con nosotros, pero nos dejó justo después de...

Ross Pennell sonrió.

—Cuando el mayor Allshard no le vio tomar la diligencia juró que se había venido con usted. Hockbauer dijo...

—Está en el camino de Santa Fe, con Joker y una vieja acémila, rumbo al oeste.

—¡Mírelo! —Pennell sacó los papeles de su camisa—. Mire los nombres del visto bueno. Viene con retraso porque Allshard pasó por encima del mando, escribió una carta personal a Washington. Jefe de exploradores de Latham y Starke, con rango equivalente a mayor.

Cohill vio los nombres. Uno era el de Sherman. Otro el de Sheridan. El último

nombre era el del presidente de los Estados Unidos.

—¡Vaya a buscarlo, Ross! ¡Ya mira la hora con un reloj de Kansas City! ¡Por el infierno que acabará perdiéndose como pille más costumbres de civil!

Ross Pennell dirigió a sus hombres al sudoeste y salió al galope en una nube de polvo amarillo.

—Y dígame —gritó Cohill con las manos en la boca a modo de bocina— que por la fecha de esa orden, ¡lleva cuarenta y ocho horas ausente sin permiso! Y dígame que he dicho: «¡No se disculpe nunca; es signo de debilidad!»

UN TRONAR DE TAMBORES

A Thunder of Drums, 1961

—Fort Comanche, 1961—

El teniente Porter cometió un error militar dos días antes de regresar a Fuerte Canby con su patrulla. Como a Napoleón en Waterloo, su confianza en sí mismo le impidió corregirlo, lo cual exacerbó el error, perdiendo al cabo Grosheimer y a tres hombres.

El penacho de humo vertical se elevaba desde un claro entre los árboles de las estribaciones del bajo South Branch. Cuando cabalgó hasta allí para examinarlo, Porter encontró un campamento indio abandonado sólo tres horas antes. Vio cuatro patas de caballo cortadas, con los huesos asados partidos para extraerles la médula, y huellas de treinta ponis sin herrar que se dirigían al sudeste, su estiércol denso con semillas de girasol y estramonio. Así que salió con su patrulla tras la partida y forzó la marcha para alcanzarlos y conseguir esa identificación positiva de la que se había convencido.

Seton Malden Porter había ascendido rápidamente en el regimiento por pura suerte. En junio haría nueve años escasos que había abandonado la Academia, ingresando en las listas de ascensos del Segundo de Caballería en una de esas ocasiones fortuitas en las que sólo se requieren esos nueve años para convertirse en teniente, en vez de los quince o veinte acostumbrados. Algunos murieron, otros se retiraron, un hombre dimitió, otro se descerrajó un tiro. De modo que Porter consiguió el galón de plata.

Era un joven por completo revestido en una dignidad heredada de una familia de mujeres corrientes y abogados menores de Boston. No había sangre militar en las venas de Porter. Pero se había impuesto unas normas académicas de conducta que resultaban completamente apropiadas para el ejército. Cumplía las órdenes con impasibilidad prusiana. Jamás expresaba una opinión que no se conformara a las opiniones establecidas por sus superiores. Tomaba una copa de jerez antes de la cena, nunca otra cosa, y recopilaba abundantes notas de primera mano para el día en que publicase *Treinta años en la frontera del oeste*, por el mayor Seton Porter.

El sargento primero Homer Rodermill cabalgaba en la retaguardia de la Patrulla compuesta por dos escuadrones. Sentía absoluta apatía hacia Porter. Treinta y cinco años de servicio le habían hecho conocer a docenas de Seton Porter y podía cabalgar a su lado sin pararse a pensar en ello fuera de los reflejos condicionados que le permitían cumplir con su deber.

La patrulla llevaba dieciocho días fuera de Fuerte Canby, y estaba haciendo una

larga ronda por las fronteras norte, este y sur del distrito. El sudor de dieciocho días se había agriado en las sillas de montar, y el rancio olor avinagrado hería el olfato de todos. La nuca de los cuellos quemados por el sol estaba recubierta por el espeso polvo del camino y los ojos estaban apagados con una expresión perruna de profundo aburrimiento.

Una hora antes de mediodía, la avanzadilla de la patrulla localizó la partida de caza comanche a través de los prismáticos, a unos diez kilómetros de distancia. La deducción de Porter, basada desde el principio en una premisa falsa, aunque silogísticamente exacta, se vio confirmada por la observación visual. Según su razonamiento, el campamento de South Branch estaba en un claro para evitar la posibilidad de verse sorprendidos, algo que un comanche teme más que a los horrores del más allá. Exceptuando el penacho de moribundo humo que delataba su presencia, ningún observador casual habría tenido la más ligera sospecha de que allí hubiera un campamento indio, no habiendo otra forma de llegar hasta él que recorriendo los cuatrocientos metros de terreno abierto que había antes de llegar donde crecían los pocos árboles del lugar. Finalmente, estaban los huesos de caballo. Fuera la caza buena o mala, un comanche hacía lo que fuera para poder comer carne de caballo, teniendo por bocado exquisito el feto nonato de una yegua.

Ahora bien, el fallo en el razonamiento de Porter resultaba evidente para cualquier hombre de frontera a poco que se parara a pensarlo, pero el teniente Porter no lo vio de entrada. Al dejar atrás el campamento comanche, lo que había visto de entrada eran los treinta comanches que cabalgaban hacia el sudeste rumbo a Texas, diez kilómetros por delante de él. Y ellos lo habían visto a él, porque se dividieron inmediatamente en cuatro grupos, como hacen los comanches, obligando a que se les siguiera por cuatro caminos distintos y paralelos, sin dejar de dirigirse al sudeste. Los hombres mueren por esas cosas tan simples.

Seton Porter era plenamente consciente de que no podía hacer nada para remediarlo, porque las órdenes departamentales prohibían atacar a los indios hostiles, a no ser que estos atacasen primero. Era una orden en vigor desde hacía mucho, siendo conocida por apaches, navajos, comanches y kiowas, que se reían de ello en sus tiendas y rancherías. Así que Porter decidió desviarse ligeramente de su ruta hacia el sureste, apartándose de Fuerte Canby, para seguir a los comanches hasta que estuvieran a buena distancia del distrito. Aquello produciría en su informe sobre la patrulla una encomiable sensación de esfuerzo, demostrando al comandante del puesto que Porter estaba dispuesto a esforzarse algo más de lo necesario para ganarse las judías de la noche del sábado. Aplicado era la palabra.

Por tanto, cuando el sol era una llama cegadora que rozaba las cumbres de las montañas del oeste y el polvo del día flotaba en el aire hasta refractar la luz y nublar la visibilidad por el este, la patrulla del teniente Porter fue alcanzada en la retaguardia

por un aullante latigazo de furia. Se arrancó a la columna de a dos en una refriega de pezuñas y disparos a discreción, cabalgando a través de ella como el fuego en la hierba de la pradera y dejando atrás aquel ataque por sorpresa una huella cortante y sin respiración de las que se te aferran a las entrañas con frías garras de hierro.

Cudlip murió en la silla de montar, sin caerse de ella una vez muerto, hasta que lo bajaron. Amos, con la columna vertebral rota, cayó bajo los cascos de los caballos suplicando que alguien le descerrajara un tiro. Gantry, sostenido por Hanna, se ahogaba en la sangre que manaba de su mandíbula arrancada. El cabo Grosheimer tardó veinte minutos en morir. Seton Porter obtuvo una fea trinchera del calibre 51 excavada en la palma y el talón de la mano izquierda.

—¡Eran *dos* partidas, sargento Rodermill! Nosotros seguíamos a una, mientras la otra nos seguía a nosotros.

—Puede que sí, señor —replicó Rodermill—. Puede que no.

—¡¿Qué si no?!

—No me agrada decirlo, señor. Podría ser de ese modo. Podría ser de otro.

—Deje de hablar a *medias*. Suéltelo *todo* de una vez.

Rodermill se volvió ligeramente para ver al cabo Grosheimer morir a seis metros de ellos, mientras Erschick permanecía acuclillado junto a su cabeza empapada de sudor. Volvió a mirar a Porter.

—No han vuelto a atacarnos, señor. Sólo ha sido esa escaramuza rápida atravesando nuestras filas de forma tan repentina, y ya está demasiado oscuro para que vuelvan a hacerlo.

—¡Dígalo ya, Rodermill!

—Puede que fuera por esa fogata, teniente. Eso parece ahora. Entonces no lo parecía. Ahora me parece que la dejaron a propósito para que la viéramos. Querían que les siguiésemos —apretó los dedos con fuerza en torno a la muñeca de Porter—. ¿Listo, señor?

Porter asintió y el sargento primero vertió ácido carbólico en la carne desgarrada de la mano del oficial. Porter apretó los dientes para contener ese dolor agónico.

—Continúe —dijo.

—Luego, cuando se separaron en cuatro grupos, pudieron escabullirse y ocultarse uno a uno, y dejarnos pasar mientras la mitad de ellos se escondía por separado. Para luego reunirse detrás de nosotros, atacarnos ante la cercanía del anochecer y alejarse al galope para unirse al señuelo.

Porter tensó el vendaje alrededor de la mano, tirando de uno de los extremos con sus blancos dientes y del otro con la otra mano.

—¡Es usted único en este regimiento haciendo este tipo de conjeturas, Rodermill! —bufó entre dientes—. Siempre tiene la explicación... *después*.

—Ya se lo he dicho, señor. *Entonces* no, ahora sí.

Y había sinceridad en la forma en que el sargento primero lo dijo. Era un hombre honesto, que expresaba con honestidad el resultado de su lento proceso mental.

—Hace suficiente frío como para llevarse los cuerpos —dijo Porter—. Haga que los envuelvan en mantas antes de que se pongan rígidos. Que los hombres cenén dentro del perímetro. Volveremos a montar en una hora y saldremos aprovechando la luz de las estrellas para llegar al camino de Butterfield, donde acamparemos. Para interceptar al pagador, si nos queda algo de suerte.

A la mañana siguiente, sin ver todavía al pagador, se dirigieron al rancho de Detweiler, yendo Hanna y Erschick de avanzadilla. Se hallaba a setenta kilómetros al oeste de la escaramuza de Porter, setenta kilómetros más cerca de Fuerte Canby. Mientras cabalgaba, Hanna no paraba de dar vueltas en los purulentos recovecos de su cerebro a que vería a la hija de Detweiler.

Erschick vivía en las grises consecuencias de sus años de brutales borracheras, y llevaba ya diez sin beber una gota. Eso hacía que fuera como dos hombres en uno. Uno de los cuales estaba tremendamente sorprendido de poder seguir viendo claramente al otro, y muy consciente de las horrendas transgresiones que había cometido sin sentir la menor culpabilidad. Enjuto, huesudo y de piel macilenta, le habían arrancado a golpes cualquier otro impulso que no fuera el de seguir con vida.

Tiró de las riendas en lo alto de una colina, apoyó un codo en el pomo de la silla de montar y estudió el kilómetro de terreno que se extendía ante él hasta el rancho de Detweiler. Sólo había una casa, de troncos rústicos y destartalada por el clima, un cobertizo en la parte posterior y un pequeño corral.

—¿Qué? —Hanna miró fijamente al veterano, quedándose sin aliento al decir la palabra, casi cegado por la imagen de la hija de Detweiler que evocaba en su mente.

—Algo no va bien. Es casi mediodía y por la chimenea no sale el humo de la comida.

Erschick echó despacio el aliento entre los dientes.

—Vamos —Hanna hizo medio girar su montura, furioso—. Bajemos a por agua antes de que nos alcance la patrulla con esa carga. Los cuatro cuerpos ya huelen.

—No te apresures. Examinemos primero el lugar. Un hombre vive así más tiempo.

Hanna picó espuelas enfurecido y descendió por la suave cuesta. Galopó a toda velocidad hacia la casa seguido por Erschick, hasta que tiraron de las riendas e hicieron cabecear a los caballos al ver de pronto a la niña pequeña. Vestía camisón y estaba parada contra la pared exterior de la casa, mirándolos fijamente. Tenía los brazos algo separados de su pequeño cuerpo y apoyaba con fuerza las palmas de las manos contra la pared, con los dedos separados. Sus ojos les veían, pero estaban ausentes de expresión. Los tenía muy abiertos, mirando fijamente, pero no mostraban nada que no fuera un profundo terror. Tampoco habló.

—Hola —dijo Erschick.

—Quizá no es lo bastante mayor para hablar.

—Es lo bastante mayor, Hanna —Erschick desmontó y caminó despacio hacia la niña—. ¿Cómo te llamas, pequeña?

Tras un momento incómodo ante la mirada fija de la niña, Hanna se llevó a la boca las manos ahuecadas en forma de bocina.

—¡Tom Detweiler! ¿Hay alguien *en casa*?

Se apeó de la montura, un instinto repentino le hizo sacar la pistola y casi pareció dirigirse de puntillas hacia la puerta.

Hay que verlo para creer lo que le hacían a las mujeres blancas. Fenimore Cooper era un fatuo romántico, atontado en su empalagosa ignorancia, porque los indios en estado de libertad sólo están a un paso de las bestias. Son lascivos y carentes de honor o piedad, indecentes en ideas y en habla e inconcebiblemente sucios en su persona y modales. Habían sorprendido en la cama a la esposa de Detweiler y a su hija mayor. Tenían el rostro amoratado por los golpes, la carne del costado hecha jirones. Sus mismos balbuceos debían haber hecho que las mataran.

Hanna encontró en el corral a Tom Detweiler y a su hijo de doce años, los dos muertos. Cuando volvió a la casa, echó el extremo de una sábana sobre la abominación que era la cara de la muchacha, puso la mano sobre su carne y la notó fría. Pero antes de que la obsesión se apoderara por completo de él, oyó llegar al teniente Porter y a la patrulla; los sonidos restallaron en sus oídos por encima del latir de su sangre. Salió tambaleándose, con la boca completamente reseca.

El teniente Porter hablaba con Erschick, y la chiquilla seguía donde la habían visto al llegar, apoyada contra la pared de la casa.

—Lo hemos intentado, señor, pero ni siquiera pestañea. Ni siquiera cuando se pasa un dedo ante sus ojos. No dice ni una palabra.

Porter se arrodilló ante la niña.

—Eres Laurie, ¿verdad? —dijo con forzada amabilidad de soltero—. ¿Laurie Detweiler?

Hanna carraspeó y el sonido de su garganta fue como una teja al romperse sobre una rodilla.

—Mataron a Detweiler y a su chico, señor. Están atrás —movió la cabeza hacia allí—. Y tomaron a las mujeres antes de matarlas —movió el meñique contra el tapón amarillo de cera que tenía en el oído y, de forma increíble, la sombra de una sonrisa asomó a sus labios—. A juzgar por el estado del lugar, parece que se turnaron con ellas.

Porter se puso bruscamente en pie y miró a Hanna con asco.

—¡Cállese, Hanna, y manténgase fuera de la casa!

Erschick negó con la cabeza.

—Teniente, puede que la chiquilla no vuelva a hablar si ha visto lo que ha pasado. Sé que ha ocurrido en otras ocasiones. Puede que no vuelva a hablar en toda la vida.

Porter rodeó la casa a pie, despacio, cruzando las huellas del ataque, y volviendo a cruzarlas una y otra vez. Vio huellas de diez ponis sin herrar. Después recogió una boñiga de caballo con una pala y la rompió con un palo, tal como había hecho antes en el campamento de South Branch, donde habían dejado la fogata, hallando los mismos restos sin digerir.

—Girasol y estramonio —dijo—. Comanches.

Entonces llamó a Fife y a Robinson, ambos casados, para que arreglasen, lavasen y vistiesen a las mujeres para su entierro. Al no haber aparecido aún el pagador, dejó allí a la escuadra de O'Shaugnessy para que lo esperara durante veinticuatro horas. Envió a Rodermill directamente a Fuerte Canby, con los cuerpos de los hombres caídos en combate. Sólo que en realidad no era por eso. Porter estaba muy afectado, y lo que en realidad hacía era concederse un aplazamiento de veinticuatro horas para pensar en lo sucedido antes de enfrentarse al capitán Stephen L. Maddocks.

Ya hacía años que Stephen Loring Maddocks había escrito su propio libro, aunque mentalmente y no para su publicación. Enjuto, endurecido, mediada la cincuentena, era el capitán al mando del regimiento, y desde hacía años. Había cabalgado con Steve Kearny a Santa Fe, en México, pasando por Chapultepec. Había participado en la campaña de Sibley, a las órdenes de Canby, pasando por Valverde, Pigeon's Ranch y Peralta. Tras Gettysburg había estado en la brigada de Wesley Merrit, perteneciente a las fuerzas de Al Pleasanton. Y había vuelto a la frontera, donde su esposa y su familia llevaban mucho tiempo enterrados en el cementerio de la guarnición de Fuerte Starke.

Como en el puesto sólo había otro oficial de servicio, cada vez que salía la patrulla, el capitán Maddocks solía llevarse la navaja de afeitar al otro lado del campo de armas y dormir en una litera de comandancia. Con los años se había acondicionado a despertarse a las cinco de la mañana. Se arrodilló ante su Dios para hacer su acostumbrada petición de sabiduría, fuerza y valor en el cumplimiento de su deber. Y entonces hizo una petición completamente personal al rezar:

—Sabes en tu corazón infinitamente bondadoso que no quiero a ese nuevo oficial que me envían. También sabes que mis objeciones oficiales respecto a él son válidas, pero que no lo quiero por otros motivos. Por eso te ruego que me permitas ser completamente imparcial en todo mi trato con él, y que el teniente Curtis McQuade y yo nos comportemos con cristiano decoro.

Y entonces se afeitó. Mientras lo hacía, oyó cómo se interpelaba al sargento primero Rodermill en el puesto número uno y su respuesta formal. Se acercó a la ventana y le vio acercarse a comandancia al paso, con los cuatro cuerpos a lomos de

otros tantos caballos, y escoltado por lo que quedaba de la escuadra de Grosheimer. Hacía años que no se oía a Stephen Maddocks maldecir en público. No necesitaba hacerlo, porque solía bastarle con los exabruptos anglosajones que encadenaba en breves ráfagas dentro del silencio de su mente.

Se secó la cara con la toalla, se subió los tirantes a los hombros, se peinó el rizado cabello gris y se puso la guerrera. En la puerta cerrada retumbó la clara llamada de su lugarteniente, el teniente Gallatin. Maddocks se abotonó cuidadosamente la guerrera hasta el cuello. Después dijo:

—Adelante.

El teniente Thomas de Lacey Gallatin, de treinta y seis años, era hombre de gran fuerza interior y un soldado profesional que sabía pensar. Al ser el oficial de guardia, iba armado, y entrechocó suavemente los talones con espuelas, rompió la postura de firmes, se quitó el quepis con una mano enguantada y miró hacia la ventana con una débil sombra de resignación en los ojos. Su superior le interrogó al respecto.

—¿La patrulla de Porter? ¿Quiénes son los cuatro hombres que ha perdido, Gallatin?

—El cabo Grosheimer, señor, y Gudlip, Amos y Gantry.

Los ojos del capitán parecían despedir chispas.

—¿Se necesitan diez años para formar un buen cabo! ¿Qué es lo que ha hecho el teniente Porter?

Gallatin le proporcionó el sucinto resumen que había obtenido al interrogar al sargento Rodermill. Maddocks soltó un bufido.

—Los comanches violan a sus propias mujeres. Esa es su idea del cortejo. Pero no suelen gustarles las mujeres blancas.

—Sí, señor —dijo Gallatin, interrumpiéndose un instante para mirar por la ventana—. Las mujeres de la guarnición se han enterado, señor. La señora Grosheimer y la esposa de Gantry.

Maddocks asintió.

—A usted le corresponde tranquilizarlas como oficial de guardia, Gallatin. Yo haré el papel de oficial al mando... en los servicios fúnebres.

—Sí, señor.

Maddocks se movió con impaciencia, mirando de frente a su lugarteniente.

—Esto debería hacer que se pensara dos veces lo de su matrimonio, Gallatin.

Por un breve instante, a Gallatin le pareció increíble que alguien pudiese hacer una observación tan personal. El que la hiciera Maddocks era otra barrera entre ellos y una sincera amistad, pese a sus años de relación profesional. Gallatin lo expresó en palabras:

—Es un poco tarde para seguir su consejo, capitán, estando ya aquí la señorita Hamilton.

Una especie de furia profunda e impersonal se apoderó de Maddocks. Apartó la mirada de Gallatin.

—No es un consejo. Es una regla del juego. Los mejores soldados son solteros. ¡No tienen nada que perder, salvo su condenada soledad! —entonces se acercó al mapa de la pared, puso un dedo cerca de South Branch y gruñó—: Comanches.

Seis horas después enterraron las cuatro bajas de Porter en el cementerio del puesto. El segundo pelotón actuó como escolta desmontada y todas las mujeres de Sudsville asistieron tocadas con sombrero y guantes. El capitán Maddocks leyó los servicios: católico romano para Gantry, luterano para Grosheimer, y su propio episcopaliano para Amos y Cudlip, pues en su expediente no se manifestaba preferencia alguna. Los oficiales del cuerpo de topógrafos, el capitán Owen Yates, el capitán Alan Scarborough y el teniente Petersborough, de sesenta y dos años de edad, asistieron vestidos de gala. La señora Yates y la señora Scarborough se mantuvieron junto a la señora Grosheimer. Petersborough había enviudado tres veces.

Tracey Hamilton acompañó a la señora Scarborough a los funerales, al ser huésped suya. A sus veintitrés años, Tracey era una mujer hermosa. Los sombreros de Eugenie eran lo último en moda francesa, y la llegada de esta moda a Nueva York antes de que Tracey partiese para Canby no la había perjudicado. Era lo bastante alta y esbelta como para realzar la clásica simplicidad de sus líneas, y tenía la suficiente dignidad y reserva como para lucir el catálogo completo de sombreros de Eugenie. Era lo bastante inteligente para darse cuenta de que, de no llegar ya comprometida para casarse con el teniente Thomas Gallatin, habría tenido en contra a las hijas de los demás oficiales. Aun así, Camden Yates, de diecisiete años de edad, se esforzaba para impedirle destacar.

El pelotón de guardia a las órdenes de Gallatin disparó tres salvas hermosamente interconectadas y el toque de silencio de la corneta resonó tristemente por el viejo Fuerte Canby y las estériles colinas. El segundo pelotón regresó a los barracones a paso rápido.

Cuando el capitán se volvió ligeramente hacia un lado para recoger los breviaros que le sostenía el sargento Rodermill, vio entrar en el puesto al teniente Porter, con la escuadra de O'Shaugnessy y el coche acristalado del pagador. Se fijó en que el oficial que cabalgaba en vanguardia no era Seton Porter, y supuso que Curtis McQuade habría llegado con el pagador.

Sólo cuando los asistentes al funeral empezaron a dispersarse a lo largo de la valla del cementerio y a alejarse hacia las residencias de oficiales, Maddocks atravesó el grupo. Camden Yates le sonrió al pasar y eso hizo que se sintiera mejor. La señora Scarborough se le acercó para hablarle en voz baja con la prerrogativa que le daba su incuestionable virtud.

—¿Es cierto, capitán Maddocks, que en realidad Gantry no estaba casado con esa

mujer?

Maddocks se detuvo para mirarla con seriedad.

—De ser ese el caso, señora Scarborough, no me parecería un tema adecuado para comentarlo con las damas de este lado del patio de armas —continuó andando, inclinando la cabeza ante Tracey—: Señorita Hamilton.

Saludó con la cabeza a la señora Yates, al capitán y al teniente Petersborough, y se dirigió hacia la comandancia del puesto, llevando aún los libros de oraciones.

Fue Gallatin, que se había apresurado a seguirlo, quien primero vio a la hija de Detweiler. Se había separado de algún modo del grupo para acercarse a la zona de oficiales del patio. Seguía llevando el camisón, pero tenía encima una ajada capa de abrigo reglamentaria, abotonada al cuello, y que la cubría hasta los sucios pies desnudos. El descolorido forro amarillo le daba un aspecto macilento. Estaba pegada a la pared de la vivienda de los Yates, mirando con fijeza y apretando con fuerza las manos contra la pared, tal y como la habían encontrado Hanna y Erschick al entrar en el rancho de Detweiler. Gallatin se soltó del brazo de Tracey. Tracey se llevó las manos a las mejillas al ver a la chiquilla. La señora Yates corrió en seguida hacia la niña y se arrodilló ante ella.

—Tranquila, Tracey —musitó Gallatin.

Corinne Yates estalló entonces en un arrebato de justa furia femenina.

—Apártense todos. Esta niña está en estado de shock. *Apártense...*

—¡Qué expresión tan terrible tiene *su cara!* —Tracey apretó el rostro contra el hombro de Gallatin.

—No deseo que te afecte —susurró él—. Los funerales ya son de por sí bastante deprimentes.

La acompañó hasta la vivienda de los Scarborough y se quedó un momento con ella, mirándola casi suplicante, hasta que ella le sonrió. Entonces, viendo que la señora Scarborough se acercaba, saludó con la cabeza y las dejó a las dos. Iba rezagado, pero fue a comandancia tras el capitán.

La señora Scarborough sólo tenía un modo de enfrentarse a lo desagradable: ignorarlo. Podía cambiar de tema con una descarada falta de lógica, incluso ante el mayor de los desastres.

—El resto de la patrulla de Porter ha llegado con el pagador y con el nuevo oficial, el teniente McQuade —se quitó los guantes y señaló con la cabeza hacia comandancia, al otro lado del patio de armas—. Conocí al padre del teniente McQuade.

Hanna, con mono de trabajo y camiseta roja, salió por la puerta del alojamiento contiguo al de Gallatin, que a su vez era contiguo al de los Scarborough. Empezó a barrer escoba en mano el pequeño porche delantero, recogiendo en un cubo lo barrido. Volvió a entrar con el cubo, medio dando la espalda a las dos mujeres, sin

haberlas visto, silbando para sí mismo a través de sus dientes rotos.

Tracey y la señora Scarborough entraron en su casa, y Tracey preguntó:

—¿Sabe las cortinas que hemos hecho, señora Scarborough? ¿Puedo ir a las habitaciones de Tom a ponerlas para darle una sorpresa cuando salga de la guardia?

La señora Scarborough le dio unos golpecitos en el brazo.

—Pobrecilla, ¿está usted *muy* enamorada!

Y la muchacha casi pudo oler la frustración de aquella mujer mayor que ella.

—Por supuesto. Estaré en la puerta de al lado.

Una vez en comandancia, el capitán Maddocks encontró al teniente McQuade en las oficinas interiores, de espaldas, estudiando el mapa de la pared. McQuade se volvió en seguida, con un taconazo.

—¡Señor!

McQuade era un joven tremendamente apuesto, que es como decir que carecía de rasgos particulares. Era de una pieza, desde las arqueadas piernas de jinete al rostro detalladamente cincelado. Probablemente sería hombre de fondo muy peligroso, pues en el gris de sus ojos resaltaba suficiente niebla de Antrim como para que su temperamento del Ulster estallara con facilidad. Su actitud tranquila tenía un toque de insolencia atemperada por un regocijo interior. Contaba veintiséis años de edad, habiendo sido lo bastante discreto respecto a los logros académicos de su clase como para que tuviera la posibilidad de convertirse en un excelente oficial. No había estado tan cerca ni tan lejos de los más cualificados como para que se sintiera obligado a ponerse a prueba a sí mismo realizando hazañas temerarias además de estúpidas. El capitán Maddocks echó al joven un vistazo rápido de arriba abajo y vio todo esto tal y como se ha escrito.

—¿Sí? —dijo.

—McQuade, señor. Teniente del Segundo de Caballería, presentándose al servicio activo. Orden ciento setenta y nueve, del diecinueve de mayo de 1870. Procedente del cuartel general del sur, en Nueva Orleans.

—Sí —Maddocks dejó los breviaros en la mesa—. Sé cómo se llama. Y le han precedido sus órdenes —caminó lentamente alrededor de la mesa, obligando al joven a apartarse del mapa y situarse delante de él—. Las recusé manifestándome en contra. Las protesté —dijo, quitándose los guantes, poniéndolos dentro del quepis con un manotazo—. Y se presenta usted con mucha antelación, señor mío. Aquí nadie se anticipa a nada. Ni se llega pronto, ni se llega tarde —no le estaba echando un rapapolvo en ningún sentido del término. Utilizaba el mismo tono de convincente insistencia que empleaba al dar órdenes a un centinela—. Desde que se graduó en la academia, ha hecho sobre todo labores de vigilancia, señor mío. Le han ascendido en Washington por el sistema de darle un destino temporal al menos doce años antes de

tiempo. Ya tengo un teniente con nueve años de servicio. No quería uno ascendido rápidamente. Quería un teniente *con experiencia*.

Y se quitó el sable para colgarlo de una clavija.

McQuade había mantenido los labios apretados. Los relajó. Uno se encuentra con toda clase de personas, así que o te llevas bien con ellas de forma impersonal o no te llevas en absoluto. Pero lo que tienes, lo admites. Facilita las cosas.

—No estoy del todo verde, señor. Nací aquí, señor. En una tienda, mientras construían Canby. Me crié en la región.

—¿De veras? —Maddocks alzó una ceja hacia él—. Muy bien, señor mío, dígame entonces cuál es la marca del clan de los comanches de Llano Estacado. La que se ve en sus bolsas de tabaco, por ejemplo. O en sus mocasines.

Los ojos de McQuade sonrieron para sus adentros.

—Muy bien, señor. Me ha pillado. La primera en la frente —y debió detenerse ahí, pero se permitió un leve toque de burla a modo de indulgencia personal—: No sé cuál es la marca del clan de los comanches de Llano Estacado. La de las bolsas de tabaco o los mocasines.

—Dígamelo cuando se acuerde —dijo el capitán gélidamente.

—Lo haré, señor —su voz se volvió vehemente—. Pero lo que sí puedo decirle ahora es dónde se encuentran los comanches que atacaron el rancho de Detweiler. Cuando venía con el pagador vi huellas que se dirigían al sudoeste. Apuesto la paga de un mes a que se dirigían hacia los rápidos de Caisson Wash. Allí hay agua y árboles. El teniente Porter tiene la mano destrozada, así que si me entrega media compañía...

La fría rabia contenida que asomaba a los ojos de Maddocks le acalló bruscamente, pero cuando habló en su voz había desprecio, no furia.

—Límpiese de la nariz ese bonito perfume a gloria de burdel, señor mío. Ningún oficial pisaverde se lleva una patrulla de Fuerte Canby. Y no manda *nada* hasta que no lo haya adiestrado y enseñado como es debido.

—Violaron a las dos mujeres del rancho.

—Cierre la boca, señor mío —dijo Maddocks, y luego cambió por completo de tono, como si estuviera citando un texto—. Tres son las cosas que puede hacer un hombre para combatir el aburrimiento en estos puestos de una sola compañía, señor mío. Puede beber hasta perder la cabeza, hacer que le corten el cuello acostándose con squaws, o concentrarse en la árida y monacal vida de un soldado y convertirse en un buen oficial. Esperemos que usted escoja el último «rumbo».

McQuade dio un taconazo, retrocedió un paso y se volvió para irse. Entonces se volvió otra vez y sonrió.

—Ahora lo recuerdo, señor. Los comanches de Llano Estacado tienen de marca una luna achatada.

—No está mal, señor mío —asintió Maddocks—, siga esforzándose, que yo me aseguraré de que no meta la pata.

Había en Tracey Hamilton esa clara intencionalidad que uno asocia normalmente a los hombres de éxito, que no a las mujeres. No era retorcida, como se supone que debe ser una mujer, sino completamente sincera. Cuando deseaba algo, sabía instintivamente por qué lo deseaba, y lo tomaba cuando las razones eran aceptables para su aguda mente. En consecuencia, cuando se veía frustrada era capaz de profundos arrebatos de ira y odio ciego.

Pero también era completamente honesta, por lo que eventualmente podía aceptar la derrota. Y como sabía reírse de sí misma, sólo se dejaba engañar un periodo considerable de tiempo por la ilusión de la esperanza. Su única deshonestidad era permisible: usar su femineidad tan diestramente como un buen jinete usa su cerebro, para anticiparse, prevenir e imponer su voluntad. Destreza esta debida a que su padre y su abuelo se habían casado con mujeres muy bellas y encantadoras: una Livingston y una Comegy, ninguna de las cuales había tenido jamás la menor dificultad en controlar a sus maridos, sin parecerlo nunca. Tracey era la última persona a la que uno podría imaginarse casándose en el ejército.

Sólo cuando la señora Scarborough estuvo segura de que Hanna había terminado su limpieza de la vivienda contigua a la de Gallatin y vio al bruto dirigirse hacia comandancia, permitió a Tracey ocuparse del asunto de las cortinas. No antes.

—Debe recordar siempre, querida mía, que la esposa de un oficial nunca se permite el menor contacto con reclutas. No por esnobismo, sino por seguridad. Una dama de este lado del patio de armas no sale de sus alojamientos tras la puesta de sol sin la escolta de un oficial. Esos soldados no son seres humanos, sino *bestias* libidinosas.

Tracey miró a la mujer con dureza y se echó las cortinas en el brazo. Cruzó las dos viviendas y, una vez en las habitaciones de Gallatin, depositó las cortinas sobre la manta de piel de búfalo que cubría su litera y pasó los dedos por el espeso y suave pelaje. Se asomó a la ventana y miró hacia comandancia. Estaban sacando las cajas de caudales del coche de pagaduría y metiéndolas en el edificio. A continuación condujeron el coche a la zona de los establos. En el suelo ante la puerta cerrada de comandancia había un baúl de viaje y una sombrerera metálica con asas. Vio a Hanna acercarse al sargento Rodermill, el cual hizo un gesto hacia el baúl. Entonces Hanna se sentó en él y cruzó las piernas, reclinándose contra la pared.

Tracey se llevó el pulgar a la boca y se mordió ligeramente la uña. En la pared del fondo de esa única habitación, exceptuando el cobertizo adosado, había un retrato del padre de Tom. Era un retrato de cuerpo entero con un ornado marco dorado de unos quince centímetros de ancho. El coronel Ambrose Gallatin con el uniforme de mayor

de artillería ligera, en el año 1883, cuando trasladaron a los cherokees a Arkansas desde las Carolinas, muriendo la cuarta parte de la tribu casi literalmente de nostalgia. También había un largo estante con libros encuadernados en piel y una miniatura de marfil que representaba a la madre de Tom.

Tracey se movió y los ojos del retrato del coronel la siguieron. Cruzó toda la habitación sin que el coronel dejara de mirarla atentamente. Se sentó en la mecedora que había junto a las ventanas más apartadas, apretando piernas y rodillas, agarrándose las rodillas con tal fuerza que la sangre abandonó sus dedos, y miró con fijeza las cortinas de la cama. Por un momento fue consciente de que por su mente no cruzaba ningún pensamiento. Estaba completamente desprovista de todo lo que no fuera el vacío, como en aquellas prolongadas y terribles semanas en Nueva York. Pero ahora había odio tras ese vacío, acechando, como una tormenta a punto de estallar y desencadenarse.

Hanna se levantó del baúl cuando Curtis McQuade salió de comandancia.

—Hanna, señor. Me han nombrado asistente del teniente.

McQuade se soltó el sable, buscó su ajada vaina de piel de alce donde Hanna se había sentado y enfundó el arma. Permaneció un instante mirando al sur. Respiró hondo.

—El viento ha cambiado. Se puede oler el horno que es el desierto a tantos kilómetros de distancia —sonrió—. ¿Cuál es mi alojamiento, Hanna?

Este se echó al hombro el baúl de piel de caballo. McQuade le puso bajo el brazo el sable envainado.

—Está junto al del teniente Gallatin, señor —contestó Hanna.

—¿Gallatin?

—Se casa, señor, ¡y tendría que ver a la joven con la que se va a casar!

McQuade echó a andar rodeando el patio de armas, seguido por Hanna con el baúl, y preguntó:

—¿Por qué debería verla?

—¡Se lo diré con toda sinceridad, señor! Es sólo verla y uno siente que se le encoge el estómago. Siente un sudor helado en las axilas...

McQuade volvió la cabeza para mirarle a los ojos.

—Como en su caso, Hanna.

Este pareció herido.

—Un hombre se vuelve loco aquí... pensando, deseando, recordando... *No sé...* —negó con la cabeza—. Bueno, sí lo sé.

—¡Mantenga la mente lejos de este lado del patio! —dijo McQuade bruscamente, y abrió la puerta con la punta de la bota, entrando en sus alojamientos.

—Ya he pasado la escoba. Después de la revista traeré al teniente agua caliente y leña.

Depositó el baúl en el suelo y colgó el sable de una clavija de la pared. En la puerta, se volvió y se humedeció los labios con la lengua en un gesto lento e inseguro.

—Usted espere a *verla*, señor.

McQuade se volvió para mirar al hombre.

—No se moleste con la leña y el agua —dijo—. No me sirve usted. Dígaselo al sargento primero, y dígale que el motivo es que no me gusta lo que sale de su boca. Cierre la puerta.

McQuade se quitó la guerrera y la colgó. Arrojó el quepis sobre el desnudo esqueleto de la litera, arrastró el baúl hasta el fondo y le quitó las correas. Oyó movimiento al otro lado de la puerta que daba al alojamiento de Gallatin, sacó una botella de bourbon de St. Louis y se acercó. Llamó con suavidad.

—¿Gallatin? Tiene usted un nuevo vecino. ¿Se une a mí en un detalle de bienvenida?

No obtuvo respuesta, así que abrió la puerta con la mano libre. Era imposible, pero ella estaba de pie en el centro de la otra habitación. Por un momento, fue incapaz de hablar. Tracey le miraba con furia en los ojos.

—Me alegro de que te afecte tanto, Curtis —dijo ella con voz calmada—. Sabía que vendrías desde que llegaron tus órdenes. Eso me dio tiempo, y necesitaba ese tiempo. Me alegra que tú no hayas tenido el tiempo que se necesita para recuperar el equilibrio.

McQuade se movió con torpeza, absurdamente parado en el umbral de la puerta abierta.

—¿No serás tú... quien se casa con Gallatin? —y siguió mirándola con incredulidad.

—¿Por qué no? —replicó ella con frialdad—. ¿Qué sabes tú del matrimonio? Huiste de él.

El desprecio resonó en los oídos de McQuade.

—Yo no *huí* —recobró la voz, y estaba ronca por la amargura—. No tenía más remedio. Recibí orden de trasladarme a Nueva Orleans en el plazo de una hora. Envié a tu casa a un chico de la Western Union con una carta...

Tracey se medio apartó de él con furia contenida.

—No vino nadie —dijo—. No tuve noticias en los días siguientes. Me enteré tomando el té con mi madre, ¡que me dio la noticia con un terrón de azúcar! «Tracey, querida, se dice que han mandado a tu guapo teniente McQuade lejos de Governor's Island» —repuso con tono burlón, encarándose con él, llena de desprecio—. ¡Tu conveniente ejército de negreros! Así que le dije: «Oh, sí. Creo que hace semanas de eso», ¡muriéndome por dentro mientras mostraba una dulce sonrisa en los labios!

Él avanzó hacia ella, con las manos extendidas.

—No, Tracey, por favor —suplicó.

Ella le dio la espalda.

—Ni siquiera sabías si yo estaba...

—¡Calla! ¿Cómo iba a saber yo nada? Te escribí una docena de frenéticas cartas. No contestaste a ninguna de ellas.

Estaba parado muy cerca de ella, cuando se volvió furiosa.

—¡No *quise* contestarlas! Para cuando llegó la primera, ya había conseguido recuperar mínimamente mi orgullo y mi autoestima. A la gente como yo no se le hace lo que hiciste, Curtis.

—¡Y no lo hice! —cerró brutalmente los dedos en la parte superior de su brazo y tiró de ella obligándola a mirarle—. Recibí la orden cuando estaba en formación. Tuve menos de una hora para preparar el equipaje y partir. Te envié noticia de ello... Te escribí... Te...

—Suéltame el brazo.

En vez de ello, la agarró del otro, la atrajo hacia sí y miró a su colérico rostro.

—¿Y por qué...? ¿Por la fatua creencia de que como yo estaba destrozado tú también lo estarías? Pues de eso nada, querida. Parece que no tardaste en buscar quien te consolara. ¿Quién es este Gallatin?

—¡Quítame las manos de encima!

—Resultas muy excitante cuando estás furiosa, Tracey.

Ella le arañó furiosa los antebrazos.

—No, querida —su voz era solemne dentro de su tono burlón—. Contesta primero a mis cartas —y la besó, le soltó los brazos y la estrechó contra él mientras ella forcejeaba—, ¡porque yo también te pedí que te casaras conmigo!

Ella se quedó inmóvil, hasta que él aflojó el abrazo; entonces le abofeteó y se soltó.

Una mano la aferró por la muñeca. Por un momento pareció como si estuvieran bailando, moviéndose a izquierda y derecha el uno del otro, medio agachados, unidos sólo por los extendidos brazos.

—¡No vuelvas a besarme!

McQuade soltó un bufido despectivo y la soltó. Tracey se apartó de él y la parte de atrás de sus rodillas chocó con la litera, cayendo sobre ella.

Él puso una rodilla en el suelo y la sujetó por los hombros con ambas manos, sin dejar de reírse.

—Tracey, *¿cómo estás?* Estás preciosa. *Te adoro* —dijo, sin dejar de reír roncamente, hasta que los ojos de ella se cerraron.

Y volvió a besarla. Ella le atrajo hacia sí y abrió sus labios a los de él.

En ese momento se abrió la puerta. Podría retrocederse al ruido de espuelas en el exterior, a las rápidas pisadas de botas en el pequeño porche de entrada, a la llamada

rutinaria en la puerta y a la voz de «Gallatin», pero todo ello se resumiría en la puerta abierta, con Seton Porter parado en el umbral.

McQuade se puso rápidamente en pie y dio un paso hacia él.

—¿No llama usted nunca a la puerta?

—Resulta que sí he llamado, aunque no tenía motivos para considerarlo necesario. Gallatin es *mi amigo*.

—Pone un énfasis deliberado en ese comentario.

—Ciertamente. Aquí ya hay bastantes problemas sin que haya necesidad de crear más en la familia de los oficiales —Porter se irguió mucho e hizo una rígida reverencia hacia Tracey, que en ese momento le daba la espalda y se retocaba el pelo ante un espejito de la pared—. Por tanto, McQuade, tendrán que decírselo a Gallatin, o usted o la señorita Hamilton.

—No será porque lo decida usted —replicó McQuade secamente—. No juegue a Dios conmigo.

—O se lo diré yo mismo.

—Vaya, vaya —se burló McQuade—. Qué joven más educado. Parece de manual. Es usted todo un *caballero*, ¿eh, Porter? Bueno, pues si lo es —señaló a la puerta con un rígido dedo—, usted abrió esa puerta y no vio *nada*. Y ahora salga y cierre o le romperé todos los huesos del cuerpo.

—Le recordaré esa amenaza —repuso Porter glacialmente—. De haber sido yo Tom Gallatin, lo habría matado —y salió fuera y cerró la puerta.

McQuade se acercó y apoyó la espalda contra ella mientras se encaraba con la joven.

—Porter es un imbécil. No dirá nada.

—¿Eso es todo lo que te preocupa?

—¡No me vengas con argucias femeninas, Tracey! No necesitaste mucho tiempo para olvidarte de mí en Nueva York. Pero ahora no podrás olvidarme.

—No estés *tan* seguro.

Él negó con la cabeza.

—¿Estando los dos en el mismo pequeño Fuerte lleno de cotilleos? ¿Estando Gallatin? ¿Y sabiendo en nuestra sangre lo que tú y yo sentimos por el otro? No, Tracey, no saldría bien. Porter tiene razón. Tendrás que decírselo a Gallatin... o tendré que decírselo yo.

—¿Y destrozarle el corazón a un hombre? ¿Un hombre que recogió los pedazos que dejaste del mío? ¿Quieres que sea protagonista de un escándalo después de recorrer tres mil kilómetros para casarme con un hombre y luego no casarme con él?

Él sonrió y volvió a negar con la cabeza.

—Mi querida, hermosa y egoísta Tracey.

Ella se le acercó y él se separó de la puerta. La muchacha puso la mano en el

pomo, pero se volvió, mordiéndose un instante el labio inferior.

—Es horrible —dijo quedamente— cuando una mujer descubre que su cuerpo puede traicionar a su decencia. Te he odiado durante mucho, mucho tiempo, Curt. Y todavía más a mí misma —cerró los ojos con fuerza—. Oh, Dios, vete. ¡Vete!

Entonces abrió la puerta de un tirón y huyó ciegamente de su lado.

McQuade deshizo el equipaje ardiendo de furia. No con la furia que nace de la ira, sino la del conflicto no resuelto. A medida que se alargaban las sombras, fue filtrándose el frío por las paredes de madera sin reforzar y fue al cobertizo a por leña con la que encender la estufa Sibley. Utilizó un par de maderos de roble para avivar el fuego y controlarlo. En ese momento llamó a la puerta el sargento primero Rodermill.

—La orden del día, señor. El teniente será el oficial de guardia, señor. Guardia a caballo a las cuatro cuarenta y cinco.

—¿Cuánto tiempo va a necesitar, sargento?

—¿Yo, señor? ¿Para qué?

—Para recordarme.

Rodermill miró a McQuade con más atención, de forma menos impersonal.

—El tiempo no se detiene, señor —dijo, dubitativo, y entonces lo reconoció—. Usted era un niño con rizos. Claro que lo recuerdo, señor. Es el hijo del coronel McQuade.

McQuade le tendió la mano.

—¿Cómo está usted, Rodermill?

Este le estrechó la mano con cierta inseguridad.

—Muy bien, señor. Ha pasado mucho tiempo —negó con la cabeza—. Mucho tiempo.

—Acababan de nombrarle cabo.

—Sí, señor —y se hizo un silencio incómodo—. Sin banda de música, señor, sólo con la trompeta —añadió en su incomodidad—. El primer toque de diana es a las cuatro cuarenta. El capitán Maddocks pasa personalmente revista a la guardia.

McQuade se abotonó la guerrera y el abrigo. Introdujo las correas del sable por el ojal, se puso el quepis y los guantes y fue a cerrar la puerta del cobertizo.

Y vio el humo revelador elevándose por encima de la montaña de leña. Calculó que estaría a unos sesenta kilómetros al sur. Un penacho de humo retenido con una manta para que ascendiera recto y alto en el tranquilo aire de última hora de la tarde.

Y mientras estaba allí vio un segundo penacho de humo cuando se disipaba el primero. Luego un tercero, y ninguno más, pues una vez concluido el mensaje apagaban el fuego para que no lo confundieran con algún fuego casual de campamento. Fue entonces cuando McQuade cometió *su* error.

Partiendo desde donde habían atacado a Porter dos días antes, ese humo situaba a los comanches en los extremos este y sur del distrito tras haber trazado un

semicírculo alrededor del fuerte. Había una salvaje insolencia en ese humo, un soez grito de desafío. Como retar a un hombre arrojando un sombrero que le corta entre los ojos. Pero no a los ojos de McQuade, porque se estaba asegurando de no meter la pata en lo sucesivo.

Una sensación de expectación envolvía a todo su ser. Era casi como la excitación de un inminente viaje nacido de una promesa de juventud. Como ver llegar el día de la partida, tras largas semanas de espera.

McQuade esperó al relevo de las siete antes de dirigirse al comedor de los oficiales solteros, situado detrás de la cantina. La cena consistió en filetes de antílope, lentejas cocidas, café de cafetera y puré de patatas reducidas a pasta sin quitarles la piel.

El teniente Petersborough leía el tercer volumen de Gibbon a la luz de una lámpara de pantalla verde, meneando con inseguridad la pipa entre sus dientes postizos. El médico, el doctor Osbaldersen y el orondo mayor Prendergast, el pagador, hacían los honores a una botella de Old Hangman. Ambos eran hombres desilusionados y envejecidos que negaban la serena desesperación de su existencia envolviéndola en mentiras.

El viejo teniente de ingenieros saludó a McQuade con la cabeza.

—Ah, sí —dijo—. Es el nuevo.

McQuade acercó una silla y se sentó ante la mesa con un mantel a cuadros rojos y blancos.

—Eso lo resume todo —dijo—. Me he presentado esta mañana. Soy nuevecito.

—¿Juega usted al whist, McQuade?

—¿Es necesario para cumplir con el servicio aquí en Canby?

—No viene mal —sonrió Petersborough— como *pour passer le temps* cuando se alcanza una edad avanzada. Pero a usted no le servirá, porque no es su caso.

—¿Y Gibbon? —McQuade señaló el libro.

Petersborough movió la cabeza solemnemente.

—La historia del imperio romano es la lectura más pertinente en que puede enfrascarse un americano de nuestros días. Pone al descubierto todos los errores en los que podemos incurrir al hacer nuestro este país.

El mayor Prendergast volvió la cabeza con aire de senador.

—Para su información, teniente, le diré que la señora Yates se ha hecho cargo de la chiquilla que hemos traído del rancho de Detweiler. La pobre criatura ha perdido por completo la cabeza. ¿No cena?

—Sí, señor.

Entonces llegó Gallatin, que se paró un momento en silencio en el umbral de la puerta. McQuade sintió la presencia del hombre antes de verlo, por lo que se volvió casualmente en su silla para mirar hacia la puerta. Estaba muy dentro de lo posible que Tracey se lo hubiera contado ya. Por un momento, creyó que era así, pues al

volverse desde el otro lado de la sala le vio con los labios apretados, como si se hubiera parado a la escasa luz de las persianas para intentar localizarlo en la penumbra de la habitación. Al identificarlo, se aproximó a él y McQuade se tensó. Gallatin cogió una silla sin pronunciar palabra y se sentó. Por un prolongado instante, McQuade vio en su mente la enfurecedora imagen de Gallatin abrazando a Tracey, posando sus labios en los de ella, y midió con frialdad la distancia que los separaba. Pensaba en levantarse y golpearlo en el mentón a poco que dijera algo al respecto. Pero Gallatin no se refirió a ello.

—McQuade, cuando llegó usted al rancho de Detweiler —dijo sin preámbulos—, cuando llegó con el pagador y se reunió con Porter, ¿examinó usted el escenario de los asesinatos?

McQuade no experimentó la menor sensación de alivio, sólo la decepción que sigue de la certeza a la leve sorpresa.

—Ya se habían enterrado los cuerpos. Porter me dio los detalles. Di por válido todo lo que me dijo.

La ceja izquierda de Gallatin se elevó ligeramente.

—¿Sus propias observaciones le confirman que fueron comanches?

—¿Hay una segunda intención en lo de «propias»?

—¿Por qué tendría que haberla?

—Cuando me presenté al viejo, tuve la torpeza de señalarle que nací y me crié aquí. Se lo tomó como pie para tratarme de novato. No me tomo bien esas cosas.

—Repetiré la pregunta —dijo Gallatin con calma—. ¿Cree usted que fueron comanches quienes atacaron a Detweiler?

—Acepté lo que me dijo Porter de que fue así.

—Ya veo —repuso Gallatin—. No tiene una opinión personal.

—Pero tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué lo duda? Los comanches atacaron a Porter. Porter dice que los comanches atacaron a Detweiler. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por cuestiones teóricas. Estamos muy lejos de Llano Estacado. Esos comanches están muy lejos de su casa. Los búfalos deben andar ahora por Texas, en su migración veraniega hacia el norte. ¿Por qué iban a venir los comanches a cazar por aquí, habiendo manadas de búfalos pasando por su territorio?

—No lo sé —contestó McQuade, negando con la cabeza.

—Al ser el último oficial que se ha incorporado al servicio, aunque creo que le ascendieron cuatro semanas antes que a Porter, mañana le corresponderá realizar el inventario del almacén contrastándolo con los pedidos para el informe trimestral —dijo Gallatin. Cada vez que hablaba, clavaba la mirada en McQuade. Cuando se interrumpía, desviaba bruscamente la mirada, casi como si no deseara pensar en él.

McQuade seguía sin poder adivinar si Tracey había hablado con él. Seguía con el estómago tenso, esperando que se refiriera a ello—. Se pagará mañana. Así que, antes del toque de mediodía, hará que los que estén de guardia tiendan la cuerda de las squaws.

—¿Me repite eso? —dijo McQuade, verdaderamente perplejo.

—Ahí fuera —Gallatin agitó ligeramente la cabeza hacia atrás—, en la otra orilla de la cuenca del Sudsville, corriente arriba, hay una aldea india que cumple con el tratado. Alberga lo que queda de tribus que ya no pueden valerse por sí mismas, unas treinta almas. Las alimentamos en representación del comisario indio. Con raciones militares.

—¿Y mañana les entregan las raciones?

—Mañana no. Los días de paga, los jinetes concluyen su servicio a mediodía. Ese día hacen guardia los seis abstemios que tenemos. Para los demás es como una feria en un recinto cerrado. Por razones de moral, los dejamos desfogarse. Ponemos cuerdas alrededor del campamento indio y centinelas armados para que las squaws no les corten el cuello a los que se pongan románticos con el whisky.

McQuade sonrió, y entonces, sorprendentemente, los sobrios y cincelados músculos de la cara de Gallatin formaron una ligera sonrisa de respuesta. En aquel momento, McQuade supo que Tracey no le había hablado. Aprovechó la ventaja.

—Usted es el teniente más antiguo de aquí, Gallatin. Cuando llegaron mis órdenes aquí, fueron contestadas. Recusadas de forma desfavorable. ¿Por qué?

Gallatin cruzó las piernas.

—Recuerde, McQuade, que es usted quien me lo ha preguntado. Esta es una pequeña guarnición. Abundan las murmuraciones. Se dice que al graduarse en el este lo destinaron a tareas de oficina porque el general McQuade deseaba tener a su hijo en un puesto tranquilo, y que ascendiera pronto.

—Eso es una maldita calumnia. ¡Mi padre es un luchador! No se ganó la estrella sirviendo con Halleck. La obtuvo a las órdenes de Sheridan.

—Usted ha preguntado —Gallatin alzó ligeramente las manos y las dejó caer sobre sus muslos—. Eso no significa forzosamente que sea mi opinión. Un hijo es la inmortalidad de su padre. Algunos hombres tienen padres con alma de gallina clueca. Así era el mío. Hasta su muerte.

—Así que eso es lo que se dice, ¿eh?

—Y más, si quiere que se lo diga.

—Quiero —asintió McQuade.

—Sigue sin ser mi opinión personal —dijo Gallatin, mirándole con fijeza—, pero se dice que lo trasladaron a toda prisa a Nueva Orleans, lejos de Governor's Island, cuando el general se enteró de que pasaba usted demasiado tiempo con las jóvenes damas de Nueva York. Incluso se insinúa que es usted un tenorio.

Ya está, pensó McQuade. Se removió ligeramente en la silla, preparándose. No aparta la vista de mí y no eleva la voz. No replicó. Se limitó a afrontar su mirada. El silencio se prolongó hasta hacerse casi intolerable. Gallatin se puso en pie.

—Usted también formará mañana para cobrar su paga. Si puedo ayudarle a instalarse, llámeme. Buenas noches.

McQuade acabó de cenar y, como no tenía intención de verse atrapado en una conversación de ancianos mientras fumaba, dejó el cigarro para luego. Bajo las estrellas, la noche era clara y fresca como el tafetán, haciendo el frío justo para despertar en su mente la nostalgia por una noche de septiembre en el este, un septiembre en los barracones de Madison junto al lago Erie. Inspeccionó los puestos número cuatro y cinco, escuchó el informe de los centinelas y se fue hacia la garita de la guardia situada en la parte de los oficiales del patio de armas.

Había luz en el alojamiento de los Yates y de los Scarborough y, cuando se acercó, la puerta de estos últimos se abrió al cuadrilátero de luz amarilla de las lámparas del interior. Gallatin, Tracey y la señora Scarborough le bloquearon el paso a apenas tres metros de distancia. La señora Scarborough volvió la cabeza y lo vio.

—Oh, sí, teniente McQuade, le esperábamos esta noche con la retreta.

—Me temo que no será posible —sonrió McQuade—. Sustituyo al oficial de guardia. Me toca el perímetro.

—¡Oh, qué lástima! ¿Mañana por la noche entonces, si logramos algo de paz en un día de paga? Tracey, le presento al teniente McQuade —dijo con una sonrisa tonta—, a quien he tenido el descaro de abordar. La señorita Hamilton, que va a casarse con el teniente Gallatin. ¿Conoce ya al teniente Gallatin?

La luz del interior daba a Tracey en la cara, por lo que no podía verle los ojos, pero aun así McQuade se aproximó a ella en gesto de reconocimiento, pasando entre la señora Scarborough y Gallatin, forzando a este a apartarse un poco. Al hacer el gesto de tender la mano, obligó a Tracey a ofrecer la suya. Él hizo una reverencia y dijo:

—Señorita Hamilton...

La miró a los ojos, y vio en ellos una fría expresión de reto.

La señora Scarborough estaba ahora pisando el suelo de tierra, junto al pequeño porche, situándose tras ellos para acercarse a Gallatin.

—Organizaremos una preciosa fiesta de compromiso para ustedes, Tom.

—Estoy seguro de ello —dijo Gallatin.

—Pobre muchacha. ¡Está tan enamorada de usted! Es usted muy, muy afortunado. Mientras su aguda voz resonaba tras ellos, McQuade murmuró:

—Debo verte a solas, Tracey.

Tracey contuvo la respiración.

—No puedes. En este lugar es imposible.

Entonces la señora Scarborough incluyó a McQuade en su conversación.

—Necesitamos tanto que haya hombres jóvenes en este viejo puesto.

Un coyote aulló, con aquel sonido ronco y escalofriante, medio risa y medio ladrido, que incluso en la distancia hace que sientas un pinchazo helado en la mandíbula. Tracey volvió bruscamente la cabeza al oír el sonido y sus dedos se hundieron en el brazo de McQuade con un sobresalto.

—¡Ahí está otra vez esa chiquilla! —murmuró, pegándose instintivamente a él, pero apartando la cara.

Laurie Detweiler acababa de salir de la casa y estaba parada contra la pared del alojamiento de los Yates, mientras los miraba con fijeza a la luz de las estrellas, con ojos inexpresivos.

La señora Scarborough contuvo el aliento bruscamente.

—Oh, eso no puede ser. Acabará cogiendo un resfriado. Hace horas que Corinne Yates la metió en la cama.

McQuade se acercó despacio a la niña y se arrodilló.

—Laurie...

El capitán Yates salió de su alojamiento llevando puesto el camisón de dormir.

—Ha vuelto a escaparse. Y no hay forma de arrancarle una palabra. Me la llevaré dentro. Pero habrá que enviarla al este con la próxima diligencia, a un manicomio.

McQuade pudo ver a las tres personas que tenía detrás, iluminadas por la dorada luz de las lámparas procedente de la puerta abierta de los Scarborough, presenciando de forma impersonal las repercusiones de esa tragedia tal y como hace la gente cuando tiene lugar un accidente. Él por su parte sintió un escalofrío de rabia ante el tono distante de las palabras de Yates. La furia casi le ahogó cuando se volvió impotente y dio media vuelta para alejarse, momento en que Tracey se llevó las manos al rostro.

—¡Oh, Dios mío! —la oyó decir—. ¡No soporto esta horrible región! Tengo frío, Tom. Me retiro. Buenas noches.

Y volvió a la casa.

McQuade saludó formalmente a la señora Scarborough, llevándose la mano al quepis, y se dirigió hacia la garita de la guardia, con la ira bullendo todavía en su interior. Presenció el relevo de las nueve de la noche y se mantuvo bajo el techo de la garita escuchando a medida que iba efectuándose el relevo. Cuando llegó el suyo, cruzó el patio hacia comandancia para enfurecerse dentro, sentado.

Al entrar en la primera oficina, encontró a Porter solo, apestando a ácido carbólico por el vendaje de la mano que le habían hecho en el hospital. Llevaba el brazo en un cabestrillo negro. Se tensó al ver a McQuade. Este se detuvo deliberadamente en el umbral, mirándole fríamente. Entonces cerró la puerta y se desabotonó el abrigo sin dejar de mirar a Porter. Se soltó el sable y se quitó el quepis.

—Buenas noches, Porter.

—¿Qué hace usted aquí?

—Tranquilo, amigo —dijo McQuade mientras sacaba la tabaquera de cuero—. Me han informado de que hay tanta diferencia de rango entre tenientes como virtud entre prostitutas, así que no se ponga tan oficial cuando hace esa pregunta.

—Le he hecho una pregunta.

—Cierto —asintió McQuade—. Así que la contestaré. He venido a fumar un cigarro mientras me familiarizo con la hoja de órdenes vigentes.

Cortó la punta de su cigarro. En ese momento, el capitán Maddocks llamó a Porter desde la oficina interior. Este se envaró y entró en ella, cerrando la puerta detrás.

McQuade cogió la hoja de órdenes sacándola de la clavija de la pared y se sentó a leerla, encendiendo su cigarro.

Podía oír con claridad todo cuanto se decía dentro.

—Lo he hecho venir para comentar en detalle el informe de su patrulla, señor mío. Acerquese al mapa —un momento después añadió—: Localizó aquí el humo del campamento, señor mío, con las huellas de los caballos herrados y los huesos asados y estimó que formaban una partida de treinta comanches a caballo, cuyo rastro siguió usted a lo largo de veintisiete kilómetros ¿Y una partida de diez le atacó por retaguardia veinticuatro kilómetros más allá, justo aquí, al atardecer?

—Sí, señor.

—Una pregunta, señor mío.

—Sí, señor.

—¿Puede garantizarme usted que esos diez pertenecían a la partida original de treinta, o hay que sumar esos diez a los otros? ¿Hace dos días había treinta comanches en la parte este del distrito? ¿O había cuarenta?

—Posiblemente en el informe debería poner «entre treinta y cuarenta», en vez de «aproximadamente treinta».

—Entonces haga que ponga eso. Pero siga conmigo. En el rancho de Detweiler había huellas de diez ponis sin herrar, y también allí vio señales de que eran comanches. Y yo le pregunto, señor mío: ¿Supone que esos diez se habían distanciado de los «treinta o cuarenta» o habría que añadirlos a ellos? ¿Hay «treinta o cuarenta» comanches desmandados por el distrito o casi cincuenta?

—No... no puedo afirmarlo con seguridad, señor.

—Y como usted no puede, tengo que enviar a Gallatin de exploración al sudoeste y descubrirlo. Debo decirle, señor mío, que no ha atado muy bien todos los elementos de este informe. En el mismo momento en que usted decidió cambiar su ruta y seguir a esa partida que usted vio y calculó en treinta indios, debió haberse sentido obligado a completar la tarea y obtener su número exacto.

—Sí, señor —e hizo una pausa—. ¿Un explorador al Sur, señor? ¿Es que cree que están viajando en círculo a nuestro alrededor? ¿Para qué? ¿Para hacer que los persigamos hasta Texas?

—Se ha intentado antes —la voz de Maddocks sonó de pronto vieja y cansada—. Es todo, señor.

Porter salió, cerró la puerta y salió de comandancia sin mirar ni hablar a McQuade. Este continuó leyendo la hoja de órdenes vigentes. Por fin llegó a lo que buscaba:

«Cuartel General del ejército de Nuevo México, Santa Fe, territorio de Nuevo México, 16 de febrero de 1869. A todos los comandantes. A partir de la presente fecha, se anula la práctica de atacar a las partidas de indios hostiles instituida por la decisión de los comandantes de cada destacamento en el campo de batalla. En el futuro no se efectuará ninguna acción de represalia, salvo que esté autorizada por este Departamento, cualesquiera que sean las provocaciones locales. Las tropas se defenderán y retirarán en caso de ser atacadas, pero bajo ninguna circunstancia podrán los comandantes de campo tomar la iniciativa de atacar».

El capitán Maddocks salió de la oficina para retirarse por esa noche, tras apagar la lámpara de la mesa. McQuade se levantó.

—Va a causarme usted dificultades, ¿verdad? —dijo Maddocks con frialdad.

—¿Señor?

—Pasa usted de abrir demasiado la boca a cerrarla demasiado.

—¿Señor?

—Esta tarde estaba usted junto a la leñera que hay tras su alojamiento cuando vio el humo, McQuade. ¿Me vio parado en mi puerta? ¿Viendo también el humo?

—No, señor.

—Precisamente. Entonces, ¿en lo que a usted respecta yo no vi ese humo?

—Supongo que así es —McQuade se sintió de repente incómodo bajo los extenuados ojos del anciano.

—«Como el viejo se metió conmigo cuando me presenté ante él, que se las arregle él solo. Y al infierno con él» —dijo Maddocks, con tono ligeramente burlón.

—Señor... yo...

—Debería usted haber informado de esas señales de humo, porque era una acción enemiga, y porque podía haber sido usted el único oficial que las vio. Cuesta mostrarse frío cuando se es joven y lleno de rabia, pero es una señal temprana de que se empieza a madurar. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Pero al ponerse el quepis en la puerta, el capitán se volvió otra vez.

—¿Cómo interpreta usted esas señales de humo?

—Como que los indios estaban a treinta y dos kilómetros al oeste, y se han desplazado treinta y dos kilómetros más al oeste del arroyo de Caisson Wash, sin detenerse a acampar ahí.

—Lo ha interpretado usted mal, señor mío. Buenas noches.

Fuerte Yuma tiene su aldea al otro lado del Colorado. Los Fuertes de Río Grande tienen a Mesilla y Bliss a El Paso. En Mojave, los hombres pueden buscar oro y enriquecerse en el plazo de un solo alistamiento. En Forte Canby no había una sola cosa aparte de cientos de kilómetros de nada. En todos los años que Maddocks había estado al mando, había supeditado la moral de la tropa a un permiso de diecisiete horas tras el día de paga, con el whisky del cantinero para llenar ese periodo. El cantinero O'Hara montaba el puesto detrás de la cantina, porque así se rompían menos cosas y se mantenía la cantina cerrada, acordonándose la zona para que sólo incluyera a los barracones. Teniendo la compañía C sólo cincuenta y dos hombres, en vez de los cincuenta y seis que había antes de la escaramuza de Porter, eran cuarenta y seis los que bebían, consumiendo en ese plazo de diecisiete horas seis cajas de botellas, setenta y dos botellas de a cuarto, para luego formar ante el toque de diana de las cinco y media de la mañana, y que después diluvie.

Aquello quemaba el hígado y disipaba los sombríos humores del alma. Aquello había acabado enterrando al cabo Grosheimer y a Cudlip, Amos y Gantry. Aquello sacaba los rencores a la luz y los aplastaba con puñetazos demoledores, devolvía temporalmente sus sueños a hombres que los habían perdido y echaba tierra sobre los fracasos enterrándolos muy hondo. A Denton le devolvió su capitán en el Primero de Caballería de Virginia y le hizo olvidar Appomattox. A Dortmund le devolvió una granjera bávara de trenzas rubias, que olía a leche caliente, pan recién horneado y estiércol en los zapatos. Aquello le arrancaba los galones a oficiales de amargo recuerdo, restituyéndolos a su verdadera estatura como hombres. Sacaba a la luz mugre que llevaba mucho tiempo ahogada en el recuerdo. Puso a Hanna en contra de McQuade.

—Yo sólo cobro una miserable paga de tres dólares, mientras que él ni siquiera estaba en el cuerpo cuando yo ya había perdido mi equipo. ¡A ese le voy a arreglar yo!

Los militares de carrera no se desmandaban ni se alejaban demasiado. Se sentaban con rigidez y se dejaban llevar, porque la disciplina nunca les abandonaba del todo. En cierto modo, era como si bebieran en posición de firmes. Después libraban sus peleas de borrachos, pegando el pie de uno al del otro y dándose de puñetazos con solemne formalidad propia de un ritual. Se desplomaban cuando se

desmayaban y se mantenían inmóviles en el suelo hasta dormirla.

Esos días de paga y bebidas en Canby eran, por así decirlo, como la solemne reunión de una logia, y para las cuatro en punto de la tarde el lugar estaba en plena efervescencia, con los más veteranos congregados en la mesa de fuera, hablando y recordando. No de batallas, sino de personas, de caballos y de los eternos cambios. Los alemanes cantaban a coro y los más jóvenes fanfarroneaban.

El sargento primero Rodermill, que no había bebido una sola gota en su vida, ni siquiera cerveza, por alguna extraña restricción de lo más profundo de su carácter, se dejó caer por allí a eso de las cinco. Erschick estaba de servicio en la cuerda de las squaws.

—Un día de paga tan bueno como el mejor, sargento. Se están portando muy bien. Rodermill miró a los hombres y asintió.

—Sí, así es —dijo—. A la puesta del sol, le enviaré otro hombre —miró fijamente a Erschick—. ¿Desde cuándo no bebe usted, Ben?

—Desde que padezco de tensión. Hace diez años.

—¡Sargento! —llamó Baker, con labios de whisky—. En este grupo hay salteadores y ladrones de cajas fuertes. Hombres que pegan a mujeres y matones. Banqueros estafadores y vagabundos del Bowery —golpeó enfáticamente la mesa con el velludo puño—. ¡La mejor banda de sinvergüenzas que puede encontrarse en todo un largo día de marcha! —eructó y el sonido fue semejante a la rasgadura de una sábana mojada—. Pero lo que más me preocupa, Rodermill, es que en toda la compañía C no hay ni uno solo —sus ojos giraron y sólo se le pudo ver el blanco de los mismos—, pero es que ni uno solo que haya sido un asesino en la vida civil.

Apoyó la cara en sus brazos cruzados y comenzó a sollozar desgarradoramente.

Denton se reclinó contra un árbol.

—Bien —dijo, con tono agradable—, ¿hay alguno de entre vosotros, malditos yanquis, que tenga a bien pelear con un caballero de buena familia del sur?

Aquella tarde no se vio humo en el horizonte sur. McQuade se impuso la particular obligación de buscarlo con sus prismáticos desde las tres de la tarde hasta la puesta de sol. La barahúnda del día de paga prosiguió tras la cantina hasta el toque de retreta, y entonces lo que quedaba del mismo se arrastró hasta los barracones y murió entre ronquidos poco después de medianoche.

Tras pasarle el relevo a Porter, pues en Canby toca ser oficial de guardia cada tercer día, McQuade se fue con su largo día a su alojamiento y se sentó a escribir las requisas realizadas para el informe trimestral del comisario indio, consciente de que Gallatin y el sargento primero Rodermill hablaban en voz baja al otro lado de la puerta cerrada, planeando en el mapa la ruta que tomaría para explorar el arroyo de Caisson Wash. Era profundamente consciente de la presencia de Tracey y de la terrible situación que se cernía sobre ellos y que podía estallar en cualquier momento.

No pensaba renunciar a ella, ni darle la espalda a la situación. Y así se lo decía a sí mismo, no con la razón, sino con completa convicción, pues, aunque carecía de la experiencia necesaria para racionalizar la posesividad de las mujeres, el instinto le decía que Tracey no le permitiría escapar, así que consideró su propia actitud como una hosca prerrogativa masculina.

A la mañana siguiente recibió la orden de asistir, con seis reclutas, a la clase militar que daba Stephen Maddocks. Le molestó, pero no pudo negar su validez. Maddocks puso sobre la mesa sus elementos de enseñanza: mocasines, fragmentos de pipa, bolsas de tabaco, flechas, lanzas, excrementos secos de poni con sus componentes residuales, saliva reseca en hojas. Habló como lo hace un hombre bien informado sobre los despachos del periódico de la mañana.

—Las más grandes hazañas, las más nobles virtudes de todas las tribus y clanes, se encuentran entre las palabras inglesas de latrocinio, pillaje, incendiario, rapiña y asesinato. El indio es un animal salvaje y nocivo, y sus actos los de un feroz animal de presa en nada atemperados por la piedad o la misericordia. Todas las tribus del suroeste, apaches, navajos, kiowas y comanches, han desarrollado últimamente el insolente rasgo de intentar engañar al ejército. Todos ellos son desde siempre maestros en el arte de dejar pruebas que incriminan a otras tribus. Los apaches pueden recorrer a pie cien kilómetros diarios de terreno accidentado. Pueden alimentarse, ellos y sus ponis, a base de hierbas silvestres de las montañas, cebollas silvestres, frutos de cactus, bayas y nueces. Los comanches arrancan el cuero cabelludo, los apaches no. Todos tienen una capacidad de raciocinio sólo ligeramente superior al instinto. Todos viven en el presente y nunca planean para el futuro. Las desventajas de su desarrollo cultural es que no pueden mantener una conversación abstracta. No pueden intercambiar ideas entre ellos, sólo hechos. Témanlos a todos, respétenlos como respetarían a un animal salvaje, pero, por encima de todo, sientan siempre por ellos un odio racional.

Maddocks empezó a guardar en su caja los elementos de enseñanza que había llevado.

—Yo hablo como soldado. Como representante del gobierno de los Estados Unidos, a las órdenes de la Oficina de Asuntos Indios, les aconsejo que impartan en esos animales la justicia del hombre blanco. Cuando puedan, trátenlos con equidad. No los castiguen nunca de forma injusta —sus labios se crisparon con amargura—. La Oficina espera acabar inculcando de ese modo un sentido de justicia recíproca en las tribus. Es una política algo diferente a la que se seguía cuando usted era un muchacho por aquí, ¿verdad, McQuade?

—Sí, señor. Muy diferente. En aquellos días, cuando las mujeres blancas eran violadas, una patrulla de castigo les seguía el rastro hasta alcanzar a los violadores. Y entonces se operaba sobre ellos con un cuchillo para pezuñas.

—Ah, sí —asintió Maddocks—. Y esa política tuvo tanto éxito que desde entonces no hemos tenido más problemas. La clase ha terminado. Señor McQuade, me han informado de que varias familias de colonos se dirigen hacia aquí en busca de protección. Ocúpese de su alojamiento y de sus cuestiones de higiene.

Dos familias procedentes del oeste, los Golenbrough y los Trott, habían aparcado ya sus carromatos en la zona común al norte del patio de armas, algo más allá de la cantina. Los hombres estaban molestos por haber tenido que abandonar las cosechas recién sembradas, forzados a hacerlo por sus esposas cuando se corrió la voz del ataque al rancho de Detweiler. Con ellos había un par de hijas de dieciséis años ocupadas en controlar a la prole más joven. McQuade buscó a Rodermill y estableció los límites de la zona de los colonos, declarándola prohibida para todos los miembros de la guarnición. Mientras se ocupaba en tales deberes, oyó martillazos en el interior de la cantina y, a través de una de las abiertas ventanas, vio a la señora Yates, y a Hanna y Erschick mirando hacia fuera por otra.

—Aún no ha acabado la jornada. Salgan de la tienda.

Erschick estiró la huesuda cabeza.

—Se nos ha asignado para ayudar a la señora Scarborough, señor. Adornos para la fiesta.

Así que, viendo una oportunidad para hablar con Tracey, McQuade se dirigió a la parte delantera y entró.

Los estandartes de las compañías C y D cruzaban las ventanas traseras, y estaban colocando cintas en las paredes para las ramas de cornejo que se cortarían en la hondonada en el último momento. Las damas de las viviendas de oficiales se ocupaban de arreglarlo todo, mientras Hanna y Erschick se ocuparan de clavar clavos.

—Seguro que ha visto celebraciones muy elegantes en Nueva York, Tracey. Pero nosotros ponemos todo el corazón en ello.

—Estoy segura de ello, señora Scarborough.

—Si tan sólo pudiéramos saber con seguridad cuándo pasará el pastor ambulante para casarlos a Tom y a usted —dijo la señora Yates, con una sonrisa soñadora—. Pero, claro, aquí en Canby nunca estamos seguros de *nada*.

Camden Yates era quien estaba más cerca de la puerta cuando entró McQuade. Lo detuvo un momento con impertinencia.

—¡Vaya, señor McQuade! ¿Viene en cumplimiento de su deber?

Había cumplido diecisiete años aquella primavera, y tenía algo más que el fresco encanto de la juventud. Sería una mujer extremadamente hermosa. También era hija del ejército hasta la médula, con la tranquila seguridad que eso puede proporcionar a una mujer de cabeza serena.

—Sería en cumplimiento del deber, de no agradarme la acogida —sonrió McQuade—. En cuyo caso me iré.

Camden se volvió despacio, deliberadamente, con picara insolencia, y miró a Tracey Hamilton.

—¿No será que ha venido de exploración? —preguntó descaradamente.

Curt McQuade examinó durante un momento los ojos grandes e inocentes de la muchacha, y la pregunta se le clavó en la mente. Puede que Porter galantease a Camden. Puede que se lo hubiera contado en su tosca y torpe masculinidad. O quizá sólo fuera el estremecedor y acertado instinto de las mujeres. El caso es que la muchacha estaba relacionándolo con Tracey, con la misma claridad que un centinela daba el alto en una fría noche. Así que sólo era cuestión de tiempo que las murmuraciones estallaran en el puesto.

La señora Yates interrumpió el momento, acercándose a él.

—¡Oh, señor McQuade!

McQuade señaló los estandartes cruzados.

—¿Es que la compañía D estuvo estacionada aquí en otro tiempo? ¿Y la C?

—Oh, sí —asintió la señora Yates—. Debían conformar un batallón, pero luego cambiaron de idea. No había ningún mayor disponible y no se podía ascender al capitán Maddocks. Por algo en su hoja de servicios...

La señora Scarborough la interrumpió cortante.

—¡Corinne! Mi esposo insiste en que no hablemos de eso —cogió a McQuade por el brazo—. ¿Cree que podríamos atrevernos a pedir el estandarte de la guarnición para la noche de la fiesta, después de retreta?

Era una pregunta estúpida, pensada como distracción temporal, así que McQuade sonrió, le dio unos golpecitos en la mano y se soltó de ella.

—¡Ah, la encantadora señorita Hamilton! —dijo, y caminó deliberadamente hacia Tracey.

En el mismo momento en que lo hacía, vio a Hanna tirar el martillo por la ventana abierta, como excusa para salir fuera a recuperarlo, y silbar a una de las muchachas civiles. Erschick se le quedó mirando estúpidamente por un segundo, y luego fue tras él. McQuade lo llamó cuando pasó cerca de la ventana.

—No tienen permiso para salir. Vuelvan a entrar los dos.

—Estás haciéndome notar —dijo Tracey—. No te permito que hagas eso. ¡No quiero ser blanco de todas las miradas!

—Si actúas con naturalidad, no pasará eso. Creo que Camden Yates lo sospecha. ¿Le has dicho algo a Gallatin?

—Vete —dijo ella, con furia reprimida—. No puedo hablar.

—Hablarás —su voz era tranquila—. Gallatin sale mañana temprano como explorador. Tengo que verte.

—No te atreverás.

—¿No? O en mi alojamiento o...

—¿O qué?

Él inclinó la cabeza y retrocedió un paso.

—O deja tu ventana abierta, porque si no lo haces, la forzaré.

Mientras retrocedía, con los ojos fríamente clavados en ella, Erschick ayudaba a Hanna a subir a la ventana.

—Ha sido el martillo, teniente.

—Sí, el martillo —replicó McQuade—. Lo tiró usted a propósito. Tienen prohibido relacionarse con las familias de colonos. Ni se acerquen a ellos.

Y se alejó de la cantina justo cuando sonaba el toque de oficiales.

El teniente Gallatin y el capitán estaban solos en comandancia cuando llegó McQuade. Estudiaban el mapa de la pared y anotaban en un mapa de campo la ruta establecida para Gallatin. Este iba vestido para campaña. En ese momento llegó su grupo de cuatro exploradores, compuesto por O'Shaugnessy, Baker, Dortmund y Amtag, desmontando justo cuando McQuade entró y llamó. Porter, con el brazo ya libre del cabestrillo, lo siguió a la oficina inferior.

—Los exploradores saldrán al sur ahora mismo en vez de mañana, para hacer cuatro horas de marcha antes de la puesta del sol —dijo Maddocks—. Creo que ya hemos dejado pasar el tiempo necesario para que los indios piensen que no los perseguiremos. Es importante que ustedes sepan esto. Ténganlo muy en cuenta de cara al futuro. Si los persiguen con demasiada prontitud, estarán alertas a ustedes. Ignórenlos y se descuidarán. Además, Gallatin no sale en su persecución. Se cruzará con ellos camino de Caisson Wash por dos razones: para determinar si aún se encuentran en el distrito o si han salido hacia su territorio en Texas. Y conseguir un cálculo exacto de su número, si aún siguen por aquí, cosa que usted no consiguió, señor mío —añadió mirando intensamente a Porter—. Y sigo dando por buena su aseveración de que fueron comanches quienes le atacaron a usted y asaltaron el rancho de Detweiler.

—Yo nunca he tenido la menor duda, señor.

—Viva en la duda, señor mío, es la única forma de encontrar la verdad.

Gallatin dobló su estuche de mapas.

—Si no tiene más órdenes que darme, señor...

—Buena suerte, Gallatin —una vez este hubo salido para ponerse al frente de los exploradores, Maddocks añadió—: Puesto que en el Fuerte tenemos ya dos familias pidiendo protección, enviaré mensajeros a los demás rancheros de la frontera oeste.

—¿Antes de que vuelva Gallatin, señor? —preguntó Porter.

—Si usted no objeta a ello, señor Porter —repuso Maddocks, con cierto sarcasmo—. Y si objeta, hágalo ante el cuartel general de Santa Fe. Hay una orden vigente

acerca de avisar a los colonos. Léala —se volvió hacia McQuade—: Salga mañana a mediodía con el destacamento de mensajeros. Demuéstreme qué clase de oficial es usted, y empiece por no molestar con ello al sargento hasta después del toque de diana.

Porter alzó su vendaje.

—Esta mano, señor... no sería un inconveniente para salir con los mensajeros... Yo...

—¡Lo hará el señor McQuade! —la furia enrojeció levemente las mejillas de Maddocks—. Me importa un bledo su mano. Pero en su última patrulla murieron cuatro hombres, señor Porter, y los muertos sí me importan. Es todo, caballeros.

McQuade salió detrás de Porter.

—Vaya, vaya —dijo.

Porter se revolvió furioso.

—¿Ha dejado usted que Gallatin se fuera sin decírselo?

—Permítame que le haga una advertencia, Porter. No se meta en mi vida. En ella no hay espacio para usted.

Cuando McQuade se fue de la cantina, Tracey se descubrió momentáneamente incapaz de concentrarse en nada. La situación le resultaba tan completamente vergonzosa que de pronto se sintió mareada. El que pudiera recordar los pasos dados por su orgullo para llevarla hasta allí seguía sin permitirle racionalizar su presencia en ese lugar. El que hubiera sido un gesto fríamente deliberado por su parte sólo lo hacía aún más increíble.

Sintiéndose ultrajada en su orgullo, sólo la cólera había sido capaz de aplacarla. Había sido su fría cólera hacia McQuade lo que la empujó a aceptar las atenciones de Tom Gallatin en los meses siguientes a su marcha a Nueva Orleans. Tom se encontraba de permiso. Siempre formal en pensamiento y actos, sus años en la frontera hacían que se sintiera perdido en Nueva York. Su mentalidad grave y seria era lenta y honesta. Pero vestía el uniforme y podía aferrarse a eso, sabiendo que de algún modo acabaría volviendo a encontrarse con McQuade y que se lo haría pagar caro.

Se puede ser terriblemente joven a los veintitrés años, estar tan terriblemente a merced del mundo como para que este se ensañe contigo. Nueva York se había vuelto insoportable sin McQuade. Es una ciudad y un estilo de vida que puede llegar a serlo con mucha facilidad, y que sigue siéndolo hasta que llegas a Kansas City.

Su familia se opuso a ello con uñas y dientes, pero, claro, ella también lo hacía para liberarse de su familia. Así que aceptó la proposición de Gallatin. Después de todo, así vería caras nuevas, lugares nuevos, el salvaje oeste, y siempre estaba la posibilidad de volver, pues estaba segura de que en su futura existencia no habría

nada permanente. Un hombre pasaba parte de su juventud en el ejército, después presentaba la dimisión y volvía al mundo como un ciudadano solvente. Thomas de Lacey Gallatin sería un padre para unos hijos. Era su protección contra los torbellinos cegadores y desalentadores que derribaban tus barreras con furiosa sorpresa y te dejaban vacía de orgullo.

Su decisión era firme. Y la aceptaba con el frío cálculo con que la había meditado al principio. Después, los dioses habían sido demasiado buenos. En las dos semanas transcurridas desde que supo que McQuade se presentaría allí, no había sentido por él nada que no fuera la fría cólera con que pensaba pagarle. Presumiría de Gallatin ante él. Se casaría con Gallatin y daría por siempre la espalda a la relación que él había dado por acabada de forma tan traicionera. Haría daño a McQuade y puede que hasta se riera de él.

Desgraciadamente, las mujeres no están hechas de ese modo. No del todo. Y se vuelven idiotas cuando lo retuercen todo en su mente. Para verlo sólo hay que acudir a la historia, remontándonos incluso a la antigua Helena, que fue claro ejemplo de ello.

Y ahora creía a McQuade, como siempre lo había creído, y había perdido la motivación para hacer lo que había hecho, sólo que ahora había caído en su propia trampa. Al ser como era, aceptaba la situación tal como era, por lo que dejó de hacer el menor esfuerzo mental por buscar un modo de salir de ella. Pues no podía hacer nada por arreglarla.

—¿Se encuentra usted mal, Tracey?

Resultaba increíble que la espantosa y gangueante voz de la señora Scarborough siguiera allí, flotando eternamente a su alrededor como una incansable carabina. Como resultaba increíble que aún siguiera en la cantina, con su olor a troncos húmedos y a arpillera y a la hojalata oxidada de su melancólica mercancía. Tracey se disculpó y caminó lentamente de vuelta a las viviendas de los oficiales. Una vez en su pequeña habitación del alojamiento de los Scarborough, se tumbó en la litera y miró por la ventana hasta que el sol flameó en el desigual cristal y la oscuridad se arrastró desde el Mississippi, mil seiscientos kilómetros al este, para cubrir Fuerte Canby.

Después de la cena se excusó y volvió a su habitación, echando el cerrojo a la puerta. No lo hacía de forma consciente, pero lo que iba a hacer llevaba toda la tarde tomando forma en su mente. Sólo le quedaba hacerlo, así que, envuelta en una capa con capucha, salió a la oscuridad que había más allá de su ventana y escuchó atentamente en busca de ruidos delatores. Después se movió rápidamente entre las viviendas mientras el centinela del puesto número cinco se alejaba en dirección a la puerta del cementerio, cruzó hasta la pared del alojamiento de Tom, palpando hasta encontrar el segundo cobertizo.

Los alojamientos de McQuade estaban a oscuras, pero él estaba en la puerta del

cobertizo, esperándola.

El toque de retreta sonó por todo el puesto con su largo y suave bucle de nostalgia. Era un sonido inenarrablemente dulce, una suave bendición al día militar.

—Estamos haciendo algo terrible.

—No hables, Tracey —le puso con delicadeza la mano en la frente—. Esto no cambia nada y las explicaciones ni ayudan ni perdonan. Las cosas son como son y siempre lo serán. En caso contrario, yo me revolvería ahora mismo y vociferaría y maldeciría a ese maldito estirado de mi padre.

—Cualesquiera que fuesen los rumores que corrieran sobre nosotros en Nueva York, no podían ser escandalosos, Curt. ¿Cómo pudo tu padre objetar a mi persona?

—Pudo —contestó McQuade, asintiendo enfáticamente en la oscuridad—. Tú no perteneces al ejército. Para mi padre, basta con eso.

—¡Qué cosa más absurda! Las personas son personas.

—Tendrías que conocerlo, Tracey. Ni siquiera bastaría con decir que el servicio es para él una religión. Una dedicación que se lleva en la sangre. Su padre fue un hombre de Winfield-Scottman, luchó con Jackson en Plattsburg, Lundy's Lane y Nueva Orleans. Mi bisabuelo fue oficial de Rochambeau. Luchó en los Gansos Salvajes de Irlanda, en España, en Francia, en las colonias de aquí, donde fuera que se comprase una espada con honor. ¿No te resulta todo esto insoportablemente estúpido?

—Pero sin ni siquiera conocerme —su cuerpo se retorció de furia—, ¿cómo se atrevió a alejarte de mi lado?

—Aun sin verte, dio por sentado que una Hamilton de Nueva York no soportaría el ejército —sus manos se agitaron impotentes—. Los puestos solitarios e inhóspitos como este, controlados por viejas momias cotorras como la señora Scarborough. Las restricciones que impone el servicio activo a los familiares, el aislamiento...

—No, Curt, Canby me espanta mortalmente. De haber tenido alguna idea de cómo sería, nunca habría venido... por nadie.

—Ahí lo tienes —dijo él, encogiéndose de hombros—. A mí me gustaba esto de niño. Y sigue gustándome. Siempre había querido volver y servir aquí como oficial.

—Pero también hay guarniciones en el Este. ¿Governor's Island no puede ser un lugar más alegre! No tenías que haber venido aquí.

—Sí que tenía —repuso cortante—. Aunque sólo fuera porque corría el rumor de que mi padre me mantuvo a salvo en el Este durante cinco años, mientras los Fuertes del Oeste se reguarnecían después de la guerra. Quiero estar aquí. Tienes que comprender lo que es esto para mí. No quiero favoritismos, Tracey. En Nueva Orleans hice todo lo posible para cubrir esta vacante. No quiero derramar sangre como un recluta borracho al que le pagan con lo que saquea, pero el derramar sangre es parte de esto y lo quiero. Durante todo el tiempo que pasé esforzándome en la

Academia, nunca esperé tener un puesto mejor que un Fuerte destartado de una sola compañía como este.

Ella esperó largo rato para responderle. Él se levantó y cruzó la pequeña habitación hasta las oscurecidas ventanas.

—Odio que digas eso —susurró Tracey roncamente—. ¡Y odio a tu terrible padre! Nos ha destruido. Ha hecho de lo nuestro algo secreto y sucio —de pronto se puso en pie y le dio la espalda—. ¡Volveré a casa en la próxima diligencia!

McQuade se volvió.

—¿Piensas huir con el rabo entre las piernas?

—No, Curt —se acercó lentamente hasta él y cogió las manos entre las suyas—. He pensado en todo. Se lo diré a Tom y después me iré. Luego tú presentarás tu dimisión y volverás a Nueva York.

—¿Que haré *qué*?

—Eso. Abandonar el ejército.

—No —negó con la cabeza—. No has pensado en todo. Sólo en ti. Yo no puedo abandonar el ejército. No lo haré.

—No puedes elegir. No puedes hacer otra cosa.

—Sí que puedo elegir, Tracey. Elijo no presentar la dimisión por ninguna razón. No puedes imponer condiciones a un hombre. Y menos esa clase de condiciones, que lo resuelven todo para ti y nada para mí. No soy un soldado de circunstancias que sólo busca pasar el invierno caliente y alimentado. Soy militar profesional y me gusta serlo. Ni siquiera me detendré a considerar la elección que me ofreces, porque no puedo. No sabría ni valorar la posibilidad de ser civil. Ese mundo de fuera no significa nada para mí, porque no sé nada de él. Nací aquí, y seguiré aquí.

—Creo que ya lo has dicho todo —repuso ella, apartándose de él.

—Salvo que le contaré a Gallatin lo nuestro tan pronto como regrese —dio tres largas zancadas hacia ella y la abrazó pese a sus forcejeos—. Salvo que me casaré contigo, suceda lo que suceda.

Afuera no se oía el menor ruido, excepto el que hacía el centinela del puesto número cinco al pisar el suelo para calentarse los pies al dar media vuelta para volver a dirigirse hacia el cementerio. McQuade sacó a la muchacha a las sombras y la acompañó hasta la vivienda de los Scarborough. Cuando regresó a su cobertizo y cerró la puerta, Hanna estiró el abotargado cuerpo dentro del cobertizo de Gallatin y volvió cautamente a los barracones.

A la mañana siguiente McQuade llegó a los establos después del toque de diana, cuando el segundo pelotón llevaba sus monturas a herrar. Había escrito en dos hojas de su libreta de campaña las órdenes para la misión de mensajería. El primer pelotón aún seguía en los establos, rascando y cepillando a los caballos antes de llevarlos a

abrevar bajo la atenta mirada del sargento primero Rodermill. McQuade se dirigió a él:

—Estoy al mando de los mensajeros que irán a avisar a los granjeros del oeste, sargento —dijo, tendiéndole las hojas—. Así es como quiero que se haga.

Desde alguna parte, una voz en falsete gritó:

—¡Y un muchachito de pelo rizado los guiará!

McQuade no se movió, pero sintió tensarse los tendones de los brazos hasta el codo. Rodermill sostuvo las hojas en la mano y bajó la vista para leerlas. Con el propósito de salvar la situación, murmuró:

—Puede que el teniente quiera estudiar el plan oficial vigente sobre mensajeros, señor.

McQuade miró a los hombres que estaban con los caballos. Ninguno lo miraba. Tenía dos opciones: hacer frente a la ofensa o ignorarla. Podía ponerse en ridículo al comentarla o dar sensación de debilidad al ignorarla por completo. Lo que hizo fue dar cuatro pasos hacia Rodermill, hasta que estuvo en el mismo centro de la hilera de caballos.

—Háganse un favor. ¡No vuelvan a hacerlo! —y les dio la espalda a los hombres para mirar a Rodermill—. No. El teniente no quiere estudiar el plan vigente —dio unos golpecitos en el papel—. Proceda con arreglo a mi plan, Rodermill.

—Sí, señor.

Unos minutos después, Rodermill daba la orden de dar de beber a los animales y el pelotón desató los caballos y salió hacia los abrevaderos. McQuade entró para inspeccionar el equipo del pelotón. En la penumbra del interior vio a Hanna en la primera fila de pesebres.

—¿Está usted de guardia en el establo, Hanna?

—No.

—No, *señor*.

—No después de lo de anoche —dijo Hanna—. ¿Qué tal se lo pasó, McQuade?

—Maldito cerdo...

—Calma, calma —Hanna alzó una mano—. Veinte dólares al mes cada mes de paga, y el día en que pare se lo diré a Gallatin.

McQuade se quitó la guerrera con tal celeridad y se abalanzó contra Hanna con tal rapidez que este apenas pudo reaccionar de otro modo que no fuera apartándose.

—¡Defiéndase, Hanna! Ya no llevo los galones.

De pronto, le asestó un izquierdazo, seguido de una serie de fulminantes golpes. Hanna cayó al suelo rodando, seguido de McQuade, que le tiraba de la camisa para que se levantara. Se pegaron a uno y otro lado del establo, hasta salir al corral abierto que había detrás. Allí continuaron acometiéndose con furia asesina. Aquí no contaba la ventaja de los conocimientos, pues cuando un hombre se enfrenta a un camorrista

como Hanna, se trata de matar o que te maten. McQuade atacó su ojo izquierdo buscando sangre, pero sólo consiguió enfurecer a Hanna. Era pesado, pero sabía defenderse, y cuando golpeaba, golpeaba con acierto. Había lanzado a su contrincante dos veces contra la pared del establo, con un gruñido gutural. McQuade le abrió aún más la herida del ojo, y atacó el otro. Movi6 el cuerpo a un lado evitando la embestida de Hanna y le dio un rodillazo en la cara. Hanna lo encajaba todo, se encogía como un muelle antes de volver para seguir golpeando.

Había sangre en la boca de McQuade y hacía rato que había perdido la noción de todo lo que no fuera matar a su enemigo. No hacían ruido, para que nadie pudiera ir a separarlos. Si algún soldado les veía, se iría al ver que era una pelea con un oficial. Aunque muriera bañado en salada sangre, se llevaría consigo a su enemigo, asestándole puñetazos y rodillazos y machacándolo por el camino.

Ambos estaban ya cansados y sin aliento, boqueando en busca de aire, tambaleándose erráticamente el uno contra el otro, antes de volver a arremeterse. Asestaban golpes a ciegas, perdido el control por la fatiga y sin distinguir ya la luz del día. Cada vez se tambaleaban más. Hanna cogió una herradura y McQuade intentó quitársela de una patada. Su pie pasó de largo y se estrelló contra la cara del hombre.

Cayeron en la cisterna, donde el agua les escocía en las heridas, y la luz del sol volvió a quemarle los ojos a McQuade como si fuera ácido carb6lico. Entonces oyó la voz serena del capitán Maddocks.

—Yo doy por sentado, señor mío, que mis oficiales tienen valor físico. En Canby no se pelean con los reclutas. No se ponen en posición de tener que hacerlo —caminó hasta Hanna, y le dio una patada a la herradura poniéndola fuera de su alcance—. Váyase de aquí, Hanna.

Este necesitó varios intentos en falso antes de conseguir ponerse en pie. Dos veces cayó sobre los flácidos codos antes de conseguirlo por fin. Se quedó un momento en pie, tambaleándose vagamente, sujetándose la cara y la mandíbula con ensangrentadas manos. Entonces sus ojos pudieron enfocar a Maddocks y se enderezó intentando ponerse en posición de firmes.

—Le suplico al capitán que me disculpe, señor. Esto no era una pelea —dijo, sorprendentemente—. Ha sido cosa de un caballo, nada más. El teniente sólo me echaba una mano.

—¡Váyase de aquí, Hanna!

Cuando el hombre se hubo ido, Maddocks le arrojó a McQuade su guerrera.

—Y ahora póngase el uniforme, señor mío. Doy por hecho su valor, pero no su estupidez. Antes de solicitar el pelotón de mensajeros debería haber leído las órdenes vigentes. Ha pedido usted al sargento dos escuadras y raciones para seis días. ¿Es que cree usted que tenemos una brigada en Canby? El plan vigente para los mensajeros

requiere un oficial y dos hombres. Sólo por dos días y sólo munición para una retirada. Queda usted relevado de la misión. Porter se ocupará. ¡No se encuentra en condiciones de montar a caballo!

McQuade se abotonó la guerrera en silencio. Permaneció allí, soportando la bronca de Maddocks.

—Hanna lleva ocho años en esta compañía, y llevo siete años y medio esperando a que alguien le dé su merecido —una leve sugerencia de regocijo brilló en sus ojos—. Usted ha hecho un excelente trabajo, señor mío, pero deberá cargar con las consecuencias —movió la cabeza en dirección a los establos—. Mucho me temo que se ha ganado usted un amigo en ese animal. Viva con ello.

Porter salió hacia el oeste con los mensajeros poco antes de mediodía. Al haber dos oficiales en campaña, se duplicaron las obligaciones en el puesto. Lavado pero con todo el derrotado cuerpo dolorido, McQuade se esforzó por concentrarse en sus tareas. Así no podría pensar demasiado en nada que no fuera la que tenía entre manos. Pero su problema con Tracey no abandonaba por completo su mente fuera cual fuera la tarea que se encomendase. Su situación tenía una inmediatez que amenazaba con desencadenarse sobre ellos y, en aquel reducido mundo de Canby, sólo les quedaba aguantar mecha y encajarlo. La única alternativa posible era la de que ellos mismos lo descubrieran y se lo hicieran saber a todos. Lo hicieran o no, seguiría siendo una historia mezquina. Si Tracey regresaba a casa podría contar su historia en Nueva York y vivir lejos de ella. «Cielo santo, ¿ha visto usted uno de esos puestos del ejército que hay en el oeste?» Pero las esposas de los oficiales de Canby escribirían a sus amigas de Bliss y Davis y Thorn, y a las de los barracones de Carlisle y de la fortaleza Monroe y de Presidio, proporcionando todos los detalles escabrosos. «¡Y se dice, querida, que iba a su alojamiento por las noches!»

Probablemente no trascendería fuera del ejército y no tendría eco en el mundo civil, y Tracey acabaría librándose de ello. Pero no así McQuade, y lo sabía muy bien. Le acompañaría siempre. Veinte años después saldría a relucir donde menos se lo esperase. «Un buen oficial este Curtis McQuade, pero es quien aquella vez se lio con la prometida de Tom Gallatin en Canby. Se peleó con un recluta que intentó chantajearlo».

En Nueva York había encontrado cierta gloria en esa relación, dentro del abrumador e inexorable holocausto de la juventud. Las risas, la alegría y la diversión tuvieron una pureza que probablemente nunca volvería a experimentar del mismo modo. Ahora todo aquello resultaba sucio, era algo sórdido que causaba que la gente se burlara, se airara o se ultrajara.

El jueves no llegó la diligencia quincenal de Butterfield. Pero quien sí llegó desde Saunders, la parada al este del rancho de Detweiler, fue el mozo de los establos, a las

cuatro en punto, con la noticia de que no habría diligencia a Fuerte Canby en los próximos treinta días. Era un buen año para el búfalo y los rebaños bloqueaban la ruta de la diligencia al norte de Amarillo.

Cuando McQuade volvió a sus alojamientos tras sonar la retreta, la estufa Sibley echaba humo, con treinta centímetros de tubería al rojo vivo. A su lado había una brazada de leña de roble y un cubo con humeante agua caliente apoyado en ella. Hanna abrió la puerta que daba al cobertizo cargado con una brazada de leña.

—¿Qué es esto, Hanna?

—Acerca de la dama, señor.

—Cállese o le mato.

—No, señor —Hanna negó solemnemente con la cabeza—. Cuando quiera. Donde quiera, señor. Ahora me tiene de su parte.

—¡Salga de aquí!

—Sí, señor —asintió Hanna—. Pero la única ley que conozco, señor, es que si un hombre me da una paliza, soy suyo. Tiene usted en mí a un fiel servidor, teniente McQuade.

—Se lo repito. ¡Fuera!

McQuade se quitó la guerrera y las botas antes de tumbarse en la litera, con las manos entrelazadas debajo de la cabeza, mirando a las vigas de madera ennegrecidas por el humo. Fue entonces cuando se le ocurrió la solución. Volvió a vestirse y salió para ocuparse del relevo de la guardia. Recorrió lentamente todos los puestos, inspeccionándolos. Después cenó.

Cuando volvió a sus alojamientos, escribió la siguiente carta:

Querida Tracey:

Como te he dicho, trabajé mucho para que me trasladasen de Nueva Orleans a Fuerte Canby, al objeto de llenar la vacante que existía aquí. Y, lo que hice una vez, puedo volver a hacerlo. Me pondré a ello enseguida, por la puerta de atrás, y un amigo en el despacho del Ayudante General en Washington hará que me transfieran a otro puesto. No será difícil, pues mi llegada aquí fue recusada con nota desfavorable. Tú, querida, romperás tu compromiso con Gallatin de la forma más decente que consideres, a su vuelta de Caisson Wash. La diligencia al este no vendrá hasta dentro de un mes, así que tienes tiempo para buscar el momento más apropiado. En cuanto llegue mi orden de traslado y sepa cuál será mi siguiente destino, nos casaremos. En Nueva York, en caso de que pueda ir allí, o donde sea que me envíen si tú te reúnes allí conmigo. Lo mejor de todo esto es que, si la suerte nos acompaña y los dioses nos sonrían, podremos volver al este en la misma diligencia.

Tras escribir esto, cerró el sobre y, cuando salió para ocuparse del relevo de las nueve, se acercó a los alojamientos de los Yates y los Scarborough, forzó ligeramente el marco de la oscura ventana de Tracey y empujó la carta por el repecho.

Era una noche más cálida que otras de aquella primavera, pero cuando el viento empezó a soplar hacia el norte, McQuade hizo que el relevo de las once se pusiera abrigo y volvió a sus alojamientos a ponerse el suyo. Al entrar por la puerta delantera oyó la voz del capitán Maddocks, hablando con el centinela del puesto número cinco, situado detrás de las viviendas de oficiales.

—Oficial al mando. Buenas noches, centinela. Anspacher, ¿verdad?

—Sí, señor. Anspacher. Buenas noches, señor.

A través de la ventana lateral que había sobre su litera, McQuade pudo ver a Maddocks parado ante la luz de las lámparas de su propio cobertizo, en el siguiente grupo de viviendas. El viejo vestía pantalón y botas reglamentarias, pero llevaba un viejo abrigo encima de la guerrera, y fumaba un cigarro con la cabeza descubierta.

El centinela pasó de largo, en dirección a la puerta del cementerio, pero Stephen Maddocks continuó allí. Erguido. Mirando al sur en la oscuridad. A McQuade aquello le resultó extraño por dos razones. Hasta ese momento no había visto al viejo fumar un cigarro o cualquier otra cosa, y a esas horas de la noche, habiendo oficiales fuera del puesto, tenía por inmutable costumbre llevarse la navaja de afeitar a comandancia y dormir allí.

Se apoyó en la litera para mirar por la ventana e hizo que su maltrecho y dolorido cuerpo se volviera para poder estirarse durante otros veinte minutos, preparando su reloj despertador para que le despertase en caso de caer dormido.

No fue el reloj lo que le desveló, sino un sonido terrible que le despertó. Húmedo, estrangulado, un grito cortado por un cuchillo en la columna de aire que lo provocaba.

McQuade se levantó en seguida, pistola en mano, atravesando puerta y cobertizo hacia la oscuridad que había detrás.

—¡Centinela!

Pero no había centinela alguno, sólo pasos rápidos de botas y luego Maddocks, ahora sin abrigo, saltando a lo alto del montón de leña de los oficiales, recortándose contra la oscuridad más clara del cielo, haciendo un disparo rápido en el momento en que sus pies se asentaron en la insegura pila. Continuó saltando por la pila, sin dejar de correr cuando sus pies tocaron el suelo.

McQuade saltó a la leña tras el capitán y vio el cuerpo del centinela tendido en el suelo, cubierto por una sombra desigual que se apartaba de él, una sombra arrancada de allí por el disparo de Maddocks y que corrió erráticamente hasta chocar con la cerca del cementerio. La saltó, con el capitán siguiéndole a sólo una docena de metros, deteniéndose para hacer un segundo disparo, con el brazo bien apoyado en

una estaca de la cerca.

El capitán saltó la cerca a su vez antes de que McQuade pudiera alcanzarlo, corriendo pendiente abajo a tal velocidad que no pudo ponerse a su altura. Una vez en terreno llano, Maddocks se desvió de repente, corriendo en sentido diagonal por la cuesta que había más allá. McQuade salió disparado hacia allí, pisándole los talones, pero quedándose sin el aliento necesario para llamarlo. La sombra llegó a lo alto de la cuesta. El capitán se volvió, golpeó a McQuade en el pecho con la mano abierta y continuó corriendo y alejándose de él. Entonces hubo disparos de rifle ante ellos provenientes de la parte baja de la cuesta. Las llamaradas delataban tres rifles que repitieron media docena de disparos. McQuade, en el suelo, vació su pistola contra los fogonazos.

Un momento después vio a Maddocks subiendo la cresta a cuatro patas. Le siguió a toda prisa, y los dos pudieron ver a tres salvajes que cargaban a un cuarto en un poni, antes de montar y partir a galope hacia el sur.

—¡Quería un prisionero! —el capitán se golpeó furioso la palma de la mano izquierda con la culata del revólver—, para identificar a su tribu —miró fijamente a McQuade como si la culpa fuese suya—. Pero me quedé sin él. ¡Al menos el viento soplará a través de él por unos días, si es que la corriente no lo mata antes!

Se volvió todavía furioso. No tenía problemas para respirar y obligaba a McQuade a caminar deprisa para mantenerse a su altura.

—De haber sospechado que iban a acercarse tanto, habría doblado los centinelas —dijo McQuade.

—Ha sido una incursión, señor mío. Quieren conocer nuestras fuerzas. Son insolentes. Nadie habría podido sospecharlo. Ha dado la casualidad de que yo estaba en mi alojamiento —pasó la pierna por encima de la valla y se quedó un momento a horcajadas sobre ella, mirando fijamente a McQuade—. Vacío usted su pistola, señor mío, como un vaquero enloquecido —le enseñó su propio revólver—. En la mía aún quedan tres balas. Dispare siempre con moderación. Resérvese un par de cartuchos. Siempre los necesitará.

Era casi como si lo traicionara el tono amistoso y humano de sus palabras. Como si todo el incidente le hubiera empujado a una familiaridad que no podía permitirse. Su voz se endureció para hacerse más oficial.

—Como oficial al mando, tengo derecho a abandonar el puesto en cualquier momento en pos de cumplir con mi deber. *Pero usted no*, señor mío. Así que, en otra ocasión, no sea estúpido.

—Cuestión de procedimiento, señor —una dura sonrisa separó los labios de McQuade.

—¿Cómo es eso? —preguntó secamente Maddocks.

—En el mismo momento en que usted se fue, capitán, tuve derecho a dejar el

puesto. Al estar Gallatin ausente y usted fuera del puesto, pasé a ser el oficial al mando. Por tanto, como oficial al mando en funciones, tenía derecho a alejarme e ir tras usted.

—¿Sigue pasándose de listo? —y entonces gruñó—: Los dos hemos sido estúpidos.

Y cruzó el cementerio hacia la trasera de las viviendas de oficiales, donde ahora había lámparas encendidas y el cuerpo de Anspacher depositado en una camilla mientras el jefe de ingenieros intentaba tranquilizar a las mujeres.

Los exploradores regresaron a las once de la mañana siguiente, blanqueados por el polvo y sin aliento por la acelerada marcha impuesta por Gallatin.

Maddocks envió a un ordenanza en busca de McQuade para que se presentara en comandancia.

—Siéntese, señor mío, y escuche. Si se le ocurre alguna pregunta, alguna idea, compártala con nosotros. Creo sinceramente que los generales políticos de la Rebelión hacían caso omiso de los consejos de guerra. Pero cuantas más mentes mediten por adelantado en una situación, más oportunidades tendrá un comandante de hacerle un buen boquete al enemigo. Vuelva a empezar, Gallatin. Cuénteselo.

Y el viejo unió las yemas de los dedos en gesto eclesial y se quedó mirando hacia los largos años que se habían quedado atrás.

Gallatin se aclaró la garganta.

—Hay entre cincuenta y sesenta, y no se ocultan. Dejan rastro. Las huellas que vio en el rancho de Detweiler, las que indicaban que iban hacia Caisson Wash, creo que las dejaron para que fueran vistas. Encontramos el rastro de los diez ponis a unas cuatro horas al sur de aquí y seguía su marcha hacia Caisson Wash sin llegar a reunirse con la partida principal. Se mantienen como un grupo pequeño, sólo esos diez ponis, y son demasiado descuidados para mi gusto. Demasiado evidente. Podrían haberse unido a la partida principal tras media hora de cabalgata desde donde encontramos su rastro, pero, en vez de eso, parecieron marchar en rutas paralelas, por terreno más bajo, lo que significa que ambas partidas podían verse a veces. Yo creo que quieren que enviemos una patrulla de castigo tras la partida de los diez hombres, al objeto de hacer las veces de señuelo y que la otra pueda darnos una paliza.

—Cosa que *no* hicimos —gruñó Maddocks.

Gallatin movió las piernas y se pasó la mano por la cara recubierta de polvo.

—Las dos partidas se reunieron en el arroyo que corre al este de Caisson Wash. Acamparon en los rápidos.

—*Ahora* sí admito que estaban en los rápidos, señor mío —dijo Maddocks, dirigiéndose a McQuade—, pero no para ir corriendo tras ellos.

—Se corta la boñiga de caballo con el cuchillo más afilado que pueda encontrarse

—dijo Gallatin—. Pongamos que esa manzana mide nueve centímetros de diámetro. Se seca hacia el centro a razón de dos centímetros y medio cada veinticuatro horas. Acamparon allí hace tres días. Se fueron ayer.

—Acamparon el día que vimos las señales de humo. Bueno, ¿qué significa eso, señor McQuade?

—Yo calculé que el humo se elevaba a unos treinta y dos kilómetros al oeste de los rápidos, señor.

—Yo también. Pero no le pregunto eso. Le pregunto qué significado tienen ahora esas señales para usted.

—Ese humo no significa nada para un hombre blanco. Ni siquiera los viejos exploradores son capaces de leer las señales de humo. Si dicen que pueden, mienten. Los indios que hablan con señales de humo guardan el secreto entre ellos con juramento de sangre.

—Todas las generalizaciones son falsas, incluyendo la que acabo de hacer —dijo Maddocks con calma—. Todo este distrito es territorio apache, no comanche. Los apaches sólo conocen una señal de humo, la hacen sólo para decirse una cosa. Una traducción muy libre podría ser: «En esta zona ocurre algo extraño. Investiga, pero ve con cuidado». O siendo más literales: «Hay forasteros en la zona, sospecha de todo». Y, ahora, ¿qué significaban nuestras señales de humo?

—Le sigo, señor. Apaches a treinta y dos kilómetros al oeste de los rápidos vieron comanches acampando allí.

—Explíquese, Gallatin.

—Ayer, al levantar el campamento de Caisson Wash, se dirigieron hacia el oeste durante doce kilómetros y después se desviaron hacia el norte —Gallatin se levantó para acercarse al mapa de la pared y señalar con el dedo la marcha enemiga—. Anoche acamparon en Snake Bend. Contamos seis hogueras más de las que habíamos visto en Caisson Wash. Y entonces nos volvimos.

—¿Y bien, señor mío?

—¿Se unieron a los apaches que hicieron las señales de humo?

—Dígame usted.

—Todo cuanto puedo decirle es que, tras atacar a Porter al este de aquí, trazaron las tres cuartas partes de un círculo en torno a nosotros.

—¿Ve usted alguna pauta en todo eso?

—En cierto modo, señor. Atraieron a Porter, aparentemente para conducirlo hasta donde ellos querían. Y después intentaron hacer que el Fuerte enviara otro destacamento tras ellos.

—¿Y ahora qué?

—Yo diría que les importa un bledo lo que hagamos. Han reunido sus fuerzas en Snake Bend y aventajan a toda la guarnición en dos a uno, así que nos mandarían al

infierno.

Maddocks se dio un golpe en los muslos y se levantó.

—Esto es justo lo que me estaba esperando, caballeros. No dejen nunca que el enemigo les imponga sus normas. No hay que seguirlos de cerca cuando nos ponen demasiado fácil hacerlo. No hay que morder su anzuelo cuando resulta evidente. Hay que esperar a que les importe un bledo, porque el desprecio al enemigo suele ser la madre de la derrota. Vuelvo a necesitarle, Gallatin. Ahora retírese y descanse. Encabezará cuanto antes un pelotón hasta Snake Bend. Llévase todas las mulas de carga, para que levanten mucho polvo. Simulen ser una columna numerosa. Saldrá mañana antes del alba y se abalanzará sobre ellos antes de que puedan reaccionar. Si lo hace bien, les restregará su medicina en la cara y los dividirá —hizo una pausa para mirar por turno a ambos oficiales—. Deberá hacerlo así, procediendo con oportunidad y sorpresa, porque sólo podrá hacer una demostración de fuerza. No podemos atacarlos.

Gallatin se levantó.

—Sí, señor.

—Yo organizaré la columna —dijo Maddocks—. Aleje de su mente esos detalles. En cuanto a la fiesta de la señora Scarborough... Creo que no debería posponerse. Si la cancelo esta noche, la inquietud será generalizada. Y ya tenemos bastante con las familias de colonos que hay en camino y con las que está avisando Porter. Celebraremos la fiesta.

No había forma sencilla de penetrar en la mente de Maddocks. No es que se mostrara distante de forma consciente, sino que su personalidad básica era así. Vivía por completo en sí mismo, sin sentir la menor necesidad de compartir su vida, completamente incapaz de comprender esa necesidad en los demás.

En aquel momento de la noche anterior, estando en la valla del cementerio, cuando le dijo: «Los dos hemos sido estúpidos», le había concedido a McQuade sus galones como no volvería a hacerlo. McQuade lo había sabido entonces instintivamente, pero, mientras trabajaba toda la tarde con el capitán para organizar la columna que se dirigiría a Snake Bend, descubrió que ello le provocaba un profundo resentimiento.

Una fría amenaza gravitaba sobre toda la situación, una sensación de inminente presión, y McQuade sentía la continua e impulsiva necesidad de expresarse con palabras. Quería cuestionar la decisión de enviar a media guarnición, dividiendo así las fuerzas disponibles. Pero nada había más lejos de su mente que abordar esa cuestión con Maddocks. Así que se pasó toda la tarde bullendo de furia en sus adentros, mientras disponía la munición y las raciones. Puso cargas ligeras en las acémilas e inspeccionó atentamente las monturas del primer pelotón. Repartió los equipos de acampada entre el destacamento y ordenó guardias a caballo para un

tercer turno consecutivo de veinticuatro horas.

Tras el relevo de las siete, se fue a su alojamiento para vestirse. Cansado hasta la irritación, sentía en su mente el peso del resentimiento acumulado como la presión de una enfermedad. Mientras permaneciese en Canby, no tendría amigos, y todo el tiempo que permaneciera allí sería muy muy largo. Y tal como estaban las cosas, le era imposible hasta pensar en pedir el traslado, pues ni se planteaba la postura oficial de abandonar a su destacamento mientras se encontrara en situación de peligro.

Así que, pese a lo que le había escrito a Tracey, estaba atrapado en esa situación. De repente, sintió un amargo rencor contra ella, contra Tracey y contra la acuciante realidad de todo lo que había sucedido en Canby con ella. Se desnudó y se lavó en el cobertizo con el cubo. Iría a echar un vistazo a la fiesta. Nada más. Metió las piernas en las estrechas perneras de su mono de patrulla, se puso las botas Wellington con las danzarinas espuelas sin rodadas, se abrochó los pantalones de gala en los empeines y se sirvió cuatro dedos de su bourbon de St. Louis. Cambió la correa de cuero del sable por otra dorada de gala, se abotonó la guerrera de ceremonia y se calzó los ceñidos guantes blancos de cabritilla.

Al salir y ponerse el quepis con barbiquejo, sintió la mordedura de la bebida al percibir el aire frío y, en uno de esos claros fogonazos de la memoria que tienen a veces los hombres honestos, volvió a verse de niño. Siempre había estado demasiado cerca del ejército para ver lo glorioso que era y demasiado alejado de todo cuanto no fuese el ejército para ver otra cosa que no fuera el duro trabajo. Incluso West Point había sido un mal necesario que le había hecho abandonar el oeste, según había ido dándose cuenta con los años. Y en este momento supo que nunca estaría en su mano pedir el traslado. Cuando se nace en un lugar como Canby, siempre se lleva en el alma. Se odie o se ame, es imposible olvidarlo. Dos alojamientos más allá, donde ahora residían los Yates, estuvo el campo de juegos de su niñez. Aquel terreno árido que se extendía hasta donde alcanzaba la vista había sido el encanto de sus fantasías juveniles. No, por Dios, que hice labores de vigilancia y que parte de ellas fue durante las revueltas de las elecciones de Nueva Orleans, ¡pero ahora he vuelto al viejo hogar de la familia y pienso quedarme aquí! Y me quedaré porque es lo que deseo hacer, porque he luchado para poder llegar aquí, porque la suerte me ha acompañado y me ha permitido trabajar para conseguirlo, y sólo los estúpidos le dan la espalda a la suerte.

Con la bebida arañando su razonamiento, Curt McQuade decidió no quedarse indefinidamente parado sobre un solo pie, así que volvió a su alojamiento y se bebió un segundo trago para sostenerse mejor, y se dirigió a paso lento hacia la cantina. Dentro bailaban al son de la concertina de Dortmund, del violín de Amtag y de la armónica del corneta. Fuera, en la parte de atrás, las mujeres y los niños de los Golenbrough y los Trott miraban por la ventana con la nariz pegada al cristal.

McQuade permaneció afuera observando a Tracey hasta que cesó el baile. No podía haber sido más convincente bailando una figura con Gallatin, con una arrebolada sonrisa en el rostro. Viéndola así, era como si el solemne Tom Gallatin fuera lo único que le interesara en el mundo. Era un hombre firme y sólido, elegido por una joven y hermosa mujer para compartir juntos el resto de su existencia. Pero, al ser él también un hombre, sintió que la furia se enroscaba tras sus ojos, no con el ciego brillo de los celos, sino con rabia hacia Gallatin. Pues había honestidad en Gallatin, ninguna clase de doblez. En la oficina de Maddocks había presentado el informe de su exploración acorde a la meticulosidad aprendida en sus largos años en el servicio. Había sido una obra maestra.

Cuando se lleva el ejército en las fibras de tu ser, no se puede dejar de sentir un respeto profesional por los demás. En el mejor de los casos es una profesión desagradable, pero precisa, que sólo los mejores expertos practican con supremo éxito. La hoja de servicios de Gallatin era algo tangible, no habiendo ninguna mujer en el mundo que se acercase al mercado del matrimonio con algo más tangible que la hábil esgrima de su femineidad. Lo demás debía aceptarse a crédito, incluido el inevitable resultado de que, una vez consiguiera fuera de toda duda aquello que buscaba, siempre le quedaría luego la capacidad de potenciar o destruir al hombre.

R.I. Dodge acudió de pronto a los recuerdos de McQuade y sonrió en la oscuridad. Recordó el ajado libro encuadernado en piel que había leído en su época de cadete con más avidez que los libros sobre secciones cónicas. Contenía los informes de Dodge sobre sus años sirviendo en el oeste y su concienzuda investigación de los indios de las praderas, publicados para la edificación de todo joven oficial que quisiera seguir sus pasos en la frontera. Era una completa recopilación de datos sobre la vida y costumbres y el carácter innato de los salvajes. De pronto, como salido de la mente de Dodge, recordó las líneas que había subrayado en el cinismo de su juventud, cuando residía en Beast Barracks: «En todas las épocas y latitudes, el sexo débil se ha arrogado el derecho a exagerar en todo lo concerniente al sentimiento o el afecto».

La danza llegó a su término con un último galope y la cantina se llenó de aplausos y de conversaciones interrumpidas, acaloradas e íntimas. La fiesta llegaba al momento de los brindis, con el ponche de la artillería cargado con burdeos en una ponchera de la compañía C que algún soldado olvidado había forjado con blanda plata mexicana.

McQuade entró y avanzó pegado a la pared, saludando a las personas que encontraba a su paso. Oyó a Maddocks decir:

—Está usted muy guapa esta noche, señorita Hamilton.

Y oyó que Tracey replicaba al anciano, con un tono casi imperceptible de impertinencia:

—Ha sido usted muy amable, capitán, por permitir que Tom pudiese venir.

Sus ojos se encontraron y Tracey se apresuró a mirar a otro lado, apoyando la mano en el brazo de Gallatin. De pronto, la enguantada mano de la joven Camden Yates se posó en el brazo de McQuade.

—Qué descarada soy, ¿verdad? —dijo, mirándole solemnemente—. Pero no puedo volver a bailar otra vez con los ingenieros y los soldados. Tengo los pies destrozados.

—¿Por qué la llaman «Camden»?

—Por la batalla —frunció la nariz y le sonrió—. Pero no permita que eso le espante. Vivo con ello. Nací con la marca de los Estados Unidos. Me crié a base de raciones de la guarnición. Ya sabe usted lo que es eso, ¿verdad?

—Creo que sí —asintió con gravedad, sonriendo luego—. ¿Cómo es para las muchachas?

—Sobreviven, con nombres como «Camden» o «Shenandoah». Y aquí me tiene.

Mientras hablaban, se había movido sutilmente con él. Ella desvió ligeramente la mirada a la izquierda, y él vio que se hallaban en un extremo de la mesa de la colación, justo detrás de Tracey y Gallatin.

—¿Adónde me ha traído? —preguntó McQuade muy serio, deliberadamente, y Camden rio con suavidad.

—Junto a la ponchera, señor, y muy discretamente situados entre la gente. Me hace el favor de servirme media copa, y hágalo con disimulo porque mis tíos insisten en que todavía soy demasiado joven para que la vil maldición del vino mancille mis hermosos labios.

McQuade vio a Tracey volver la cabeza con gesto casual. Esta vez sus miradas se cruzaron un instante, pero entonces él desvió deliberadamente la vista y escanció el ponche para Camden y se llenó una copa para sí mismo.

El capitán Scarborough caminó hasta el centro de la pequeña estancia, copa en mano. Era un anciano fofo en el abdomen y desilusionado en el servicio, que ya no vivía para el cuerpo salvo para limitarse a esperar que llegase el momento de su retiro.

—Caballeros, llenen sus copas, por favor, y también las damas —dijo, volviéndose hacia el cantinero—. Clancy, los músicos también se nos unirán en esto —se rio con sonoridad—, pues volveremos a bailar y la música deberá llevar nuestro ritmo.

Se volvió con lentitud y alzó la copa.

—Por la salud y la felicidad de la pareja más apuesta que jamás ha residido en Fuerte Canby. Por Tom Gallatin y Tracey Hamilton. ¡Que disfruten de una larga vida juntos y de toda la felicidad que les sea posible!

Curt vio a Gallatin buscar la copa llena de Tracey para mantenerla pegada a la

suya mientras se brindaba por ellos. Vio sonreír a Tracey y mantener la sonrisa con la evidente presión de los labios, antes de apartar la mirada lejos del aplauso que llenaba la sala de techo bajo. Apuró su propia copa y tomó la de Camden.

Entonces oyó decir a Gallatin:

—Pareces preocupada, Tracey. ¿Te encuentras bien?

—Tom —contestó Tracey con vehemencia—, ocurra lo que ocurra, quiero que sepas que te considero el hombre más amable y considerado que he conocido nunca.

Gallatin rio con agrado, dándole unos golpecitos en el brazo.

—¿Qué *podría* suceder, Tracey? Suenas demasiado solemne para una ocasión como esta.

—Nada. Es que no pienso lo que digo. Nada más.

Le estrechó la mano al capitán Yates, que le estaba dando sus mejores deseos de que fuera feliz, y se apartó deliberadamente para no tener detrás a McQuade y Camden. En su gesto había cierta brusquedad que denotaba fastidio. Camden se rio.

—¿Qué? —preguntó McQuade.

—Nada en absoluto —Camden le miró con ojos inocentes—. ¿Por qué quiere que sea, teniente McQuade?

—Pues por el hecho de que esta noche vuelvo a ser el oficial de guardia. Así que volveré a mis deberes y, cuando usted se maree en el camino de vuelta a casa debido a esa media copa de ponche, no me eche la culpa. Usted me indujo a dársela.

Retrocedió un paso y le hizo una reverencia, y al levantar la cabeza vio a Tracey mirándole con fijeza una vez más. Los ojos de ella se movieron imperceptiblemente para indicarle que se reuniera fuera con ella. Él vaciló un instante y luego asintió con la cabeza.

Salió por la puerta delantera y rodeó lentamente el local hacia la enramada que había en el costado. En las sombras vio la blancura de su largo vestido. Al acercarse, ella se echó a sus brazos y el áspero susurro de su voz sonó frenético en su oído.

—¡No puedo vivir de este modo, Curt! Ni un minuto *más*. No *soporto* el engaño. Yo no soy así.

Por un breve instante de excitación sintió la calidez y suavidad de sus cabellos, pero una mano lo aferró por el hombro y lo empujó contra el áspero tronco que soportaba la enramada y entre ellos se interpuso el rostro de Gallatin pálido como el hueso. El hombre alargó la mano enguantada hacia Tracey, con la palma abierta y hacia arriba, en un ademán casi suplicante, los dedos temblorosos por la urgencia.

—Dime, Tracey —dijo, con voz ronca y queda—, que ha hecho esto, el cogerte en sus brazos, sin tu consentimiento —vio la respuesta en sus ojos y dejó caer la mano—. Ya me has contestado.

Se volvió con rapidez hacia McQuade y le golpeó, arrojándolo al suelo, tirándole el quepis, y armando un estrépito con su sable. McQuade no pudo moverse por un

instante, consiguiendo rehacerse al siguiente.

—No quiero que piense...

—Usted no tiene nada que ver en esto, McQuade —le interrumpió Gallatin—. Sólo importa la reputación de la señorita Hamilton —se acercó a ella, ofreciéndole el brazo—. Te acompañaré a casa, Tracey.

McQuade se apoyó en un codo y se puso de pie. Se quedó allí, mirándolos. Todo había muerto en su interior, salvo lo sucia que era ahora la situación, la herida imperdonable que habían infligido a Gallatin. Nunca antes en su vida se había sentido tan impotente y solo y vacío, tan completamente asqueado consigo mismo.

Al cabo de un momento, el instinto de la disciplina le hizo sacudirse el polvo y recoger el quepis. Pero sus movimientos eran automáticos, hechos sin pensar. No podía pensar en nada, sólo en el grito silencioso de la recriminación, en reconocer que jamás lograría hallar la más mínima justificación a sus actos. Que viviría largos años con el rostro pálido de Tom Gallatin acechándole entre las sombras, pues no se puede matar a un hombre sin sufrir la maldición de su fantasma. Los dos ya se habían fundido con la oscuridad, pero McQuade seguía paralizado, sin saber qué hacer.

—¿Cómo es que le encuentro solo, señor mío? —dijo Maddocks detrás de él.

Su voz tenía casi el tono de una orden, con un ligero asomo de sarcasmo. Antes de dar media vuelta para encararse con el viejo, la mente de McQuade aulló con tanta fuerza para que le dejara en paz que por un momento creyó haber gritado. Se volvió despacio, deliberadamente, y una ira fría y meditada se apoderó de él. Dio un taconazo con insolencia.

—Con el debido respeto a su graduación, señor, he de decirle que me tiene completamente sin cuidado cómo me encuentre —dijo sin contenerse.

—Desfoguese.

—Usted no puede verme ni en pintura, y eso es mutuo, señor. Se concedió el privilegio de recusar mi destino sin ni siquiera conocerme antes de llegar yo aquí...

—Así es —gruñó Maddocks—. Eso hice.

—¿Significa eso que, si solicito el traslado, el informe será *favorable*?

Por un prolongado instante, Maddocks examinó el pálido y furioso rostro de McQuade. Después dijo:

—¿Eso es todo?

—Sí, señor; eso es todo.

—No, no lo es —replicó Maddocks cortante—, y nunca lo es con los jóvenes. Son maestros a la hora de engañarse a sí mismos. No se hacen adultos hasta que se dan cuenta de ello, hasta que una mañana se miran en el espejo y se dicen: «Es usted un mentiroso, señor».

—¿El informe será favorable?

—¡No, no lo será!

—Usted no me quiere aquí. ¡Le doy la oportunidad de librarse de mí!

—A mí nadie me hace favores militares, señor mío, y no acostumbro a hacerme amigo de mis oficiales. Sólo los adiestro para que desempeñen bien su tarea. No le dé más vueltas.

—Buenas noches, señor.

—¡No se mueva de donde está, *señor!* En el ejército existe la regla de no dejar que se te manche una bota más de lo que puedas limpiar con la otra. Y pase lo que pase, no se huye de ello. No tiene ni la menor posibilidad de que yo apoye su traslado. Permanecerá aquí y cumplirá con su deber, porque yo no ayudo a nadie a rendirse. Quizá este trabajo pueda con usted, señor mío, *¡pero no podrá rendirse!*

Fue entonces cuando oyeron el distante grito del centinela del puesto número dos.

—¡Alto! ¡Bájese del caballo y continúe andando, maldición!

Se oyó un repiqueteo de cascos de caballo y un grito ronco.

—¡Cabo de guardia!

Luego un disparo. Ambos oficiales doblaron corriendo la esquina de la cantina para llegar al claro donde vieron la llamarada amarilla del segundo disparo y al hombre que galopaba hacia ellos.

McQuade corrió a desmontar al jinete, consiguió agarrar de algún modo las bridas en medio de la oscuridad y maldijo al castigado caballo. El animal se encabritó y McQuade se vio elevado en el aire, pero al volver a pisar tierra tiró con fuerza salvaje de la brida, haciendo girar al animal sobre sí mismo, medio derribando a su jinete cuando pasaba la pierna para desmontar. El hombre cayó sobre Maddocks, golpeándolo con salvajismo. Se apartó de él y corrió frenéticamente hacia el grupo que había salido de la cantina al oír los disparos. Su voz borboteaba en su garganta como un animal herido.

Maddocks y McQuade corrieron tras él y los del baile se apartaron instintivamente, por lo que un momento después se hallaba en el interior, iluminado por las luces. Llevaba la ropa desgarrada, miraba enloquecido a su alrededor y parecía tan sudoroso como su caballo. Se revolvió como un lobo acorralado, medio agazapado para encararse a todos ellos, chillándoles.

—¡Malditos todos! ¡Maldito sea este sucio y cobarde ejército! —se pasó las uñas a lo largo de las mejillas—. ¡Que el Señor les arranque los ojos a todos! —y antes de que nadie pudiera impedirlo, se arrojó al suelo de la pista de baile cubierta de harina, gruñendo con el alma agónica—. Indios —sollozó—. Han despedazado a toda mi familia. ¡Dios! Ojalá se pudran todos ustedes en el infierno...

Y continuó repitiendo eso, golpeando el suelo, destrozándose los nudillos.

—Que se pudran *en el infierno...* que se pudran *en el infierno...*

De algún modo, consiguieron hacer salir a las mujeres y Dortmund agarró al hombre por los tobillos mientras McQuade y el capitán Maddocks le sujetaban los

brazos separándoselos del cuerpo. Le hicieron beber un whisky y finalmente le amarraron a una litera y le llevaron al hospital.

Su nombre era Hagers Daugherty, pero tenía la mente tan extraviada por los horrores vividos como para no saberlo. Su casa sólo estaba a cuarenta y ocho kilómetros al oeste de Canby, en la parte inferior del arco de la ruta que debían seguir los mensajeros, por lo que Porter y sus dos hombres no habían tenido tiempo de advertirles antes de que sucediera.

Tenía esposa, dos hijas al borde de la adolescencia y un chico de cinco años. Daugherty había regresado de sus cultivos en Snake Bend para encontrarlos al anochecer. Gritaba cada vez que explicaba cómo los había encontrado, con la esperanza de que el sonido de su sufrimiento pudiera borrar los recuerdos. Gritaba y se debatía contra las cuerdas que lo sujetaban. Al final supieron lo suficiente, todo lo que podía proporcionarles, y lo dejaron con el doctor.

Tras el relevo de la guardia a las tres, Maddocks dio orden para que formase la columna de Snake Bend. Adelantó la salida a las cuatro para que saliera del puesto mucho antes del amanecer, al objeto de que la primera aparición del polvo que levantaban pillara desprevenidos a los indios. Para sorprenderlos cuando iniciaran la mañana, si pensaban seguir uno o más días acampados en Snake Bend, o en plena marcha y provocar indecisión en sus mentes simples.

—No saben lo que es la culpa —le dijo Maddocks a Gallatin—. No como la entendemos nosotros, pero sí saben lo que es una represalia, y siempre la esperan. Como el ataque a Daugherty es muy reciente, esperarán represalias y, si usted aparece ante ellos de forma rápida y convincente, huirán hasta que sepan cómo afrontar la amenaza. Manténgase pegado a sus talones, para provocar que sus subjesos discutan entre sí. De esa forma, si tenemos suerte, provocaremos diferencias de opinión entre ellos. Quiero que me envíe un mensajero tan pronto como establezca contacto visual. Manténgame informado de todos los movimientos que haga usted.

Antes de que la columna se pusiera en marcha, McQuade fue a su alojamiento a cambiarse de ropa. Durante los preparativos, había pasado junto a Gallatin en dos ocasiones diferentes. Este no había hecho el menor esfuerzo por reconocer su existencia, y miró a través de él como si no existiera. McQuade estaba todo lo desalentado que puede estar un hombre, y tomó un prolongado trago de su botella, pero sin que aquello lo reconfortara. Se quitó el uniforme de gala, lo colgó de las clavijas de la pared y se puso las botas y los pantalones de servicio. Aún le colgaban los tirantes cuando oyó a los hombres de la columna detenerse con sus caballos y montar ante comandancia.

Salió a mirar con el torso desnudo pese al frío aire del amanecer. La columna se desplazó a la derecha para salir por el puesto número dos. Sobre todo aquello reinaba

una gran sensación de claro objetivo. En la distancia podía apreciarse el blanco de los rostros y el polvo que levantaban los cascos de los caballos para flotar cerca del húmedo suelo y seguirles como la estela de una pequeña embarcación en aguas serenas. Pero no se oía ruido alguno, ni siquiera el crujido de las sillas de montar frías. Era una columna fantasmal que se internaba en el final de la noche guiada por un hombre muerto, al que no había forma posible de compensar. Jamás habría forma de hacer ver a Gallatin que todo aquello era debido a un capricho de las circunstancias que había afectado a los tres. Que no era debido a que él hubiera aprovechado una distracción de ella para estrecharla entre sus brazos bajo la enramada, o al puñetazo o al sueño roto. Que todas esas cosas eran los resultados, no las causas. Y las causas eran tan claras que su simplicidad resultaba abrumadora. Pocos hombres de este mundo pueden vivir con sus mujeres sin verse acosados por los fantasmas de otros hombres, pues está en la misma naturaleza de la mujer el ser deseable, aunque sólo sea en su imaginación, y siempre existirá un recuerdo de alguien al que podría haber elegido, y al que poder usar para castigar al que sí eligió. Y, con toda honestidad, lo que en realidad le había sucedido al pobre Gallatin era que había cruzado la puerta principal antes de que se hubiera echado el cerrojo a la puerta de atrás. Una puerta de atrás que, para empezar, no debía haberse cerrado nunca. Y ahora ambas puertas se veían zarandeadas por el viento, y en la quietud de la oscura mañana había un profundo aullido de angustia.

McQuade medio levantó la mano hacia la columna que se perdía en la oscuridad, en un gesto semiconsciente de buena suerte, o de disculpa, ya puestos, y al hacerlo percibió un ligero movimiento en la puerta contigua, en el umbral del alojamiento de los Scarborough.

—¿Tracey?

Ella se le acercó lentamente, sin dejar de mirar a la columna, y cruzó el espacio que los separaba. Él le tendió la mano para guiarla.

—Siento un gran frío en mi interior —murmuró Tracey—. Así debe ser morir. Un frío que nace de dentro y se hace más y más frío.

—Si pudiera decirse una condenada palabra, la diría. Pero no la hay.

—No, no la hay.

McQuade hizo ademán de rodearle los hombros con el brazo, pero ella se apartó. Él se encogió de hombros y levantó la botella que aún sostenía por el gollete.

—Era sólo para darte calor, querida.

—No. ¡No puedo!

McQuade se llevó la botella a los labios, bebió y asintió hacia la columna.

—Buen viaje, Thomas Gallatin.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Puedo, Tracey —repuso él—. Mi interior es duro. Lo he descubierto esta noche

al intentar ser blando. Antes de ir al baile decidí que no podía pedir el traslado. Y después lo pedí en un momento de debilidad y furia. Se me rechazó con rotundidad. El capitán tuvo el divino sentido de saber instintivamente qué era lo que en realidad deseaba yo. No huiré de nada.

—Creo que te odio de verdad.

—Es muy posible —asintió él.

Los últimos hombres de la columna desaparecían ya detrás de la oscurecida cantina. Iban rumbo al oeste y un instante después dejaron de verlos.

Tracey contuvo el aliento, presionó las yemas de los dedos contra las mejillas y miró a McQuade casi con horror en los ojos.

—Me lo dejaste todo brutalmente claro cuando intentaste explicarme cómo eres, cuando intentaste decirme por qué renunciarías.

—¿El qué?

—Lo único que ha hecho realmente tu familia en todos esos años de que me hablaste ha sido engendrar una raza de fríos y caballerosos asesinos. ¡Y eso es horrible!

—Pero, querida —replicó él con una reverencia burlona—, lo hacemos con la camisa limpia... ¡cuando conseguimos que alguien nos lave la ropa!

Ella dio media vuelta y se alejó. Él se quedó allí un momento mirando cómo se alejaba, y luego, al ver la puerta abierta de su propio alojamiento, arrojó la botella al interior, rompiéndola contra la pared del fondo.

Cuando tuvo lugar el relevo de las cinco, aún había luz en la oficina interior de comandancia. Podía verse a través de la ventana al capitán Maddocks parado ante el mapa de la pared. McQuade calculó mentalmente el progreso de la columna que se dirigía a Snake Bend. Llegó a la conclusión de que el momento más temprano en que podían esperar al primer mensajero de Gallatin sería alrededor de una hora antes de la puesta de sol. Y eso hilando muy fino.

A McQuade tampoco se le pasaba por alto el hecho de que Porter y los mensajeros que recorrían los ranchos de la frontera oeste bien podían haber sido exterminados por la partida que atacó el rancho de Daugherty. Había muchas posibilidades de que Porter y sus dos hombres hubieran muerto. Podían haber tenido la mala suerte, al bajar de los ranchos del norte, de llegar al de Daugherty en el anochecer del día anterior. De haber alcanzado la casa antes del ataque, ya haría tiempo que estarían en el Fuerte. Si llegaron después, era para preguntarse por qué no habían vuelto. Visto con frialdad, la suposición más razonable era que si no estaban en el Fuerte era porque habían muerto y ya no volverían.

El día siguió adelante hasta la media mañana y los espaciados ejercicios de tiro que hizo el destacamento en el campo de pruebas pusieron nervioso a todo el mundo.

Un triste ambiente de mal presagio se adueñó del puesto y se volvió una necesidad, casi una obsesión, ver aparecer polvo en el lejano oeste. El mensajero de Porter o el de Gallatin debían llegar con alguna clase de noticia.

Todos los hombres contrajeron el tic nervioso de mirar hacia el oeste haciéndose sombra con una mano, fuera lo que fuese lo que estuvieran haciendo. Luego parecían darse cuenta de ello y miraban furtivamente al oeste y disimulaban apartando deliberadamente la vista.

Al final, Rodermill se puso duro con los hombres que cavaban la zanja para la tubería de la nueva cisterna a última hora de la tarde.

—¡A ver, prima donnas, de cara al este y cavando de espalda al sol!

Las sombras se alargaron y la cruda realidad se hizo evidente para todos. El teniente Porter llevaba veinticuatro horas de retraso y la columna que había salido hacia Snake Bend a las cuatro de la mañana debería haber llegado al rancho de Daugherty a las diez y media, y a mediodía al terreno alto sobre Snake Bend, dejando al mensajero de Gallatin cinco horas para volver con su informe.

Y, por muchos agujeros que se practicaran en ese razonamiento, seguía quedando suficiente tela como para que siguiera sirviendo. Había que dar por perdidos a Porter y sus dos hombres. Se habrían topado con algo inesperado y pagado las consecuencias. Pero para eso había que partir de la premisa de que los tres galopaban muy pegados, lo cual no podía ser, dado que se habrían separado desde el principio para dar los avisos con mayor rapidez. Al dividirse los ranchos entre los tres, se habrían mantenido separados y habrían vuelto de uno en uno. Así que, lógicamente, para librarse de ellos habría que haberlos emboscado por separado, lo cual no dejaba de ser posible.

Ahora pasemos a Gallatin y a la columna que marchaba hacia Snake Bend. De haber caído en una emboscada a este lado de Snake Bend, ya habría llegado alguien procedente de la escaramuza. Pero tampoco era viable, ya que, con Gallatin al mando, la posibilidad de que la columna se dejara sorprender era remota. Era un oficial demasiado experimentado. Por tanto, demos por hecho que llegó a Snake Bend y envió a su mensajero tras establecer contacto visual con el enemigo. Esa sería una buena explicación.

Pero esa explicación es la cuerda con la que te ahorcas. Porque la cuerda está hecha de lo siguiente: Tras la demostración por sorpresa que Gallatin habría infligido a los indios, estos habrían levantado el campamento, alejándose en bloque o en partidas separadas al mando de cada subjefe, y Gallatin los habría seguido en cuanto se movieran, enviando un segundo mensajero informando de ello. Por tanto, al diablo con el primer mensajero, y fijémonos en el *segundo* mensajero que debía estar a punto de llegar. Pero ¿dónde estaba?

—¿Qué ha sucedido entonces, señor mío?

McQuade alzó la mirada hacia el capitán Maddocks. Al quedar sólo el segundo pelotón, compuesto por veinticuatro hombres divididos en tres escuadras, el viejo le había ordenado que organizara la guardia nocturna con los reclutas del ingeniero y los intendentes del puesto.

—No he hecho conjeturas al respecto, señor —dijo McQuade.

—No le pido conjeturas, sino una opinión meditada. Está usted con nosotros, ¿no?

—Eso espero —asintió McQuade—. Pero le he dado vueltas a la situación todas las horas del día sin poder alcanzar una sola conclusión mínimamente razonable, así que no improvisaré ahora una.

—En ese caso, se encontraría usted en una situación muy precaria, señor mío, si yo muriera ahora mismo y el mando recayera en usted. Sólo ha podido suceder una cosa. Debería resultarle evidente.

—He dado por perdidos a Porter y sus dos hombres y no cuento con el mensajero de Gallatin.

—Entonces, sólo le queda la esperanza —dijo Maddocks, sonriendo casi.

—Se lo preguntaré, señor. ¿Cuál es la situación?

—Olvídese de Porter. Olvídese de la fácil salida de que mataran al mensajero de Gallatin en su camino hacia aquí. Eso sólo le deja una conclusión lógica. Gallatin *no* envió un mensajero. Y la razón de que no lo hiciera es que no estableció contacto visual con los indios. En otras palabras, cuando llegó a Snake Bend, el campamento ya no estaba allí. Lo levantaron antes de su llegada.

McQuade sonrió.

—Es la única posibilidad que no se me había ocurrido, señor.

—¿Puede usted sugerir otra?

—No, señor.

—Cuando un hombre no puede, es un estúpido si no acepta la única que tiene a su disposición. Partamos de ella. O los indios levantaron el campamento en bloque y se alejaron de allí o se dividieron en grupos pequeños al mando de los subjefes, posiblemente en diferentes direcciones, cosa que hacen cuando discrepan entre ellos. Es muy probable que Gallatin decidiera seguir el rastro del grupo más numeroso y que enviase al mensajero sólo cuando lo viera. Esas eran mis órdenes.

—Dividirse en grupos es un recurso comanche —dijo McQuade—. De forma que existe una segunda posibilidad: que los exploradores indios descubrieran el avance de la columna y levantaran el campamento y se fueran antes de que llegase. Para escapar de ella.

—Va usted demasiado lejos. Ayer atacaron el rancho de Daugherty, así que siguen matando. Si anoche celebraron el ataque en su campamento, no estarían muy animosos a las cuatro de la mañana. Si empezaron a levantarlo a media mañana,

Gallatin habría estado lo bastante cerca como para verlos y nos hubiera enviado un mensajero. No. Estoy seguro de que se fueron ayer, antes de atacar el rancho de Daugherty. El ataque al rancho debió ser algo ajeno a su marcha.

Había cierta vehemencia en Stephen Maddocks, cierta intensidad en sus palabras que había hecho que, hasta ese momento, los años parecieran haber desaparecido de él, dando la sensación de ser un hombre mucho más joven, pero al poco, como si hubiera repetido muchas veces aquella lección, su interés pareció desvanecerse y volvió a ser viejo, distante. Fue casi como si McQuade lo hubiese inspirado momentáneamente con una brillante conclusión de estudiante y luego le hubiera fallado sumiéndose entre los demás alumnos sin rostro. Como si le hubiera decepcionado.

—Haga que el teniente Petersborough sea el oficial de guardia de esta noche. Eso le devolverá la juventud. Usted tenga una noche de sueño o perderá la suya.

Sólo cuando McQuade regresó a su alojamiento después de cenar le desentonaron las notas graves de las conclusiones del capitán. Lo que en realidad había hecho el viejo era hacer una declaración oficial a su segundo al mando para que se propagase por el puesto. Quería que se corriera la voz de que los movimientos de Gallatin eran perfectamente explicables. Que era lógico que no llegase un mensajero con noticias de la columna. Que el oficial al mando no estaba preocupado.

Cuando McQuade fue consciente de ello, supo que había fallado sutilmente a Maddocks. Había un detalle crítico que debía haberle discutido. Como nadie es infalible, era indudable que el capitán había deseado que él dijese algo que permitiera aclarar sus propias ideas. Casi se lo había pedido. El detalle que se le había pasado por alto en aquel momento, y durante toda la tarde hasta que volvió a sus alojamientos, se le hizo patente con amargura, porque resultaba inconcebible que fuese a retomar el tema a esas alturas. Que volviera a partir la tarta. No hay segundas oportunidades en el enfoque militar de las cosas, y menos para oficiales como Stephen Loring Maddocks, que hace mucho que adquirieron el hábito duramente conseguido de entenderlas a la primera. No se puede obrar como un colegial que ha olvidado los deberes y pide permiso para ir a casa a por ellos. «Está usted con nosotros, ¿no?» y «Se encontraría usted en una situación muy precaria, señor mío, si yo muriera ahora mismo y el mando recayera en usted».

Lo que Maddocks le había pedido le resultaba ahora tan evidente que le producía casi dolor físico. Si los indios de Snake Bend estaban a un día de marcha cuando Gallatin llegó a su campamento, si no había establecido contacto visual con ellos, entonces, según sus órdenes, no necesitaba enviar un mensajero a Canby hasta que si estableciera ese contacto visual.

Eso hacía que en tu mente se te apareciera la imagen de un Gallatin sentado allí

durante horas, mordiéndose las uñas porque no había campamento y no veía ningún indio. Algo tan ridículamente impropio de él que la idea no se aguantaba ni un solo instante. Habría seguido el rastro del campamento recién levantado o el de la partida más numerosa, y *ese hecho en sí* requería que enviase un mensajero. «Manténgame informado de todos los movimientos que haga usted». Así que McQuade tendría que haberle preguntado: «¿Cómo explica usted el que no haya llegado un mensajero para informarnos de que la columna *les seguía* el rastro?» Pero no lo había preguntado y, al pensar en ello con desagrado, recordó el brillo de decepción en los ojos del viejo.

Al recordarlo, apartó las mantas y se levantó. Maddocks cree que a Gallatin le ha pasado algo húmedo y pegajoso. Me ha inducido a error deliberadamente, para ver si yo pensaba de la misma manera. Y era así, maldita sea, pero dejé que creyera que no. Me he dormido. He dejado que me diera unas palmaditas en la cabeza y que apaciguara mis miedos como un padre. Si en ese momento le hubiera interpelado sobre la cuestión, habríamos sido como miembros de un mismo club. Pero aún tengo algo de ventaja y todavía puedo hacer correr la voz en el puesto de que el oficial al mando no está preocupado.

Dio vueltas en su pequeño cubículo durante media hora, envuelto en el cortante frío de la noche. No paraba de pensar en lo que haría si de pronto se encontrase siendo el oficial al mando. Partiría de las peores condiciones posibles e iría hacia atrás. Supongamos con frialdad que Gallatin y toda su columna han sido emboscados y exterminados hasta el último hombre.

Hay sesenta indios sedientos de sangre que nos tienen poco menos que rodeados. Desde el primer encontronazo con Porter, nos han atacado, han matado a un centinela y han asaltado dos ranchos. En la guarnición quedan veinticuatro hombres en condiciones de luchar, tres oficiales de ingenieros a punto de retirarse, un pagador y catorce ingenieros e intendentes a tiempo parcial. Y treinta y cinco mujeres y unos veinte niños que dependen del puesto.

¿Qué haría usted, McQuade? Pues se lo diré, señor McQuade. Podría cruzarse de brazos y dejar que los indios le ganasen por la mano. Al menos así se aseguraría su eventual ascenso, pues no habría violado la orden vigente del Departamento atacando *primero* a los indios. También tendría una excelente oportunidad para no envejecer ni una sola semana, pues tal como se presentan las circunstancias, Fuerte Canby podría caer en un ataque repentino. En ese caso habrá negros titulares en todos los periódicos del este: «Matanza en la frontera. Fuerte Canby incendiado. Los valientes soldados de la guarnición la defendieron hasta el último hombre».

Así pues, ¿qué haría usted, McQuade? Bueno, señor McQuade, se lo diré. Sólo hay una respuesta posible y Maddocks la sabe tan bien como usted. Pertenece usted a la caballería, y la caballería siempre se ha caracterizado por la sorpresa, el ataque fulminante y su movilidad. Aunque las órdenes vigentes del mando impiden iniciar

deliberadamente un ataque, la historia y treinta y cinco mujeres no dejarán de considerarle culpable si ahora le da por obedecer esas órdenes.

Todos los oficiales de Canby se levantaron con el toque de diana. McQuade en persona informó al capitán de que todos los hombres del segundo pelotón estaban formados.

—Pase dentro —le dijo Maddocks, y ambos entraron en la oficina interior—. McQuade, estamos en un aprieto.

—¿Grave?

—No sé qué decirle. Porter y sus dos hombres llegaron a las tres de la madrugada. Hace treinta y seis horas que una gran partida de enemigos se interponía entre ellos y el camino a Canby. Por fortuna habían acordado previamente un lugar de encuentro y consiguieron reunirse en él. Venga junto al mapa. El movimiento de los indios, que sin duda tenían por base el campamento de Snake Bend, obligó a Porter a desviarse al sur, hacia el desierto. Pero los indios también se movían *hacia* el desierto, así que Porter y los suyos tuvieron que retroceder y girar hacia el norte —indicó un punto en el mapa y trazó su camino con el dedo—. Aquí encontraron una montura del primer pelotón. Herida, con la silla de montar cortada, vagando en libertad. Era Sophy, la yegua de Craigmiller.

McQuade miró a Maddocks y por un instante ambos se miraron profundamente.

—Creo que exterminaron la columna de Gallatin.

—¿No es posible que Craigmiller fuese el mensajero, señor?

—No. Creo que no. El hombre era prácticamente subnormal. Gallatin nunca lo hubiese utilizado de mensajero.

—Ya veo, señor.

—¿De veras? —preguntó Maddocks agudamente.

—No se lo tome al pie de la letra. Si hubiera dicho «Sí, señor», yo mismo habría parecido —McQuade no pudo contenerse— subnormal.

—Voy a salir a buscar a Gallatin —afirmó Maddocks, cerrando y abriendo las manos—. Perseguiré a esa concentración de indios y haré la demostración de fuerza que habría tenido que hacer Gallatin. ¿Lee usted a Shakespeare, señor mío?

—¿Que si *qué*, señor?

Maddocks se apartó del mapa de la pared y se acercó despacio a su mesa. Volvió a mirar de frente a McQuade.

—Hay que adoptar siempre una actitud de victoria, señor mío. Todos nacemos con una deuda con la muerte. Paguémosla hoy y no la deberemos mañana. Usted y yo saldremos a las diez en punto con el segundo pelotón. Doscientos cincuenta cartuchos por carabina y cincuenta por pistola. Raciones de campaña para seis días, por hombre y caballo. Doble ración de avena para las monturas. Sin bestias de carga. Comuníquesele al sargento Rodermill y vaya preparándolo.

La vanguardia del segundo pelotón cruzó el puesto número dos a las diez en punto. En cuanto la retaguardia de la columna abandonó el Fuerte, Maddocks giró bruscamente hacia el suroeste y se dirigió campo a través usando la brújula. McQuade, que cabalgaba a su lado, observó al viejo poner la brújula sobre el pomo de la silla de montar y sacó la suya.

—Oeste-suroeste. Dígame por qué.

—Resulta evidente, señor. Dado que los indios se dirigen hacia el oeste, deberíamos poder interceptarlos si nos mantenemos en esta dirección.

—No nos mantendremos en ella —replicó el capitán secamente—. *Nada* debe resultar evidente. Y no vuelva a usar conmigo ese «deberíamos». Hable siempre en sentido afirmativo.

—Sí, señor.

—Le hice una pregunta. ¿Por qué?

—Entonces no sé por qué, señor.

—Entonces aprenda por qué. No abandone nunca el pozo por la misma ruta que utilizó para llegar a él. No adquiera nunca hábitos militares. Gallatin tomó la ruta del oeste. Porter volvió por la ruta del oeste. Por tanto la última ruta que nosotros seguiremos será la ruta del oeste.

Tras hacer una parada de quince minutos a mediodía, se hallaban a veintidós kilómetros al suroeste de Canby, y Maddocks ordenó reanudar la marcha rumbo al oeste, hasta llegar a la sombra de las colinas. Continuaron toda la tarde cabalgando a su sombra, pero lo bastante lejos del territorio alto de su izquierda como para poder observar con ventaja.

Cambiaba la avanzadilla cada hora, enviando cada vez a hombres frescos a buscar huellas. Pero no las había. La cuarta vez que modificó la formación, le confió la misión a McQuade y al sargento Rodermill, y la implicación fue obvia. Poner ya a McQuade sobre el terreno, pero haciendo que le acompañase el soldado más valioso del pelotón, para controlarlo y asegurarse de que no se caían migajas de la mesa por comer con torpeza.

La realidad provoca una reacción muy peculiar en un hombre. Cuando se va al frente de una avanzadilla con nada que se interponga entre el enemigo y tú, se siente una excitación que desafía toda descripción. Se aferra al corazón y lo eleva con fuerza, al tiempo que deposita sobre él el oscuro peso de la responsabilidad. Lo convierte en el único custodio de la soberana dignidad de los Estados Unidos. *Es* los Estados Unidos en la parte más occidental del imperio. Todo lo sucedido antes de su tiempo, desde el primer disparo hecho en el puente de Concord, estaba ahora en sus manos y no podía fallar. No por la gloria, ni por el innato valor de su propia y dulce vida, sino por el simple y egoísta hecho de que, si fracasaba por estupidez o cobardía, no volvería a

tener una vida que vivir. Nada de lo que hubiera hecho antes contaría para algo. Todo quedaría reducido a la nada ante ese fracaso. Y, si sobrevivía a él, todo cuanto viniera después sería como polvo en su boca.

McQuade cabalgaba diez metros por delante y a la derecha de Rodermill, dejando el extremo izquierdo al sargento primero. Al ir por fuera del camino no se veía en el suelo virgen ni la menor huella, ni una rama o matojo rotos, ni el susurro del paso del enemigo. Cuando se va de avanzadilla hay que buscar hasta donde alcanza la vista cualquier punto desde donde pudiera observarlos el enemigo, y salvar esa distancia intermedia hasta donde está para echar un vistazo más de cerca. Y luego otra vez, y otra, incesantemente, hasta que te arden las comisuras de los ojos.

Al cabo de veinte minutos de aquella rutina, McQuade llamó quedamente a Rodermill.

—Cualquier cosa que descubramos por aquí, estará tan pasada como el aliento de una solterona.

—Puede que sí, señor —replicó el sargento primero, callándose a continuación.

Mientras avanzaban sumidos en mortal silencio, McQuade recordó a uno de los exploradores civiles que había conocido durante su infancia en Canby. «Dos cosas, muchacho. Cuando busques una ruta segura, si hay algún mezquite cerca, mira en el mezquite a la altura de medio muslo y busca señales de que haya pasado alguien». Aún podía oír la risa de aquel hombre ronca por el polvo, que se le quedaba atrapada en la garganta hasta que se convertía en tos en vez de en risa. «Y es ahí donde uno encuentra huellas de hombres blancos, que no de indios, porque ellos nunca tomarían el camino que tomarías tú». Intentó recordar por un breve instante el nombre del explorador, pero no lo consiguió. «La segunda cosa, muchacho, es que los apaches no son indios, sino una sombra al galope. Por tanto, lo segundo es que cuando veas huellas de apache, tengas mucho cuidado, pero cuando no veas ninguna huella en absoluto es que son los apaches los que te han pillado a ti».

McQuade volvió a dirigirse a Rodermill.

—¿Cree que deberíamos volver a desviarnos hacia el sur antes de la puesta de sol?

—Puede que sí, señor. Puede que no.

—He dicho eso para sacarle alguna palabra, sargento. Sabe condenadamente bien que no subiremos para cruzar esa hilera de colinas a plena luz del día —y señaló la pequeña elevación de terreno que había a la izquierda—. Podrían vernos.

—Sí, señor —dijo Rodermill.

Continuaron cabalgando otros veinte minutos y en McQuade fue aumentando el impulso de volverse para mirar de nuevo al sargento primero, pues tenía la extraña sensación de que, cada vez que Rodermill examinaba un trecho de terreno, le miraba brevemente a él para inspeccionar su reacción. Pero no se volvió. Continuó la marcha

hasta que llegaron los relevos, Hanna y Erschick, que se acercaron por retaguardia para sustituirlos.

Al cabalgar de vuelta a la columna con Rodermill, McQuade dijo:

—Muy bien, sargento. Ya se han divertido el capitán y usted.

—¿A qué se refiere, señor?

—Se lo diré cuando usted me diga qué puntuación otorga a mi labor.

Rodermill negó con la cabeza.

—No se haga eso, señor. Siempre son dos los hombres que trabajan en equipo. Todo el pelotón está compuesto por parejas para salir de avanzadilla y siempre es la misma pareja. No hay turnos que valgan. Sólo los que el capitán quiera enviar de avanzadilla en cada momento. Usted y yo estábamos desparejados, así que nos puso juntos. Fíjese en nuestro relevo —movió la cabeza hacia atrás—: Hanna y Erschick. Por separado no sirven para nada. Emparéjelos con cualquier otro y seguirán siendo unos inútiles. Pero juntos, de algún modo, son de lo mejor que tenemos. Lo único que tiene que saber usted es que nos hizo salir antes de que sospechase alguna cosa. No sé el qué, pero cuando sospecha algo siempre envía a Hanna y Erschick.

McQuade miró fijamente a Rodermill durante un momento, y después se volvió en la silla para echar una larga mirada hacia atrás. Hanna y Erschick avanzaban mucho más separados de lo que lo estuvieron Rodermill y él. Había unos treinta metros de distancia entre ellos, y se vigilaban el uno al otro, avanzando con gran lentitud, mirando a derecha e izquierda y adelante a juzgar por el agitarse de sus sombreros. Hanna cabalgaba encorvado hacia delante, con los brazos cruzados sobre el pomo de la silla de montar; Erschick con la espalda muy recta. Una reliquia quemada de tanto beber ron y un crápula esquelético, custodios de la soberana dignidad de los Estados Unidos.

McQuade se encaró de nuevo con Rodermill.

—Volviendo al principio de su discurso, sargento. ¿Que no me haga qué?

—No se enfrente al capitán, señor.

Para las cuatro de la tarde ya habían recorrido cincuenta y ocho kilómetros. Iban a triple paso: al paso durante una hora, luego desmontaban y guiaban a los caballos, y después trotaban durante diez minutos. Por dos veces emprendieron un breve galope para que las monturas se desfogasen. Era casi un ejército teórico. Por lo demás, para entonces sólo estaban a poco más de veintiocho kilómetros a vuelo de pájaro de Fuerte Canby. De haber tomado la ruta del oeste, aún estarían a unos veinte kilómetros al este del incendiado rancho de Daugherty. Pero en aquel lugar se hallaban a unos catorce o dieciséis kilómetros al sur del mismo.

A las cinco, Maddocks dio orden de parar y desensillar. Inspeccionó personalmente las monturas, ordenó no encender fuegos para preparar la cena y a las dos de la madrugada volvían a estar en la silla de montar, dirigiéndose hacia terreno

alto, cruzando la hilera de colinas en plena oscuridad.

Una vez al otro lado, les guió en el descenso de la ladera hasta las tierras bajas, alcanzando Snake Bend poco antes del amanecer. Parecía oler el campamento enemigo. Yendo de avanzadilla, y acompañado por McQuade, se detuvo dos veces antes de acercarse, manteniéndose bien apartado de la vanguardia de la columna, para poder respirar el aire puro de la noche como un animal que busca agua entre sus enemigos.

La segunda vez expelió todo el aire y después echó la cabeza hacia atrás para inhalar lentamente. Asintió.

—Acamparon justo delante de nosotros. No hay duda. Desensillaremos aquí, señor mío, y dormiremos unas cuantas horas —y debió ver la pregunta en los ojos de McQuade, pues añadió—: No tiene nada de extraordinario, señor mío. Comen desordenadamente cuando obtienen mucha comida en los ataques, y los restos que dejaron atrás ya empiezan a oler un poco. Añada a eso el aroma de la leña quemada en la humedad del alba junto al nitrógeno estancado y en evaporación y los restos putrefactos de lo que consideran higiénico y la respuesta es un campamento. Considere eso su olor, si así lo desea, y recuerde que lo que aprenda a oler de ellos es suciedad.

Justo antes de las ocho de la mañana, tras dejar que el sol se elevara lo suficiente para no tenerlo en la espalda, Maddocks volvió a dar orden de marchar. Antes de ponerse en movimiento había recorrido despacio el abandonado campamento, examinando el terreno con atención. No se agachó con algún gesto dramático para examinar algo, sino que se limitó a caminar por él mirándolo todo.

Encontraron enseguida las huellas en el extremo sur de Snake Bend y las siguieron hasta una amplia extensión de terreno llano, donde se apartaron deliberadamente del rastro, usando la brújula para desviarse al sur, hacia una hilera de erosionados peñascos que marcaba la frontera del distrito a unos kilómetros al norte del desierto. Era piedra caliza erosionada, podrida por los eones, descubriendo un reborde de esquisto que se prolongaba accidentalmente durante unos dieciocho kilómetros. Maddocks se dirigió directamente hacia allí y, tras una parada para explorar la parte superior, hizo que la columna se pusiera en marcha en la sombra que había a lo largo de la base.

Recorrieron una docena de kilómetros a cierta velocidad, se detuvieron y él señaló el punto donde comenzaba el desierto.

—Señor McQuade, usted y el sargento Rodermill adelántense de nuevo y exploren. Vayan hacia el norte hasta que vuelvan a encontrar su rastro. Examínenlo y reúnanse luego con la columna un poco más al oeste. Pónganse ya en marcha. Yo me tomaré aquí diez minutos de descanso. Así que dispondrán de dos horas para reunirse con nosotros.

McQuade y Rodermill volvieron a encontrar el rastro de los indios un escaso cuarto de hora después de dejar la columna. McQuade no tenía ni la menor duda de que el capitán no había supuesto que lo encontrarían. *Sabía* que el rastro se dirigiría hacia el sur y había planeado su propia marcha para que discurriera en paralelo. McQuade tenía en la punta de la lengua preguntar a Rodermill cómo había podido adivinarlo Maddocks, pero en vez de ello se concentró en intentar deducirlo por su cuenta.

Cruzó sobre las huellas de los indios y cabalgó a la derecha de ellas. Rodermill se situó al sur de él, diez metros más atrás. Ya habían transcurrido cuarenta minutos de las dos horas de plazo cuando la respuesta se le hizo evidente. Al volverse en la silla, le pareció tan evidente como esa llanura que unía el norte con el este.

Lo que vio más adelante, atravesando el rastro en ángulo agudo, fueron huellas de caballos herrados. El primer pelotón de Gallatin, porque los caballos herrados no podían significar otra cosa. Lo que había visto en el terreno que unía el norte con el este era que Gallatin no debió ir al campamento abandonado, sino que debió describir un amplio círculo a fin de interceptar el paso de los indios, y que, al hacerlo, le vieron. Al verlo en la distancia, los indios se alejaron de él moviéndose hacia el sur.

De repente se dio cuenta de que Maddocks había llegado mentalmente a esa misma conclusión, a ojos cerrados, por así decirlo. El viejo sabía que Gallatin había llegado a Snake Bend por arriba, y por tanto había tenido que describir ese círculo para conseguir que su demostración de fuerza fuera una sorpresa para los indios. Porter le había dicho a Maddocks que la única forma en que había podido librarse del enemigo había sido desviándose hacia el norte. Por tanto, los indios tenían que haberse movido hacia el sur. El viejo había tomado un atajo usando la lógica, al tiempo que establecía una marcha propia razonablemente a salvo de cualquier observación directa mientras no se apartara del erosionado reborde de piedra.

Cuando las huellas de los caballos herrados de Gallatin se unieron a las de los ponis sin herrar, ambos rastros se superpusieron. Eso también estaba claro. Había sido una persecución para echarlos del distrito. Siguieron ambos rastros hasta que sólo les quedaron treinta minutos para cabalgar hacia el sur y reunirse con Maddocks. Por tácito acuerdo, tiraron de las riendas y pararon un momento, enjugándose el sudor.

McQuade dejó caer el pañuelo del cuello empapado en sudor tras secarse la cara y sintió cómo se enfriaba contra su garganta. Volvió a mirar el rastro y miró a Rodermill entrecerrando los ojos.

—Hasta ahora todo está muy claro. Los indios siguen siendo entre cincuenta o sesenta, cabalgan despacio y muy separados, con el teniente Gallatin siguiéndolos de cerca.

—Sí, señor —asintió Rodermill.

—¿Por qué no envió, entonces, un mensajero a informar que salía en su persecución?

Rodermill negó con la cabeza.

—No puedo contestar a eso, señor.

—Tenía órdenes de hacerlo.

Rodermill no replicó.

—No hemos visto ni un solo buitre en todo el día de ayer o de hoy —McQuade se volvió a cabeza descubierta para recorrer con la vista la bóveda del cielo—. Pero le ahorraré responderme, Rodermill. A veces los buitres se lanzan en bandadas sobre un simple gorrión muerto, y otras no se los ve durante semanas independientemente de la carroña que haya para almorzar.

—Sí, señor —asintió Rodermill.

McQuade estiró los labios resecos de polvo calizo contra los dientes para formar una fea sonrisa.

—Creo que me quedaré aquí, sargento, hasta que le haga hablar. ¿Encontraremos al primer pelotón refugiado en alguna parte, resistiendo todavía, o se metió en una emboscada? ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Yo tengo tres supersticiones, teniente. Una es nunca reclamar el turno de la muerte de un hombre. Sea a favor o en contra.

De repente, una rabia irracional se apoderó de McQuade hasta el punto de que temió que iba a ahogarse.

—Dejemos una cosa clara ahora mismo, Rodermill. Me tragaré los reproches y me comeré el estiércol del establo que me eche el oficial al cargo si le apetece echármelo gaznate abajo con una pala. ¡Pero a usted no se lo consiento!

Rodermill alzó despacio la cabeza para mirar de frente a McQuade. Estudió durante un momento al oficial con curiosidad genuina, sin el menor atisbo de insolencia. Se lamió los resquebrajados labios, como para poder pronunciar las palabras con más claridad.

—Voy a hacerle un favor, teniente —negó con la cabeza—. El capitán Maddocks no le da a usted peor trato que a cualquier otro nuevo teniente de los que han trabajado para él. Así que no se lo tome como algo personal, señor. Sólo está reduciéndolo a su justo tamaño, haciendo que se encuentre con su propia talla. Como hace con todo el mundo. Nada más.

—¡No, hay algo más, condenación! ¿Sirvió el capitán a las órdenes de mi padre? ¿Antes de la guerra?

—Nunca se lo he oído decir al capitán, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Usted sabe muy bien por qué lo pregunto, porque usted sirvió a sus órdenes y sabe cómo es mi padre. Podría estar descalzo sobre una valla de alambre de espino y mataría a golpes a un puma con una serpiente de cascabel viva, *pero haría el trabajo*,

¡y castigaría a cualquier hombre que no hubiera cumplido con su parte!

—Sí, señor —asintió Rodermill—. Es la descripción más precisa del coro... del general que he oído nunca.

—¡No se ande por las ramas, Rodermill! No juegue conmigo. Mi padre debió tratar personalmente con el capitán Maddocks en algún momento del pasado, así que esto es algo *personal*. ¡Se venga de mi padre conmigo!

Rodermill se enderezó en la silla de montar y se puso el sombrero.

—Voy a hacerle otro favor, teniente —dijo, sin que se le alterara la voz—. Voy a decirle a la cara que no he oído ese último comentario —escupió deliberadamente—. No me agradan mucho los oficiales, porque no tienen por qué agradarme. Pero tengo que confiar en ellos —tomó aire despacio—. Tampoco sé lo que es un *caballero*, pero supongo que no es un resentido. El capitán Maddocks no piensa en nada que no sea este apestoso trabajo. No le sería *posible* permitir que interfiriera algo personal. Ya no es un hombre joven, y es quisquilloso y maniático, *pero no es vengativo, señor*.

—Ya ha manifestado usted su opinión, Rodermill —dijo McQuade con frialdad. Se puso el sombrero, apretó las rodillas contra los flancos de su caballo y cruzó las huellas por el lado sur. Las estudió mirando hacia atrás, y luego hacia delante, y dijo cortante—: No, no vayamos todavía. Sígame.

Torció a la derecha e inició un rápido galope a lo largo de seiscientos metros de rastro, seguido muy de cerca por Rodermill. Luego desmontó y caminó despacio hacia un segundo rastro que se cruzaba con el primero.

Venía del suroeste, y esto es lo que leyó en él: de veinte a veinticinco ponis sin herrar y las huellas eran frescas como una pared recién pintada. Y, lo que era más, este rastro venía del sur tras girar desde el este para situarse sobre el rastro más ancho que seguía Gallatin. El rastro de la partida principal seguía prolongándose hacia el oeste, pudiendo percibirse el rastro de Gallatin encima de él.

—Se separaron —gruñó Rodermill.

—Sí, se separaron en algún lugar de más adelante y esta pequeña partida dio la vuelta para seguir al primer pelotón. Pregunto: ¿*dónde* estaba el primer pelotón para que no acabasen encontrándose unos con otros?

—El tiempo pasa, señor. Será mejor irse ya.

Galoparon hacia el sur siguiendo las huellas del grupo que se separó del principal, hasta que llegaron a la cornisa de arenisca y encontraron a la columna desmontada, esperando junto a las huellas, con Maddocks observándola a cabeza descubierta.

—Muy bien, señor mío —dijo el capitán—. La he visto yo y la ha visto usted —señaló hacia el norte—. Dígame lo que le sugiere el rastro principal del que se desvía este.

—Las huellas de Gallatin siguen pisándolo, señor. Este otro rastro vuelve para pasar por encima de los dos.

Maddocks se volvió despacio para mirar hacia el oeste durante un largo instante, estudiando la arenosa escarpadura que bordeaba el desierto a lo largo de kilómetros, antes de desviarse hacia el terreno más elevado y cubierto de matojos del norte. Sacó la brújula e hizo un cálculo. Entonces miró en dirección al terreno elevado del norte. Luego observó atentamente a McQuade.

—Lo tiene usted muy claro ahora, ¿verdad, señor mío? Está tan contento como una novia en mayo. Bueno, ¿qué haría *usted*?

—Yo seguiría sus huellas e iría tras ellos, señor. Yo creo que este rastro es el más reciente. Los cercaría y les sacaría a patadas lo que le ha pasado al primer pelotón. Sí, señor —movió la cabeza enfáticamente—. Y si al mando no le gusta mi informe, que me hagan un consejo de guerra. Una corte marcial. Creo que siempre llega un momento en el que hay que tomar una decisión de este tipo y esta le corresponde por completo al oficial al mando. Hay momentos en los que las órdenes vigentes, concebidas a miles de kilómetros del lugar donde tiene lugar el conflicto, dejan de tener validez.

—¿Le importa, entonces, que sea el oficial al mando quien tome esa decisión?

McQuade no contestó. En vez de ello dio un taconazo, inclinando la cabeza para expresar su asentimiento. Con cierta rigidez.

Maddocks sacó su reloj de oro, lo abrió y golpeó su esfera con la uña.

—Son las dos. Seguiré pegado a esta escarpadura dos horas más. Luego me desviaré ligeramente al noroeste, buscando terreno más elevado. Ya que lo tiene tan claro, se vendrá conmigo, porque no quiero que meta la pata.

Baker y Amtag salieron de avanzadilla, seguidos a mil metros de distancia por la compañía, ya empapada en sudor y blanqueada por el polvo. Maddocks empezó a forzar el paso sólo del lado del saliente. Ordenó a McQuade que cerrara la retaguardia del pelotón, tragándose el polvo que levantaba toda la formación. A las tres en punto, envió a Hanna y a Erschick a relevar a Baker y Amtag, reduciendo la parada de descanso a sólo cinco minutos.

A las cuatro, llamó a McQuade para que fuera a vanguardia de la columna.

—Usted y Rodermill vuelvan a ir delante. Fíjense bien dónde les indico —alzó una mano y señaló con el dedo—. De aquí a cinco kilómetros, o algo menos, hay un arroyo seco. Me desviaré para moverme al abrigo de su vado en dirección a esas dos rocas que les señalo, y que están en terreno elevado. Desde aquí son puntos, pero las verán a medida que se acerquen a ellas. Usted y Rodermill se desviarán a la derecha para ir de nuevo al norte e interceptar el rastro principal. Hagan una última inspección y salgan de allí para reunirse conmigo en esas rocas. Busquen una zona donde acampar, porque ustedes llegarán antes que yo. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

Veinticinco minutos después de abandonar la columna, seguían sin encontrar el

rastros principales. McQuade estaba confuso y vio que el desconcierto en los ojos de Rodermill se convertía en auténtica preocupación.

—Conjeture, sargento. Es lo único que podemos hacer.

—El rastro no ha podido interrumpirse, señor, y al haberlo seguido antes sabemos que no dio media vuelta.

—Lo que significa que se dirigen hacia el norte.

—Eso debe ser —repuso Rodermill, negando con la cabeza.

—Al norte hay terreno llano, fácil de recorrer. Pero en el lugar donde abandonamos antes el rastro está a casi un día de marcha de Snake Bend para el teniente Gallatin. Al acercarse el anochecer, debió dirigirse a terreno elevado, y el camino *más corto* es por donde estamos.

—No lo sé, señor.

Desistieron de su empeño de encontrar el rastro y empezaron a subir por la prolongada cuesta para reunirse con la columna. Pero casi enseguida encontraron otro rastro de ponis sin herrar que iba hacia ellos. Era tan reciente como el del desvío que habían visto antes. Para medir el tiempo con exactitud, McQuade cortó una boñiga de caballo y calculó que habían pasado por allí después del alba de esa misma mañana. Entonces Rodermill lo llamó en voz baja.

—Llevan consigo caballos herrados. Yo diría que cuatro, señor. Por las rocas donde está usted, pero aquí el terreno es más blando —dijo, señalando con el dedo.

—¿Caballos *herrados*? —y desmenuzó el excremento entre sus manos enguantadas—. ¡Tiene avena!

Los dos hombres se miraron fijamente.

—Avena de las raciones militares, porque los comanches no la cultivan. ¿Estamos de acuerdo, Rodermill?

—Puede que sí, señor. Puede que no.

—¡Oh, por el amor de Dios, sargento! —exclamó McQuade volviendo a montar en la silla—. Voy a seguir este rastro.

—No hace falta. El capitán se cruzará con él al subir.

—¿Del mismo modo en que encontramos el rastro principal?

McQuade apretó los flancos de su caballo con las rodillas y siguió el rastro al galope durante un centenar de metros. Entonces vio abajo el arroyo seco, vio el polvo que levantaba la columna a kilómetro y medio de allí, al ascender hacia ellos y comprendió que el sargento había vuelto a valorar correctamente la situación. Se disponía a volver junto a él cuando vio la carraca junto a las huellas. Desmontó y la recogió. Estaba hecha con una pezuña de búfalo, y rota, por lo que se le habían caído los guijarros del interior. Al girarla en la mano vio la marca del clan de los comanches de Llano Estacado: la luna achatada. Por un momento la mantuvo en la palma de la mano, luego cerró los dedos y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Vamos, Rodermill, busquemos donde acampar.

Cabalgaron muy juntos, hasta que el sargento soltó las riendas, envolviéndolas en el pomo de la silla de montar, y se frotó las manos y se crujió los nudillos.

—¿Qué?

—Es un truco del oficio, señor. Un caballo olfateará agua mucho antes de que nosotros podamos verla. Deje libre al suyo y que nos lleven ellos.

Los dos caballos volvieron a subir por la colina, siguiendo su suave contorno y dejando las dos rocas a su izquierda. El caballo de McQuade resopló, el de Rodermill lanzó un leve relincho, y los dos aceleraron el paso de su ascenso.

Una vez en la meseta de arriba, tenían las dos rocas justo delante de ellos, y había una espesa vegetación que crecía de forma irregular como una barba en una cara desfigurada, creciendo los matojos a mayor altura sólo a la derecha. Más allá había menos vegetación y no había un terreno más alto sobre ellos. El resplandor del sol de la tarde les daba de lleno en los ojos y una suave neblina azulada flotaba al norte hacia otra elevación ligeramente más alta situada a unos trece kilómetros de distancia.

El agua del manantial era fresca y clara y Maddocks llegó con el pelotón cuando estaban bebiéndola.

—No le he informado sobre las huellas, señor, porque era evidente que usted se cruzaría con ellas.

—Las he visto —asintió Maddocks.

—Esa partida descendió al alba al arroyo seco.

—Un poco antes de las diez, señor mío. He cortado una boñiga de caballo.

—Sí, señor. Yo también... y calculé mal —un rastro de ira asomó a su voz—, otra vez.

—Oh, no está mal —replicó Maddocks—. ¿Cuántos indios supone que eran?

—Diez, señor, tirando de cuatro caballos herrados.

—Le concedo lo de los cuatro caballos herrados, pero había *quince* ponis sin herrar.

—Sí, señor.

—No se desaliente.

Maddocks estaba desatando la guerrera que llevaba sujeta a la silla de montar, estremeciéndose al notar el frío de la tarde en los rígidos músculos.

—Son los caballos del teniente Gallatin, señor. ¿Coincidimos en eso? El excremento tenía avena, señor. Avena de las raciones del Segundo de Caballería.

—Haga un estudio sobre eso en alguna ocasión, señor mío. La avena cultivada tiene un grano más corto y más grueso. La silvestre es larga, con borlas alargadas y hebras.

McQuade se le quedó mirando como si se hubiera vuelto loco de repente.

—Señor... yo...

—Y tampoco coincidimos en que fueran caballos del teniente Gallatin, porque Daugherty tenía caballos en su rancho y, al ser un hombre blanco, sin duda los herraría.

La furia inundó el cerebro de McQuade como una riada de ardientes aguas, pero sólo pudo percibirse en sus ojos y en la rigidez de su espalda.

—Lo único que consideraremos completamente seguro, señor mío —continuó Maddocks—, es que la partida de cincuenta o sesenta indios que entró en mi distrito se ha dividido ahora en al menos tres partidas distintas. Veinte o veinticinco se separaron al principio, dirigiéndose hacia el interior del desierto. De esta se separó una partida de quince, que probablemente también entraría en el desierto. Eso nos deja treinta indios, quizá sigan juntos todavía, quizá no, y quizá estén donde menos lo esperamos.

—Sí, señor —dijo McQuade.

—Oh, no se lo tome así —replicó Maddocks con aire cansino—. ¿Ha encontrado algún otro rastro?

—Evidentemente no, señor, o le hubiera informado de ello. Rodermill y yo no encontramos el rastro principal que vimos esta mañana.

—Eso no me gusta.

—¿Le gusta esto, señor? —preguntó McQuade, sacando del bolsillo la carraca rota—. Al menos esto demuestra algo. Son comanches. Porter estaba en lo cierto desde el principio. Vea la marca del clan de Llano Estacado: la luna achatada.

El capitán cogió la carraca, y la miró a un lado y a otro. Sin curiosidad, casi al descuido. Se la devolvió.

—Todos hacen carracas con pezuñas de búfalo —dijo, y por un instante miró hacia la parte por la que habían llegado, luego al norte y al oeste, casi como si no hubiera nadie vivo a su alrededor.

Detrás de ellos, Rodermill había hecho desensillar al pelotón. Maddocks le llamó.

—Que pasten todo lo que quieran hasta bien entrada la noche. Se cocinará de cuatro en cuatro. Encienda ocho hogueras para causar una falsa impresión y recojan leña en abundancia. Quiero que las hogueras ardan con fuerza.

Cuando el viento de la tarde cambió ligeramente su curso, Maddocks aspiró profundamente y, por la expresión de su cara, con ligero desagrado.

—Hay una tribu de piutes que usa esa luna achatada —le dijo a McQuade—. Y los navajos de San Juan, señor mío. Además de los comanches de Llano Estacado. Ha elegido usted un magnífico lugar para el campamento y con un olor muy penetrante —echó a andar, con el viento agitando su abrigo, la nariz fruncida—. ¡Venga conmigo, señor mío!

McQuade lo siguió, y un momento después Maddocks se volvía bruscamente

hacia él.

—Respire hondo y notará el olor.

McQuade obedeció, sofocándose levemente.

—Un cadáver entre la vegetación, señor. Algún animal muerto.

La furia llameó en el rostro del viejo. Se volvió y echó a andar entre la vegetación hasta llegar al claro que había más allá. Se detuvo para encararse con McQuade.

—¡Ahora *mire*, señor mío!

McQuade pasó por su lado y miró, y un sabor a bilis amarga le subió a la garganta. Los hombres del primer pelotón habían sido arrojados, totalmente desnudos a lo largo de los veinte metros de la línea de vegetación, como si fueran molestos desechos, despreciados. De sus cuerpos había desaparecido toda dignidad masculina, pues los habían pateado, apaleado y mutilado. No les habían dejado ni un jirón de tejido; no se veían sus armas. Hacía tiempo que se había relajado la rigidez de la muerte y que empezaban a pudrirse y a hundirse en la tierra, abrazándola, volviendo lentamente a ella.

El cadáver de Thomas de Lacey Gallatin yacía apartado de los de sus hombres, y la tierra estaba pisoteada a su alrededor allí donde los indios habían bailado su danza de la muerte. No había dignidad alguna en ese terrible final, y no podía despertar más reacción que una furia frenética y acalorada. Maddocks apoyó la mano en el brazo de McQuade y sus dedos se hundieron en él como una trampa de acero. Zarandó con fuerza al joven, como si fuese un niño al que debía disciplinar, al que se hubiera sorprendido manifestando sus emociones y hubiera que enderezarlo dándole una lección. Habló con voz ronca, entre dientes apretados.

—Esto no es un aula de colegio, señor mío. Cuando uno suspende en un tema, no puede salir a la pizarra a rectificar el error. Jamás se tiene la oportunidad de volver a intentarlo —señaló con un dedo—. ¡Y ese es el aspecto que tiene por aquí un baile de graduación, señor McQuade!

McQuade no pudo replicar al viejo durante un instante. Se quedó allí parado, a su lado, sintiendo que la proximidad de la muerte le contraía los intestinos con una animalidad atávica. En aquellos momentos era completamente animal. La nariz se le contrajo ligeramente y sintió cómo un instinto asesino se revolvía en sus entrañas, comunicándose con sus puños cerrados.

—¡*Pues ayúdeme!*

—¿Que le ayude? —dijo Maddocks—. Y luego ¿qué?

McQuade liberó el brazo.

—Mire, el último rastro que vimos baja hasta el arroyo. No encendamos fogatas. Salgamos tras ellos. ¡Sabemos con seguridad que de todos los indios que han participado en este sucio asunto, esos son los que se encuentran más cerca! Si cabalgamos toda la noche, los alcanzaremos al alba. ¡Y les arrancaremos el corazón

por hacer esto!

—Cállese, señor mío. Y no vuelva a permitir que ellos le rebajen a su nivel. Con lo único que puede luchar contra ellos es con su cerebro de hombre blanco.

—Tiene usted que hacer *algo*. No puede quedarse aquí y limitarse a *razonarlo todo*. No seguiré discutiendo. Las cosas tienen un límite. ¡No podemos cruzarnos de brazos!

—Mantenga la boca cerrada, señor mío —gruñó Maddocks—. Esto ha sido un error y no se corrige exacerbándolo. El señor Gallatin incurrió en un error *muy grave*. Así que piense a fondo en ello mientras nos adentramos en este desastre para descubrir cuál fue ese error.

Maddocks echó a andar hacia la derecha, rodeando los espesos arbustos. Se dirigió hacia el norte para tener una visión clara de la suave cuesta de la ladera oriental y luego pasó por encima de los cadáveres hasta tener una visión clara de la cuesta occidental. McQuade lo siguió en silencio conteniendo su furia interior. Finalmente, el viejo se encaró con él y pareció que se hubiese vaciado de toda emoción.

—Muy bien, señor mío, le diré lo que sucedió. Iba a anochecer y Gallatin buscó terreno elevado para acampar. Los indios se lo regalaron —señaló hacia el este—. El motivo por el que usted no encontró esta tarde el rastro principal es porque se desvía hacia el norte a pocos kilómetros de aquí. Gallatin debió seguirlo un tiempo razonable para asegurarse. Después lo abandonó para acampar aquí. Pueden verse sus huellas herradas en el lado norte de la cuesta. Gallatin estaba cenando cuando le atacaron.

—¿Cómo pudieron hacerlo, con el campamento adecuadamente vigilado?

—Porque, señor mío, ellos llegaron aquí *antes*. Le estaban esperando. No se me quede mirando como el tonto del pueblo. ¡Es tan fácil de leer como un periódico! Se pasaron todo el día creando un rastro de huellas, de caballos montados. Metieron esa idea en la mente de Gallatin como ahora se la han metido a usted. Cuando se dispusieron a cerrar la trampa, enviaron a los ponis al norte para que dejaran sus huellas, pero una buena cantidad de indios volvieron hasta aquí a pie para esperar escondidos la llegada del primer pelotón y atacar en el momento oportuno. Entonces volvieron a traer los ponis para cargarlos con el botín.

—Seguimos pudiendo hacérselo pagar caro si salimos en su persecución.

—Sí —asintió Maddocks hoscamente—, pero no lo haremos. Designe un grupo de enterradores y que esas hogueras ardan con fuerza.

La furia de McQuade había remitido hasta ser una cólera hosca y obstinada. Le dominaba como un presagio de maldad. No se la quitó de encima con la fría mordedura del agua al lavarse el torso. Le taponó la garganta y tuvo que tragar de forma consciente para comer la cena, que se apelotonaba en su contraído estómago

hasta formar un bulto que permaneció con él hasta que se le hizo necesario alejarse para desembarazarse de él.

Enterraron al primer pelotón en la ladera oriental de la colina, los pies desnudos apuntando hacia Canby, la cabeza al oeste. Pudieron excavar hasta algo más de un metro antes de encontrar roca sólida, y luego los cubrieron y les pusieron un túmulo de piedras. Fue un trabajo largo y duro a la luz de las fogatas, y el capitán Maddocks recitó de memoria el servicio fúnebre episcopaliano mientras los hombres del segundo pelotón permanecían a cabeza descubierta, aunque no en formación.

Después, Rodermill hizo un cuidadoso plano de las tumbas, con el nombre de cada uno de los hombres, para una futura lápida. El cuerpo de Craigmiller estaba entre ellos. El único que faltaba era Shaw.

—Parece que utilizó a Shaw como mensajero, señor. Pero dudo que lleguemos a saber hasta dónde llegó.

Todo ello pesaba en la conciencia de McQuade. No era hombre hecho para esa profunda culpa que te destruye, pero el sueño roto de Gallatin le ensombrecía la mente con insistencia y odiaba el papel que había jugado en ello. Invocó mentalmente a Tracey a través de los kilómetros que los separaban y la trajo a aquel triste campamento, para que se sentara a su lado.

Desde el inicio en Nueva York, su relación había sido alegre y atrayente, todo risas y luces, y embriagadora. Era un cáliz demasiado joven y lleno de amor como para que se rompiera en aquellas áridas rocas del oeste. La primera vez que vio a Tracey, al otro lado de la sala de baile de la Academia de Música de la calle catorce, le fue completamente imposible fijarse en alguien más. La vio y caminó instintivamente hacia ella, hasta que Alan Jethro le agarró del brazo.

—No, no vayas, muchacho. Esa chica tiene el carnet de baile comprometido para varias semanas. Tienes menos posibilidades que un chino de que te haga un hueco en él.

—Tú mira.

Se había acercado directamente a ella sin esperar a ser presentados y, cuando por fin se encontraron sus miradas, supo instintivamente que había atraído su interés.

—Será usted amable con un animal herido, ¿verdad, señorita Hamilton? —preguntó con una reverencia, y dando un golpecito con un dedo enguantado en el carnet de baile de su muñeca—. No tengo ni la menor duda de que hace semanas que está lleno, y abofetearé a cualquier hombre que afirme lo contrario.

Un vals de Strauss robado prendió fuego a las hojas y las llamas se propagaron intensamente en ellos. Todo fue desde el principio una magnífica locura de risas. Una impetuosidad como ninguno de los dos había conocido antes, pues eran demasiado jóvenes para conocer su pleno impacto. Carecía del elemento del tiempo y el espacio,

floreciendo en ellos vitalmente desde el principio con una insistencia primaria que rechazaba toda atadura de la civilización. Debió notar la advertencia de la carta que le envió su padre desde Washington. «No estás acuartelado en Nueva York para ser un petimetre militar en todas las fiestas de civiles». Pero no veía advertencias en nada. No en ellos. Sólo veía la inexorabilidad de la juventud incapaz de aceptar barreras. Jamás se les pasó por la cabeza expresar con palabras el deseo de casarse, pues no disponían de tiempo para palabras tan solemnes. Sus palabras sólo eran para hablar al otro, *del otro*, para arrastrarlos con la corriente hasta que la oscuridad los dejó ciegos. Fue un interludio frenético digno de ser recordado, pues al pertenecer al pasado aparecía límpido y resplandeciente en su magnífica belleza.

Ya no sentía ninguna relación con nada de aquello, sólo con las ataduras de hierro de eso que el mundo llama sociedad. La palabra susurrada tras una mano enguantada para fomentar la murmuración; la sonrisa del escándalo y el terrible daño que inflige. Y eso siempre quedaría. Eran dos capítulos de una historia inconclusa, y que no guardaban relación entre sí. Era algo roto, pisoteado en el barro cuyas terribles e involuntarias consecuencias se hallaban enterradas con el cuerpo roto de Gallatin a poco más de un metro de profundidad en suelo de adobe.

McQuade agitó visiblemente los hombros contra esos pensamientos, tal como hace un hombre que se debate en los tormentos del alma. Se pasó las manos por la cara y miró fijamente hacia el norte en la vibrante oscuridad. Maddocks, bien arropado en su abrigo, estaba allí parado, solo. Dio media vuelta y caminó lentamente, pasando por entre los hombres que ya dormían.

Se acercó y se sentó junto a McQuade, puso brevemente la mano en su rodilla.

—Se está usted castigando, señor mío, y yo se lo he permitido por el bien de su alma —juntó las manos—. Siempre permanecerá en su mente, aunque sólo sea un poco, que Gallatin dejó que le sucediera esto porque le habían roto el corazón. Ese dolor hizo que sus instintos no estuvieran lo bastante aguzados para sobrevivir.

McQuade volvió despacio la cabeza para mirar fijamente al capitán.

—Parece estar insinuando algo, señor. ¿Debo adivinar el qué?

—Puede hacer usted lo que le plazca, señor mío. No le hablo de manera oficial. Tiene derecho a rechazar una conversación personal.

—La noche de su partida, cuando estábamos fuera de la cantina, salió usted detrás de mí tan inmediatamente como para comprender todo lo que sucedió.

—No —Maddocks negó con la cabeza—. No lo comprendí todo. Me inclino por pensar que, en este tipo de situaciones, nadie comprende nada aparte de los interesados, y estos tienden a distorsionar tanto el asunto que nunca se comprende del todo. No soy un moralista, señor mío. Soy el oficial al mando.

—Conocí a la señorita Hamilton en Nueva York. Espero que me crea en su corazón si le digo que me enamoré de ella allí, que sigo estando enamorado de ella, y

que probablemente lo estaré siempre.

—Sí, señor mío —asintió Maddocks.

—No tengo nada más que decir, señor...

—Yo sí, señor mío —Maddocks se pasó un dedo por los labios llagados por el polvo, limpiándose la poca sangre que rezumaba de ellos—. Usted aún está vivo y es mi segundo al mando. No permito que la melancolía le embote los sentidos. Nada de lo que usted pueda hacer le devolverá la vida a Gallatin, así que quítese de la cabeza la idea de que está usted en deuda con él.

—No le comprendo.

—No albergue sentimientos bíblicos que considere su obligación expiar. No se castigue echándose la culpa. Y, por encima de todo, no permita que la ira lo vuelva estúpido, ni la conciencia descuidado. Nunca sabremos con exactitud por qué Gallatin se dejó sorprender así. No buscaba la muerte como solución a sus problemas personales, ya fuera descerrajándose un tiro en sus alojamientos, o con un sacrificio desesperado en el campo de batalla. Y desde luego no se habría llevado conscientemente consigo a todo un pelotón —el viejo hizo una pausa de un momento, y miró a la oscuridad. Después volvió hablar, con un toque de amargura en la voz—. Pero puede que, al tener las emociones hechas jirones, careciera de la agudeza mental que poseía de ordinario, y que la muerte le pillara desprevenido. Y le acompañaba media guarnición. No eran *sus* hombres, sino los *míos*. Y por eso... ¡le odio con toda mi alma!

Se dio una palmada en las rodillas y se irguió en toda su estatura, enderezando la espalda contra la rigidez de los años.

—De modo que viva usted con toda la carga que Dios quiera echar sobre sus hombros, pero no permita que eso afecte a su trabajo.

McQuade se levantó.

—De un modo extraño, todo ello se ha vuelto completamente impersonal mientras usted hablaba.

—No es tan extraño —dijo Maddocks—, porque le he hablado para eso. Ahora duerma. Le deseo buenas noches.

A juzgar por las estrellas, la noche aún estaba muy sumida en la oscuridad cuando McQuade notó que le daban una patada en el pie.

—Diana, señor mío.

Palpó la alarma de su reloj y este señalaba la una. Rodermill se movía entre los hombres, zarandeándolos para que despertaran, haciendo que se pusieran titubeantemente en pie. Maddocks tenía la camisa abierta por el cuello y algo de espuma de afeitar en las mejillas. Se la limpió con una toalla, que dobló y se pasó por el rostro y el cuello.

—Salimos en quince minutos —le dijo a McQuade—. Nos moveremos hacia el

norte en fila de a uno y desmontados, usando la misma pendiente para ocultarnos.

Se puso la guerrera y se la abotonó.

No permitió que se avivaran las mortecinas brasas de las fogatas y, una vez hirvieron sobre ellas el café de la mañana, hizo que formaran en torno a ellas un dique con arena, y que amontonaran leña al lado de cada una. Sacó el reloj del bolsillo y lo soltó de su cadena para entregárselo a Hanna.

—Usted se quedará aquí con Erschick —dijo—. A las cuatro en punto según este reloj, avivará las hogueras como si acabáramos de encender el fuego para preparar el desayuno para todos. Procure que se vea en varios kilómetros a la redonda que seguimos aquí. Luego diríjense los dos al norte y reúnanse con nosotros. Iremos al norte —y señaló— hacia el siguiente tramo de terreno elevado. Mesa Roja, si quiere usted saber cómo se llama.

Hanna cogió el reloj y lo sostuvo un momento en la palma de la mano, mirándolo para luego mirar al capitán con la sombra de una duda en los ojos.

—Ese reloj es mi seguridad —gruñó Maddocks—, y la de ustedes. Lo tengo desde hace treinta y dos años —asomó a sus ojos cierta diversión al enfrentar la mirada inquisitiva de Hanna—. De modo que espero recuperarlo. Eso significa que Erschick y usted deberán ir a devolvérmelo.

Hanna sonrió.

—Sí, señor.

—Espere un momento antes de guardárselo en el bolsillo, Hanna —llamó en voz baja—. Teniente McQuade, venga aquí y sincronice su reloj con el mío. Quiero que los dos marquen la misma hora al minuto durante las siguientes tres horas.

Sus palabras y lo que implicaban hicieron efecto en el pelotón. O puede que fuera la forma tan tranquila en la que había hablado y el brillo de diversión en sus ojos. Fuera lo que fuese, los hombres parecieron liberarse de una carga, y un ímpetu personal pareció imponerse en la torpe y dormida rutina matinal de empacar, cubrir a los caballos y ensillarlos. Lo miraban un instante cuando pasaba por su lado, estudiándolo con la cautela de los veteranos. Una pregunta se filtró entre ellos con la lentitud del agua goteando: «¿Qué diablos significaba eso? ¿El viejo gastando bromas?» Los más experimentados se burlaban de los bisoños. «La cincha más suelta para la marcha, muchacho. Que iremos a pie, desmontados. No le revientes las costillas a tu montura».

De esa inercia nació cierta elasticidad en el destacamento, y todos pusieron el alma en el trabajo. Aquello no era excitación, sino una especie de curiosidad profesional, y dejémoslo aquí porque no llegaremos mucho más lejos adentrándonos en ello.

Cuando sincronizó los dos relojes al segundo, McQuade le devolvió a Hanna el reloj de Maddocks y se quedó un momento mirando el suyo antes de guardárselo en

el bolsillo. Rodermill se acercó a los dos oficiales, pero, antes de que pudiera informarles de que el pelotón estaba listo para salir, el capitán se volvió despacio, todavía con ese brillo de diversión en la mirada.

—Sargento, usted vio ayer el rastro principal. Lo siguió con el teniente McQuade durante un buen trecho. Vio el primer rastro que se desvió al sur, y el segundo que iba hacia el arroyo. ¿Eran huellas de comanches?

—Verá, señor, desde el principio de todo he pensado siempre que estamos demasiado al oeste para que sean comanches. *Pudieron* hacerlas los comanches, pero no podría jurarlo, señor.

—Muy bien, sargento Rodermill —asintió Maddocks con gravedad—. Sea cauto. Pero usted juraría que la flecha clavada en el cuello de Gallatin era apache, ¿verdad?

—Verá, señor. Nunca juraría que la disparó un apache.

—Muy bien, sargento. Pero ¿*pudieron* los apaches dejar las huellas y matar a Gallatin y a sus hombres?

—Sí, señor, pero no podría jurarlo.

El viejo miró a las estrellas durante un instante de duda y sus cuarteados labios se fruncieron un instante.

—Y puede que los comanches se enfrentaran con los apaches en el pasado y se llevaran como botín algunas flechas apaches, y que una de esas flechas acabase en el cuello de Gallatin, ¿verdad?

—Sí, señor —repitió Rodermill—, pero no podría jurarlo.

—Es todo cuanto quería, sargento —y el capitán miró fijamente a McQuade—. Ahí tiene usted la respuesta a su carraca, señor mío.

McQuade había escuchado atentamente, mirando a cada hombre a los ojos mientras hablaba, intentando sacar algo de la conversación, pero sin lograrlo por la especial vehemencia de la misma, que parecía intentar llegar a una conclusión cuidadosamente construida. Evidenció una necesidad subyacente de aclarar las cosas de una vez por todas, una solemnidad que le había dejado perplejo.

—Perdón, señor, ¿qué respuesta?

Rodermill saludó.

—El pelotón está formado ante los caballos, señor.

Maddocks asintió y miró a McQuade.

—¿Cómo dice, señor mío?

—¿Han sido comanches o apaches? ¿Lo sabe usted, señor?

Maddocks se demoró otro instante en mirar fijamente a McQuade.

—Oh, sí, señor mío, *lo sé* —cogió las bridas de su montura de manos del sargento y dio media vuelta—. Pero no podría jurarlo.

Y guió el descenso por la ladera, seguido por el pelotón, evitando la línea del cielo y moviéndose en silencio. El sargento primero Rodermill cerraba la retaguardia,

a la izquierda de McQuade, y ambos caminaron en silencio durante varios minutos. Cuando ya se hallaban en terreno llano y se comunicó a lo largo de la fila la orden de montar, Rodermill escupió en un gesto preliminar a aclararse la garganta.

—Señor —dijo—, los apaches nunca arrancan el cuero cabelludo... y todo el segundo pelotón conservaba la cabellera.

—¡Eso sí que podría jurarlo usted! —exclamó McQuade.

—Y si dejaron un rastro de caballos y volvieron a pie para tender una emboscada al primer pelotón, *tenían* que ser apaches. Ningún otro bastardo haría eso. Los apaches pueden recorrer ciento veinte kilómetros diarios de terreno accidentado... a pie, señor.

—¿Podría jurarlo?

—Cuando el capitán está seguro de que va a suceder algo, suele hacer algo de comedia para provocar sonrisas. Ya vio usted a Hanna, señor. ¿Y lo del reloj? Eso fue para los hombres.

Había cierta vehemencia en Rodermill, como si estuviera argumentando algo de forma honesta y se esforzara con torpeza para que McQuade coincidiera con él.

—Pero el teniente es nuevo aquí, señor, así que el capitán lo ha montado pensando especialmente en usted.

—El capitán... y el sargento primero.

—Yo no, señor —Rodermill negó con la cabeza, enfáticamente—. Tenía mis órdenes. Antes de comenzar con usted me guiñó el ojo, señor.

Montaron y se unieron a los demás según la orden pasada.

—Muy bien, Rodermill —murmuró McQuade—. ¿A que me oye reír a carcajadas?

—Sí, señor. Pero no podría jurarlo.

Se dirigieron a caballo hacia el norte, hasta que las manecillas del reloj de McQuade marcaron las tres en punto a la luz de las estrellas. Se movieron lentamente, con Denton y Amtag a sólo cincuenta metros por delante de ellos. Maddocks en persona conducía a su pequeño destacamento por la derecha y por la izquierda, evitando las rocas donde las herraduras podían arrancar chispas, esquivando cactus que podían provocar relinchos y maldiciones por pinchazos. Había arte en aquello y era magnífico. El viejo tenía un sentido sobrenatural del terreno y, cada vez que se desviaba de la línea recta hacia Mesa Roja, lo hacía aprovechando lo desigual del terreno para que sus figuras no se siluetaran contra el cielo, ni siquiera vistas desde lejos. Se ocultaba de noche con la misma meticulosidad que a plena luz del día. Llevaba tantos años en el oficio que su mente civilizada había retrocedido hasta el instinto salvaje, pero sin que dejase de acompañarle el raciocinio y un desprecio por las supersticiones y todo proceso mental *post hoc*. Para Stephen Maddocks nada sucedía *después* de un hecho, sino a consecuencia de ese hecho, a no

ser que se demostrase más allá de toda duda razonable que había sido así.

A lo largo de la fila circuló la orden de que el teniente se trasladara a la vanguardia. Cuando llegó allí, el capitán ya se había detenido y desmontado.

—Creo que son las tres y cuarto, señor mío. Compruébelo.

McQuade desmontó y sacó el reloj. Las manecillas marcaban casi el cuarto.

—Ahora regresaremos a Fuerte Canby —dijo Maddocks.

McQuade se tensó de furia.

—¿Y darle deliberadamente la espalda a la partida del norte?

—¡Diga «señor», señor mío!

—¡Señor!

—Bueno, señor, me sería muy fácil quitarle ahora el arma por ese comentario y conducirlo arrestado de vuelta al Fuerte.

McQuade guardó un silencio que bullía de rabia.

—Tome nota mental de esta orden, señor mío. A las tres y cuarto de la madrugada del día diecisiete le dije que mi orden era que este pelotón regresara a Fuerte Canby.

—Sí, señor.

—Y ahora tomará usted una escuadra y se adelantará a nosotros. Se llevará usted la escuadra de O'Shaugnessy y lo hará acompañado del sargento Rodermill. Mire hacia dónde le señalo —dijo, volviéndose lentamente para apuntar hacia Mesa Roja—. Esa es su ruta. Hacia el norte a la Mesa antes de girar al este. Al pie de la Mesa hay un barranco. Podrá usted llegar a su borde en cuarenta minutos, porque no me importa el ruido que pueda hacer. *Haga* ruido. Y cuando se halle en posición, encienda una hoguera para preparar el desayuno. Que los hombres hablen, den la murga, fumen y ríen. Si lo calculan bien, y *lo harán*, encenderán su fogata al mismo tiempo que las de Erschick y Hanna. Cuando se enciendan esas fogatas, todos en varios kilómetros a la redonda sabrán que hemos vuelto a donde enterramos a Gallatin y que estamos desayunando. Esto es, que todos estamos allí, menos usted y su escuadra. ¿Tiene alguna pregunta?

—No, señor.

—Puede que para el amanecer sea usted un buen oficial, señor mío. Le atacarán desde la Mesa. Es usted el cebo de mi anzuelo. Revuélvase con todas sus fuerzas —se echó hacia delante y agarró a McQuade del brazo, zarandeándolo ligeramente—. Revuélvase... pero siga con vida, hijo.

McQuade no podía creer que hubiera oído la última palabra. Los ojos empezaron a escocerle en las comisuras, y le fue imposible hablar.

—En marcha —dijo Maddocks.

McQuade no necesitaba pensar en nada más, porque hay hombres en cuya mente cae un telón que no deja pasar nada que haya sucedido antes. Los poseedores de ese don son afortunados, porque no conviene mezclar las razones para una lucha con el

hecho de dirigirse a esa lucha inminente, o se volvería loco intentando reconciliar ambas cosas. McQuade poseía ese don, lo llevaba en la sangre por herencia, y cabalgó sumido en una creciente excitación. Le pareció como si se le hubieran agudizado súbitamente los sentidos, pues, aunque faltaba mucho para el alba, se descubrió viendo mejor, y controlando el camino tal y como lo había hecho Maddocks. Pero una vez en la llanura que descendía suavemente delante de él, puso a los hombres al medio galope, por el temor secundario a que alguna madriguera pudiera causar una caída y un brazo roto antes de llegar, o derribase a alguna montura que al rodar ocasionase alguna pelvis rota.

Al acercarse al llano situado al pie de Mesa Roja, pareció como si hubieran cabalgado dentro de su sombra, pero era que la Mesa ocultaba a sus rostros los primeros resplandores del amanecer. Allí abajo gravitaba un profundo silencio. McQuade hizo que su destacamento desmontase en ese silencio y avanzara a pie hasta su destino final. Las carabinas salieron de los estuches y el blanco de los ojos de los hombres evidenciaba cautela. Así recorrieron lentamente al borde del barranco, hasta una loma cubierta de vegetación que se alzaba ante ellos. Allí McQuade se detuvo y miró el reloj, encendiendo esta vez un fósforo para ver bien la hora. Al encenderlo, la oscuridad se intensificó en torno a su amarillenta llama y alguien murmuró:

—Las hogueras.

Todos se volvieron para mirar hacia atrás. En la lejanía de la noche, donde habían acampado, Hanna y Erschick habían cumplido con su trabajo. Se veían ocho hogueras en la distancia.

—Muy bien, encendamos la nuestra —dijo McQuade—. Pero antes les diré algo. Hemos venido para *estar* aquí, y para *parecer* que estamos aquí, sin intentar ocultarlo. Hablen, hagan ruido.

—Somos patos de feria —dijo alguien.

—¿Qué pasa, teniente?

—Que van a acabar con nosotros, eso es lo que pasa —contestó O'Shaugnessy—. Para eso nos pagan.

—Ahora hablo yo —les cortó McQuade—. Quiero el perímetro cerca de esta loma, y quiero que el perímetro se defienda. Quiero que nadie dispare hasta que tenga un blanco claro. En principio, esperen a mi orden.

—Venga... concédanos un poco más, señor.

—No hay nada más —replicó McQuade—. He aceptado esta misión confiando en mi superior, confíen ustedes en mí. ¿No es eso lo que dijo usted ayer, Rodermill? Encienda la hoguera, O'Shaugnessy. Nadie se ocupará de los caballos. Déjenlos sueltos por el barranco. No irán muy lejos con las sillas de montar y los arneses. Y ahora, *muévanse*. Hablen, hagan ruido. ¡Que los vecinos se enteren de que estamos

aquí!

Hicieron que las llamas se elevaran altas usando matas secas y, en cierto modo, la sensación de peligro se fue con la noche. Trazaron un perímetro sólo interrumpido por el borde del barranco, cavaron agujeros para apoyar codos y caderas en el suelo. La inseguridad hizo que el tiempo pasara deprisa, pero para cuando McQuade se dio por satisfecho se sorprendió al ver que sólo habían pasado nueve breves minutos.

Los indios atacaron en el minuto diez.

Un aullido tan cercano que los dejó paralizados se oyó sin previo aviso. La primera embestida llegó con su eco. De pie, saliendo de la nada, invisibles entre las sombras, los indios corrieron hacia las puñaladas amarillas de las carabinas que brotaban de dos flancos del pequeño perímetro. Pegados al suelo, avanzando con silenciosa rapidez, lanzándose de cabeza al ataque, durante un frenético momento convirtieron la posición en una escaramuza de cuchillos, culatazos, gritos y maldiciones. Entonces se fueron con la misma rapidez con la que llegaron, dejando a dos muertos de los suyos. El brazo izquierdo del cabo O'Shaugnessy tenía un corte que le llegaba al hueso y Dortmund había muerto.

—¡Contengan el fuego! *Calma*. Esto es para el informe —masculló Rodermill entre dientes.

McQuade sintió que una alegría embriagadora le inundaba el cerebro.

—¡Fuego a discreción! —dijo—. ¡Disparen cuando los vean! *¡Ahí vienen otra vez!*

Esta vez atacaron por el otro lado, saliendo de ninguna parte letales como lanzas. Había en ellos un fanatismo que negaba la muerte, o un odio que iba más allá de toda negación. Parecían animados por un instintivo desprecio sediento de sangre. Podía olerse en su sudor y su sangre, a través de la peste vercosa de tu propio miedo.

Esta vez inundaron el perímetro como la séptima ola del mar, llenándolo todo y arrastrándolo a su paso. McQuade corrió doce metros loma arriba acompañado de Rodermill y dos hombres más, sin dejar de disparar hacia abajo. Tres hombres más lograron salir de la escaramuza para reunirse con él y formar otro perímetro.

Jadeando, se agruparon a esperar, y entonces, sin aviso previo, la oscuridad desapareció de la noche como un velo arrastrado por el viento y pudieron ver el terreno que les rodeaba. El cortante contorno de las rocas, las paredes erosionadas de la propia Mesa, el mezquite que crecía en los recovecos y un solitario cactus saguaro que se alzaba ante ellos con manchas pardas por la podredumbre de los años. También pudieron ver la tercera oleada congregándose unos diez metros más allá del cuerpo de Dortmund. Los indios se lanzaron contra los disparos de sus carabinas, en el mismo momento en que Maddocks y el segundo pelotón llegaban a todo galope, atacando su retaguardia y haciéndolos pedazos. Los cascos de los caballos atronaron al pasar junto a la posición de McQuade, rompiendo la formación en grupos de a dos,

retrocediendo y cruzándose unos con otros, cada uno en persecuciones individuales. Las culatas de las carabinas aplastaron cabezas y las pistolas dispararon a bocajarro.

Todo el aburrimiento de meses pasados, todas las esperanzas rotas en la vida, toda la frustración del salvaje eterno se liberaron allí. Era una matanza orgiástica, casi un ballet de un ritmo fantasmal e indescriptible, en el que se mezclaban el relincho de las monturas y los roncós gritos de los hombres. Cualquiera espíritu de formación desapareció al romperse filas y lo único que quedaba era la ferocidad del hombre en sí. Entonces la oleada se disolvió y desapareció tan repentinamente como había comenzado. Sólo quedó el impacto de su sorpresa y el silencio que le acompaña.

Stephen Maddocks regresó lentamente en su caballo, manteniéndose cerca de la erosionada base de la Mesa, contando los cadáveres de los indios, pareciendo un contable atento a anotar un cargamento en sus libros. Tenía la manga izquierda de la guerrera desgarrada desde el puño al codo, y había sangre en el dorso de su mano. Sólo cuando se acercó a McQuade y Rodermill y desmontó fue evidente el dolor en sus ojos. Al desmontar, lanzó con indiferencia las riendas a uno de los hombres. Sin hablar con nadie, se quitó la guerrera y luego la camisa, desnudándose hasta la cintura. Entonces, con una toalla y un jabón sacados de las alforjas de su silla de montar, se dirigió despacio al manantial que corría en las proximidades del borde del barranco y empezó a lavarse. Se limpió la sangre del largo arañazo del brazo, examinó un momento el corte con curiosidad y empezó a frotárselo con jabón cáustico para cauterizarlo. Mientras dejaba que la capa de jabón se secara, llamó a Rodermill.

—Quiero que se llame a filas y que O'Shaugnessy vaya a recuperar las monturas del barranco. No vamos a pasarnos aquí todo el día.

Dortmunder había muerto, y Baker había muerto. Cleves, Hortshorn y Trenwith iban camino de ello. Estaban apartados de los demás y entre ellos, con uno o dos hombres arrodillados a su lado, esperando. McQuade se acercó para mirar uno a uno esos rostros cenicientos, los tres aceptando su fin. Sólo Trenwith luchó obstinadamente hasta el final, aunque ya sólo podía hacerlo con los ojos. Y murió el primero, con una expresión poco cristiana de sorpresa en el rostro, como si se le echara en cara todo aquello en lo que había creído y por lo que había vivido y se hubiera revelado falso.

Sólo Hirsch estaba lo bastante malherido como para no poder montar a caballo. Crossfield, Parks, Swenson y Oberhauser estaban heridos. Rodermill había sido alcanzado dos veces: en la parte superior del brazo izquierdo y en las costillas inferiores del costado derecho. Los heridos se apartaron de los demás como si tuvieran una hosca necesidad de intimidad, se desnudaron y atendieron sus propias lesiones, como animales que se arrastran a la madriguera para lamerse las heridas. La impresión recibida en la batalla era intensa. Ahora reinaba la necesidad de

tranquilidad, la necesidad de ponerse a trabajar en algo para poder seguir con tu vida y recuperar tu situación anterior. Sin necesidad de que se les ordenara hacerlo, los hombres montaron en los caballos para recuperar los que estaban en el barranco. Los desensillaron y se ocuparon de los sudorosos animales, acariciándolos hasta calmar su excitación. Después, encendieron pequeñas hogueras para desayunar algo caliente. Hanna y Erschick llegaron al poco.

—Eh, amigos, ¿no nos habéis dejado nada de guerra a los que llegamos con retraso? —preguntó Erschick, mirando escéptico el lugar y escupiendo.

—Hanna, ¿qué habéis hecho? ¿Cabalgar a paso de tortuga para poder llegar cuando sabíais que ya había pasado todo?

—Sí —contestó Hanna—. Justo eso. Yo no me doy prisa por nada si no tengo por qué —desmontó, examinó uno de los cadáveres que estaba boca arriba—. Apaches. ¿Habéis subido arriba? —dijo, moviendo la cabeza hacia lo alto de la Mesa.

—¿Para qué?

—Yo te diré para qué —contestó Hanna—. Viajan con mujeres. Del mismo modo que se quitan la camisa antes de entrar en combate, a las mujeres les atan las piernas alrededor de un árbol hasta que vuelven. Por la pinta que tiene esto, no creo que vayan a volver, así que podemos subir y desatar a sus mujeres y alegrarnos un poco con ellas.

Nadie contestó. Hanna permaneció inmóvil un momento, y luego le dio una terrible patada a la cabeza del apache muerto, pasó por encima del cadáver y fue a servirse café.

—Parece que no —gruñó. Llenó dos tazas y llevó una al capitán y otra a McQuade—. ¿No tiene usted ninguna herida, señor?

—No.

—Consérvese así, teniente. Me da usted suerte.

—Dele una patada a otra cabeza y no podrá seguir diciendo eso.

—Estas cosas son así —replicó Hanna, encogiéndose de hombros—. Uno se pone así cuando lucha. Luego vuelve a ser como era antes. Ya se acostumbrará, señor. Usted y yo nos llevaremos bien. Sin ánimo de ofender.

McQuade ya había ingerido la mitad del ardiente café cuando le llamó el capitán. La capa de jabón del brazo del viejo estaba seca y rígida. Apretó el puño y flexionó el brazo varias veces, quebrando así el jabón, obligando a la sangre a brotar y luego volvió a ponerse otra capa de jabón.

—Ha hecho usted un buen trabajo, señor mío. Llegará a ser un buen oficial. Pone empeño en su trabajo. Quiero su informe por escrito, desde lo sucedido en el momento que le ordené a las tres en punto regresar a Canby hasta el instante en que llegué para participar en la lucha.

Por un momento, McQuade se limitó a mirar fijamente a Maddocks. Luego

reprimió una carcajada y mantuvo cerrados los labios, para que no se le escapase.

—¿Hay algo que le parezca gracioso?

—Desde luego que sí, señor. Encuentro que las órdenes vigentes del Departamento son lo más gracioso que he leído en mi vida —negó con la cabeza—. La escuela se ha acabado, señor. En mi informe no habrá ninguna mención a su ataque, si es eso lo que intenta decirme.

—No intento decirle nada, señor mío —Maddocks volvió la cara despacio para mirarle de frente—. Pero dígame una cosa. ¿Qué ataque?

—¿Qué quiere decir con eso, señor? —los labios de McQuade se separaron formando una sonrisa tensa y dolorida.

—No se equivoque, señor mío —dijo Maddocks severamente—. No ha habido ataque alguno. A las tres de la madrugada, le di órdenes para que la media compañía que quedaba regresara de inmediato a Fuerte Canby. Y le destacué a usted con una escuadra —se encogió de hombros—. Eran ustedes mi avanzadilla, por así decirlo. Mientras desayunaban, fueron atacados por indios hostiles. Usted se *defendió* —volvió a flexionar el brazo—. Cuando yo llegué con el contingente principal, me limité a apoyar su defensa. ¿Se da cuenta ahora de la situación, señor mío?

—¡Perfectamente, señor!

—Bien, porque no tengo tiempo para comités de investigación del Departamento, señor mío. No con el poco personal que me dejan tener. No si tengo que ocuparme también de vigilar este distrito. Así que uno debe aprender a buscar el modo de evitar que sientan la necesidad de presentarse aquí —miró hacia la vasta y desierta lejanía—. Así es como uno consigue que las cosas funcionen sin problemas.

Esta vez, al flexionar el brazo, pareció quedar satisfecho con él, porque se puso la camisa y dejó que el tejido de la manga se posara en la espesa capa de jabón, presionando luego para que se pegara.

—De este modo no se forma costra, señor mío, y cuando te quitas la camisa sólo se queda pegado el jabón.

—¿Cuánto tiempo hace que los comanches se han aliado con los apaches, señor?

—Nunca, por lo que sé y he oído.

—¿Nunca hasta ahora?

—No —Maddocks negó con la cabeza—. Ni siquiera ahora. No ha habido un comanche en este distrito desde que la escaramuza de Porter lo empezó todo. Es el truco más viejo que tienen los apaches. Hacer que parezca que han sido otros.

—¿Y usted lo supo desde el principio?

—En este trabajo nadie sabe nada desde el principio, señor mío. No si quiere seguir vivo o llegar al final. No tiene ningún misterio, ni se necesitan adivinas con bolas mágicas para contártelo. Sólo tenemos nuestro cerebro de hombre blanco, aunque en algunos cráneos de blanco no sea más que nueve kilos y medio de

estupidez. Digamos que dudé un poco del informe de Porter, pese a la carne de caballo. El campamento que encontró resultaba demasiado evidente. El rastro que siguió demasiado fácil. Y, por lo general, los comanches no violan a las mujeres. Lo sucedido en el rancho de Detweiler era para mí un gran interrogante.

—Eso situaba la amenaza en Caisson Wash.

Maddocks asintió.

—Estudiemos cuidadosamente todos los puntos que le tienen confuso, señor mío, porque es posible que usted sí tenga cerebro. ¿Quién sabe? Las señales de humo se vieron a treinta y dos kilómetros al oeste de Caisson Wash más o menos cuando calculamos que llegarían allí los indios que atacaron a Porter. Ahora bien, si uno tiene metido en la cabeza que es obra de comanches, ese humo lo confirmaría. Este distrito es sobre todo territorio apache. Por tanto, si una partida de comanches llegase a Caisson Wash, los apaches, al descubrirlos, habrían enviado ese mensaje de «Extraños en el territorio. Id con cuidado mientras les echáis un vistazo». O como quiera traducirlo. Más o menos es lo único que dicen los apaches con sus señales de humo. Pero uno pasa algo por alto si acepta el hecho de que los apaches tienen que avisarse de la presencia de comanches. Hay veintiocho partidas de apaches recorriendo el sudoeste, y cada una de ellas es enemiga de la otra en mayor proporción de lo que son amigas. De modo que debía admitir la posibilidad de que fueran apaches avisando contra *otros* apaches. Por eso cometí la tontería de intentar coger un prisionero, o hacerme con su cadáver, la noche que mataron al centinela. Quería estar completamente seguro de *quién* jugaba con nosotros para que enviásemos una expedición de castigo a Texas en persecución de los comanches —al haberse secado ya la manga, se puso la guerrera con sumo cuidado—. Eran apaches, señor mío, todo el tiempo, jugando con nosotros. Ahora fíjese atentamente en los cadáveres para que la próxima vez sepa a qué atenerse. Son apaches netdahe. Forajidos. Proceden de la alta sierra de México y suelen ir acompañados por unos pocos navajos, algún mexicano sanguinario, y se sabe que en alguna ocasión se ha visto uno o dos blancos renegados con ellos. No puedo creerme que hayan subido hasta aquí sólo para atacar Fuerte Canby. Lo que ha debido suceder es que emprendieron marcha al norte, movidos por alguna meta vaga, grandiosa y continuamente modificada por sus jefes. Durante su marcha derramaron algo de sangre aquí y consiguieron un botín allí en una serie de incursiones afortunadas que les hizo henchirse de orgullo. Cuando quisieron darse cuenta, se encontraban en nuestro distrito y continuaron adelante. Así que o usaban la astucia o se volvían para casa. Tenían que buscarse una tapadera. Se hicieron los listos a costa del teniente Porter y se hicieron pasar por comanches. Y no lo hicieron nada mal, señor mío. Así que quédese de recuerdo la carraca que encontró.

—No se detenga, señor. Acabe ya.

—Ya he acabado —Maddocks miró hacia donde los hombres cavaban las cinco tumbas—. Han muerto un oficial y veinticuatro hombres del primer pelotón, y el segundo pelotón ha quedado reducido a sólo diecisiete hombres en servicio activo.

—Pero hemos acabado con la amenaza.

—Sí, señor —asintió Maddocks—. Eso creo. Pero los netdahes hicieron un buen trabajo mientras dominaban la situación. Atraieron a algunas de las bandas del distrito y engrosaron sus filas con ellas, pero, como pasa con todas las coaliciones, el éxito la disolvió. Creo que el primer rastro al sur que vieron ayer Rodermill y usted lo dejaron apaches bedonkohe que volvían a casa. El segundo rastro, el del arroyo seco, debieron dejarlo apaches chihenne que se fueron con buena parte del botín obtenido en la masacre. Ya ve, señor mío, que no hacía falta ser muy listo para seguir cualquiera de esos rastros y dejar que la partida principal campara a sus anchas.

—¿Cómo supo que los encontraríamos aquí?

—Los apaches acampan en terreno elevado, porque sólo temen al hombre. Cuando acamparon en South Branch para Porter o cuando lo hicieron en Snake Bend, fue para engañarnos, pero aún estaban unidos y podían permitirse mantener la cortina de humo de que eran comanches. Imagino que después de la masacre discutirían, porque siempre lo hacen. Por eso abandonaron a los netdahes las dos partidas más pequeñas. Probablemente se separarían enfadados. Debieron dejar a los netdahes en una posición muy vulnerable, así que volvieron a ser apaches. Mesa Roja es el terreno más elevado de estos alrededores. Fue ahí donde le engañé, señor mío, porque ni por un momento dejé de observar Mesa Roja. Por fin lo vi: un penacho de humo que brotó de una de sus hogueras antes de que pudiesen impedirlo. Sí, señor —y una sonrisa sincera ensombreció los labios del viejo—. Se ha portado usted muy bien, señor mío. Puede que acabe siendo un buen oficial.

McQuade se mordió un momento el labio inferior, antes de mirar fijamente al viejo.

—Señor —dijo—, deseo ofrecerle mis más sinceras disculpas por mi petición de traslado, y por cualquier actitud negativa con la que haya podido ofenderle.

Maddocks se quedó mirándose los pies durante tanto tiempo que McQuade pensó que no obtendría respuesta. Pero el viejo le miró directamente a los ojos.

—No se disculpe nunca, señor mío, salvo por los malos modales. En todo lo demás, es signo de debilidad —se alejó unos pasos y se volvió otra vez, como si hubiera tomado alguna decisión que debía expresar en voz alta—. Había un oficial con muchos años de servicio en un puesto del oeste que se disculpó una vez y que desde entonces se ha sentido siempre algo avergonzado por ello. Morirá, o se retirará, siendo un capitán con cuarenta y cinco años de servicio. El hombre que decidió perjudicar su carrera podría haber mostrado algo más de humanidad con él, algo más de comprensión cristiana. Pero no fue así, señor mío. Fue implacable. Pero yo haré de

usted un buen soldado, señor mío, aunque los dos muramos en el intento.

Se alejó de McQuade dos pasos más, pero se volvió por segunda vez.

—Y, señor mío, presente mis respetos oficiales al general McQuade la próxima vez que escriba a su padre.

A mediodía salieron hacia Canby, llevando a Hirsch instalado en una litera arrastrada por un caballo, alcanzando el terreno elevado sobre Snake Bend, para pasar allí la noche.

En el camino de vuelta reinaba cierto distanciamiento en todos, pues vivían la realidad posterior al combate. Hablaban muy poco. Cuando el fuego de las hogueras ardía con fuerza, los hombres se apartaron de ellas, envueltos en las sombras de sus propios pensamientos. McQuade creía ver en todo aquello la misma solemnidad que se advierte en una catedral, cuando ha terminado la misa y ya se ha desvanecido el eco de los cantos, cediendo paso al silencio que resuena en la muerta arquitectura. En la gran bóveda estrellada del cielo nocturno, la aceptación de la inevitabilidad de la muerte. Y ahora, por primera vez en sus veintisiete años, McQuade estaba en paz consigo mismo. Habían desaparecido todas las ilusiones, todas las ataduras y conceptos. Sus esperanzas carecían ahora de brillante pátina, de falsos arabescos intrínsecos a la juventud, de sólidos edificios en los que disimular que se engañaba a sí mismo. Pues siempre había deseado aquella clase de vida, y ahora que por fin la tenía sólo sentía una gratitud plena en su interior.

Permanecía tumbado de espaldas sobre la manta extendida, con los ojos velados por la magnificencia de las estrellas. Aquello podía hacer que un hombre se sintiese pequeño e insignificante. No podía recordar claramente cómo había sido él antes del combate, porque tras un combate suele tener lugar algo semejante a un extraño renacimiento de la consciencia, como si se adquiriera una identidad nueva que resulta extraña para uno mismo. Ya no podía recordar la insistencia, la compulsión que había sentido por Tracey, sólo su furiosa confusión mental cuando volvió a verla el día que se presentó en Canby.

Ahora sabía que ya hacía meses que aquello había acabado por completo, en el momento en que escribía aquellas frenéticas cartas en Nueva Orleans y sufría las torturas del infierno esperando las respuestas que nunca habrían de llegar. Ahora sabía que entre un hombre y una mujer no podía haber un amor sagrado, sólo su pretensión para negar así la blasfemia definitiva. Lo veía ahora con tanta claridad que le resultaba asombroso que no se hubiera dado cuenta mucho antes. Probablemente la explicación fuera que se había engañado deliberadamente a sí mismo, porque el autoengaño es prerrogativa de la juventud. Una mujer no es un ser desvalido, como se ha dispuesto que crean los jóvenes. Una mujer es un hermoso depredador que actúa con el propósito deliberado de ganar y que, cuando no puede conseguirlo usando sus

abrumadoras artes femeninas con las que busca seducir al hombre y dejarlo indefenso ante la ceñida capa de su atractivo, renuncia a las reglas, en caso de haberlas, y destroza al hombre con sus propias recriminaciones por haberla tratado de manera tan abominable.

Lo único que siempre deseó Tracey de mí era el petimetre bailarín que era yo en Nueva York, los buenos momentos de alegría y diversión que yo le proporcionaba. El hecho de que yo llevase uniforme sólo era un delicioso añadido. Ni en mil años podría comprender ella que el uniforme no es un atuendo elegante, que a la hora de la verdad está sucio y apesta a sudor y está roto y que un soldado muerto parece rebajado cuando hay que enterrarlo desprovisto de él. Tracey nunca habría podido integrarse en nada que estuviera lejos de la resplandeciente pecera que es Nueva York. Jamás se habría sentido a gusto con una existencia que no pudiese dominar. Nadie, salvo ella misma, sabrá nunca el verdadero motivo por el que aceptó casarse con Gallatin. Nos habíamos hecho tanto daño, tan rápidamente, que no dudo que su principal razón habrá sido la de vengarse de mí. Sabía que al entrar en el ejército mediante el matrimonio, algún día, en alguna parte, acabaría cruzándose conmigo y podría infligirme el *coup de grace*. «No, me temo que no conozco al señor McQuade, y no tengo el menor deseo de conocerlo».

McQuade se volvió de espaldas a las estrellas y se mantuvo tumbado de bruces. Pero, al igual que el pobre Gallatin no había tenido parte alguna en aquello, tampoco la había tenido él, pues para ese tipo de asuntos no hay fatuo concepto del honor que valga, y se dio cuenta de la inteligencia demostrada por su padre al ordenar que abandonara Nueva York. En adelante nunca importarían los motivos que tuvo años atrás su padre para arruinar la carrera de Maddocks. No tiene por qué gustarte el hombre que juega a ser Dios, pero es una realidad cruel y blasfema que algunos hacen extremadamente bien. McQuade había admirado a su padre de forma impersonal durante muchos años, mientras crecía, pero, de una extraña manera, su creciente respeto había hecho morir el afecto que le profesó en la infancia. Allí tumbado, en Snake Bend, se dio cuenta de que era muy posible que no volviera a ver jamás a su padre, y no había lamentación en ese hecho. Lo único que sabía era que ahora y por siempre sería un hombre de Maddocks, que su suerte estaba echada en ese lugar y que se quedaría allí. Y si en ello había algún sentimiento de venganza hacia alguno de los dos, que sobre su padre recayera el peso de las extrañas fuerzas de la vida que él mismo había provocado.

En cuanto a Tracey, ahora tenía tanto peso real en su vida como el pobre Gallatin. De algún modo sentía que ella lo había advertido mucho antes que él y que, al saberlo, se había visto de pronto en una posición que le resultaba intolerable. Hiciera lo que hiciese con su vida, la viviera donde la viviera, la esencia de Tracey era dominante. Lo sacrificaría todo a esta necesidad: la amistad, la esperanza en el futuro,

su propio orgullo. Puede que hasta su misma vida.

Entonces se durmió, de forma relajada y profunda, y despertó con el toque de diana completamente libre de cargas, sin las ataduras del pasado, sin deudas pendientes. Hizo una inspección exhaustiva de las monturas; lomos, cascos y colas. Hizo que esa media compañía estuviera lista para moverse inmediatamente después del desayuno. Cabalgaron hacia el noroeste, hasta la propiedad de Daugherty, registrándola una vez allí.

Una hora después de salir a mediodía, encontraron al mensajero de Gallatin, el soldado enviado desde Snake Bend que debía haber llegado a Fuerte Canby con la noticia de que los indios habían levantado campamento y se disponía a seguirlos. El encontrarlo hacía que la última acción de Gallatin estuviera más clara y cerraba elegantemente su carrera. Había cumplido las órdenes recibidas y cerrado su historial.

El hombre debía haber sido Shaw, puesto que su cuerpo no apareció entre los encontrados en el lugar de la masacre. Pero ninguno habría podido asegurar a quién pertenecía el que encontraron, porque los netdahes le habían hecho la lengua de miel. Lo habían enterrado, sin duda con vida, de pie, sobresaliendo sólo la cabeza del suelo. Después le habían untado con miel el pelo, la boca y la lengua, tendiendo luego un rastro de esa miel hasta un metro de su boca y trazado un círculo a su alrededor. Las hormigas blancas se encargaron de lo demás. Tenía el cráneo y la cara desprovistos de carne.

Maddocks no intentó retirar el cuerpo. Hizo que echaran tierra sobre él tal como se encontraba y leyó el servicio fúnebre. Pero antes llamó a los reclutas más bisoños para que contemplasen bien aquello. Hasta McQuade estaba obligado a verlo, no para horrorizarse, sino como advertencia profesional contra el menor descuido en territorio hostil cuando se está de servicio.

—En lo sucesivo, si alguno de ustedes es enviado como mensajero, recordará a este hombre y obrará con suma cautela. El rasgo más característico de los salvajes es una obscena crueldad. Ningún hombre blanco puede soportar el dolor sin desfallecer. Y ellos lo saben. Por tanto, la única defensa que les quedará a ustedes será que su instinto desarrolle el don de evitarlos.

Maddocks no apresuró la marcha de regreso. Avanzó lentamente para que los hombres se rehicieran de la fuerte impresión que les había producido aquel cuadro. Estableció el campamento a diecinueve kilómetros del Fuerte y envió un mensajero. Ya era casi mediodía cuando entraron en el puesto por la puerta oeste.

—¡Atención, firmes!

El viejo hizo que entraran con toda la dignidad posible; espalda recta, cabeza erguida y el estandarte ondeando al viento. Cuando se volvió ante ellos y dio el alto ante los establos, cabalgó despacio fila abajo, mirándolos atentamente, con compasión y humanidad, siendo evidente en sus ojos que sentía un profundo dolor

por todos los que no se encontraban allí.

McQuade sólo era consciente de las personas del puesto, paradas entre los destartalados edificios, como temiendo acercarse. Las mujeres de Sudsville, una o dos todavía con delantales, iban con la cabeza descubierta, y tenían cerca a sus hijos con los ojos muy abiertos. ¿Qué importancia tenía si eran esposas de soldados o viudas de soldados? Vinieran de una en una o en grupos de a dos o de a tres, todas se veían retenidas por la disciplina de sus hombres de no acercarse, aunque no dejaban de sentirse impelidas a estar presentes cuando regresaban, a recorrer con la mirada las filas ausentes, a buscar los rostros que nunca volverían a ver. Ver marchar a los regimientos y esperar un triste regreso era el eterno sino de las mujeres. Ningún hombre sabría jamás con qué lealtad y qué amor lo hacían, con qué temores y qué premoniciones, pues era condición de aquellas mujeres nacer con el corazón fuerte para mostrar valor en lo cotidiano, siendo el valor en los momentos de crisis el que no ven los hombres una vez traspasan el umbral de su casa y anulan la necesidad de defender el hogar y los hijos.

—Estoy orgulloso de esta compañía, y siempre lo he estado —dijo Maddocks quedamente, y uno casi podía romper a llorar ante eso, pues sólo quedaban tres escuadras, pero, por Dios, que seguirían siendo la misma compañía mientras ese estandarte dijera que lo eran, y no permitirían que nadie dijera lo contrario—. Haga que rompan filas, Rodermill.

El sargento puso al galope su caballo, tiró de las riendas junto a su capitán, saludó y gritó.

—¡Soldados de la compañía C, dees-monten! Aflojen cinchas y entren en los establos. ¡Room-pan filas!

Maddocks se apeó y entregó las riendas al corneta. McQuade le siguió. Pasaron entre los edificios de la herrería y de intendencia, salieron por el lado de comandancia del patio de armas, y Maddocks se detuvo.

—Acaba de llegar la diligencia, señor mío. No —negó con la cabeza—. Ya estaba aquí y se dispone a salir hacia el este.

El teniente Porter los recibió ante comandancia, como oficial de guardia, haciendo las veces de comandante del puesto y lo que hiciera falta.

—Sí, señor.

—Porter —dijo Maddocks—, haga que el destacamento de sustitutos continúe de guardia otras veinticuatro horas. Quiero que durante ese periodo se libere del servicio a la compañía C.

—Sí, señor. He hecho el listado de bajas ordenándolo por rangos para solicitar su reemplazo al mando. Me la proporcionó el mensajero. ¿Desea usted confirmarla para adjuntarla a su informe, señor? La diligencia de Butterfield —señaló con la cabeza hacia la garita de la guardia— reanudará la marcha en media hora. Pueden telegrafiar

la petición desde Templeton —desvió casi imperceptiblemente la mirada hacia McQuade, volviendo luego a fijarla en el capitán Maddocks—. La señorita Hamilton vuelve al este en la diligencia —debió pensar que sus palabras habían sido deliberadamente intencionadas y lo disimuló al punto como si fueran parte de su informe oficial—. También la pequeña Laurie Detweiler, señor.

El informe que escribió Maddocks fue una obra maestra de creación militar, y sólo le llevó quince minutos. Contenía siete frases de exquisita simplicidad, en las que no sobraba una sola palabra, todas escritas de su puño y letra. La situación del enemigo. La demostración de fuerza de Gallatin. La actuación personal de Maddocks tras ello. Sus conclusiones *post hoc* examinar el lugar de la masacre. Su orden a McQuade de que volviera a Fuerte Canby. La batalla que libró McQuade en la vanguardia. Su propia intervención, con el total de bajas.

A ello adjuntó la petición de reemplazos y firmó: «Stephen L. Maddocks, capitán del Segundo de Caballería, al mando».

—Y ahora, Porter, siga en esa silla unas horas más, si no le importa, mientras McQuade y yo nos bañamos y relajamos.

Entonces, cuando McQuade y el capitán salieron de comandancia, sucedió algo condenadamente extraordinario. La señora Yates se dirigía a la diligencia llevando de la mano a la niña de los Detweiler. La pequeña llevaba un vestido rosa con zapatos y medias a juego, se tocaba con un sombrero sujeto con una cinta elástica a la barbilla, y llevaba una pequeña capa azul sobre los hombros. Se estaba riendo, mirando a la alegre vieja cara de la señora Yates. Maddocks se detuvo y se llevó una mano a la barbilla mientras las miraba.

—Corinne —llamó—, ¿qué tenemos aquí?

La señora Yates se acercó con la niña.

—Laurie, querida. Este señor es el capitán Maddocks. Es el oficial al mando —sonrió a Maddocks—. Hace por nosotros todo cuanto le es posible. Nos mantiene sanos y salvos en Fuerte Canby, y por eso no volverá a pasarnos nada malo.

La chiquilla miró al viejo durante un momento como cualquier niño contempla una cara extraña. Sólo con curiosidad.

—Debes tenderle la mano, Laurie, y dejar que te desee buen viaje.

De pronto, la niña lo hizo así, de forma impulsiva, no sólo porque se lo hubieran dicho. Más bien como si ella misma deseara hacerlo, porque sonrió al hacerlo. Stephen Maddocks se agachó para coger la manita entre sus dos manos y la miró a la cara durante un prolongado instante.

—Laurie —dijo—, lamento de veras que tengas que dejarnos, porque creo que podríamos haber sido grandes amigos.

—Adiós —dijo la niña.

—Adiós —asintió Maddocks—. Que tengas un buen viaje... Crece para ser una

gran mujer, Laurie. Vuelve a visitarnos si puedes. Estaremos aquí.

En aquel momento, McQuade vio a Tracey al otro lado del patio de armas. Llevaba un vestido y un velo para el viaje, y estaba parada ante los alojamientos de los Scarborough, mientras se despedía del capitán y de su esposa. Luego se volvió y echó a andar hacia la diligencia, sola.

El capitán soltó la mano de la chiquilla y se incorporó. La señora Yates se volvió.

—La señorita Hamilton se lleva a Laurie —explicó—. Viajarán juntas.

—Si no le importa, señor —dijo McQuade, y se alejó, caminando a paso rápido para alcanzar a Tracey.

Ella se detuvo al verlo y le esperó.

—¿De este modo? —preguntó él.

—De este modo —asintió ella.

—Tracey...

—Confíaba en poder irme antes de que regresaras. No hagas que me eche atrás. Ya me cuesta mucho no hacerlo. Cuando el mensajero trajo la noticia sobre Tom y los demás, supe que lo único que podía hacer era tomar esa diligencia.

—No te seguiré, Tracey.

—Lo sé —asintió—. Lo comprendí todo cuando recibí la noticia. Fue como si una campana sonara de pronto en un momento donde sólo debe haber silencio.

—Quisiera que no te culparas demasiado por lo sucedido, porque tras el combate me sucedió algo muy extraño. Me pareció como si nunca hubiese tomado parte en esto. Me sentí liberado de todo, pero no por haberlo intentado de forma consciente, sino porque de pronto me sentí libre.

—Yo no me siento libre —negó levemente con la cabeza—, y no me sentiré así en mucho tiempo. Si es que llego a serlo. Hice algo imperdonable.

—Déjalo, Tracey. No sirve de nada atormentarse.

—Sé que no. Pero así me siento. Si alguna vez lo pasas mal al pensar en nosotros, Curt, recuerda sólo lo que voy a decirte ahora. Si yo fuera hombre, nunca me tendrías por amigo.

Él sonrió ligeramente.

—Siempre me decías eso en Nueva York. ¿En qué libro leiste que la amistad debe ser la base del amor?

—Y yo no sería tu amigo, Curt, porque lo sabes, como yo lo sé ahora. Si yo fuera hombre, Curt, sería un *cobarde*.

La palabra le sorprendió. Intentó apresurarse a decir algo para apagar el sonido de la palabra, pero no se le ocurrió nada.

—Tracey —dijo al fin—, te acompañaré hasta la diligencia.

Echaron a andar, sin que mediara otra palabra. En Canby, nadie de la guarnición se despide de la gente junto a la diligencia. Lo hacen en sus alojamientos. Así que allí

sólo estaban la señora Yates y Curt McQuade. Tracey, tras ayudar a subir a la pequeña de los Detweiler, subió a su vez apoyándose en la mano de McQuade.

Por un horrible momento los recuerdos se agolparon en él, como un frenético batir de alas en el vacío. Con la inmortalidad de la juventud, experimentó el súbito deseo de olvidar todo el pasado y de suplicarle que se quedara. Fue un impulso tan intenso que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para reprimirlo. No con la razón, sino con testaruda fuerza de voluntad. La razón acudió entonces en su ayuda y se dijo que un hombre nunca encuentra la satisfacción si para obtenerla depende demasiado de la vida de otro. Siempre se habría interpuesto el solemne fantasma de Gallatin parado al otro lado del fuego. Con el tiempo acabaría dejándoles en paz, pero no si permanecían juntos.

El guardia subió a la parte trasera y el conductor hizo restallar el látigo. Les quitaron los topes a las ruedas y la diligencia salió por el puesto número uno. Por un instante, la señora Yates y McQuade se quedaron allí observando el polvo que levantaba el vehículo al emprender su largo camino hasta San Luis.

—Echaré de menos a esa chiquilla —dijo ella, sacando el pañuelo y llevandoselo a la nariz. Después miró a McQuade—. Pero no siento lo de la señorita Hamilton tanto como debiera. No sé por qué, pero siento que jamás quiso de verdad a Tom Gallatin.

—No sé qué decirle.

—Ningún hombre lo sabe —afirmó la señora Yates—. No se espera que lo sepan.

—Supongo que no —sonrió él—. Para eso habría que entender a las mujeres y se supone que no las entendemos.

—En todo caso, usted nunca las entenderá —bufó despectivamente—. En todo el tiempo que llevo en el ejército he podido comprobar que los tenientes más atractivos tienden a elegir a las mujeres más imposibles. Tom Gallatin estaba enamorado, pero las muchachas como Tracey Hamilton sólo se quieren a sí mismas.

McQuade se encaminó lentamente a su alojamiento. La soledad comenzaba a extenderse por él como una mancha de líquido. Rugía en silencio desde Dakotah, ascendiendo por el blanquecino desierto del sur, pero ahora le parecía algo que hubiera estado esperando. No la temía ni le horrorizaba, pues había sido parte de su infancia, esa parte que había crecido allí, y, de pronto, supo que la verdadera soledad la había conocido en la alegría de las ciudades. Debía ser un solitario, como lo era Maddocks. Se usaban las palabras sin pensar —la solitaria cumbre del mando—, pero debía ser solitaria, y, en este oficio, el hombre que se encamina hacia ella tiene que convivir con la soledad. El de soldado es un oficio sencillo, un oficio sucio, si se quiere, pero un oficio de hombres, y todas las ciudades y todas las naciones del mundo le deben sus orígenes. Se habrían desmoronado por completo si no contaran con él para sostenerlas en sus momentos de crisis.

La puerta de los alojamientos de Stephen Maddocks estaba abierta de par en par cuando pasó ante ella, y pudo ver al viejo al fondo, desnudo, bañándose en una tina de madera del cobertizo. Llegó a su propio alojamiento, se desnudó y se lavó meticulosamente la suciedad del cuerpo. Se secó, se puso la camisa y los pantalones de patrullar y se dirigió a la vivienda del capitán. Llamó en el marco de la puerta abierta y entró al ser invitado a hacerlo. Maddocks se volvió hacia él y lo miró, estudiándolo brevemente con sus viejos y cansados ojos.

—No aparece en las ordenanzas, señor mío, pero es parte de la lección que se aprende aquí.

—¿El qué?

Maddocks negó levemente con la cabeza.

—Que los solteros son los mejores soldados. Lo único que pueden perder es la soledad.

—¿No se ha casado nunca, señor?

—Oh, sí. Supongo que fue en parte por eso por lo que me derrumbé. Hace muchos años —se puso el pantalón e introdujo los pies en un viejo par de botas de piel blanda—. Mi esposa y mis tres hijas murieron de viruela. Todas en la misma semana. Estaba de patrulla y no me enteré hasta después de que las enterraran. Sus tumbas están en Fuerte Latham. Todavía procuro ir allí una vez al año.

Oh, maldición, rezó fervientemente McQuade, que no me siga contando. Que lo que le hicieron no parezca tan horrible.

Maddocks sonrió.

—Uno debe tener algo en lo que apoyarse, señor mío, porque no existe hombre alguno que pueda ir directamente hacia donde quiere estar. Alguna perversidad del destino parece querer siempre que sea un accidente lo que te ponga en el buen camino.

—¿Querría hacerme un favor, señor?

—Lo intentaré, señor mío. ¿Cuál?

McQuade sonrió.

—No me siga contando.

—No iba a hacerlo.

—¿Querría hacerme otro favor?

—Sí. Adelante con ello.

—En mi alojamiento, señor, tengo una botella en la que aún quedan cuatro tragos.

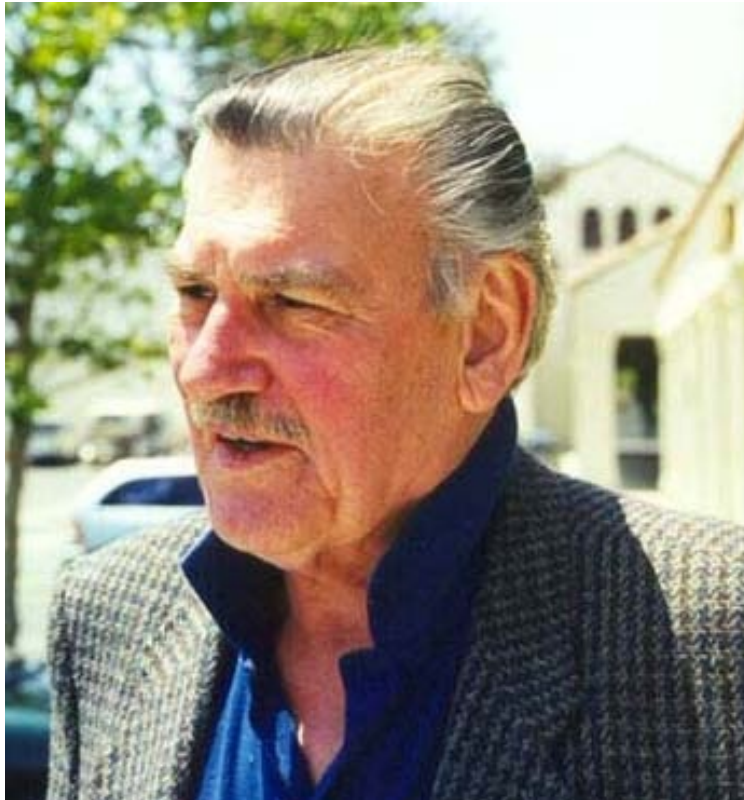
—Creo, señor McQuade, que podré ayudarle a apurar dos de ellos. Puede que disuelvan algo del polvo depositado en nuestro estómago.

—Sí, señor. Y la verdad es que yo he tragado mucho polvo. Lo que lamento es no poder ofrecerle más de dos.

Stephen Maddocks se había girado para peinarse los revueltos cabellos blancos en

el espejo de la pared. Entonces se volvió, esta vez con una sonrisa tanto en los ojos como en la boca.

—No se disculpe nunca, señor mío; es signo de debilidad.



JAMES WARNER BELLAH (1899-1976) nació en Nueva York y tuvo una agitada vida militar. Participó en la Primera Guerra Mundial con el ejército canadiense, y en la Segunda sirvió en el staff de Lord Louis Mountbatten y con el general Wingate en Birmania. Acabó retirándose con el rango de coronel. Bellah nos dejó un buen puñado de novelas y relatos de tema militar, ambientados en la Frontera o en la Guerra de Secesión, además de relatos de «capa y espada», memorias y guiones para el cine.

Notas

[1] Edward Anthony (1819-1888), fotógrafo y fundador de E & HT Anthony & Company, principal proveedor de material fotográfico en Estados Unidos durante el siglo XIX. (N. del T.) <<